DIANA A. HICKS



EL CABALLERO DESPIADADO

LIBRO UNO

Caballero Despiadado

DÚO CABALLERO, LIBRO 1

DIANA A. HICKS

TRADUCIDO POR

LIZ GARAY

HMG, INC.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es completamente coincidencia.

Caballero Despiadado, Libro Uno

COPYRIGHT © 2024 por Diana A. Hicks

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse de ninguna manera sin el permiso por escrito de la autora o de HMG, Inc., excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos o reseñas críticas.

Historia editorial:

Digital ISBN 978-1-949760-64-4

Paperback ISBN 978-1-949760-74-3

BN Paperback ISBN 978-1-949760-75-0

Amazon Paperback ISBN 979-8-320427-67-6

Amazon ES Paperback ISBN 979-8-340233-70-7

Diseño de portada de edición especial: Dar Albert

Editora: Becky Barney

Traducción: Elizabeth Garay. garayliz@gmail.com

[*Nota de la Traductora: Es importante aclarar que los nombres propios, aún existiendo el equivalente en español, se han respetado tal como aparecen en la versión en inglés, omitiendo los respectivos acentos y traducciones*]

Acerca de la autora

Diana A. Hicks es una galardonada autora de apasionados romances contemporáneos con una buena dosis de suspenso.

Cuando Diana no está escribiendo, disfruta el kickboxing, hot yoga, viajar y se da el gusto de los placeres simples de la vida, como el vino y el chocolate. Vive en Atlanta y le encanta pasar tiempo con sus dos hijos y su esposo.

¡Visita mi librería!

No olvides suscribirte a mi boletín para mantenerte al tanto de mis últimos lanzamientos, contenido gratuito y otras novedades.

¡Subscríbete ahora a mi lista VIP!

Diana A. Hicks

SINFULLY DARK ROMANCE

Índice

Prefacio

1. Mi dulce abeja reina
2. Una ‘F’ grande y gorda
3. Había una vez
4. Me dejaste plantado
5. Casarse con la dulce princesa
6. No participes en el juego
7. Tan buena chica
8. Vaya a casa, señorita Salvatore
9. Ojos en mí
10. Acosándolo discretamente de nuevo
11. Ella me pertenecía
12. Es temporada de caza
13. Mi pequeño y sucio secreto
14. Porque eres mía
15. Última oportunidad para salvarte
16. Yo era un caos
17. Tiene visita
18. Ella no lo quiere
19. ¿Quién es Ava?
20. Tocó lo que es mío
21. Yo arruiné tus planes
22. Dime por qué
23. Di que sí
24. La gala es esta noche
25. La mansión del club Stag
26. ¿Dónde está la puta tarjeta?
27. Engaño con oferta gancho
28. No podían dejarnos tener esto
29. Nos ceñimos al plan
30. Espero que sobrevivas
31. Estás vivo

Epílogo – Nunca seremos libres

La Reina Perdida
Diana A. Hicks

1. Espérame

Queridos lectores:

No puedo esperar a que leas la historia de Luca y Donata. Si has leído los otros libros del Mundo de la Sociedad, ya conoces un poco sobre Donata y su obsesión por Luca Gallo. Debido a las reglas que unen a las cinco familias originales, la relación entre Donata y Luca estaba prohibida... hasta ahora...

Al igual que con los otros libros, “Caballero Despiadado” también es un dúo. El libro uno trata de cómo Luca y Donata finalmente se vuelven a encontrar durante los años universitarios de ella. El segundo libro tiene lugar en el presente y trata de la Sociedad y su conflicto con la Hermandad. Si leíste Cuervo Caído, ya sabes que ellos la secuestraron.

Recapitulando, “Caballero Despiadado” es el séptimo libro de la serie, pero el primero del dúo Caballero y está ambientado en el Mundo de la Sociedad.

No es necesario leer los dúos anteriores para seguir la historia de amor de cada pareja. Sin embargo, leer otros libros de la serie te ayudará a entender mejor el mundo de la mafia y sus conflictos.

El orden de lectura es el siguiente:

Dúo Rey de las Bestias (libros 1 y 2) - Rex y Caterina
Dúo El Gran Lobo Feroz (libros 3 y 4) - Santino y Luce
Dúo Cuervo Caído (libros 5 y 6) - Enzo y Aurora
Dúo Caballero (libros 7 y 8) - Donata y Luca

¿¿¿Qué es la Sociedad???

La Sociedad es un enclave secreto formado por las cinco familias originales del crimen. Existen desde hace más de un siglo. Con cada generación, surge un nuevo conjunto de desafíos. El último rey ha muerto. Ahora, los nuevos Don en ejercicio deben hacer todo lo posible para cumplir su código... *Fac Fortia et Patere* (Hazte fuerte y persevera). Estos despiadados y malvados reyes de la mafia son los guardianes de la paz, los protectores.

¡Bienvenido a La Sociedad!

Fuerte abrazo,
Diana

CAPÍTULO 1

Mi dulce abeja reina

DONATA

Ocho años atrás, Universidad de Columbia

«Entonces, ¿cómo estuvieron tus vacaciones?», usé mi voz alegre para llamar la atención de Enzo. Había estado rumiando su tostada desde que nos sentamos a desayunar. Miré abiertamente los puntos en sus nudillos mientras servía más fruta en mi plato. «¿Me perdí de algo divertido?».

«No», mordió su tostada. «Pasé dos noches enteras en Brooklyn con mi madre y mi padre, el exmafioso. Puedes imaginar cómo fue eso».

«Ay, Enzo. ¿Tu padre intentó algo?», alcancé su mano herida.

«¿Qué? No», él puso los ojos en blanco. «Es un hombre cambiado. Ahora somos una gran familia feliz».

«La tía Vittoria dice que fue bueno que don Alfera renunciara. Las cosas están mejor ahora que tu papá ya no es parte de la Sociedad. No digo que la devastación que dejó a su paso estuviera justificada, pero hay un lado positivo aquí».

«Estos días, simplemente es Michael Alfera». Enzo encontró mi mirada. «Y puedes decirlo, mi padre es un monstruo que no tenía por qué ser el jefe de una sociedad secreta con acceso a una organización multimillonaria».

«Sí, en realidad, eso es lo que dijo tía Vittoria». Alcancé su mano, pero luego me detuve. Los puntos en sus nudillos parecían dolorosos. «Entonces, ¿qué pasó con tu mano?», me recosté en mi silla, deseando poder hacer algo más que hacer preguntas estúpidas. Sabía lo que le había pasado. Desde que Aurora murió en el incendio, él había estado saliendo solo en busca de problemas y golpeando a los chicos. Aunque sabía que solo había una

persona a la que quería lastimar: su padre. Enzo quería que su papá pagara por lo que le había hecho a Aurora. Bebí mi café. «Más mierda de Batman».

«¿Mierda de Batman?», frunció el ceño y se rió en tono de burla. No una risa feliz, más bien una risita oscura. «No empieces, Donata».

«Sé que haces eso. ¿Este tipo se lo merecía?».

«Sí, así fue», él asintió. «Estaba tratando de subir a un taxi a una chica borracha. Ella le dijo que no tres veces».

«Bueno», inhalé. «¿Quién te curó?».

«Mollie, mi nueva ama de llaves», se miró los nudillos. «Lo hizo muy bien».

«Sí, es un trabajo fantástico. Parece que el Dr. Frankenstein te encontró una nueva mano. Jesús, Enzo. ¿Lo mataste?». Quería decirle que tenía que parar. Pero luego, ¿qué? Se quedaría en casa pensando en los últimos dos años sin Aurora. «No estoy diciendo que las mujeres de Nueva York no aprecien tus servicios de vigilante. Pero si sigues buscando problemas, un día de estos los problemas te encontrarán».

«Tengo muchas ganas de que llegue ese día. Y no, no lo maté. Lo dejamos en el hospital. Justo en la puerta principal». Bebió el resto de su café. «¿Qué tal estuvieron tus vacaciones?».

«Lo mismo de siempre», me encogí de hombros. «Esquiar en Vail con tía Vittoria fue realmente muy relajante. Ya sabes que a ella no le gusta mucho la Navidad. De todos modos, probablemente deberíamos irnos. Tengo como cinco clases hoy».

«Columbia es ridícula. ¿Por qué seguimos haciendo esto?». Dio otro mordisco a su tostada.

No lo parecía, pero esto era un progreso. Enzo hablaba conmigo, comía y, aunque todavía se quejaba, iba a la universidad a tiempo completo. Debería estar enojada con Santino y Rex por abandonarlo para ir a Wharton. Pero en su defensa, Enzo los cortó primero. Culpaba a Rex por la muerte de Aurora. Y a Santino, por apoyar a Rex. Era como si mamá y papá se hubieran divorciado. Santino se fue con Rex. Yo, me quedé con Enzo.

«Es bueno tener un propósito, Enzo. Lo que me recuerda que tengo un seminario de miniseries sobre *Cogs*, Ciencias Cognitivas. Es este viernes por la noche. Y tú vendrás conmigo».

«¿Por qué?».

«Porque quiero que lo hagas», me encogí de hombros.

«¿Tú?». Dejó que el resto de esa pregunta quedara en el aire. ¿Estaría usando esto como excusa para mantenerlo fuera de las calles este fin de semana?

«Sí. No hay mucho que puedas hacer con esa mano», me puse de pie. «Arriba, vámonos».

Él gruñó, pero hizo lo que le pedí. Un día cercano, descubriría cómo vivir sin ella. Hasta entonces, tenía toda la intención de estar aquí para él, para recordarle que debía respirar, para recordarle que valía la pena vivir su vida. Tomé su mano entre las mías y lo acompañé desde su comedor hasta el ascensor de su penthouse. De alguna manera, me había mudado allí después de que Rex y Santino se fueron. La tía Vittoria estuvo de acuerdo en que era una buena idea. Y Enzo no tuvo fuerzas para alejarme. O tal vez, reconocía que en realidad no quería estar solo.

Abajo, en el garaje, me subí al asiento trasero de su todoterreno y esperé a Enzo. Se movía como si su cuerpo pesara una tonelada, como si el simple acto de respirar lastimara cada parte de su cuerpo. En los últimos dos años, había aprendido a simplemente a esperar. Esperar una respuesta a mi pregunta, esperar a que él caminara a mi lado, esperar a que se subiera al auto.

«Entonces, ¿cuándo es este seminario tuyo?», preguntó reclinándose en su asiento.

«Te lo dije. Viernes por la noche. Te lo recordaré», le sonreí porque esa era su manera de decirme que sí. «Quizás aprendas algo. Es una conferencia sobre las fronteras de la ciencia, impartida por un profesor invitado, que se supone que es reconocido en el campo. Pensé que podríamos aprovecharlo y cenar después. ¿Sí?».

«¿Haría alguna diferencia si digo que no?».

«Ni siquiera un poquito», me incliné hacia él y le di un rápido beso en la mejilla.

Desde Aurora, no le gustaba que lo tocaran. Pero poco a poco, me dejó entrar en su mundo de sombras. No del todo, pero lo suficiente para demostrarle que no tenía por qué estar solo. Siempre lo imaginaba sentado en su habitación oscura, deseando cosas que no podían ser. Me dolía verlo así.

«Esto está bien», Enzo dio un toque a su chofer en el brazo cuando giró hacia la calle ciento dieciséis. «Caminaremos desde aquí».

Tan pronto como el auto se detuvo, Enzo salió corriendo. Presioné mi frente contra el respaldo del asiento del pasajero y luego me volví para mirar al chofer. «Se ve mejor, ¿verdad?».

«Así es».

«Está bien, eso pensé», dejé escapar un suspiro. «Te enviaré un mensaje de texto cuando estemos listos».

«Que tenga un buen día, señorita Salvatore».

«Tú también».

La primera semana de regreso después de las vacaciones transcurrió sin incidentes. Para mi alegría, Enzo asistió a todas sus clases. No tan convencido, pero él sabía que yo tenía razón acerca de permanecer en la escuela. Era mejor que estar de mal humor solo en casa sin un propósito a la vista.

Cuando llegó el viernes, estaba de mejor humor para acompañarme a mi mini seminario. Ni siquiera tuve que ir a casa y sacarlo a rastras. Él vino por su propia voluntad. Sí, esto era un progreso. Cuando caminé hacia el edificio, inmediatamente lo vi sentado en los escalones de la entrada principal. Por supuesto, un grupo de chicas se encontraba cerca de él, aunque Enzo no se daba cuenta de nada de eso. Le quedaba un largo camino por recorrer antes de llegar al punto en el que pudiera mirar a otra mujer.

«Hola», le di una patada a su zapato. «Viniste».

«Terminemos con esto de una vez», lentamente, se puso de pie y luego me ofreció su mano. «Fronteras de la ciencia, ¿eh?».

«Sí, será genial».

Tan pronto como entramos, Enzo se volvió hacia mí. «¿Me estás tomando el pelo?», señaló la fila para entrar al auditorio, que cubría todo el pasillo.

«Es una clase obligatoria. Debería haber suficientes asientos. No te preocupes». Lo llevé hasta lo que parecía ser el final de la fila. «Llegamos lo suficientemente temprano».

«¿Qué carajo?». Los ojos verdes de Enzo se volvieron negros insidiosos. «¿Qué está haciendo él aquí?».

«¿Quién?», seguí su línea de visión y luego me quedé paralizada. «Dios mío. ¿Qué está haciendo aquí?».

«Te acabo de preguntar eso».

«Espera», dejé mi mochila en el suelo y rebusqué entre mis carpetas hasta que encontré el programa de estudios de esta clase. «Oh, mierda. No pensé en revisarlo antes. Estaba muy preocupada por terminar la lectura». Levanté la vista justo cuando Enzo se enfocó a Luca Gallo. Nunca me había movido tan rápido en mi vida cuando me puse de pie y le impedí dar otro paso. «Él está dando esta clase. Mira», le empujé el programa de estudios en la cara. «Es el profesor invitado».

«¿Cómo?».

«No sé. Debe ser bueno en lo que hace», presioné mi cuerpo contra el suyo. Tenía miedo de que, si me apartaba del camino, él iría tras Luca. «Por favor, no hagas nada. Por favor».

«Donata, tengo que hacerlo. Ese imbécil es…».

«No», puse mi mano sobre su boca. «No lo digas».

«Un depredador», murmuró, así que agregué otra mano.

«No digas una palabra más», presioné más fuerte. «Shh», eché un vistazo por encima del hombro para ver si alguien se había dado cuenta de que Enzo estaba hablando de nuestro ilustre profesor de *Cogs*.

«Donata», dijo Enzo con los dientes apretados.

«Toma», agarré mi mochila y lo sujeté por el codo. «Ven conmigo», pasé junto a un grupo de estudiantes para salir de la fila y me dirigí hacia el baño. Una vez dentro, revisé todos los cubículos. Cuando confirmé que estábamos solos, cerré la puerta con llave. «Él no es un depredador como dijiste».

«¿Qué?», me miró entrecerrando los ojos. Tenía las mejillas tan sonrojadas que apuesto a que todo lo que vio fue rojo. Su mandíbula se flexionó y luego continuó, «el tipo te atacó cuando tenías quince años. Era tu maestro y no le importó. Tuvo relaciones sexuales con una menor. Entiendo que somos mafiosos, pero tiene que haber una línea, Donata».

«No tuvimos relaciones sexuales», mi corazón se aceleró porque me di cuenta de que había llegado el momento de confesar. Sabía que en algún momento tendría que contarle a mi mejor amigo lo que había pasado con Luca Gallo. Pero si fuera honesta, pensé que para entonces ya seríamos viejos, muy, muy viejos. Mierda. «Escúchame».

«No, Donata. No importa. Él se equivocó».

«Mentí», miré por encima del hombro, aunque sabía que estábamos solos.

«¿Qué quieres con que mentiste?».

«Eh», inhalé. «¿Todo? Sí, todavía soy virgen. Y Luca y yo nunca tuvimos relaciones sexuales. Nos besamos. Bueno, lo besé. Él no me devolvió el beso. Él me empujó. Estaba enojada porque me rechazó, yo, eh, ya sabes».

«No, Donata, no lo sé. Di las palabras», arqueó una ceja.

«No me odies», las lágrimas corrieron por mis mejillas. «Sé que lo que hice fue terrible. Inexcusable. Ésa es la palabra que usó tía Vittoria».

«Dilo».

«Luca nunca intentó nada conmigo. Es inocente».

«¿Estás diciendo que inventaste todo? Mentiste acerca de que él tomó tu virginidad en su salón de clases. ¿En su escritorio?». Me miró con mucho disgusto en sus ojos. «Intentaste tener sexo conmigo el año pasado. Jesús, Donata».

«Para hacerte sentir mejor. Tú eres mi mejor amigo», presioné mi mano contra mi frente. Lo había arruinado a lo grande. Lo sabía. «Lo siento mucho. Me arrepentí. Por eso recuperó su trabajo en la escuela».

«Lo acosé por eso durante todo el último año», frunció los labios. «Él nunca se defendió. Ahora sé por qué. Te estaba protegiendo».

«Le pedí disculpas. Y tía Vittoria prometió hacer que valiera la pena si no decía nada», me limpié las mejillas, «ahora sé lo malo que fue eso. Pero él me rechazó y me sentí muy herida».

«Eres la definición de una perra furiosa».

«Enzo».

«Deja de hablar», levantó la mano. «Entonces, ¿por eso está aquí? La signora Vittoria lo llevó a Columbia para que diera clases».

«No lo sabes». Crucé los brazos sobre mi pecho. «Tal vez entró por mérito propio».

«Tal vez. Pero gracias a ti, él nunca lo sabrá. Jesús», caminó hacia la puerta y abrió la cerradura.

«¿Adónde vas?».

Estaba tan enojado. Tenía miedo de que fuera a la ciudad y empezara a golpear a la gente para aliviar el dolor. Debería haberles dicho toda la verdad justo cuando sucedió. Pero yo era una cobarde. No quería que me miraran de la forma en que Enzo me estaba mirando ahora mismo. Sí, no se

me pasó por alto la ironía: no quería que mis mentiras arruinaran mi reputación de la misma manera que habían arruinado la carrera académica de Luca en nuestra escuela secundaria.

«A clase», me sonrió. «¿No es por eso que estamos aquí?».

«No voy a entrar allí».

«Sí, lo harás, mi dulce abeja reina. Y estaré ahí contigo. Esta es la oportunidad de Luca de hacerte la vida imposible. No voy a interponerme en su camino». Abrió la puerta y me hizo un gesto para que saliera.

«No puedes usar tu mierda de Batman conmigo. Luca no necesita que lo defiendas», me mantuve firme.

«Si no entras allí, tú y yo ya no seremos amigos».

«¿Qué? Estás siendo injusto».

«Tú». Alcanzó mi codo y me atrajo hacia él. «Arruinaste la vida del hombre. Su reputación. Su dignidad. Eso no es justo. Que vayas a su clase ahora mismo es justicia». Se dirigió hacia el auditorio agarrándome firmemente del brazo.

«Te refieres a la venganza».

«Puedes llamarlo como quieras».

«Enzo», intenté liberarme, pero luego me di cuenta de que tenía razón. Le debía a Luca Gallo su momento de gloria. Aunque conocía a Luca, nunca lo aceptaría. Era uno de los buenos. «Puedo caminar por mi cuenta», aparté mi brazo de él.

Enzo abrió la puerta y me llevó adentro. Todos los asientos del lugar estaban ocupados, lo cual estuvo bien para mí. Estaba bien si quedábamos parados hasta atrás. Tal vez podría pasar las próximas seis semanas sin que Luca se diera cuenta de que estaba en su clase. Eso podría suceder. Éramos muchos.

«Hay un par de asientos en la primera fila», Enzo me ofreció su mano.

«Dios mío, ¿qué? No».

«Vamos», Enzo me tomó de la mano y me acompañó hasta el frente.

La adrenalina me recorrió con tanta fuerza que sentí que me iba a desmayar. Lentamente, levanté la mirada y me obligué a mirar al hombre que estaba en el escenario junto al podio. Era más alto de lo que recordaba. Su enigmática presencia todavía tenía el mismo poder sobre mí. Incluso desde la distancia, su energía pura me atraía y amenazaba con no soltarme nunca.

Por favor, no me recuerdes. Por favor, no me recuerdes.

Repetí el mantra mientras ocupaba el asiento. Y entonces, sucedió lo peor. Luca examinó la habitación rápidamente. Su mirada recorrió la primera fila y siguió adelante. Por un segundo, pensé que no me había notado. Pero por la forma en que su sonrisa cayó y sus ojos se entrecerraron, solo pude suponer que sabía que yo estaba aquí. No se había olvidado de mí ni de todas las terribles mentiras que había dicho sobre él.

.

CAPÍTULO 2

Una 'F' grande y gorda

DONATA

«¿Puedo entrar?», Enzo llamó a la puerta de mi habitación por cuarta vez esta mañana.

Todavía estaba enojada con él por haberme hecho sentar durante una hora y quince minutos completos en la conferencia de Luca. Por supuesto que sabía que le había hecho algo repugnante. Yo era una niña cuando eso sucedió, una niña obsesionada con su maestro. ¿Había cambiado eso? Me gustaría pensar que sí. Ya era mayor, casi tenía edad para beber. ¿Estaba todavía obsesionada con él? Sí, pero después del fiasco de la escuela, cumplí mi palabra y no lo acosé más.

Excepto por una vez en nuestro último año cuando tuve una pequeña recaída. ¿Por qué me sentía así por él? Cada vez que él estaba cerca, sentía que estábamos destinados a estar juntos. Sentía que me pertenecía. Me enamoré. Levanté la vista por un momento y miré al techo antes de ceder ante lo que quería hacer.

Durante las últimas tres horas, había estado trabajando en la tarea que Luca había asignado a nuestra clase el viernes pasado. Pero en lugar del trabajo de clase, todo lo que quería hacer eran algunas búsquedas en línea. Extrañaba su rostro. No me había dado cuenta de cuánto hasta la semana pasada, cuando volvimos a estar en la misma sala.

«No puedes estar enojada conmigo para siempre», Enzo estaba al pie de mi cama.

«Sí, puedo», escribí otra frase en mi ensayo.

«Lamento haber sido tan duro contigo. Solo tenías quince años y estabas increíblemente mimada. En todo caso, deberíamos culpar a la

Signora Vittoria», me guiñó.

«No estoy mimada», lo miré a través de mis pestañas.

«Eso es exactamente lo que diría una niña rica y mimada».

«Yo tampoco soy una niña. Soy una mujer de veinte años», me senté un poco más erguida en la cama.

«Bueno. Entonces lo eres», caminó y se acostó a mi lado. «¿En qué estás trabajando?».

«Tarea de Cogs. Debe entregarse hoy antes de la clase», y escribí otra frase. Cada vez que pensaba en la tarea que Luca nos había encomendado, no podía evitar imaginarlo con su traje de tres piezas, la barba incipiente en sus mejillas y esa voz pecaminosamente grave. «Estoy enamorada de él».

«No, no lo estás», Enzo se rió. «Él es el primer chico que te dice que no. Eso es todo. Lamento lo que dije. No tienes que ir a su clase. Fue una tontería obligarte a hacerlo».

«Bueno, en realidad, tengo que hacerlo. Aplacé esa asignatura el año pasado. Si no la tomo ahora, me atrasaré. Está bien. Tengo cinco semanas más y luego pasaremos al siguiente mini seminario. Ni siquiera me importa si obtengo una ‘B’ en esta parte de la clase», me encogí de hombros.

«¿Realmente eres todavía virgen?», Enzo se inclinó para mirarme a los ojos.

«No es gran cosa», traté de no dar importancia.

«Pero, en el primer año del bachillerato, teníamos ese pacto de perder la virginidad. Todos los locos juegos sexuales posteriores a eso fueron idea tuya». Me miró expectante, aunque no había hecho ninguna pregunta.

«Mentí sobre todo el asunto. Yo era la única chica del grupo. Quería que pensaran que era genial. Pero tía Vittoria me advirtió sobre el sexo. Ella siempre lo ha visto como una herramienta política. Me asusté. Ni siquiera entiendo por qué. No era como si tener sexo con alguien significara que pudiera reemplazarme como Don».

«El sistema de puntos que desarrollaste era bastante sofisticado. No conocía algunos de esos movimientos que se te ocurrieron», se rió y fue un gesto genuino. Él iba a estar bien. «Tuve que buscar en Google algunos de ellos. ¿Como la Torre Eiffel?».

«Oh, sí», me reí, sacudiendo la cabeza. «Me encontré con ese mientras buscaba en Google las gafas romanas. Le dediqué mucho tiempo y esfuerzo. Realmente quería que ustedes pensaran que era interesante y sofisticada».

«Siempre pensamos que eras genial. ¿Cómo conseguiste que todos esos tipos mintieran por ti? Pensé que habías tenido sexo con cinco tipos diferentes».

«Nunca me acosté con ellos. Ni siquiera tuve que pedirles que mintieran por mí. Una vez que comencé el rumor, simplemente lo aceptaron. ¿Quién perdería la oportunidad de tener una aventura con la abeja reina? Supongo que eso demostraba el punto de vista de la tía Vittoria. Para ellos nunca fui más que un miembro de la realeza. Nunca me vieron, por mí». Cambié mi peso para enfrentarlo. «Contigo, hubiera sido diferente».

«Donata», sacudió la cabeza, «te mereces un chico que piense en ti cuando esté contigo».

Esta era la razón por la que amaba a Enzo. No tenía miedo de decir la verdad, de mostrar lo herido que estaba por haber perdido a Aurora. Apoyé mi cabeza en su pecho. Sería muy fácil amarlo tal como había dicho tía Vittoria. Pero Enzo y yo solo podíamos ser amigos. Lo amaba demasiado como para arruinarlo con sexo.

«Me alegra que hayas dicho que no», me senté. «¿Lo ves? Luca no es el único que me ha dicho que no».

«Excepto que yo no te hago ponerte en modo acosador, como lo hace él».

«¿De qué estás hablando?».

«¿En serio?», tomó la computadora de mi regazo y abrió el navegador y las siete páginas que tenía de Luca. «Caso demostrado».

«No seas idiota», contesté cerrando la computadora.

«No te equivocas acerca de él. Mantuvo tu secreto durante años. Es un tipo honrado».

«Estoy segura de que tía Vittoria lo amenazó de alguna manera. Pero estás en lo cierto. Es un tipo honrado. No lo conoces como yo», pasé mi mano por mi computadora portátil, deseando poder tocar al hombre real.

«Tú tampoco lo conoces», se rió entre dientes, lanzando su pierna por el costado de la cama. «Vamos, tengo hambre. Vamos a comer algo en algún lugar».

«No puedo. Tengo que terminar este ensayo antes de la clase de esta noche».

«Aún tienes que comer», se puso de pie y me sacó de la cama.

Dejé que me arrastrara fuera de la casa y a una cafetería cerca de la escuela. Por primera vez en dos años, Enzo no tenía esa mirada en sus ojos

como si estuviera a punto de saltar de un edificio. Tal vez ver mi jodida vida le hizo darse cuenta de que su vida no era tan mala. Aunque definitivamente no podríamos comparar tragedias. Había perdido al amor de su vida. Yo, simplemente no pude conseguir que el amor de mi vida me hiciera caso.

Cuando me acompañó al auditorio para una segunda ronda de amor no correspondido, tenía un nuevo plan para mantener la cabeza gacha y terminar la clase de Luca de una sola pieza. Todo lo que tenía que hacer era entregar las tareas a tiempo y evitarlo a toda costa. Tampoco acosarlo más en línea.

«¿Vas a estar bien?», Enzo me abrió la puerta. «Me quedaría, pero tengo este grupo de estudio».

«Estoy totalmente bien. Tú sigue. ¿Nos vemos aquí después?».

«Hecho», se inclinó y besó mi mejilla. «Pórtate bien».

«Siempre», le guiñé un ojo y avancé por el pasillo.

Tan pronto como entré, me di cuenta de que los estudiantes estaban más o menos sentados en los mismos sitios que la semana pasada. Y, por supuesto, la mayoría de ellos ya estaban reservando lugares para sus amigos. Con un suspiro, caminé hacia el escenario, deseando haberle rogado a Enzo que viniera conmigo. Nunca había sido de las que se echaba atrás en una lucha, pero Luca tenía una manera de hacerme dudar de toda mi existencia.

Estaba bien sentada frente al podio hasta que él entró, luciendo tan atractivo como siempre. Toda la charla sobre sexo con Enzo me había puesto de mal humor. O tal vez no era yo. ¿Y si Luca estuviera intentando seducirme de verdad? ¿Por qué si no deambularía hacia el borde del escenario y luego se quitaría la chaqueta del traje?

No te lo imagines desnudo. No te lo imagines desnudo.

Demasiado tarde.

Apuesto a que bajo el chaleco y la camisa abotonada estaba como una roca. Lo miré mientras se arremangaba y luego regresaba al podio para coger su micrófono. Sí, también babeé por su trasero redondo. Dios mío. Esto no iba a ser tan fácil como pensaba. Todo lo que quería hacer ahora era saltar al escenario, como una admiradora, y lanzarme sobre él.

Apretando mis piernas para aliviar el dolor allí, agarré mi computadora portátil y abrí un documento de Word. Comencé a escribir pensamientos aleatorios, solo para dejar de pensar en Luca y su rostro perfecto y su

intensa mirada de ojos marrón oscuro. Oscuro, todo en él era oscuro: su cabello, sus ojos, su energía.

«Pongan atención», su voz retumbó por los altavoces.

¿Me estaba diciendo eso a mí?

Miré hacia atrás mientras el resto de los estudiantes se dejaban caer en sus asientos y el silencio se apoderaba del auditorio. Por supuesto que estaba hablando a toda la sala. Ni siquiera se había molestado en mirar en mi dirección. Su desdén era pura tortura. En este punto, me habría conformado con una de sus miradas de desaprobación.

«Un recordatorio rápido. La calificación que obtengan en mi clase contará por el cuarenta por ciento de su calificación en la clase de Cogs del Dr. Patel. Si aún no han entregado su ensayo de la semana pasada, tienen hasta el final de la clase para hacerlo». Caminó hacia mí, aunque su mirada permaneció enfocada en algún lugar por encima de mi cabeza. «Mi horario de oficina está en el plan de estudios. Si tienen alguna inquietud, pasen a verme».

Mi corazón dio un salto mortal cuando su mirada se dirigió hacia mí. Fue solo por una fracción de segundo, pero estaba segura de que me había mirado. Crucé las piernas e hice lo mejor que pude para no pensar en lo fuerte que me corrí la última vez que me toqué pensando en él y su voz pecaminosa.

La temperatura en la habitación subió unos grados. O tal vez las luces del techo provocaban mucho calor aquí. Dejé mi computadora portátil a un lado y me quité la chaqueta y luego el suéter. Mi blusa se sentía húmeda en mi cuerpo. Desabroché un botón para dejar entrar un poco de aire, pero no sirvió de nada. Mierda. No había manera de que pudiera aguantar otra hora de esta miseria erótica.

Volví a mirar a Luca. Me mostró su perfil mientras daba una conferencia sobre una cronología de la medicina moderna. Escribí una nota rápida en mi pantalla para recordarme que debía buscar la lectura más tarde esta noche. Enfócate. Mi mirada se dirigió a sus musculosos antebrazos. Estaba un poco bronceado, a pesar de que estábamos en pleno invierno. Un momento. ¿Había ido a la playa durante las vacaciones?

Carajo. ¿Había ido solo?

No me importaba. Luca era libre de vivir su vida como quisiera.

Mierda.

Antes de que pudiera convencerme de no hacerlo, ya tenía mi navegador activado y Google había arrojado un montón de resultados. Hice clic en el tercer enlace, que hablaba de una conferencia reciente en la Riviera francesa. Había pasado un largo fin de semana en Niza.

Y así, fui dando vueltas por la madriguera del conejo de Luca Gallo. Pasé el resto de la hora cambiando entre el Luca real en el escenario y el de Internet. Parecía que durante los últimos años Luca había logrado hacerse un nombre en el mundo académico. Dirigía un equipo de investigación que ya había recibido múltiples elogios.

Tal vez no había arruinado su vida después de todo. Tal vez.

El hombre era inteligente, muy atractivo e influyente. Estar relacionado con la mafia italiana tampoco le había hecho daño. Si no hubiera sido por mí, ahora mismo podría estar dirigiendo un departamento completo. Ni siquiera le había pedido disculpas. Esa fue otra mentira que dije. Cuando tía Vittoria me preguntó si me había arrepentido, dije que sí. Aunque era demasiado cobarde para siquiera intentarlo.

Enzo tenía razón. Solo las mocosas mimadas actuaban como lo había hecho yo. Quería pensar que había cambiado. Que ya lo había superado. Pero sentada aquí, disfrutando de la energía pura de Luca, sabía que todavía estaba enamorada de él. Mi obsesión por él no había disminuido ni un poco.

«Parece que se nos acabó el tiempo. Concluiremos esta sección el próximo viernes. Que tengan un buen fin de semana», se despidió y luego se quitó el micrófono.

Se agarró al costado del podio con sus dedos largos y casi salté de mi asiento. Tenía que salir de aquí antes de hacer algo estúpido. Respiré profundamente y luego comencé a arrojar mis libros y mi suéter en mi mochila. Antes de apagar mi computadora portátil, apareció una notificación en la pantalla. Mi nota para el ensayo había llegado.

Hijo de puta.

¿Me había reprobado? ¿Por qué?

Hice toda la investigación. Respondí todas las preguntas. Y Enzo revisó todo durante el almuerzo. ¿Qué hice mal? Me senté de nuevo e hice clic en el enlace para ver si había dejado algún comentario o nota al margen. No había ninguno. Solo una ‘F’ grande y gorda, nada menos que en tinta roja. Reconocí su escritura. Él personalmente me había calificado y reprobado.

Estaba siendo injusto. ¿Sería esto venganza por lo que hice? No podía hacer eso. Me puse de pie y caminé hacia el escenario, pero él ya no estaba.

Regresé a mi asiento y rebusqué en mis carpetas para encontrar el programa de estudios. El horario de oficina del profesor Gallo comenzaría en diez minutos. Sin pensarlo más, le envié a Enzo un mensaje de texto rápido.

Yo: Oye me quedo unos minutos más. Me faltan algunas notas. Pero aquí hay una chica que me está dejando copiar las suyas.

Enzo: Bien, ¿debería esperar?

Yo: No, te veré en casa

Antes de perder la determinación, recogí mis cosas y salí. La oficina temporal de Luca estaba en el mismo edificio, tres pisos más arriba. Primero pasé al baño para orinar, pero también para calmarme y echarme un poco de agua en la cara.

Cuando miré mi reflejo, jadeé. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo sudoroso pegado al cuello. Dios mío. Ese tipo tenía una manera de desquiciarme. Ir a su oficina ahora mismo era una mala idea. Pero necesitaba una mejor calificación. Tenía que entender.

Me recogí el pelo en una cola de caballo y me envolví el suéter alrededor de la cintura. Me alegré de haber usado una falda con medias. De lo contrario, estaría ardiendo. Más de lo que ya era.

«No seas cobarde», le dije a la chica en el espejo. «Puedes manejarlo. Es solo otro tipo más. No es gran cosa», cogí mi bolso y fui en busca de la sala cuatro veinticinco.

Me imaginé caminando afuera de su oficina mientras subía las escaleras hasta el cuarto piso. Pero para mi sorpresa, tan pronto como llegué allí, llamé a la puerta de inmediato. Cuando dijo ‘adelante’, giré la manija y entré.

CAPÍTULO 3

Había una vez

DONATA

Cerré la puerta detrás de mí con manos temblorosas. Ahora que estaba aquí, mi ira había disminuido y no podía recordar qué me había poseído para venir a discutir con Luca Gallo sobre mi nota. Lentamente, levanté la mirada y me limpié las palmas de las manos en la falda. Esperaba que me mirara con el ceño fruncido como le gustaba hacerlo. Pero en cambio, estaba concentrado en los papeles que tenía delante.

¿Lo había escuchado mal? Quizás no me había dicho a mí cuando dijo la palabra 'adelante'. Joder, ¿acababa de irrumpir en su propia oficina… otra vez? Bueno, esta vez era diferente. Antes, cuando tenía quince años, estaba decidida a entregarle mi virginidad. Esta vez se trataba de algo mucho más importante. Mi carrera académica en Columbia.

«No te demores. ¿Qué deseas?», preguntó, sin levantar la vista de su lectura.

«Ehhh», miré alrededor de su gran oficina para calmarme.

Parecía que los profesores invitados recibían un trato de alfombra roja. Mi profesor de química compartía oficina con otro colega y esa sala ni siquiera era tan grande como esta. Había algo de la vieja escuela y lo varonil en el espacio. ¿Había traído Luca todos los muebles y libros de cuero? Incluso tenía un rincón de lectura frente a la ventana, con vista a un patio escondido más allá. Seguramente estas eran todas sus cosas, cuidadosamente organizadas y ubicadas estratégicamente.

¿Significaba esto que planeaba quedarse más allá de su asignación temporal? Las mariposas revoloteaban salvajemente en mi vientre. Todavía me quedaban dos años más de licenciatura. Sería bueno tenerlo tan cerca.

Me acerqué un poco más para echar un vistazo a lo que fuera que tuviera toda su atención. ¿Quién diablos era Ava Conti? ¿Y por qué tenía una foto de ella? Por alguna estúpida razón me dolió el pecho. Esa voz en mi cabeza que siempre me hacía hacer locuras para llamar su atención se hizo más fuerte. Me vi claramente quitando todos los papeles de su escritorio y lanzándome hacia él.

Un momento, no, no podía hacer eso. Levanté la vista y encontré su mirada molesta. ¿Cuánto tiempo había estado aquí parada como una idiota, comiéndome con los ojos su oficina y todas sus cosas?

«Ehhh», se puso de pie, «no es una oración real, señorita Salvatore».

Ay, entonces, sí se acordaba de mí. Mierda. Mierda.

«Quiero decir, vine a hablar de mi calificación. Parece haber un error», me puse más erguida.

«¿Un error? ¿Qué tipo de error?», dio vueltas alrededor de su escritorio.

Definitivamente era más alto de lo que recordaba. Lo miré. Luego, bajé la mirada. Mierda. Ya sabía que eso no funcionaba con él. Para aumentar mis nervios, alcanzó mi blusa con esos largos dedos. Contuve la respiración mientras cerraba los dos botones superiores de mi blusa. Oh no, no estaba tratando de seducirlo. ¿Él había pensado eso? Vaya, si lo había hecho. Este era un claro no. No tenía ningún interés en ver ninguna parte de mí.

«Inténtelo otra vez», respiró hondo como si se le estuviera acabando la paciencia.

«Me dio una ‘F’», levanté mi barbilla con determinación.

«Sé que lo hice», se sentó en el borde del escritorio con las piernas extendidas frente a él. «¿Está aquí para darme un recuento de todas las calificaciones que entregué hoy?».

«No», me acerqué a él. «Creo que su calificación es injusta. Respondí todas las preguntas correctamente. Hice mi investigación. Y un amigo lo revisó para detectar errores».

«¿Alguien más hizo el trabajo por usted?», me fulminó con la mirada.

«No. Enzo solo lo leyó para detectar errores de ortografía y esas cosas».

«Enzo», apretó la mandíbula. «Por supuesto que él también está aquí».

«No estamos aquí para causar ningún problema. Lo prometo».

Quería decir que lo sentía por lo de antes. Pero parecía muy enojado. Mis instintos me decían que no fuera allí en absoluto. Permanecer en el presente era lo mejor que podía hacer. Esa ‘F’ que necesitaba cambiar por al menos una ‘B’ era la única razón por la que estaba aquí, a solas con Luca

Gallo. Al pensar en nosotros solos inmediatamente le siguieron un montón de ideas realmente malas. ¿Cómo sería si me hiciera el amor ahora mismo en su escritorio? ¿Por qué no quería?

«Entonces, ¿por qué está usted aquí, señorita Salvatore?».

¿Por qué tenía que ser tan pesado? «Ya le dije», levanté la voz. Interpretar a la chica buena e inocente no funcionaba con él. Y yo también estaba perdiendo la paciencia. «Estoy aquí porque la calificación que me dio y que es injusta. Merezco al menos una 'B'».

«¿Es así?», se frotó la barba incipiente de su mandíbula cincelada. «Algunas cosas nunca cambian»

«¿Qué se supone que significa eso?».

«Significa...», se puso de pie en toda su altura, «que era una mocosa mimada en aquel entonces y todavía lo sigue siendo. Obtuvo la calificación que se merece. Este es el mundo real, señorita Salvatore. No puede simplemente gritar 'lobo' y que la aldea aparezca para ayudarla».

«Oh».

Mierda.

Seguía enojado por toda la situación de acoso sexual entre estudiante y maestro que comencé cuando él me rechazó.

«Lo siento»

«Disculpe».

«Lamento haberlo involucrado en ese escándalo. Sé que estuvo mal», solté un suspiro, sintiéndome más ligera. «Debería haberme disculpado hace mucho tiempo. Simplemente no sabía cómo. Me asusta».

«¿Qué?», se rió, un sonido sexy que hizo que mis pezones se endurecieran. Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo mientras pasaba una mano por su cabello oscuro y ondulado. «¿Qué es? ¿La excito o la asusto?».

¿Qué?

«Ambos», Jesús, ¿qué me pasaba? «Quiero decir. Me asusta. Lo lamento. No debería haber venido aquí. Lo haré mejor la próxima vez. Lo prometo», hice un gesto extraño con la mano, como un adiós y una señal como para restar importancia.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la puerta. La abrí, pero luego se cerró con un ruido sordo. Cuando miré cinco centímetros a mi derecha, vi los largos dedos de Luca en la puerta. Extendió la otra mano y giró la cerradura.

Mis respiraciones salían de forma errática, principalmente porque mis pulmones dejaron de funcionar, estaba segura de que me había provocado algún tipo de fiebre. ¿Por qué si no tendría tanto calor con esta blusa tan fina como el papel?

«Deberías haberte disculpado en ese entonces. Deberías haberme dejado en paz cuando te lo pedí», su cálido aliento en mi cuello envió largos zarcillos de deseo hasta mi centro.

¿Realmente no sabía que lo estaba empeorando? Yo era una adicta cuando se trataba de él. No me había recuperado de mi última recaída. ¿Por qué pensaría que estar tan cerca de mí curaría de repente mi deseo por él? Incluso ahora quería sentir sus dedos dentro de mí. Sabía mucho sobre sexo gracias a toda mi investigación cuando estaba en el bachillerato y jugaba juegos tontos con mis amigos. Sabía exactamente lo que me estaba perdiendo. Sabía lo que quería de él.

Quería saber cómo se sentía la realidad.

«Profesor Gallo», mi voz ronca no sonaba como la mía. Tenía algo que quería decir, pero por mi vida, no se me ocurría. Entonces mi frase terminó ahí con solo su nombre y una promesa silenciosa.

«Srita. Salvatore», inhaló. «Debería castigarte por lo que hiciste».

«¿Qué?», me di la vuelta tan rápido que no tuvo tiempo de alejarse.

Nuestras miradas se cruzaron. Se había quitado el chaleco y la chaqueta del traje. Cada vez que tomaba una bocanada de aire, mis duros pezones se frotaban contra su camisa abotonada. Juraría que el calor corporal que emanaba de él nunca había estado allí antes. ¿Realmente quería castigarme? No, no quería eso. No era una chica estúpida a la que necesitaba que le dieran una lección.

«Usted arruinó mi vida, señorita Salvatore», su mirada se oscureció.

Y eso me asustó muchísimo. Luca era intimidante como el infierno. El enfadado Luca era francamente desalentador. El peligro rezumaba de él. Incluso su olor llevaba una advertencia. Tenía que salir de aquí.

«Tengo que irme», agité el pomo de la puerta.

«Por supuesto. Pero primero voy a hacer lo que debería haber hecho hace mucho tiempo».

Me agarró del codo y me apartó de la puerta. Retrocedí varios pasos, manteniendo mi mirada en él mientras él caminaba hacia mí. En el fondo de mi mente, tenía una idea de lo que él quería hacer. Pero la parte lógica de

mi cerebro me decía que él nunca se atrevería. Yo era Donata Salvatore, la siguiente en la fila para ser Don.

«No soy una chica tonta que necesita un castigo y lo sabes», me puse de puntillas para poder mirarlo apropiadamente.

«Y, sin embargo, eso es exactamente lo que necesitas», me tomó por la cintura y me arrojó sobre su escritorio.

Parpadeé varias veces para concentrarme en lo que estaba pasando. Esto no podría ser real. Estaba afuera en el pasillo soñando despierta con él, como siempre lo hacía. Esto no podía ser real. No estaba boca abajo en su escritorio, con el trasero en el aire y la falda sobre la espalda.

No se atrevería.

En el momento en que tuve el pensamiento, su mano descendió sobre mi trasero.

Fue fuerte y rápido. No me había recuperado del todo cuando volvió a bajar. Y luego otra vez. Levanté los talones para alejar mi trasero de él, pero su palma volvió a bajar con tres azotes más. En el último, dejó que sus dedos permanecieran sobre mi coño durante varios segundos.

Mi corazón latía en mis oídos. Ni siquiera escuché lo que dijo cuando terminó.

Me quedé allí, inclinada sobre su escritorio, demasiado excitada para estar enojada con él y demasiado sorprendida para moverme. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué se suponía que debía hacer con esto?

«Vaya a casa, señorita Salvatore», su voz sonaba tensa.

Lentamente, me bajé la falda y me volví para mirarlo. Me sequé las lágrimas de la cara, tratando de reconciliar mis sentimientos con sus acciones. ¿Merecía los azotes por lo que le hice? Seguro. ¿Pero quién se creía que era? Yo no era su pupila. Ni siquiera era su novia. No tenía ningún derecho a tratarme así.

«Eres un animal», fruncí los labios.

«Finalmente. Los ojos bien abiertos», dijo con los dientes apretados.

«Voy a contarle a tía Vittoria sobre este asalto. Nunca volverás a trabajar en esta ciudad». Intenté pasar junto a él, pero me agarró del hombro y efectivamente me detuvo en seco. Lo miré. «Déjame ir».

«No».

«¿Por qué no?».

«Porque, señorita Salvatore, es necesario que le enseñen una lección», tomó mi cara y luego movió sus manos hacia mi garganta. «¿Qué pensaste

que iba a pasar cuando decidiste venir a mi oficina? ¿Que me derretiría en un charco de miseria a tus pies como todos los demás chicos de tu escuela?».

«¿Qué? ¡No!», le fruncí los ojos. «¿Qué chicos?».

«¿Quieres una mejor calificación? Tengo una nueva tarea para ti. Y debe entregarse el próximo viernes antes de que terminen las clases», me sonrió.

Su mirada se posó en mis labios y, durante un minuto más largo, pensé que iba a besarme. ¿Entonces este era su castigo? ¿Un juego tonto? Bueno, el profesor Gallo tenía otra cosa por delante porque yo era la reina de los juegos tontos.

«¿Cuál es la tarea?».

«Vaya a casa, señorita Salvatore. Le enviaré un mensaje», hizo un gesto hacia la puerta. Y luego, como si no me hubiera humillado con una ridícula paliza, deambuló alrededor de su escritorio y reanudó la tarea en la que había estado trabajando cuando entré por primera vez.

«Eres una bestia».

Levantó la vista y se quedó mirando durante varias respiraciones. «Lo sé».

Abrí la boca para insultarlo de nuevo, pero no se me ocurrió nada ni medio inteligente. Maldito sea. No quería que pensara que era una chica estúpida y eso fue exactamente a lo que me redujo hace un momento. Giré sobre mis talones y salí furiosa de su oficina. Corrí hacia la escalera y luego salí por la puerta principal. No me detuve hasta que puse suficiente distancia entre el edificio de Luca y yo.

¿Cómo se atrevía?

Un fuerte bocinazo me devolvió a la realidad. Cuando levanté la mirada, vi a Enzo saliendo de su camioneta y corriendo hacia mí. «Jesús, Donata, ¿qué pasó? ¿No te estás congelando?», se quitó el abrigo y me lo puso sobre los hombros.

Traté de acomodar mi mochila y me di cuenta de que la había dejado en la oficina de Luca, junto con mi chaqueta y mi suéter. Mis mejillas ardieron al recordar a Luca inclinándome sobre su escritorio y exponiendo mi trasero solo para poder azotarlo. Dios mío. Nunca más podría volver a mirarlo a los ojos.

«Nada», lancé una mirada por encima de mi hombro. «Hubo una conmoción en el edificio. Me asusté y salí corriendo».

«Hiciste lo correcto. Anda, vámonos a casa», me rodeó con su brazo y me acompañó hasta su auto. «¿Quieres parar y comer algo?».

Tenía que parecer un completo desastre para que Enzo estuviera tan preocupado por mí. Tía Vittoria me enseñó a mantener siempre mi ingenio, a nunca bajar la guardia. Pero de alguna manera, Luca lograba quitármelo todo. Me dejaba desnuda y expuesta.

«No, estoy cansada», me abracé a mí misma.

«Bueno».

«¿Por qué viniste a buscarme?», apoyé mi cabeza en su hombro.

«No sé. Una corazonada», se rió entre dientes. «Supongo que mis sentidos hormigueaban».

«Ese es el Hombre Araña. No Batman. Ordena bien a tus superhéroes», me reí.

Tan pronto como llegamos a casa, Enzo me acompañó a mi habitación y me arropó. Realmente era como un superhéroe. Él sabía exactamente lo que necesitaba para sentirme mejor. A diferencia de otros idiotas que conocía. Enterré la cara en la almohada y grité, «Te odio, Luca Gallo. Te odio», lo dije una y otra vez.

Cuando lo dejé salir todo, me senté y tomé el agua que Enzo me había traído.

En algún momento de la noche, también trajo un paquete dirigido a mí junto con mi mochila. Abrí la caja y me quedé boquiabierta. Dentro encontré un teléfono y un pequeño vibrador. No tuve que abrir la nota para saber que Luca me había enviado estas cosas. Lo miré durante unos minutos antes de tomarlo y comenzar a leer.

Tarea #1: enciende el teléfono, ve a la carpeta de archivos.

«Bien», hice lo que me pidió.

Debajo de la carpeta de archivos, encontré una serie de tareas para las próximas cuatro semanas. ¿Qué diablos se suponía que debía hacer con esto? ¿Realmente seguir adelante con esto? ¿Qué pasaría si no lo hacía?

Fui a la aplicación Mensajes del teléfono y, efectivamente, recibí un mensaje del profesor Gallo que decía: léeme. Hice clic en él y leí.

Profesor Gallo: si no completa las tareas, reprobará mi clase.

Escribí una respuesta rápida tan pronto como me vino a la cabeza.

Yo: eso es muy injusto.

Presioné enviar y luego maldije en voz baja. Necesitaba encontrar mejores respuestas para él. Sonaba como la mocosa rica y mimada que él

pensaba que era.

Profesor Gallo: La tarea número 2 vence esta noche.

Yo: no puede ser tan rápido

Profesor Gallo: No se adelante, señorita Salvatore.

¿Qué?

Yo: ¿Planeaste esto?

¿De qué otra manera tendría un teléfono y un vibrador esperándome cuando llegara a casa? ¿Y cómo diablos sabía que ahora estaba viviendo con Enzo? El imbécil me había reprobado a propósito, solo para poder castigarme. Bien. Abrí el documento titulado Tarea #2. Tuve que continuar la historia en la lectura asignada.

Había una vez una niña rica. Ella era innegablemente atractiva. Pero como todas las criaturas hermosas, estaba increíblemente mimada y podrida hasta la médula. Una noche decidió salir a caminar en plena noche…

CAPÍTULO 4

Me dejaste plantado

DONATA

Miré mi nuevo teléfono apoyado inocentemente junto a mi jugo de naranja. El panel de notificaciones se presentaba ante mí, desafiándome a abrirlo de nuevo. No quería hacerlo. Anoche terminé de leer la historia que Luca me había asignado. Las cosas que quería que hiciera eran humillantes. En el instituto, me había vuelto muy buena interpretando a la seductora. Pero en realidad no sabía mucho sobre sexo o mejor dicho, sobre cómo era tener una pareja sexual.

Luca me asustó. Principalmente porque sabía que él no estaba aquí para mí. Quería venganza por todas las mentiras que había dicho sobre él, por haber hecho que lo despidieran. Claro, más tarde me retracté. Pero para entonces, el daño ya estaba hecho. Las mentiras no se pueden deshacer. Y, además, tía Vittoria no quería que mi reputación se manchara. No porque a ella realmente le importara lo que pensara la gente. Sino porque tenía un marido muy específico en mente para mí. Quería a alguien poderoso e influyente. Alguien digno de casarse con la Don Salvatore.

Me estremecí. Ser Don era lo último que quería. Otra razón por la que la escuela era tan importante para mí. A pesar de lo que la gente veía cuando me devoraban con los ojos mi cabello rubio y mis tetas turgentes, no era una cabeza hueca. Podía verlos a todos venir a un kilómetro de distancia, razón por la cual nunca entregué mi virginidad. Ninguno de esos tipos valía mi tiempo.

La tía Vittoria tenía una visión astuta del mundo, pero eso no la hacía equivocarse en sus creencias. ¿Me dirigía en esa dirección? ¿Ver a los hombres y a todos los que me rodeaban como peones? Probablemente. Tal

vez por eso no estaba furiosa conmigo cuando descubrió que había mentido acerca de que Luca me había seducido cuando tenía quince años. Ella sabía que lo había hecho para manipularlo y entablar una relación que él no quería. Era difícil pasar por alto el orgullo en sus ojos. Ella veía el potencial en mí. Esa fue mi primera pista de que lo que le había hecho a Luca estaba terriblemente mal.

El teléfono volvió a sonar y un nuevo mensaje se deslizó en la pantalla. Por muy enojada que estuviera con Luca por pensar que utilizaría su juguete, también me excitaba. Ver su nombre en la pantalla fue muy excitante. Por primera vez, un chico no me quería por mi apellido; él me quería por mí.

Bueno, *querer* era un poco exagerado. Luca quería venganza. Y él estaba usando mi deseo para conseguirlo. Quería un castigo que se ajustara al delito.

¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar con esto? Anoche, quedé muy sorprendida al leer su plan de lección. Definitivamente eso estaba en mi lista de tareas pendientes para hoy. Una sonrisa apareció en mis labios. Me había pedido que no me adelantara. Luca ya tenía que saber que yo no era del tipo obediente.

«Te pareces al gato que se bebió la leche», Enzo se sentó frente a mí y sirvió café en su taza. «Sácalo».

«¿Qué? No pasa nada», volteé el teléfono para que no pudiera ver la pantalla.

«Donata...», se detuvo con la taza a medio camino de los labios. «¿Estás metida en algún tipo de problema?».

«No. ¿Por qué lo preguntas?».

«¿Por qué?». Tomó un largo sorbo antes de continuar. «Anoche, Jesús, solo voy a decirlo. Anoche parecías como si alguien te hubiera agredido. Estabas prácticamente desnuda, corriendo por el campus».

«Dios mío, cálmate, Batman. No fui agredida». Mi mirada se desplazó hacia mi teléfono vibrante. «Te lo dije. Me asusté y dejé mis cosas en el auditorio».

«¿Por qué te asustaste?», él arqueó la ceja.

«Una conmoción».

«¿Y eso qué significa?».

«No sé. Por favor, no más preguntas. Tengo un dolor de cabeza muy fuerte esta mañana».

«Bien», levantó las manos en una especie de rendición. «Sabes que puedes acudir a mí si necesitas algo, ¿verdad?».

«Sí», alcancé su mano herida. «Lo sé. Y lo aprecio. Pero estoy bien».

«Como desees», tomó un plato y le puso un poco de fruta, «oye, ¿viste el paquete que dejé en tu habitación anoche?».

«Sí, lo vi».

«¿Qué pasó con tu viejo teléfono?».

«Nada. Solo quería la versión más reciente». Me llené la boca de huevos para que detuviera esta línea de preguntas.

Honestamente, Enzo me había dicho más palabras esta mañana que en los últimos dos años completos. ¿De qué se trataba? ¿Realmente anoche me había visto en tan mal estado? Pensé en Luca y cómo me había despreciado cuando llegué por primera vez a su oficina. En el momento en que surgió nuestro pasado, se activó un interruptor. El hombre me dio una nalgada, por Dios. Me azotó como si fuera una mocosa mimada.

«¿Estás bien?», preguntó Enzo, «te ves un poco acalorada».

«Estoy bien. ¿Cómo estás tú?», me senté en mi silla y le sonreí.

Aunque en el fondo de mi mente todavía podía ver a Luca dándome una nalgada. Esa imagen se había transformado en un video 3D que se movía de izquierda a derecha. Pude ver su rostro, que a veces parecía enojado y otras lujurioso. Pude ver mi propio rostro, lleno de lágrimas mientras pronunciaba su nombre. Un momento, ¿qué? Carajo, ¿dije su nombre? ¿O simplemente lo inventé ahora mismo?

«De todos modos, estaré en Brooklyn con mamá y Caterina todo el día. ¿Necesitas algo?», Enzo me frunció el ceño. Se dio cuenta de que no estaba prestando atención.

«No. Voy a relajarme y trabajar en algunas tareas». Crucé las piernas. Dios, esa palabra tenía un significado completamente nuevo ahora.

«¿Cenamos cuando regrese?». Se puso de pie y se dio la vuelta para besar la parte superior de mi cabeza.

«Suena genial. Adiós».

Me quedé quieta hasta que el ascensor del penthouse se cerró. En el momento en que estuve sola, me desplomé en mi silla. ¿Qué diablos me pasaba? No podía permitir que Luca consumiera mi tiempo de esta manera. No había pensado en nada más que en él desde que anoche salí corriendo de su oficina.

«No lo haré», le dije a su teléfono. «Entiendo que estés enojado por lo que pasó. Pero no soy tan débil como crees que soy. A la mierda tú y tu plan de lecciones».

Como si Luca realmente pudiera oírme, apareció un nuevo mensaje.

Profesor Luca: Conteste el maldito teléfono, señorita Salvatore.

Jadeé y luego fruncí los labios. Odiaba que pudiera asustarme tan fácilmente, que pudiera llegar a mí de esta manera. Me mordí la uña del pulgar mientras miraba la pantalla. Estaba enojado porque anoche no había resultado como él quería. Que no me encontré con un extraño en el parque y que no dejé que ese extraño me tocara.

Estaba loco. ¿Qué le hacía pensar que yo aceptaría eso?

Su rostro apareció en la pantalla. Antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo, cogí el teléfono. «¿Qué?».

«Buenos días, señorita Salvatore», su voz era pura miel.

«Profesor Gallo», asentí, aunque él no podía verme. «¿Le puedo ayudar en algo?».

«Me dejaste plantado».

«No sé a qué te refieres».

«Vas a hacer las tareas, Donata. De una manera u otra».

«Púdrete. No me importa tu estúpida vendetta. Y no me importa tu estúpida clase», terminé la llamada y luego arrojé el teléfono sobre la mesa.

Mi corazón latía con tanta fuerza que no podía dejar de temblar. Hubo un tiempo en el que habría matado por recibir una llamada de Luca temprano por la mañana, para tener una cita secreta con él. Pero eso había sido hace años. Ya no era esa chica tonta. Me puse de pie, agarré el teléfono y caminé hacia la cocina donde lo arrojé en uno de los armarios.

Pasé el resto del día trabajando en tareas de química y en un trabajo de investigación de humanidades. Cuando Enzo llegó a casa esa noche, yo ya estaba vestida para cenar. Por alguna razón, que estaba segura no tenía nada que ver con Luca, había hecho todo lo posible con mi cabello y maquillaje e incluso decidí usar un vestido que era demasiado atractivo y elegante para simplemente ir a cenar con un amigo.

«Jesús», Enzo miró dos veces cuando bajó las escaleras con un traje hecho a medida. «Te ves impresionante».

«Oh, ¿esta cosa vieja?», agité mi mano en señal de restar importancia. «Quería sentirme bonita por una noche». O tal vez me imaginaba que esta

noche tendría una cita con Luca Gallo. No, eso nunca podría ser. No me quería como su novia. Me quería como juguete. Quería humillarme.

«Bueno, misión cumplida», cogió mi abrigo y me lo ofreció.

«Eres muy bueno para mí», lo abracé cuando me condujo hasta la puerta del ascensor.

«Tú también», tomó mi mano entre las suyas. «¿A dónde vamos a cenar? ¿París?», se rió entre dientes.

«Hice reservaciones en este nuevo lugar de sushi en el Upper West Side».

«Suena genial».

El recién inaugurado restaurante era exactamente la frívola distracción que necesitaba para esta noche. Aquí me sentía a gusto. Ser la abeja reina en la ciudad era fácil. No requería pensamiento ni emoción. Apoyada en el brazo de Enzo y tener toda su atención me hacía sentir deseada. Me sentía como si fuera digna de una relación normal. La tía Vittoria no se equivocaba cuando decía que algún día debía sentar cabeza y tener algunos hijos. ¿Por qué no con Enzo?

«Prueba esto», Enzo tomó un trozo de rollo de unagi. «Si crees que has tenido unagi antes, estabas equivocada», me lo ofreció con sus palillos.

«Dios mío. Tienes razón. Es como una fiesta sexual en mi boca», me reí. «Lo siento, eso salió mal».

«No, puede que tengas razón», él se rió entre dientes, alcanzó mi cara y pasó dos dedos por mi mejilla. «Tienes una pestaña. A ver, pide un deseo».

Nos tomamos de las manos y juntamos los pulgares mientras yo cerraba los ojos para pedir lo imposible: Luca. Todavía estaba enojada con él. Este pequeño ritual era más bien una fuerza de costumbre. Llevaba años deseando tener a Luca Gallo. Cuando Enzo soltó mi mano, la pestaña había quedado pegada en su pulgar. «Oh, más suerte la próxima vez».

«La historia de mi vida», me reí, lanzando mis brazos al aire. «Tengo que orinar. ¿Puedes pedirnos otra botella de champán?».

«Seguro, se puso de pie para ayudar a levantarme de mi asiento.

«Gracias», le rodeé el cuello con mis brazos. «La deseaste a ella, ¿no?».

«Por supuesto que no», él encontró mi mirada.

«Bueno», tomé su mejilla», te mereces toda la felicidad. ¿Lo sabes?».

«Estás borracha. Ve a hacer pipí».

«Bien», giré sobre mis talones y me dirigí hacia la parte trasera del restaurante.

«Por aquí, señorita», una mujer con una pequeña linterna me mostró el camino por un pasillo oscuro. «Tenga cuidado».

«Gracias.», le sonreí y luego me dirigí a uno de los puestos.

Me senté allí sonriendo. Las cenas con Enzo siempre resultaban fáciles. Me gustaba que estuviera de acuerdo con todo lo que yo quería. Es cierto que lo hacía porque no podía importarle menos lo que sucedía a su alrededor. Jesús, ¿cuándo fue la última vez que tuve una cita real? ¿Sería eso posible para mí en este momento?

«A la mierda mi vida», dejé caer mi cara entre mis manos y la cadena del inodoro se activó debajo de mí. «Está bien. Lo entiendo. Necesito ponerme en movimiento».

Perfecto. Ahora estaba siguiendo los consejos de un baño automatizado. ¿Qué diablos me pasaba? Abrí la puerta del cubículo y fui a lavarme las manos. «No pienses en él», miré mi reflejo. «No. Pienses. En. Él».

Como si hubiera convocado al mismísimo demonio, Luca Gallo apareció en el espejo. Me giré tan rápido que tropecé hacia adelante. En un segundo, resultaba ser una silueta oscura al lado de mi reflejo, y al siguiente, estaba frente a mí, abrazándome fuerte.

«Estas borracha», dijo con los dientes apretados.

«¿Qué te importa?».

«¿Por qué ignoras mis llamadas?».

«¿Llamaste? No me había dado cuenta. Tiré el teléfono», me encogí de hombros. «No soy tu chica a la que puedes llamar a cualquier hora. Búscate otra».

«Donata», agarró mi cintura con más fuerza. «¿Por qué dejas que él te toque?».

«¿Qué?».

«El chico Alfera», tomó mi mejilla y parte de mi cuello. «A partir de ahora, Donata, y hasta que yo lo diga, me perteneces. Nadie más puede tocarte. Nadie más que yo. A menos que quieras que quien sea pierda una mano».

Sacudí la cabeza. «¿Por qué?».

«Porque eres mía. Te llevaré a casa».

«¿Qué? No».

Parpadeé un par de veces y todo quedó claro. Jesús, Luca se veía sexy con un traje oscuro y la cara bien afeitada. Nunca había visto sus ojos tan de cerca. Eran tan marrones. Era como si pudiera ver dentro de mi alma.

Apoyé mi mano en su pecho. Por supuesto que fue difícil; por supuesto que era cálido y atractivo. Era Luca. Todo en él era como una invitación a saltar por el precipicio.

«¿Qué estás haciendo aquí?», me encontré con su mirada.

«No me gusta que me ignoren. Supuse que necesitabas una charla de refuerzo».

«No te atrevas», lo aparté de mí de un empujón, pero él me rodeó con sus brazos y me aprisionó contra su cuerpo. Esto no era lo que tenía en mente cuando lo deseé antes. «No».

«Entonces prométeme que irás a casa y harás tu tarea».

«No puedo hacer eso».

En un movimiento rápido, me giró, de modo que le di la espalda y tuve una visión clara en el espejo frente a mí. Estábamos en un baño público. Claro, apenas había luz, pero cualquiera podía entrar y vernos. Lo último que quería era que un extraño viera cómo me daban nalgadas.

Metió la mano debajo de mi vestido corto y deslizó su mano por mi muslo, deteniéndose justo en la curva de mi nalga. Esta vez, fue exactamente como en mi fantasía reconstruida de anoche. En la repetición en mi cabeza, pude ver el deseo en sus ojos y en los míos mientras su mano se cernía sobre mi trasero.

«¿Harás lo que te pedí?».

«Come mierda».

«No puedo soportar que me supliques a hacerlo», lentamente, se inclinó y me mordió el hombro desnudo.

Sus dientes y labios sobre mi piel eran una fantasía olvidada hecha realidad. El fuerte golpe en mi trasero envió una descarga de adrenalina directamente a mi clítoris. De repente, la habitación se enfocó y cada centímetro de mí se sintió vivo.

«¿Por qué me estás haciendo esto? ¿Por qué ahora?».

«Porque tengo que hacerlo».

«Luca».

«Lo sé», me dio otra nalgada, «estás lista. ¿No es así?».

Nuestras miradas se encontraron en el espejo. Debería haberlo entendido con anticipación. No tenía idea de lo que me pedía que hiciera, de lo que yo aceptaba hacer por él. Luca quería venganza. Si bien merecía todo su castigo, no podía olvidar un hecho importante. Para mí, esto era mucho

más que un tonto juego sexual. Cuando se trataba de Luca, no tenía ningún autocontrol. Él era mi droga.

Y aunque él no tenía nada que perder, yo podía perderlo todo, principalmente mi corazón y mi alma.

«Sí», susurré.

CAPÍTULO 5

Casarse con la dulce princesa

LUCA

Donata Salvatore ha sido una espina clavada en mi costado desde el día en que nos conocimos hace años. Su obsesión conmigo había arruinado todos los aspectos de mi vida. En la escuela, yo era el maestro que sacaba ventaja de su puesto. En casa, me convertía en el peón de mi tío en un juego jodido con la Sociedad. A pesar de sus esfuerzos, logré llevar una vida normal. O tan normal como podría ser la vida de un mafioso.

Yo todavía era un Gallo, del que se esperaba que hiciera ciertas cosas, como estar a disposición de Don Jimmy Gallo. Nuestras vidas giraban en torno a sus oscuros estados de ánimo y deseos. Creía que la Sociedad le debía más a nuestra familia. Fuera lo que fuera ese *más*, nunca lo especificó. Sus quejas tenían más que ver con el hecho de que siempre se había sentido como un extraño. Desde el principio, las cinco familias originales del crimen habían sido cuatro. Los Gallo se abrieron paso y, desde entonces, nos trataban como si no perteneciéramos. No me importaba porque nunca quise ser parte de este mundo mafioso. El tío Jimmy, por otro lado, pasó la mayor parte de su tiempo tratando de encontrar una manera de hacerles daño. Si fuera por él, todas las demás familias de la Sociedad serían aniquiladas.

Afortunadamente, los Don habían creado una especie de control y equilibrio dentro de la organización para asegurarse de que personas como mi tío y Michael Alfera no permanecieran en el poder por mucho tiempo. Desafortunadamente, mientras los Don estaban muy ocupados con Michael Alfera, mi tío pasó desapercibido. Entonces, aquí estaba yo, su imbécil a su entera disposición, siguiendo a la increíblemente mimada Donata Salvatore.

Él creía que ella era la clave de su gran plan para, sorprendentemente, asumir el cargo de rey de la Sociedad. El plan siempre fue el mismo para él. Era viejo y estaba fuera de contacto, haciendo de mafioso como si estuviéramos en una especie de película de '*El Padrino*'.

Los tiempos habían cambiado y el tío Jimmy se había quedado atrás. Solo que él aún no lo sabía. Se negaba a reconocer que la Sociedad no le debía nada a él ni a nuestra familia. Me froté el costado de la cara. Me había quedado atrapado con Donata hasta que mi tío entrara en razón.

«¿Puede traerme una copa de vino, por favor?», ella hizo una señal con la mano al mesero.

El mesero casi tropezó con sus propios pies al intentar conseguirle la copa que había pedido. Apreté los dientes. La forma en que los hombres la adulaban me irritaba muchísimo. Bebí un poco más mientras contemplaba mi sushi intacto. Tareas simples como comer eran imposibles cuando ella estaba cerca, absorbiendo todo el oxígeno de la habitación.

Entre otras cosas, Donata era la reina de la simulación. Acababa de darle una nalgada en el baño por coquetear con el chico Alfera y por dejarme plantado anoche. Y, sin embargo, aquí estaba ella, sentada majestuosamente en su mesa y actuando como si nada hubiera pasado. Bebí de mi vino y sonreí porque estaba seguro de que ese lindo trasero suyo estaba escocido en este momento. Y no solo eso, le había dejado la huella de mi mano.

«¿Adónde fuiste?», hizo un puchero mientras hablaba por su teléfono. «¿Hablas en serio?», sacudiendo la cabeza, tomó un gran trago de champán.

Como si necesitara más alcohol esta noche, ella ya estaba borracha, y ahora parecía que también estaba sola. Odiaba ver las manos de Enzo sobre ella, pero marcharse de esa manera fue un movimiento realmente bajo.

Mierda.

Me puse de pie. Antes de que hubiera completamente decidido qué hacer con Donata, ya estaba a su lado. «¿Se fue el chico Alfera?».

«¿Qué te importa?», ella me miró fijamente.

«Me importa que estés borracha en público. Y sola», le ofrecí mi mano. «Te llevaré a casa».

«Ni lo sueñes», cogió su copa y tomó otro largo sorbo. «No he terminado mi bebida». Señaló la botella de champán que había en la cubitera de hielo que tenía al lado.

«¿Va a regresar?».

«Lo dudo», se encogió de hombros.

«¿Hace esto con frecuencia? ¿Sacarte y luego dejarte colgada?», me acerqué, luchando contra el impulso de tomarla en mis brazos y sacarla de aquí.

«Él está pasando por algunas cosas. Déjalo», ella me miró a través de sus largas pestañas.

Antes de que pudiera detenerme, mi mirada se dirigió hacia su pecho y el resto de ella con su vestido ajustado. Era realmente toda una visión. Y odiaba que se hubiera vestido y peinado solo para salir por la noche con Enzo. Eché un vistazo al salón. Cuando el mesero miró en nuestra dirección, le hice señas para que se acercara.

«La señorita Salvatore está lista para recibir la cuenta», saqué mi billetera de mis pantalones y le di mi tarjeta.

«En seguida, señor», le dio a Donata otra mirada prolongada y luego se alejó.

«Ya has tomado suficientes burbujas por esta noche. Vamos», le ofrecí mi mano nuevamente. Cuando ella me ignoró, la agarré del codo y la puse de pie. «O te vas de aquí conmigo. O te llevo cargada».

«No te atreverías», ella me miró entrecerrando los ojos.

«No me pongas a prueba, Donata».

«Aquí tiene, señor», el mesero regresó con mi tarjeta y el comprobante para que lo firmara.

«Última oportunidad», le devolví al mesero el váucher firmado y luego me volví para mirar a Donata con el ceño fruncido.

Miró alrededor como si no supiera que estaba hablando con ella. ¿Cuál era su plan? ¿Quedarse aquí y beber hasta que se desmayara? ¿Y qué? Sin duda el mesero estaría más que feliz de llevarla a casa. Sobre mi cadáver. Jesucristo. Donata tenía una manera de desquiciarme.

Abrí la boca para empezar a contar hasta tres, pero me detuve. Contar solo la haría hundirse aún más. Me incliné y la cargué sobre mi hombro. Al principio, ella se quedó callada y quieta. Probablemente porque no se había dado cuenta de lo que estaba pasando. Aunque en el momento en que salí y el aire frío golpeó su cara, ella se dio cuenta de lo que ocurría.

«¿En serio?», me golpeó la espalda. «Bájame.».

«Te dije lo que pasaría», ajusté su peso mientras marcaba el número de Alfred. Antes de que contestara, lo vi al final de la calle, preparándose para girar a la derecha.

«¿Es usted quien salía del restaurante?», me preguntó él.

«Sí. Quédate donde estás. Estoy yendo hacia ti».

«Sí, señor».

«Eres una verdadera bestia. No creas que no le diré a tía Vittoria lo que estás haciendo», ella jalaba mi chaqueta del traje.

«Oh, sí», me reí burlonamente y di grandes zancadas hacia la camioneta. «¿Qué dirías exactamente? Que te salvé después de que el chico Alfera te dejara sola con una botella de champán. ¿O que te exhibiste demasiado en público?».

«No», se movió para alejarse de mí. Cuando le sujeté las piernas con más fuerza, ella se rindió y se dejó cargar pesadamente sobre mi hombro. «Voy a contarle todo sobre lo otro».

«¿Lo otro?».

Doblé la esquina y me encontré con la mirada de desaprobación de Alfred. «Buenas noches, señor Gallo», nos sostuvo la puerta.

«Buenas noches, Alfred. ¿Cómo va tu noche?».

«Bien», sacudió la cabeza mientras acomodaba a Donata en el asiento trasero.

Me subí detrás de ella y la sostuve cerca de mí, en caso de que tuviera la brillante idea de salir corriendo en el último minuto y saltar de un vehículo en movimiento. Donata era así de impulsiva. Tenía poco cuidado por su seguridad.

«¿A casa, señor?».

«Qué gracioso. No, la llevaremos al penthouse de Alfera».

«En seguida, señor».

«¿Estás bien?», ladeé la cabeza para mirar a Donata a los ojos. «De repente te quedaste tan callada».

«No hables», ella puso su mano en mi boca. «Estás haciendo que el auto dé vueltas en círculos».

«Ese sería el alcohol, no yo».

El corto viaje hasta el edificio de Enzo fue pura tortura. No me gustó lo bien que se sentía Donata en mis brazos ni lo perfecto que encajamos. Cada minuto que pasaba con ella, me daba cuenta de lo acertado que había sido al mantenerme alejado de ella todos estos años. Era un problema. Más que eso, Donata era peligrosa. Podría hacer que cualquier hombre perdiera la cabeza. Incluso ahora, podía sentirme a la deriva y sin noción de lo que tenía que hacer.

Para cuando Alfred se detuvo en la acera, yo estaba listo para que esta noche terminara. No esperé a que abriera la puerta; salí y ayudé a Donata a salir.

«¿Tienes una llave?», envolví mi brazo alrededor de su cintura para mantenerla cerca de mí.

«No».

«¿Cómo vas a entrar?».

«Ascensor privado. Me conocen».

«Por supuesto que lo hacen», la acompañé al vestíbulo vacío. «¿Hacia dónde?».

«El final del pasillo», señaló hacia el ascensor. De alguna manera, logró caminar en línea recta, casi lo logró antes de tropezar y yo tuve que agarrarla. «Puedes seguir ahora». Presionó el botón de llamada varias veces. Tan pronto como se abrieron las puertas, entró y se apoyó contra la pared. «Como puedes ver, estoy perfectamente a salvo».

«Aún no estás en casa», entré y presioné el botón PH.

Las puertas se cerraron y la cabina del ascensor comenzó su lento ascenso hasta el último piso. Antes de llegar al penthouse, nos detuvimos y nos sumimos en la oscuridad. Con frustración, me pasé una mano por el cabello. Una parte de mí no podía evitar culpar a Donata de este incidente. No era justo, pero eso era lo que le pasaba a ella. Los problemas la seguían a todas partes.

«Es desconcertante cuando uno se queda así ante tanto silencio». Me acerqué en la dirección hacia donde ella había estado antes de que se apagaran las luces. No podía ver nada. «¿Estás bien?».

«No me toques», ella se quejó.

«¿Qué?», el sonido que hizo me partió el corazón en dos.

«Detente», su respiración se volvió errática, como si estuviera sufriendo un ataque de pánico.

«Oye», me acerqué a ella, «estás bien».

«Estamos atrapados», ella apartó mi mano de un golpe. «Por favor, déjame salir», gritó. Aunque no podía verla, me di cuenta de que había caído de rodillas. «Déjame salir».

«Jesús, ¿tienes miedo a la oscuridad?», logré agarrarle ambas muñecas. Cuando ella luchó contra mí para liberarse, me arrodillé frente a ella y llevé sus manos a mi pecho. «Estás conmigo, Donata. ¿Puedes sentir eso?».

En ese momento, mi corazón latía tan rápido que no había manera de que ella no pudiera sentir los latidos que amenazaban con romperme la caja torácica. Coloqué sus palmas debajo de la chaqueta de mi traje y las presioné contra mí. «Estoy aquí. No estás sola, Donata. Respira. Estoy aquí».

«Luca».

«Sí», envolví mi brazo alrededor de su cuerpo y la abracé con fuerza, mientras alcanzaba el teléfono del ascensor para llamar a seguridad. «Voy a llamar a seguridad».

«Bueno», ella asintió.

«¿Hola?», un hombre respondió de inmediato.

«Este es Luca Gallo. Tengo a la Srita. Donata Salvatore conmigo. Estamos atrapados en el ascensor», hice una mueca ante mi elección de palabras.

«Lo siento señor. Necesita la tarjeta de acceso».

«¿Está bromeando?».

«Me temo que no».

Agarré el teléfono con más fuerza, pero antes de que pudiera decirle al imbécil exactamente cómo iba a morir si dejaba que Donata pasara otro segundo en la cabina del ascensor, la llamada fue silenciada. Cuando volvió, todavía estaba discutiendo con otro hombre.

«Lo siento mucho, señor Gallo». Una nueva voz masculina se puso al teléfono. «Toby es nuevo. Todavía se está familiarizando con los residentes de nuestros penthouses. Mis sinceras disculpas».

En el siguiente suspiro, el ascensor cobró vida y las luces volvieron a encenderse. Tenía muchas más cosas que quería decirle al guardia de seguridad, pero el horror que vi en el rostro de Donata me dejó sin palabras. Parecía tan vulnerable y rota. ¿Qué diablos le había pasado para que le tuviera tanto miedo a la oscuridad?

Quería decirle a este tal Toby lo que pensaba, pero Donata era lo único que importaba en este momento. Mirando la cámara de seguridad montada en la esquina superior, volví a colocar el teléfono en la cabina de llamadas.

«Vamos. Estás segura ahora», acompañé a Donata al vestíbulo.

Una vocecita en mi cabeza me decía que debía alejarme lo antes posible de Donata. Pero no podía dejarla así. El departamento se sentía vacío. Y quién sabría cuándo llegaría Enzo a casa.

«Puedes irte ahora», Donata se secó las mejillas manchadas de lágrimas. Estaba cubierta de sudor frío y parecía muy pálida.

«¿Dónde está tu habitación?».

«Piso superior».

No es una respuesta real. Supuse que no importaba dónde durmiera esta noche. «Bueno. Vamos».

«No te necesito aquí».

«Este no es el momento de hacerse la chica dura. Estás atrapada conmigo hasta que esté seguro de que estás bien».

«¿Por qué tienes que ser tan mandón?», nuevas lágrimas corrieron por sus bonitas mejillas. «¿Por qué tienes que ser así?».

«Bien», me acerqué a ella y tomé su rostro. «Parece que te sientes mejor. Más tú misma, al menos. No lo llamaría mejor».

«Come mierda».

«No me tientes, Donata».

Ella me lanzó una de sus miradas, luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la gran escalera. Al pie de las escaleras, se detuvo en seco y se inclinó. «Voy a vomitar».

«A ver, deja que te ayude», la alcancé.

«No. Mantente alejado», extendió la mano mientras usaba la otra para estabilizarse. «Deberías haberme dejado en el restaurante. Enzo habría venido por mí».

«¿Enzo? ¿Es a él a quien quieres aquí?», fruncí los labios. «Él se fue».

«Sí. Él es mi amigo», ella hizo una mueca y se tapó la boca.

«Vaya amigo que tienes».

Me señaló con el dedo como si tuviera más que decir. Un momento después, subió corriendo las escaleras. Excelente. ¿Ahora qué? Me paré en medio del vestíbulo, tratando de decidir qué hacer. Donata estaba bien. Ella había vuelto a su modo de mocosa mimada. Debería dejarla. Ella estaba en casa. Ya no me necesitaba.

«Mierda», pasé una mano por mi cabello. No me apunté para cuidar a la abeja reina. La verdad es que no me apuntaba para nada. Esta desilusión era idea de mi tío. Más que una idea, era una orden.

«Ella ya está enamorada de ti», había dicho el tío Jimmy. *“Debería ser muy fácil casarse con la dulce princesa”*.

¿Qué diablos estaba haciendo? No podía involucrarme con ella. Ni siquiera podía permitirme que me agradara un poquito. Ella era el objetivo.

Don Jimmy Gallo me había convertido en el depredador y Donata en la presa. Eso no significaba que tuviera que cuidarla. No era mía. Era un negocio, nada más. Di varios pasos hacia la puerta del ascensor. Cada uno de ellos me pareció que iba en la dirección equivocada.

«Tú ganas, princesa», me quité la chaqueta del traje y la coloqué sobre la barandilla.

Mientras Donata estaba arriba posiblemente vomitando, me arremangué y fui a la cocina a buscarle agua e ibuprofeno. Nunca había tenido que lidiar con una chica borracha, aunque los líquidos y los medicamentos parecían una buena idea.

Cásate con la dulce princesa. Las palabras del tío Jimmy resonaron en mi cabeza.

Bien.

¿Qué podría salir mal?

CAPÍTULO 6

No participes en el juego

LUCA

Quien había dicho que la venganza era un plato que se servía frío, nunca había conocido a una mujer como Donata. Subí las escaleras, sosteniendo en equilibrio una bandeja con café, agua, galletas saladas e ibuprofeno. Todo este plan tenía como objetivo hacer que Donata pagara por lo que me había hecho. En cambio, ahora estaba jugando a ser su enfermero.

Cuando llegué al rellano, probé la primera puerta a la derecha. Miré dentro. La habitación estaba demasiado limpia y aburrida para pertenecer a Donata, así que pasé a la siguiente y luego a la siguiente, hasta que encontré una suite que era más del estilo de Donata. Su cama estaba cubierta con cojines en varios tonos de rosa, junto con cinco vestidos de cóctel diferentes que solo podía adivinar que eran los que no había elegido esta noche.

Dejé la bandeja en la mesa de café cerca de la ventana. La pequeña zona de estar parecía acogedora y atractiva. Casi podía imaginarla sentada allí leyendo un libro o enviándome mensajes de texto llenos de odio. Una sonrisa apareció en mis labios mientras tomaba otro vestido atractivo de la silla y lo lanzaba con los otros vestidos. Los había ordenado todos en una pila cuando escuché a Donata llorar en la ducha. Apenas era audible; no tenía idea de cómo había logrado escucharla.

«Donata», llamé a la puerta del baño. «¿Estás decente? Voy a entrar».

«No, no entres», su tono de voz carecía de firmeza.

«Es demasiado tarde para jugar este juego», irrumpí.

Tan pronto como puse un pie dentro, me di cuenta de que tenía todos los grifos abiertos y que ya se había derramado suficiente agua sobre las baldosas, dejando el suelo empapado. Retrocedí hasta su suite y me quité

los zapatos y los calcetines antes de volver a entrar. Después de cerrar el agua de la ducha y del lavabo, fui directamente al armario de la esquina, cogí todas las toallas que pude encontrar y las tiré sobre el piso. Usé mis pies para arrastrarlos limpiando el piso antes de centrar mi atención en Donata.

«¿Qué demonios estás haciendo?», le pregunté. «¿Estás tratando de inundar el lugar?».

Estaba tumbada en la bañera con forma de garra de oso, con el cabezal de ducha de mano pegado al pecho. Me cerní sobre ella con las manos apoyadas en las caderas. Mi mirada recorrió sus largas piernas y el vestido que apenas cubría su cuerpo, ahora que estaba empapado. «Eres el peor borracho que he conocido».

«Quería solo lavarme la cara», apoyó la mejilla en el borde de la bañera. «No quería que me vieras así».

«Demasiado tarde», le quité el cabezal de la ducha y ajusté la temperatura del agua. «Esto está hirviendo. ¿Cómo es que no te quema?».

«Me gusta caliente».

«No deberías beber así». Rocié su cara mientras limpiaba suavemente el rímel de una mejilla y luego de la otra. Su piel era tan suave y hermosa. «Esperaba que te parecieras a la Malvada Bruja del Este sin maquillaje».

«¿Espera?», se rió suavemente. «¿Estás tratando de parecer gracioso? No sabía que podías hacer eso».

Era la verdad. No importaba lo que Donata usara o cuánto maquillaje tuviera, borracha o sobria, era absolutamente hermosa. Aparté mechones de cabello mojado de su cara. Dejé el cabezal sobre ella para mantenerla caliente, mientras pasaba mis dedos sobre su suave piel. Ya estaba limpia, pero no podía dejar de calmarla.

«No te enojes conmigo», ella me miró por encima de sus pestañas mojadas.

«¿Qué te hace pensar que estoy enojado?».

«Tu cara. Siempre tienes ese ceño fruncido entre tus cejas». Tocó mi sien y dibujó un círculo sobre las líneas de mi ceño. «Me odias, ¿verdad?».

«Arruinaste mi vida», coloqué en su lugar el cabezal de la ducha de mano y cerré el agua.

«Lo sé».

Podría quedarme aquí y enumerar todas las mentiras que Donata había dicho sobre mí y cómo cada una de ellas había cambiado mi vida para

siempre. Pero ella estaba borracha. Y había un cien por ciento de posibilidades de que por la mañana no recordara ninguna parte de nuestra conversación de ahora. ¿De qué servía la venganza si ella ni siquiera estaba sufriendo o no estaba consciente?

«¿Qué tal si te llevamos a la cama?», me levanté y la puse de pie. Se había quitado los zapatos y las medias, pero no el vestido. «Voltéate. Te ayudaré con el cierre».

Ella hizo lo que le pedí sin quejarse. De repente, había demasiado vapor en el aire y muy poco oxígeno para respirar. Desabroché el gancho superior y luego bajé el cierre por completo. Cuando la tela cedió, mi mirada se centró en su suave piel. Nunca dije que fuera un santo. Apartar la vista del cuerpo desnudo de Donata era una tarea imposible.

«Ya no podía respirar en esta cosa», dejó que el vestido cayera hasta sus pies y luego rápidamente se quitó el sostén y las bragas.

Jesucristo. «No te muevas. Déjame buscar tu bata de baño».

Por supuesto que ella no me escuchó. Cuando se dio la vuelta, perdió el equilibrio y cayó encima de mí, toda mojada y resbaladiza, y tan desnuda.

«Me estás matando», dije con los dientes apretados.

Respiré hondo para calmarme y recordarle a mi pene erguido que el sexo con Donata estaba fuera de discusión; eso nunca podría suceder entre nosotros. Una vez que nos casáramos, mi único propósito sería hacer de su vida un infierno. Una vez que nos casáramos, ella aprendería una última lección: yo no era el hombre que ella pensaba. El chico con el que estaba obsesionada no existía. No era más que la fantasía de una mocosa mimada.

Me agaché y la tomé en mis brazos. Si ella hubiera luchado contra mí, ambos habríamos aterrizado de cara en el azulejo. Asegurándome de pisar solo las toallas que no parecían demasiado mojadas, la cargué de regreso al dormitorio y luego agarré su bata de baño del gancho de la puerta.

«Toma. Póntela», se la entregué.

No podía decir si ella se movía en cámara lenta o si era yo quien no podía dejar de comerse con los ojos sus perfectas tetas. Mis manos ansiaban extender la mano y meterlas en mi boca. Jesús, ¿en qué diablos estaba pensando? Moví mi mirada hacia arriba, esperando que ella no notara mi firme erección.

Después de lo que parecieron horas, Donata jaló mi camisa. «Listo. Todas las partes ofensivas están cubiertas. Nunca te consideré un mojigato.

Ah no, espera. Lo entiendo», ella me señaló con un dedo perfectamente cuidado. «Solo te gusta cuando tienes el control. ¿Estoy en lo cierto?».

«Métete a la cama», dije con voz áspera. Donata realmente estaba poniendo a prueba mis límites. «Traeré el café. Probablemente ya esté frío».

«Tu ropa también se mojó. Deberías quitártela», cogió el botón superior de mi camisa de vestir.

«No creo que sea una buena idea», agarré ambas muñecas. «Tengo que irme».

«No, no te vayas. Por favor. Aún no», realmente se escuchaba sola y triste cuando suplicaba.

«Entonces métete bajo las sábanas».

Con una mirada resignada en sus ojos, caminó hacia el colchón. Le di ibuprofeno y café y ella los tomó sin decir una palabra más ni ningún otro intento de desvestirme. Jesús, no pensé que podría sobrevivir cinco minutos con una Donata desnuda. Por así decirlo, me estaba costando mucho mantener las manos quietas.

Me senté en el borde del colchón junto a ella y arreglé sus almohadas y mantas. «Intenta dormir de lado si puedes. Ya sabes, en caso de que tengas otro episodio», señalé hacia el baño.

«Ah. Ni me lo recuerdes. No puedo creer que me hayas visto así».

«Te pusiste en peligro esta noche», cedí y toqué su mejilla. «Debería inclinarte sobre mis rodillas y darte una buena paliza. Quizá solo entonces recuerdes beber con moderación».

«Tan juicioso», ella sacudió la cabeza y luego envolvió sus dedos alrededor de los míos. «Quédate conmigo esta noche».

«No puedo».

«¿Porque me odias?».

«Porque no estaría bien. Eres mi alumna, señorita Salvatore, ¿recuerdas?».

«La universidad no cuenta».

«Sí cuenta», me reí.

Si no estuviera a punto de desmayarse, señalaría el hecho de que las tareas que le había enviado eran más que inapropiadas. La seguí al restaurante para obtener una respuesta de ella, para asegurarme de que aceptara hacer las tareas que le había enviado. Todo a cambio de una mejor calificación. Por un momento, pensé en decirle la verdad. Consideré advertirle acerca de mis planes y los del tío Jimmy.

No participes en el juego, dulce princesa, y estarás a salvo.

Voy a romperte el corazón.

Sus ojos se cerraron. «He estado enamorada de ti desde hace tanto tiempo», ella inhaló profundamente. «Cada vez que sale el sol y no estás a mi lado, siento que falta una gran parte de mi vida. Tú y yo siempre hemos tenido una conexión. Sabes que es así. ¿Por qué luchas contra eso?».

«No estoy luchando contra nada», me tragué el nudo en la garganta. «Pelear contigo no me lleva a ninguna parte».

«Entonces quédate».

«Buenas noches, señorita Salvatore», me incliné y besé la parte superior de su cabeza. Me dolió el pecho cuando me di cuenta de que mi pequeño desvío había terminado y tenía que volver a casa. «Dulces sueños».

Apagué la luz de su mesita de noche. En el momento en que la habitación quedó a oscuras, ella se sentó y me alcanzó. «Luca».

«Aquí estoy», luché con el interruptor. Después de algunos intentos, logré volver a encender las luces. «Lamento no haberme dado cuenta de que aquí también le tenías miedo a la oscuridad. Shh». Tomé su palma y la coloqué sobre mi corazón. «Aquí estoy».

«El sótano es tan frío y oscuro. Odio cuando está oscuro. No puedo respirar cuando está tan oscuro», murmuró medio dormida.

«¿Qué te pasó?».

«No te vayas», ella me miró con esos grandes ojos azules. «Les mentí a todos. Nunca te olvidaré. Si tengo que esperar una eternidad, lo haré».

«No me iré. Lo prometo. Cierra los ojos ahora. Me quedaré contigo hasta que salga el sol», la arropé de nuevo.

Cuando finalmente soltó mi mano, me moví hacia la silla cerca de la ventana para observarla dormir. Podría echarle la culpa al tío Jimmy, por haberme visto reducido a hacer de niñera de Donata. Pero eso sería una mentira. Estaba aquí porque quería estar. Porque la mera idea de que Enzo ayudara a Donata a bañarse y luego la desnudara me encolerizaba.

Una parte de mí quería cancelar todo el asunto. Al principio me atrajo la idea de darle a Donata un poco de su propia medicina. Y, a decir verdad, si el tío Jimmy no fuera parte de este plan, con mucho gusto pasaría el resto de mi vida jugando este juego con Donata.

Pero el tío Jimmy era un mafioso peligroso, que no pensaría dos veces en matar a Donata, a mí y a mi familia para conseguir lo que quería.

“Conoce tu lugar, hijo”. Las palabras del tío Jimmy daban vueltas en mi cabeza. “*Harás lo que te diga. O tu madre pagará las consecuencias”*.

Mamá adoraba al tío Jimmy. Él nunca le haría daño físico. Pero tenía otras formas de hacerla sentir dolor. Podría quitarle esa casa en la playa que tanto amaba. Podría casar a una de mis hermanas con el hombre más cruel que pudiera encontrar. Visto así, lo que me ofrecía no era tan malo. Excepto por la parte en la que Donata sufriría y luego lo perdería todo.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. «Hablando del demonio, este apareció». Dije en voz baja, mientras miraba el nombre del tío Jimmy en mi pantalla durante unos segundos antes de responder.

«Aquí Luca», dije suavemente, manteniendo mi mirada en la forma dormida de Donata.

«Mis fuentes me dicen que Alfred está en casa de Donata. ¿Estás con ella?».

«Sí».

«Bien. Finalmente estás progresando. Me cansan tus métodos. Han pasado meses. ¿Qué tan difícil es embarazarla y lograr que se case contigo?».

«Eso no es lo que acordamos, tío».

«Eres mi sobrino favorito».

No lo era.

«Por eso, y por tu madre, te dejé encargarte de Donata a tu manera. Te llamo para recordarte que se te está acabando el tiempo. Termina el trabajo o lo terminaré por ti».

Apreté mi teléfono con fuerza. «Estoy consciente de cuánto tiempo me queda».

«Simplemente fóllala para finalmente poder contarle a Vittoria las buenas noticias. En mi época ya me habría ocupado de esto. No entiendo qué te está deteniendo».

«¿Es eso?», me recliné y dejé que mi mirada regresara hacia el hermoso rostro de Donata, mientras el tío Jimmy repasaba todo su plan nuevamente conmigo.

Una y otra vez hablaba de cómo mi matrimonio con Donata pondría a nuestra familia en primer plano. Habíamos tenido la misma conversación una vez a la semana desde que vino a verme hacía seis meses. Si por casualidad perdía su llamada, él me visitaba en persona y entonces las cosas empeoraban para mí. Ver su rostro era suficiente para hacer que mi

estómago se revolviera. Odiaba todo lo que él representaba. Odiaba la forma en que hablaba de Donata como si fuera ganado. Odiaba tener que sentarme aquí y escucharlo asumir que él y yo éramos iguales.

No estaba dispuesto a aprovecharme de una chica inocente solo porque él quería que lo hiciera. Ese había sido nuestro trato. Quería que Donata viniera a mí por su propia voluntad. Cerré los ojos y sonreí mientras pensaba en todos los obstáculos que había puesto para que ella se enamorara de mí. Ya había dicho que me amaba. Pero sabía que eso no era cierto. ¿Cómo podía ser? Ni siquiera me conocía.

La voz de mi tío seguía sonando al otro lado del teléfono. Dejé caer mi mano a un lado para no tener que escuchar más su parloteo. Después de otro latido, dejé caer el teléfono al suelo y me puse de pie.

«No participes en el juego, Donata», me senté a su lado y acaricié su cabello mojado. «Nada bueno puede salir de nuestra unión. Deberías saber eso. Última oportunidad, dulce princesa».

CAPÍTULO 7

Tan buena chica

DONATA

El viernes siguiente, me sentí aliviado cuando Enzo se quedó atrapado en el laboratorio de biología y ni siquiera pudo acompañarme a la conferencia de Luca. Tenía el estómago hecho un nudo desde que me desperté esta mañana con un nuevo mensaje del profesor Gallo.

Profesor Gallo: Buenos días, Srita. Salvatore

¿En serio? ¿Eso era todo lo que tenía que decir después de tratarme como a una mocosa en el baño público de un restaurante elegante? Me sacó de allí como a una chica borracha. En su defensa, existía la posibilidad de que me hubiera excedido ya que no podía recordar mucho de esa noche. Bueno, recuerdo haber vomitado en el baño. El resto era todo borroso. Pero una cosa era segura, Luca y yo no tuvimos relaciones sexuales.

Lo sabía porque tan pronto como me desperté desnuda en mi cama, le envié un mensaje de texto.

Yo: ¿te aprovechaste de mí anoche, pervertido?

Profesor Gallo: si hubiera estado dentro de usted, señorita Salvatore, lo sabría con seguridad.

Mis mejillas ardían cada vez que leía su mensaje. ¿Por qué me afectaba así? Odiaba que después de todo este tiempo siguiera estando dispuesto a hacer lo que él me pidiera. La peor parte fue que ahora sabía cómo se sentía estar en sus brazos, como si realmente estuviera en sus brazos. No se parecía a nada que hubiera sentido antes. Me hacía sentir protegida, como si el tiempo y el espacio no importaran.

Me detuve frente al auditorio y volví a mirar mi teléfono, releyendo la tarea que tenía para mí hoy. Un aleteo en mi pecho se hizo cada vez más

grande hasta que se me hizo difícil respirar. Podría marcharme ahora y no volver nunca más. Pero, luego ¿qué? No me graduaría de la escuela. ¿Pasaría por todo el problema de cambiarme a la Universidad de Nueva York solo porque no podía realizar una tarea sencilla?

Dejar Nueva York no era una opción. Enzo me necesitaba aquí. Necesitaba una amiga. Y si fuera sincera, no estaba dispuesta a dejar ir a Luca. Incluso si sus intenciones estaban lejos de ser nobles, yo ya estaba enganchada a sus dosis diarias de atención. Un simple "buenos días" alimentaba todo mi día. Luca era un problema. Pero, ¿qué opción tenía?

«Debería ser ilegal verse tan atractivo y además ser tan inteligente». Una mujer de mi edad se asomó por la puerta y luego se volvió hacia su amiga.

«Me encantaría lamerlo», murmuró la amiga y luego se rió.

«Dios. A mí también», la otra mujer simuló derretirse en el suelo.

Ambas se rieron disimuladamente, como si hubieran contado un chiste muy gracioso. Respiré hondo, abrí la puerta y encontré mi asiento en la primera fila, justo en la línea de visión de Luca desde el podio. Lo miré con todo el desprecio que pude reunir. Él, por otro lado, actuaba como si no me hubiera visto, tal como lo había hecho en las dos últimas conferencias. Por un momento, me pregunté si tal vez toda su charla era solo eso, palabrería.

Era profesor en una escuela de la Ivy League. Claro, crecimos en un mundo mafioso que nos ponía a todos por encima de la ley, pero, aun así, incluso yo sabía que había ciertas líneas que no podíamos cruzar. Eso sería todo. Su teléfono, las tareas, las nalgadas... todo eso había sucedido fuera de clase. Blofeaba. En esta sala, no podría tocarme.

Me quité el abrigo y lo coloqué en el asiento al lado del mío, luego coloqué mi computadora en mi regazo. Con la mirada fija en la pantalla grande, era la personificación de una buena estudiante dispuesta a aprender.

Profesor Gallo: su tarea debe entregarse antes de que finalice la clase.

El mensaje apareció en mi pantalla un segundo antes de que se dirigiera al resto de los estudiantes. «Más de la mitad de ustedes regresaron. Felicidades». Su mirada se dirigió hacia mí. «Como recordatorio, la tarea de hoy vence al final de la clase».

Dirigió su apuntador y comenzó la presentación. Me perdí en el tono de barítono de su voz y en esa manera fácil que tenía de explicar ideas complejas. A Luca realmente le encantaba enseñar. Este lugar era donde

parecía más a gusto. Las mujeres tenían razón. Debería ser ilegal ser tan atractivo.

Me recosté en mi asiento.

Profesor Gallo: hágala ahora

Su nuevo mensaje me sorprendió. ¿Cómo podría seguir el ritmo de la conferencia y aun así enviarme mensajes de texto? Abrí el teléfono y luego miré a mi izquierda y a mi derecha. Yo era la única en la primera fila y con las luces completamente apagadas, tenía cierta apariencia de privacidad. No es que la privacidad fuera alguna preocupación para Luca.

Leí la tarea nuevamente.

En el instituto, hacía que Rex, Santino y Enzo tuvieran juegos similares. Una vez, solo para poder presumirse como ganador durante todo un año, Santino tuvo relaciones sexuales con una maestra en su salón de clases. El rumor era que su marido o su novio lo había visto todo. Esto era exactamente lo que Luca quería de mí esta noche. No tener sexo, sino que quería que tuviera un orgasmo en su clase, mientras él enseñaba.

Lo peor resultaba ser que había estado pensando en ello desde el sábado cuando acepté seguirle el juego a cambio de una mejor calificación en mi ensayo. Me vi en este mismo asiento muchas veces durante el día, tocándome mientras Luca hablaba sobre la medicina moderna y los descubrimientos influyentes de nuestro tiempo.

Levanté la vista y me concentré en la camisa arremangada y abotonada y sus musculosos antebrazos. Ahora sabía lo duro que se sentía su cuerpo y con qué facilidad podía contenerme. Mis ojos se cerraron mientras movía mi mano hacia mi sexo. Para mi sorpresa, el ligero toque provocó un frenesí en mi clítoris demasiado sensible.

Él sonrió mientras continuaba su conferencia. Esa fue la única pista que me dio para hacerme saber que estaba prestándome atención. Por alguna estúpida razón, este pequeño hecho me provocó una descarga de adrenalina inducida por el deseo. Luca me estaba mirando.

Me hundí más en mi asiento mientras deslizaba mi dedo por debajo de mi falda. Por mucho que había luchado contra la idea de tocarme en su clase, esta mañana me había vestido para ello. Llevaba una falda corta sin medias, a pesar de que afuera hacía mucho frío. Por supuesto, tuve que esperar a que Enzo dejara el penthouse para salir de mi habitación. Porque si me hubiera visto usando este atuendo en la escuela, habría adivinado que algo estaba pasando.

Como mínimo, me habría acusado de intentar seducir a Luca de nuevo. Consideré decirle la verdad. ¿Pero qué me daría eso? Ahora era una adulta. La elección de jugar era mía. Sin mencionar que no estaba preparada para escuchar explicaciones lógicas de nada. Especialmente no ahora. Enganché mis dedos sobre mis bragas y las bajé. Listo. La primera parte de la tarea estaba completa. A estas alturas, mi dolorido coño gritaba pidiendo algo de alivio.

Profesor Gallo: tan buena chica

El mensaje de texto llegó tan pronto como metí mi ropa interior en el bolsillo lateral de mi abrigo. Lancé una mirada por encima de mi hombro. Si las luces hubieran estado a todo nivel, todos podrían ver la culpa y la mortificación en mi rostro. Con respiraciones erráticas, coloqué mi chaqueta sobre mi cuerpo y luego deslicé mis dedos entre mis pliegues mojados. Apreté mis labios para sofocar el gemido. Me había tocado muchas veces. Pero nunca en público así. Y nunca con Luca mirándome. La intensa sensación no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Levanté la vista y me encontré con la mirada de Luca.

Su boca se movía, pero no podía entender lo que decía. Todo lo que sabía era que él me estaba mirando y que tenía mis dedos enterrados en mi coño para él. Dios mío. Todo mi cuerpo se derritió mientras dibujaba pequeños círculos alrededor de mi clítoris mojado. Tenía aproximadamente diez minutos para llegar al orgasmo y completar mi tarea.

Quería el alivio. Yo estaba tan cerca.

En ese momento, las luces se encendieron con un desagradable destello brillante. Me sacudí en mi asiento y me apreté más el abrigo, esperando que, si alguien me miraba, pensarían que tenía frío.

Hijo de puta. Miré a Luca detrás del podio.

Me había interrumpido a propósito. «Supongo que ese es todo el tiempo que tenemos por hoy. ¿Qué puedo decir? El tiempo vuela cuando te estás divirtiendo. Los veré la próxima semana». Hizo su gesto característico donde se tocó la sien con el dedo índice y el dedo medio y luego comenzó el proceso de quitarse el micrófono.

Me quedé en mi asiento hasta que todos se fueron. Si me daba prisa, tendría tiempo de pasar por el baño y recomponerme antes de reunirme con Enzo. Dios mío. No podía creer lo cerca que estuve de tener un orgasmo en público. ¿Qué diablos me pasaba? Ah, sí, Luca Gallo era lo que me pasaba.

Con rabia renovada, arrojé mi computadora portátil a mi mochila y la colgué sobre mi hombro. Mi ira rápidamente se convirtió en frustración cuando di el primer paso y me di cuenta de lo mojada y excitada que todavía estaba. Frunciendo los labios, prácticamente salí del auditorio y caminé por el pasillo hasta el baño.

Dejé correr el agua y me salpiqué la cara antes de entrar en un cubículo y volver a ponerme la ropa interior. ¿Cuál era el punto de eso? Presioné una mano contra mi frente.

Mi teléfono sonó con una notificación. Cuando miré la pantalla, vi mi calificación del ensayo de hoy. Otra maldita 'F'. El imbécil me reprobaba otra vez. ¿Por qué? Hice lo que me pidió. Saqué mi segundo teléfono de mi mochila y escribí un mensaje.

Yo: hice lo que me pediste.

Profesor Gallo: No se dan calificaciones por tareas incompletas.

Yo: ¿De qué carajo estás hablando?

Escribí rápida y furiosamente antes de presionar enviar. Luego di una patada a la puerta del cubículo.

Profesor Gallo: no terminó, señorita Salvatore.

Yo: sí terminé

Profesor Gallo: las mentiras son lo que la trajo aquí. ¿Recuerda?

Empecé a escribir, 'vete a la mierda', pero luego lo pensé mejor. No iba a arreglar esto por mensaje de texto. Caminé hacia el espejo sobre el lavabo y me arreglé la falda. Mis mejillas estaban de un rojo brillante, pero no había nada que pudiera hacer al respecto.

«Dos pueden jugar a este juego», murmuré, luego marqué el número de Enzo. Cuando contestó, respiré y solté lentamente. «Oye, voy tarde. No me esperes».

«No me importa esperar».

«No sé cuánto tiempo estaré aquí. Nuevo grupo de estudio».

«Está bien. Llámame si me necesitas».

«Sí, gracias», miré mi reflejo para aferrarme a mi resolución un poco más.

Tan pronto como terminé la llamada, salí del baño y me dirigí directamente a la oficina de Luca en el piso de arriba. Todavía no había decidido qué iba a decirle cuando escuché unas risitas al final del pasillo. Reconocí el sonido de inmediato y a quién pertenecían. Eran las mujeres con las que me encontré fuera del auditorio, las que querían lamer a Luca.

Sin ninguna razón, la ira que se agitaba en la boca de mi estómago se convirtió en algo más, algo que parecía celos y posesividad. Luca no me pertenecía. Pero la idea de que esta noche otras mujeres se hubieran excitado por él, me hizo enrojecer.

«Hola», saludé cuando se volvieron hacia mí. «¿También están aquí para ver al profesor Gallo?».

«Sí, pero no creo que esté aquí».

Apreté los dientes. ¿Tenían una cita con él? Vaya, tenía que calmarme. El hecho de que estuvieran aquí no significaba que lo hicieran por otras razones que no fueran académicas.

«¿Tocaron a la puerta?», yo lo hice suavemente. Cuando no hubo respuesta, giré el pomo y abrí.

Una rápida mirada alrededor de su oficina me decía que ni siquiera había venido después de clase. «Su abrigo y su maletín no están aquí. No creo que venga esta noche». Me volví para mirar a ambas chicas, esperando que la noticia las enviara a casa.

«Puedo esperar», una chica arrojó su bolso al suelo y se sentó junto a él.

«Sí, yo también», su amiga hizo lo mismo.

Mierda.

¿Llegaba tarde o no vendría en absoluto? Mi mirada pasó de las mujeres a la oficina vacía de Luca. ¿Por qué me molestaba esto? Él no era mío. En el mejor de los casos, Luca era mi maestro. En el peor de los casos, él era mi matón. Saqué mi segundo teléfono de la solapa delantera de mi mochila y le envié un mensaje de texto.

Yo: ¿no cumples tu horario de oficina?

Eso parecía bastante inocente. No necesitaba saber que estaba aquí para gritarle y exigirle que detuviera este ridículo juego. Y mientras lo hacía, tal vez podría dejar de coquetear con todas sus alumnas. Miré a las dos chicas sentadas a unos metros de mí y luego a mi pantalla, donde tres puntos aparecían y desenfocaban. Después de unos cuantos latidos, los puntos desaparecieron, pero no llegó ningún mensaje.

¿En serio? ¿Me estaba ignorando ahora?

Marqué su número y lo llamé. Después de tres timbres, fue al correo de voz. Sacudiendo la cabeza, terminé la llamada y cambié a la aplicación Uber para pedir un auto. Años de acechar a Luca significaban que sabía exactamente dónde vivía. Ingresé la dirección de su casa de piedra rojiza en

el Upper West Side y luego salí a esperar a mi conductor. Luca pensaba que me tenía atrapada en su juego. Pero este juego suyo terminaría esta noche.

Me quedé en la acera durante unos cinco minutos antes de que un sedán negro se detuviera. También resultaba algo bueno porque no sabía cuánto tiempo me quedaba antes de que mi resolución se desmoronara. En términos de sentirme firme, no tenía mucho. La verdad era que no quería meter a Luca en problemas. Tenía razón cuando me dijo que las mentiras me habían traído hasta aquí. ¿Me creería tía Vittoria si le contara lo que estaba pasando? ¿Y Enzo?

Eso era muy improbable. Todo el plan de venganza de Luca era tan descabellado que nadie lo creería. Yo misma seguía sin poder creerlo.

El corto viaje hasta la casa de Luca no ayudó mucho a disipar todos los pensamientos y sentimientos que daban vueltas en mi cabeza. Tenía que saber que cuando se trataba de él, yo era un completo desastre. Él era mi primer amor. El primer chico que me hacía sentir viva.

«Esta es la dirección, señorita», el conductor se detuvo frente a la casa de Luca.

«Sí, lo es. Gracias», miré hacia el clásico porche de piedra rojiza.

Nunca había estado dentro de la mansión de diez millones de dólares de Luca en la ciudad. Pero sabía que tenía seis dormitorios, nueve baños, cuatro espacios exteriores separados y una cocina gourmet construida según sus especificaciones. Por supuesto que el hombre sabía cocinar. O, al menos, eso había dicho a “Page Six” cuando cubrieron la compra de su casa hace un par de años. Justo cuando lo despidieron de Midtown High por mi culpa.

Salí del auto y subí las escaleras. Llamé y di un paso atrás. Mierda. ¿Qué diablos estaba haciendo? Luca no me debía nada. Ni siquiera una explicación por haber sido un idiota conmigo. Me lo merecía todo. Me di la vuelta, justo cuando la puerta se abrió.

«¿Señorita Salvatore?», su voz escurrió por mi espalda como miel.

«Yo...», lo enfrenté y me quedé boquiabierta. ¿Por qué diablos abría la puerta sin camisa? «¿Cuántas mujeres se masturbaron durante tu conferencia de esta noche?», solté.

CAPÍTULO 8

Vaya a casa, señorita Salvatore

DONATA

«¿Qué?», el espacio entre sus cejas se frunció mientras miraba de un lado a otro de la calle vacía. «¿De qué estás hablando?», me agarró por el codo y me jaló hacia adentro.

«Había dos mujeres esperándote en la escuela. No estabas en tu oficina». Aparté mi brazo de él. «Entonces, ¿cuántas mujeres más tienes en tu lista? ¿Todas ellas?», estaba divagando. Lo sabía.

Luca Gallo sin camiseta era un afrodisíaco. Para empeorar las cosas, su casa olía a galletas recién horneadas y a café. Mis ojos se llenaron de lágrimas porque me di cuenta de que la única razón por la que había venido aquí era porque quería verlo. No estaba enojada. Me sentía sola.

«Surgió algo. Tuve que cancelar el horario de oficina de esta noche», sonrió al suelo. «También fue la razón por la que tuve que acortar la lección».

«Lo hiciste a propósito. ¿Y luego me reprobaste?», levanté la voz. «Hice lo que me pediste».

Mis mejillas ardían. Tocarme delante de él era una cosa. Pero decirle exactamente lo que había hecho era algo completamente diferente. Tenía mi chaqueta cubriéndome. Por lo que yo sabía, él no sabía lo que había hecho.

«Sé que lo hiciste», se acercó. El calor de su cuerpo era todo un impacto para mis sentidos. «Te veías tan bonita con las piernas abiertas solo por mí. ¿Hasta dónde llegaste? ¿Cuántos dedos te metiste?», me susurró al oído.

Mis rodillas se doblaron y tuve que apoyar mi mano en su pecho desnudo para mantener el equilibrio. La ligera capa de pelo bajo mis dedos

envió una sensación de hormigueo directamente a mi vagina. El hombre era todo músculos y piel bronceada. Era droga pura. Yo era su drogadicta.

Había pasado dos años sin sus caricias. Dos años sobria. Dos años tirados al desagüe porque volvía a estar enganchada a Luca. Su olor, su energía pura y este aire de peligro a su alrededor me atraían. Yo lo quería. Y ni siquiera me importaban las políticas mafiosas de tía Vittoria o su advertencia de que me mantuviera alejada de él.

«¿Cuántas mujeres se masturbaron en tu salón de clases esta noche? Respóndeme. ¿Cuántos sucios secretos tienes?».

«Solo el único», su mirada cayó a mis labios. «Tú eres mi pequeño y sucio secreto, Donata. Siempre lo has sido». Dijo con los dientes apretados. Era difícil pasar por alto la lujuria en sus ojos. ¿Era esto posible?

«¿Qué estás haciendo, Luca? Estás sobrepasando los límites».

«Lo sé», acarició mi cuello y agarró con fuerza mi cintura. «Estás destinada a alguien más grande. Estás destinada a casarte con un rey. ¿Y qué soy yo?».

«¿Es por eso que decidiste que estaba bien torturarme?».

«Lo disfruté mucho. Así que, respóndeme». Su amplio pecho se expandía con cada respiración. «¿Cuantos dedos fueron?».

La habitación osciló un par de vueltas. Tenía que estar soñando. «Uno», dije con voz ronca. El deseo que me recorría era tan intenso que todo lo que podía ver era el hermoso rostro de Luca a cinco centímetros del mío.

«¿Así?», deslizó su mano debajo de mi falda y hundió un dedo dentro de mí.

Desde que terminó su clase, había estado al borde de un orgasmo no logrado. Su voz y sus manos sobre mí fueron mi perdición. Una chispa se encendió en mi centro, justo donde había aterrizado su dedo. Nunca nadie me había tocado así.

Exhaló. «¿Puedes aguantar dos?».

Dios mío. «Sí».

Añadió otro dedo y simultáneamente avanzó más profundamente. «¿Es por eso que viniste aquí?».

«No», negué en silencio.

Me acompañó hasta su salón, pasó la pared llena de libros y fue directo al sofá de cuero. Todo el tiempo hizo pequeños movimientos dentro de mí que me pusieron frenética. Pero ya no era nada como antes. Lo que sea que me estaba haciendo amenazaba con prender fuego a mi cuerpo. La parte de

atrás de mis piernas tocó el reposabrazos, pero él siguió avanzando hacia mí. Se cernió sobre mí, usando toda su altura para mostrarme que tenía el control aquí.

«Quiero verte terminar».

«No puedo».

«Sí puedes», inclinó mi rostro hacia arriba para encontrarse con el suyo, luego sus labios rozaron los míos.

«¿Por qué estás haciendo esto?», miré su mano entre mis piernas y luego hacia él.

«Te gusta jugar, ¿no?», jadeó. «Tú empezaste este juego, Donata. ¿Recuerdas? Ahora quiero ver cómo te corres».

Abrí la boca para decirle que no podía, que era demasiado embarazoso. Pero mi cuerpo tenía otras ideas. Cuando sacó un par de centímetros y luego volvió a empujar sus dedos, me deshice por completo. Arqueando la espalda, amplié mi postura, mientras tiras de líquido caliente entraban y salían de mi núcleo, subían hasta mi pecho y luego bajaban hasta los dedos de mis pies.

¿Cómo era posible que alguien me hiciera sentir tanto?

Las luces de los focos me cegaron. De repente, la habitación se volvió demasiado luminosa y extrañamente silenciosa. Todo lo que podía oír era el latido ahogado de mi corazón. Todo lo que podía ver eran sus ojos oscuros fijos en mí durante la clase. Y justo cuando la adrenalina disminuyó, su pene empujó mis pliegues húmedos y luego se hundió dentro de mí.

«¿Qué?», mis ojos se abrieron de golpe para mirarlo.

«Dime que me detenga», agarró mis caderas y chocó contra mí. «Dilo».

Sí, debía exigirle que se detuviera. ¿Cómo se atrevía a tanto? ¿Cómo se atrevía a follarme sin preguntarme primero? ¿Cómo se atrevía? Dejé caer mi cabeza hacia atrás. Estaba tan duro. Mis paredes apenas podían soportarlo. Esta plenitud dentro de mí era increíblemente erótica. Quería más de ello.

«¿Cómo te atreves?».

«¿Cómo me atrevo a follarme a una reina?», sopló una bocanada de aire caliente en mi cuello antes de hundirme sus dientes. «Dime que pare».

«Fóllame. Ay, Dios mío», tomé sus mejillas y acerqué su boca a la mía. «Por favor, fóllame».

Me besó fuerte. Nuestro primer beso no fue el gesto dulce y recatado con el que siempre fantaseé. No, me besó fuerte mientras me follaba con

todo lo que tenía. Sabía que el sexo con Luca sería intenso y agotador. Pero lo que me estaba haciendo ahora superaba todos mis sueños. Desafiaba la realidad.

«Jesús», Luca me abrazó con más fuerza mientras encontraba su propia liberación.

Su piel caliente me instaba a tocarlo todo, su pecho, su espalda, sus bíceps. Cuando lo rodeé con mis brazos, su cuerpo tembló antes de fundirse en mí en una especie de rendición.

Aunque sabía que esta no podía ser su rendición. Quizás más bien un respiro. Había estado enojado conmigo durante tanto tiempo. Llevábamos tanto tiempo discutiendo. No tenía idea de cómo lidiar con esta nueva versión de nosotros, esta versión saciada y feliz.

Pasé mis manos sobre él nuevamente, deleitándome con cada plano y valle en su espalda. ¿Qué significaba esto? ¿Ahora qué? Quería preguntar, pero tenía miedo de romper el hechizo. Y tenía miedo de leer demasiado en ello. Vivíamos en un mundo mafioso con sus reglas y tradiciones rígidas. La familia de Luca y la mía nunca estarían de acuerdo con esto.

Podría fingir que me amaba. Que juntos podíamos escribir nuestra propia historia y empezar una nueva vida. Pero eso sería otra mentira: un vil cuento de hadas.

«Luca», le susurré al oído.

Sacudió la cabeza, haciéndome cosquillas en el cuello con su suave cabello. Si no hubiera estado muy consciente de su cuerpo desnudo, me habría perdido el cambio sutil. A partir de ahí, fue como quedar atrapada en una avalancha mientras se alejaba de mí.

«Alfred te llevará a casa».

«¿Qué? No», lo alcancé.

Tomó mi mano y la levantó hasta que estuvo a la altura de mis ojos. Como para mostrarme que ya no podía tocarlo. El tranquilo y sereno profesor Gallo había regresado.

«Vaya a casa, señorita Salvatore».

La vergüenza se apoderó de mí. Yo era todo lo que él pensaba que era. Era la niña mimada e ingenua que siempre había sido. No importaba qué juegos jugara. Eran solo eso, juegos tontos de una chica tonta. Había perdido esta ronda. Porque cuando se trataba de Luca, nunca podría ganar.

«Luca», le rogué mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

No sabía lo que quería. ¿Esperaba hablar con la almohada o abrazarme? ¿No era eso lo que hacían las parejas? Tragué mientras miraba alrededor de su casa. Apenas había pasado el vestíbulo. Había otros cuatro pisos que no podía ver. Nada había cambiado. Yo era la forastera que intentaba averiguar acerca de la vida privada de Luca.

«Ahora», se metió el pene semierecto en sus pantalones y luego caminó hacia la puerta. Había que reconocer que no abrió la puerta de inmediato para echarme. Primero llamó a su conductor. «Alfred, la señorita Salvatore está lista para irse a casa», hizo una pausa, «si, gracias».

«Espera. ¿Tu chofer estaba esperando afuera a que terminaras conmigo?». Caminé pisando fuerte hacia la puerta ahora abierta.

«Buenas noches, señorita Salvatore», sus abdominales se hincharon mientras señalaba el sedán negro que estaba afuera.

«Vete al infierno», se lo dije a la cara mientras levantaba mi mochila del suelo.

Tan pronto como bajé las escaleras y giré a la izquierda, me llamó. Pero eso solo me hizo echar a correr. Podría conseguir mi propio transporte a casa. Mi humillación era completa. No necesitaba añadir a Alfred a la mezcla. Metí la mano dentro de mi abrigo y saqué mi teléfono. Tan pronto como me di cuenta de que Luca ni siquiera se había molestado en desabrocharme la blusa, sollocé en mi teléfono. ¿Qué carajo había sido eso? ¿Era esto algo que hacía todos los semestres? ¿Elegir una despistada chica al azar y follársela en su salón?

Entre lágrimas, miré la aplicación Uber que rastreaba mi auto. En dos minutos, una camioneta se detuvo y gritó mi nombre. Subí y lloré un poco más en mis manos. Quizás el conductor estaba acostumbrado a este tipo de exhibición porque ni siquiera me preguntó si estaba bien. Simplemente me llevó a casa.

Tan pronto como se detuvo frente al edificio de Enzo, salí corriendo y entré. Suspiré aliviada cuando la puerta del ascensor se abrió para revelar una casa vacía. Sin duda Enzo estaba merodeando por las calles de Nueva York, buscando imbéciles a los que darles una paliza. Resultaba igual de bueno. Necesitaba procesar esta noche por mi cuenta.

En mi suite, dejé mi abrigo sobre la cama y luego caminé penosamente hasta el baño para abrir la ducha. Dejé caer mi ropa al suelo. Cuando me quité la ropa interior, hice una mueca ante la sangre. Estaba por todas mis

bragas y mi falda. No era así como me había imaginado perder mi virginidad. ¿Se había dado cuenta siquiera?

Entré a la regadera y dejé que la cálida agua calmara mi coño. El dolor entre mis piernas era algo que nunca había sentido. Dolía. Aunque su rápido despido me dolió mucho más. Tenía tantas preguntas. Cada vez que interactuaba con Luca, me dejaba en una espiral.

«Ahhh», grité a las baldosas de mármol.

Me encabronaba que ésta fuera la única salida que me quedaba. Porque Luca ni siquiera me ofreció la cortesía de dejarme golpear su cara perfecta por tomar algo que no le pertenecía. Mi virginidad había sido destinada a otra persona. Por muy arcaico que pareciera, la tía Vittoria tenía razón. Alguien con mi posición dentro de la Sociedad podría casarse con quien quisiera. Si encima le echara mi virginidad, podría conquistar el mundo. Por así decirlo.

Demasiado tarde para eso. La tía Vittoria iba a tener que encontrar otro peón político.

Cerré el agua y cogí mi bata de baño del gancho. Tan pronto como me metí en la cama, le envié un mensaje de texto a mi doncella Pinna. Hablar con tía Vittoria sobre anticonceptivos sería como abrir una lata de gusanos para la que no estaba preparada.

Yo: oye. Necesito un favor. No puedo decírselo a la dama dragón.

Pinna: por supuesto. Lo que sea

Yo: ¿puedes pasar mañana y traerme una de esas pastillas del Plan B?

Pinna: oooohhhh

Yo: lo prometiste.

Los tres puntos de un próximo mensaje permanecieron durante mucho tiempo. Apostaría a que su cabeza estaba dando vueltas en este momento, probablemente tanto como la mía. Pinna sabía que yo todavía era virgen. Dejé caer mi cara entre mis manos. Se me habían terminado las lágrimas, pero ahora tenía que encontrar una manera de contener el desastre que había creado.

Pinna: está bien. Pasaré por la mañana. Temprano.

Yo: gracias.

Arrojé el teléfono sobre la colcha. Sin duda, en ese momento Pinna le estaba contando todo lo que sabía a tía Vittoria. No podía culparla. Mi tía podía ser tan aterradora cuando quería. Pinna no tenía ninguna posibilidad.

Al menos así, tía Vittoria tendría una noche entera para calmarse y darse cuenta de que yo no era su peón.

Ahora que la peor parte había pasado, cerré los ojos y me acurruqué bajo las sábanas. Y solo porque era una masoquista, pensé en Luca y en lo increíblemente sexy que se veía sin camisa. ¿Por qué estaba medio desnudo cuando abrió la puerta?

Me senté y el habitual monstruo verde en mi vientre asomó su fea cabeza. ¿Estaría con otra mujer arriba?

Parpadeando rápido para intentar concentrarme, tomé mi teléfono e inmediatamente vi el mensaje de texto de Luca.

Profesor Gallo: ¿cómo te sientes?

Yo: Come mierda

Profesor Gallo: con mucho gusto

Yo: ¿qué?

Yo: ¿te estabas follando a otra mujer antes de que yo apareciera?

Profesor Gallo: ¿por qué pensarías eso?

Yo: no respondas una pregunta con otra pregunta. Estabas medio desnudo.

Profesor Gallo: oh, por eso.

Yo: ¿y bien?

Profesor Gallo: no, señorita Salvatore. Estaba solo cuando apareciste. Acababa de derramar vino sobre mi camisa.

Yo: ah

Jesús, esto con Luca no podía continuar. Este estado constante de frío y calor me estaba causando calambres. ¿Por qué me enviaba mensajes de texto y me preguntaba cómo me sentía? No era como si le importara.

Yo: estoy un poco adolorida. Mucho en realidad. Eres enorme.

Profesor Gallo: No me di cuenta.

Oh, entonces se había dado cuenta de que era el primero. Esperé a que escribiera más, pero los puntos se desvanecieron y no llegó ningún mensaje nuevo. ¿Eso era todo? ¿Era esa su disculpa? No esperaba una confesión de amor, pero al menos quería que me dijera que le había gustado. Porque a mí me había encantado. No pensé que sería posible que el sexo se sintiera así.

¿Ahora qué? ¿Cómo se suponía que iba a seguir adelante con mi vida sabiendo que había otra vida que podía tener? Claro, no podría tener a Luca para siempre. Pero si todo lo que teníamos era un poco de tiempo, estaba dispuesta a intentarlo. ¿Y él?

Escribí otro mensaje preguntándole si estaría ocupado mañana, pero luego lo borré. No podría soportar otro rechazo de su parte.

Profesor Gallo: use el vibrador el próximo viernes, señorita Salvatore.

Yo: en tus sueños.

Aunque ya sabía que iba a usar al cien por ciento el pequeño consolador que me había enviado.

CAPÍTULO 9

Ojos en mí

DONATA

La semana siguiente no fue en absoluto como pensaba. La tía Vittoria no se enteró de mi pequeña escapada. Y Luca no volvió a enviarme mensajes de texto. Supuse que era lo mejor porque después de que Pinna me entregara el Plan B, yo era un saco alterado de hormonas. Esa cosa era una auténtica locura. Desafortunadamente, Enzo se había llevado la peor parte.

Hoy estaba hecho un manojo de nervios, aunque eso no tenía nada que ver con la pastilla. No estaba segura de estar lista para volver a ver a Luca durante la clase. Porque tenía que afrontarlo. Estaba oficialmente atrapada en su juego. Aunque no lo había visto, había hecho la tarea de esta semana, que básicamente consistía en familiarizarme mucho con el pequeño vibrador que me había regalado.

«Vengo en son de paz», Enzo agitó una camiseta blanca a través de la rendija de la puerta y el umbral.

«Adelante», apilé mis libros a un lado de la cama para hacerle espacio.

«¿Cómo te sientes hoy?».

«No sé. Menos llorosa», me encogí de hombros.

«¿Aún no quieres hablar de eso?», él arqueó una ceja de una manera que me hizo preguntarme si sabía por qué estaba tan fuera de control la semana pasada. «No seré alguien para juzgarte».

«Lo sé», le di unas palmaditas en el hombro. «No estoy lista».

«Como desees», me guiñó. «¿Cómo va tu clase de Cogs?».

«Bien».

«¿Gallo te está causando problemas?».

«No precisamente», problema no era la palabra que usaría. «¿Cómo estás tú? Tu mano se ve mucho mejor».

«Sí», Él la miró, «ayuda mucho que ya no golpeo cosas».

«Oh, estás de un humor extraño», me reí. «Me gusta eso». Estudié su perfil. Parecía en paz, aterrizado. Antes de que pudiera morderme la lengua, solté, «entonces, ¿has hablado con los chicos? Rex no ha llamado en todo el mes».

«No», su sonrisa se desvaneció. «¿Por qué habría de hacerlo?».

«No sé. Pensé que estabas empezando a dejar ir las cosas».

«No vayamos allí», se puso de pie. «Tengo un grupo de estudio esta noche. Llegaré tarde a casa».

«Sí, de acuerdo. Yo también».

«Nos vemos», se despidió y luego se fue.

Mierda. Probablemente, había arruinado su día con mi bocota. Uy. Golpeé la almohada. Quería que Enzo y Rex arreglaran las cosas ya. Enzo estaba siendo irracional. Rex no había podido salvar a Aurora del fuego porque había sido un maldito incendio. ¿Quién en su sano juicio caminaría entre llamas así? Enzo estaba pidiendo demasiado.

Me sequé las lágrimas de las mejillas. La extrañaba. En los meses que estuve con Aurora, ella se convirtió en la hermana pequeña que nunca tuve. Siempre me hizo sentir como si tuviera tres metros de altura. Todavía no podía creer que ella se hubiera ido. Era todo muy injusto. Este mundo mafioso era demasiado injusto.

¿Seguiría viva si no hubiera seguido su corazón? ¿Si hubiera ignorado el encanto de Enzo y se hubiera casado con Angelo? Me froté el pecho para aliviar la opresión que se apoderaba de mi corazón cada vez que pensaba en la historia inconclusa de ella y Enzo. Todo había terminado demasiado rápido. Su amor solo duró un corto período.

Seguramente, allí había una lección por aprender. El amor mata. ¿Era eso realmente lo que sentía por Luca? Amor verdadero. ¿No era una obsesión o un amor de niños, sino algo real? La tía Vittoria lo habría calificado de mera obsesión. Pero ahora no estaba tan segura. Ahora que lo había probado, quería más.

Al igual que Aurora y Enzo, estaba dispuesta a arriesgarme a quemarme solo para sentirme viva.

Luca, ¿por qué tuviste que volver a mi vida y hacerme querer cosas que no estaban permitidas?

Cogí mi computadora y encendí el navegador. Todavía tenía que subir el último ensayo para la clase de Luca. En tres cortas semanas, el seminario de sesiones cortas terminaría y Luca y yo volveríamos a ser extraños. Hice clic en la página de su clase e inmediatamente noté el cambio.

Desvergonzado, eso era lo que era.

Había actualizado mi calificación a una 'A'.

Agarré mi teléfono para enviarle un mensaje de texto, pero lo pensé mejor. No quería darle la satisfacción de reconocer que había caído en sus métodos maquiavélicos. Usaba su poder como mi maestro para someterme a su voluntad. Y eso simplemente me molestaba.

Yo: ¿de repente soy una estudiante sobresaliente?

Profesor Gallo: se lo ha ganado, señorita Salvatore. Quizá sea la estudiante que más ha mejorado de mi clase.

Qué atrevido. Apreté los dientes.

Yo: Vete al infierno.

Profesor Gallo: no olvide su tarea de esta noche. Hablaremos de ir allá más tarde.

Jadeé.

¿Por qué dejaba que me excitara así? Arrojé mi teléfono sobre la cama. No más mensajes de texto para mí. Lo que realmente quisiera preguntarle tendría que hacerlo en persona. Empujé mis sábanas y me dirigí a la ducha.

Por la tarde tenía dos clases antes de su conferencia. Consideré la logística de lo que tenía que hacer mientras me secaba el cabello y luego lo rizaba en ondas gruesas. Si me ponía el vibrador ahora tendría que andar una tarde entera con él dentro. El problema con eso era que se sentía demasiado bien. Quizás ese fuera exactamente el plan de Luca. ¿No estaba todo este juego suyo destinado a castigarme por mis mentiras? Bien. Si eso era lo que él quería, yo podría manejarlo.

Ignorando la vocecita en mi cabeza que decía que estaba tan demente como Luca, abrí mi bata de baño e inserté el vibrador de forma ovalada dentro de mí. «Oh». Necesitado, era como describiría mi coño en este momento. Había pasado una semana entera desde que Luca y yo tuvimos relaciones sexuales. Lo pensaba todo el maldito tiempo.

Me puse un vestido ajustado, un suéter grueso encima para que pareciera más informal y luego salí.

Mis clases parecieron prolongarse para siempre. Cinco minutos después, me di cuenta de que llevar esa cosa a la escuela había sido un

error. Estaba tan jodidamente excitada, incluso antes de que terminara mi primera clase de la tarde. Cuando llegué a la conferencia de Luca, era un manojo de nervios excitados.

La sonrisa en el rostro de Luca cuando me senté me decía que sabía exactamente el estado en el que me encontraba. Para mi sorpresa, no me ignoró como lo había hecho en las clases anteriores. En cambio, me obsequió con una de sus intensas miradas. Me hizo sentir desnuda y expuesta, como si pudiera leer los secretos más oscuros enterrados en lo más profundo de mi mente.

Profesor Gallo: quítese el suéter.

Mi teléfono vibró con su mensaje.

Me encontré con su mirada mientras hacía lo que me pedía. Se agarró al borde del podio y esa fue la única pista que obtuve de que aprobaba mi vestido escotado.

Yo: ¿y ahora qué?

Profesor Gallo: paciencia

Caminó hasta el borde del escenario y comenzó su conferencia como de costumbre. Ni siquiera me molesté con mis notas porque sabía que no había manera de poder concentrarme el tiempo suficiente para entender lo que estaba diciendo. En cambio, me aferré al timbre de su voz y pensé en la noche en que me quitó la virginidad.

Pasaron los minutos. Estaba tan perdida en sus palabras y su presencia magnética que, al principio, no noté el cambio. O, mejor dicho, no sentí la vibración dentro de mí. Me senté en mi silla con la boca bien abierta. ¿Qué demonios estaba haciendo? Él no me miró en absoluto. Siguió enseñando, como si lo que había dentro de mí no estuviera causando estragos en mi ya demasiado sensible punto G. No. Negué con la cabeza, agarrando el reposabrazos mientras me preparaba para lo que se avecinaba.

Efectivamente, el zumbido aumentó en intensidad. Miré por encima del hombro. La persona más cercana estaba tres filas atrás y yo seguía siendo la única en la primera fila. Jesús, ¿podrían oírlo? No podía notar la diferencia porque, en ese momento, los fuertes latidos de mi corazón silenciaban todos los sonidos a mi alrededor.

Apreté las piernas y dejé caer la cabeza entre las manos. Dios mío. Si tuviera un orgasmo ahora mismo, no podría quedarme callada. Me mordí el labio inferior y esperé lo inevitable. Pero entonces las ondulantes vibraciones cesaron.

Mi cabeza se giró para mirar a Luca. Un momento después, llegó un nuevo mensaje.

Profesor Gallo: ojos en mí.

¿Qué?

Levanté mis ojos hacia él. Se paró detrás del podio mientras las luces se atenuaban lentamente. Tenía un video en la pantalla listo para reproducir. El reloj sobre la entrada decía que todavía nos quedaban diez minutos de clase. Presionó reproducir y comenzó el clip. No pude ver qué era porque en ese momento exacto, el zumbido dentro de mí volvió a aparecer.

Pero esta vez tuve toda la atención de Luca, mientras todos los demás miraban la pantalla blanca. Él asintió como instándome a relajarme, a permitirme disfrutar del juego. Incluso si hubiera querido, no habría podido detenerlo. Luca tenía el control total aquí.

Entonces decidí darle una probada de su propia medicina. Me relajé en mi asiento con las rodillas apoyadas una contra la otra y el vestido subido por mis piernas. Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo y luego se posó en mi bajo escote. Al encontrar su mirada, pasé un dedo por mi pezón duro. Me miró fijamente con los ojos entrecerrados y luego las vibraciones aumentaron. Un segundo después, llegó un nuevo texto.

Profesor Gallo: muéstramelo

Negué con la cabeza. Necesité toda la fuerza de mi suelo pélvico para mantener el pequeño consolador apretado dentro de mí. Si abría las piernas para él, no estaba segura de lo que pasaría. Entonces, en lugar de eso, bajé la parte superior de mi vestido para revelar un poco de mi pezón. El aire frío lo acarició hasta convertirlo en un capullo apretado. Cuando lo pellizqué entre mis dedos, tuve que taparme la boca para sofocar un gemido.

Profesor Gallo: buena chica

Casi podía oírlo decir las palabras. El minutero me llevó hasta la línea de meta. Solo faltaba un minuto para que terminara la clase. Si no la terminaba ahora...

Como si pudiera leer mis pensamientos, cambió el ritmo de rápido a lento y luego de lento a rápido. Respiré justo cuando él cambió a un largo e intenso zumbido que me envió volando al límite. Agarré mi suéter para llevármelo a la cara, pero luego recordé que me había pedido que me quedara con los ojos fijos en él. Apunté mi mirada en la suya y dejé que me

viera desmoronarme, justo en la primera fila, justo cuando terminaba la clase.

Se quedó conmigo mientras oleada tras oleada de placer corría por mis piernas y mi pecho. Con la boca ligeramente entreabierta, miró fijamente la parte superior de mi cuerpo y luego mi cara. Articulé su nombre y él asintió como si entendiera lo que eso significaba para mí. Tenía que saber que me estaba enamorando de él. Mi obsesión se había convertido en algo real.

Más que eso, si estas llamas eran tan altas como lo eran ahora, era porque él las había avivado. Él me había provocado esto. Y tenía que preguntarme si este era su plan desde el principio. Hacer que me enamorara de él.

A diferencia de antes, no me interrumpió al iluminar mi cara con las luces brillantes. Pasaron los créditos del cortometraje y dejó que los estudiantes se fueran mientras yo disfrutaba de cada parte de mi orgasmo. Cuando terminó, me senté allí y enterré la cara en mi suéter para ocultar la vergüenza que me invadía.

Sabía que su objetivo final era humillarme haciéndome hacer esto en público. Pero la peor parte era lo mucho que anhelaba que él me viera así, en carne viva y abierta. Más que nada, quería sentir que me veía. Luca había logrado darme eso.

«Señorita Salvatore», se sentó al borde del escenario. Dios, se veía especialmente sexy cuando se arremangó para mostrar sus antebrazos. «¿Cómo te sientes?».

«Oh». Supuse que me preguntaba si todavía me dolía la pérdida de mi virginidad la semana pasada. La escuela era el último lugar donde quería hablar sobre el estado de mi vagina. ¿Le importaría siquiera? Miré detrás de mí y vi a algunos rezagados cerca de la puerta. «Mejor».

Su intensa mirada se clavó en la mía. De repente, todo lo que podía ver en mi mente era la lujuria en sus ojos cuando me corrí, cuando estaba completamente expuesta para que él me viera. Tenía que salir de aquí. Esta situación era demasiado vergonzosa. ¿Qué demonios estaba pensando? Sacudiendo la cabeza para aclarar mis pensamientos, me puse el suéter y me levanté. Oh, vaya. Mi punto G aún no se había recuperado por completo.

«Tómese su tiempo, señorita Salvatore», Luca se puso de pie de un salto y salió, dejándome con la cabeza dando vueltas como de costumbre.

Agarré mis cosas y me dirigí directamente al baño. Mientras estaba allí, me encerré en un cubículo y me quité la ropa interior. Mi tarea estaba completa. Ya no podía mantener esto dentro de mí. Metí la mano y lo saqué, permitiéndome un fuerte gemido de placer y alivio.

«¿Estás bien ahí dentro?», alguien llamó a mi puerta.

«Sí. Gracias. Estos zapatos me están matando».

«Está bien».

Me apoyé contra la puerta y miré a la pared. Mi corazón todavía no había vuelto a latir con normalidad y sentía un hormigueo en toda mi piel. Después de unos minutos más, envolví el vibrador en papel higiénico y lo tiré a la basura.

Cuando salí del baño, el pasillo estaba casi vacío. A esta hora, los estudiantes no se demoraban como lo hacían durante el día. Agradecí no tener que enfrentarme a nadie y preguntarme si se darían cuenta de que acababa de tener el orgasmo más intenso de mi vida durante la clase de Cogs.

Y solo porque aprendía lentamente cuando se trataba de Luca, subí las escaleras hasta el cuarto piso y a su oficina. Tan pronto como abrí la puerta de la escalera, reconocí la voz profunda de Luca. Más que nada, reconocí la ira en su tono. Por costumbre, dejé que la puerta se cerrara silenciosamente detrás de mí, me acerqué rápidamente a su puerta entreabierta y presioné mi espalda contra la pared.

«Luca, somos familia. Si no nos cuidamos unos a otros, nadie lo hará». La voz de fumador me resultaba demasiado familiar. Don Jimmy Gallo estaba allí.

Santa mierda. Mi pulso se aceleró de inmediato. El tío de Luca me asustaba muchísimo. Don Gallo era la cabeza de la familia Gallo y uno de los Dones en ejercicio de la Sociedad. El padre de Enzo, Michael Alfera, era el más temido de todos los Don. Don Gallo quedaba en segundo lugar, muy de cerca. Su entusiasmo por la sangre y el dolor excedía el de cualquiera que yo conociera. Eran unos bárbaros.

Al crecer en un mundo mafioso, rodeada de codicia y violencia, aprendí a escuchar mis instintos. Algo andaba mal aquí. La palabra peligro pasó por mi mente y supe que tenía que irme.

No era una adolescente de secundaria. No podía entrometerme en sus asuntos como solía hacerlo con Rex, Santino y Enzo. ¿Podría?

CAPÍTULO 10

Acosándolo discretamente de nuevo

DONATA

Si hubiera alguien más allí, me habría comportado de manera madura y me habría marchado. Pero estos eran Luca y su tío. Quizá no sabía lo suficiente sobre Luca. Ninguna cantidad de acoso podría pintar una imagen completa de él. Pero sí sabía algo. Luca odiaba nuestro mundo mafioso. Había gastado mucho tiempo y energía tratando de desvincularse de todo eso. Que el propio Don Gallo decidiera hacerle una visita, resultaba ser una muy muy mala noticia.

Me acerqué hasta que pude oler el característico aroma a cigarro y licor de Don Gallo. Era muy diferente a su sobrino.

«Ya es hora, Luca. Han pasado seis meses desde que vine a verte. Estuve de acuerdo en dejarte manejar las cosas a tu manera porque eres familia. No estoy pidiendo la luna aquí. Esto debería haberte tomado un día para hacerlo». Su voz de fumador se extendió por el pasillo.

A diferencia de tía Vittoria, a Don Gallo no le gustaba mucho ser discreto. Eché un vistazo detrás de mí, solo para asegurarme de que nadie había subido al cuarto piso. La junta se enojaría si descubrieran que Don Gallo estaba aquí con sus negocios con la mafia. Porque eso era seguro. Le había pedido a Luca que hiciera algo por él.

«Tienes dos semanas», el tono de Don Gallo era determinante. «Oh, antes de que lo olvide, toma».

«¿Qué es esto?», preguntó Luca.

Me incliné para captar las palabras de Luca. Pero su voz no sonaba como la de su tío.

«Preguntaste sobre ese club. Así es como podrás entrar», se rió entre dientes. «Nunca te habría catalogado del tipo. Pero me alegra ver que, después de todo, no somos tan diferentes. Disfruta, muchacho».

¿Un club?

Cuando una silla rozó el suelo, mi pulso se aceleró. Mierda. Ya se iba. Miré detrás de mí, buscando un lugar donde esconderme. Di una vuelta completa antes de ver el baño más adelante. Crucé el camino de puntillas y luego corrí hacia la puerta. Haciendo un gesto, agarré la manija para que la puerta no se cerrara con un ruido sordo.

«Dos semanas, Luca. Hazlo antes de que se cierre nuestra ventana de oportunidad. ¿Lo entiendes?».

«Entiendo. Te acompañaré hasta la salida».

Esperé hasta que el ascensor se escuchó al final del pasillo y luego me asomé al exterior. Durante un minuto entero, me quedé allí preguntándome qué haría Enzo ahora. Me quedé mirando la puerta abierta de Luca. Enzo diría que lo olvidara. Sonreí porque lo único que podía escuchar en mi cabeza era la voz de Santino que me decía *¿Nuestra pequeña abeja reina siente curiosidad por su juguete? ¿Estás celosa?*

No, no estaba celosa. Aunque tenía curiosidad. El Luca que conocía no habría aceptado ningún tipo de regalo por parte de su tío. Los favores de la mafia tenían un alto precio. Antes incluso de decidirme a espiar, ya estaba en su oficina. Me llamó la atención el cigarro de Don Gallo sobre el escritorio de Luca. Qué asco. No era de extrañar que todo el piso oliera a tabaco. Y Luca no tenía más remedio que aguantar. Usé mi suéter para taparme la nariz y la boca, luego la tarjeta de presentación negra llamó mi atención. En el frente tenía un logotipo grabado en lámina dorada sobre papel grueso. Tenía una forma extraña, como el cráneo de un animal del que sobresalían cuernos.

Saqué mi teléfono y le tomé una foto. Con una rápida mirada detrás de mí, giré suavemente la tarjeta y tomé una fotografía de la dirección que figuraba en ella. La dejé como estaba y luego salí de la oficina. El portafolios y el abrigo de Luca todavía estaban allí. Definitivamente regresaría.

Por un segundo pensé en quedarme. Pero conocía mi bocota. Si esperaba a Luca, sabía que las palabras que flotarían en el fondo de mi mente simplemente saldrían a la luz. ¿De qué se trataba este club? ¿Por qué

quería ir ahí? Si tenía que pedirle acceso a Don Gallo tenía que ser porque el lugar era súper exclusivo y altamente ilegal.

¿Regla número uno de acechar? No permanezcas en el sitio. ¡Sal ahora!

Giré sobre mis talones y salí corriendo, dirigiéndome directamente al ascensor en caso de que Luca decidiera subir por las escaleras. La suerte estaba de mi lado. Tan pronto como presioné el botón de llamada, la puerta se abrió y la cabina del ascensor estaba vacía. Cuando las puertas se cerraron, me apoyé en la pared y solté un suspiro. Un segundo después, sonó mi teléfono.

«Dios», el tono de llamada me sobresaltó. Busqué el bolsillo exterior de mi mochila y saqué mi teléfono. «Hola» Demonios, me escuchaba como si acabara de correr un kilómetro.

«¿Estás bien?».

«Sí, ¿por qué?».

«Te escuchas demasiado alterada», Enzo era como un lector de mentes.

«No, subí las escaleras. Dios, estoy tan fuera de forma», exhalé ruidosamente. Tan pronto como lo hice, la puerta se abrió de golpe. Hice un gesto. «¿Terminaste con tu grupo de estudio? ¿Quieres ir a comer algo?».

«Sí, estoy afuera de tu edificio».

«Bien, salgo ahora». Abrí la puerta principal con el hombro y lo saludé con una señal de mano.

Guardó su teléfono. Hice lo mismo, escaneando los escalones de entrada en busca de Luca y su tío. Pero ambos ya se habían ido. Quizá Don Gallo había instalado una puerta trasera secreta para entrar y salir del edificio. Cualquiera que fuera el caso, estaba a salvo.

Enzo estaba en su habitual humor melancólico y no dijo nada en el camino para encontrarnos con su chofer. Un par de veces abrí la boca para contarle sobre Luca y su tío, pero ¿cuál sería el punto? El aire gélido que soplaba en mi cara me había devuelto a mis sentidos. No podía meterme en los asuntos de don Gallo. No tenía ninguna duda de que cualquier tarea que le hubiera encomendado a Luca sería peligrosa.

«¿De qué estás de humor?», preguntó Enzo cuando me subí al asiento trasero de su camioneta junto a él.

«No sé. Tú decide». Me quedé mirando la pantalla en blanco de mi teléfono. Tenía muchas ganas de mirar las fotografías que había tomado.

«Honestamente, solo necesito un trago».

«¿Qué pasó?», guardé mi teléfono y moví mi peso para mirarlo.

«Nada», sacudió la cabeza una vez. «Solo uno de esos días».

«Enzo. Lo lamento», me dolía el corazón por él. Le había estado yendo muy bien. «Oye», toqué el hombro del chofer. «Detente aquí», señalé una pequeña pizzería con un tipo en la ventana aventando al aire la masa. «¿Qué tal un trozo de pizza y vino barato?».

«Seguro».

El auto se detuvo. Me acerqué a la puerta y salí. Lento como podía ser, Enzo me siguió. Cuando se metía en una rutina como esta, era como un cascarón vacío. Él haría lo que le pedía sin dudar. Comía e incluso sonreía, pero por dentro me daba cuenta de que estaba entumecido.

Elegí una mesa en la parte trasera del pequeño restaurante y pedí una pizza entera y una botella de vino de mesa. Tan pronto como el mesero nos trajo la botella y un par de vasos, Enzo sirvió vino y lo bebió.

«Bueno. ¿Qué tal si bajamos la velocidad? Y comemos primero». Coloqué la canasta de pan de ajo frente a él. «Vamos. Come. Así ambos podremos oler a ajo», me reí y esperé.

Después de unos segundos, levantó la mirada y sonrió. «Gracias». Cogió un trozo de pan y lo mordió. «No he comido en todo el día».

«Dios mío, Enzo, hemos hablado de esto». Serví vino en su copa y luego en la mía mientras consideraba si necesitaba o no una aventura divertida. ¿Quizás una noche de fiesta en algún club exclusivo? «Oye, ¿estás libre esta noche?».

«¿Qué tienes pensado?», me miró fijamente.

«Bueno», levanté las manos. «Qué susceptible. Tengo una confesión que hacer».

«¿Qué hiciste, Donata?», parecía molesto. Molesto era cien veces mejor que triste.

«Bueno», respiré profundamente. «Fui a ver a Luca a su oficina».

«Donata», parpadeó lentamente. «Dijiste que te mantendrías alejado de él».

«Tenía una pregunta sobre una de las tareas». No era una declaración del todo falsa. Quería hablar con Luca sobre lo que había pasado en su salón de clases. Y su casa. Luca me estaba volviendo loca con su actitud gélida un segundo, y su calor abrasador al siguiente. «De todos modos, cuando llegué allí, se encontraba con Don Gallo».

«Qué bien».

«Luca parecía enojado. Me dio la impresión que Don Gallo le estaba pidiendo que hiciera algo ilegal».

«Somos mafiosos, ¿recuerdas? Lo ilegal viene con el territorio».

«Sí, pero Luca no es así. Y lo sabes» me aclaré la garganta. «Luego, Don Gallo le dio algo. Cuando se fueron, entré y revisé un poco».

«Y ahí está». Enzo sacudió la cabeza y se rió. Una verdadera risa. «Estás acosándolo discretamente de nuevo, ¿no?».

«No. Está bien, sí. Pero no así. Solo quería saber por qué aceptaría este tipo de cosas de su tío». Me incliné y susurré. «Sabes que Luca no lo soporta».

«¿Qué tipo de cosas?».

Saqué mi teléfono y le mostré la foto. «Acceso a un club clandestino. Apuesto a que es un club de sexo. Apuesto a que están pasando cosas muy serias porque si Luca quisiera un lugar solo para tener sexo, podría haber ido al club de tu padre, el “Crucible”».

«Ya no es el club de papá. La familia Valentino se está haciendo cargo».

«Oh, no lo sabía». Decidí no hacer más preguntas. La abdicación del padre de Enzo era en parte la razón por la que Aurora estaba muerta, por la que Enzo estaba enojado con Rex y por la que Enzo y su hermano Massimo habían sido degradados a soldados. «Entonces, ¿qué piensas? ¿Quieres hacer algo clandestino esta noche?».

«Por supuesto que quieres ir a comprobarlo», se pasó ambas manos por el cabello y luego me miró. «Crees que va a tener sexo ardiente y no puedes soportarlo. Donata, él no es tuyo».

«Yo sé eso».

Sabía que él no era mío. Pero no podía dejar de pensar en su boca en mi cuello, sus manos sobre mí y su enorme pene. No podía dejar pasar esto. Si yo era solo un juego para él, necesitaba saberlo. Porque cada vez que me tocaba, lo sentía real. Luca sentía algo por mí. No lo dejaría pasar hasta que él lo admitiera ante mí y ante sí mismo.

«¿No tienes curiosidad? Vamos, ¿cuánto tiempo ha pasado para ti? Sé que no has estado con nadie desde que ya sabes con quién. Ya es hora». Lo estaba presionando. Pero estaba haciendo esto por los dos. Él necesitaba seguir adelante. Y yo necesitaba respuestas.

«Lo intenté. Esta noche», chasqueó los dientes. «Esta chica de la clase de Economía. Me arrinconó en la biblioteca. Le devolví el beso». Dejó escapar un suspiro. «Pero no podía dejar de pensar en *ella*».

Ella. Aurora se había convertido en ella. Le dolía demasiado decir su nombre en voz alta.

«Existe la posibilidad de que haya pronunciado su nombre».

«Oh», alcancé su mano. «Lo siento. Supongo que a esta chica nueva no le gustó y te mandó a volar».

«No, le dije que se fuera cuando me preguntó quién era Aurora», él hizo una mueca. «Y yo me fui».

«Bueno, ese fue un honesto intento. Deberías estar orgulloso de ti mismo. Sigo pensando que salir será bueno para ti. Y me estarías haciendo un favor. No quiero ir sola». Le mostré la foto con la dirección antes de escribirla en Google Maps. «No está tan lejos de aquí».

«Bien», se reclinó para dejar espacio para que el mesero colocara la enorme pizza entre nosotros. «Comamos primero».

«Sí, comamos». Tomé un trozo y lo mordí. «Dios mío, esto está increíble». Jalé el hilo de queso y luego lo metí en la boca. «Come», señalé cuando él no se movió.

«Estás loca», él sonrió y agarró un trozo. «Este lugar podría tener cientos de cosas diferentes que no tienen nada que ver con que Luca salga con otras mujeres».

«Sí. Lo sé».

El caso era que cada vez que cerraba los ojos veía a Luca en un cuarto oscuro con otras mujeres. Y eso me estaba volviendo loca. Todo esto era culpa suya. Yo ya lo había dejado ir. Durante dos años enteros no lo busqué. Ni siquiera pensé en él. Bueno, pensaba en él. Pero no de una manera acosadora. Solo quería saber si le estaba yendo bien.

Y luego apareció en mi escuela. Me habría mantenido alejada de él como le prometí a Enzo. Pero él me provocaba. Él me falló primero. Luego me dio un montón de tareas que hacer. Lo deseaba ahora más que nunca.

Cuando terminamos, me puse de pie. «Está bien, voy a lavarme toda esta grasa de las manos. ¿Puedes pagar y luego podemos irnos?».

«Sí. Adelante. Le enviaré un mensaje de texto al chofer».

Corrí al baño y abrí el grifo del agua fría. En el espejo sucio, pude ver mis mejillas rojas y la mirada salvaje en mis ojos. Existía la posibilidad de que esto fuera un gran error, pero de ninguna manera iba a dar marcha atrás. Presioné una palma fría en mi mejilla y frente, luego salí justo cuando Enzo también salía del baño de hombres.

«Hagámoslo», lo tomé del brazo y lo saqué del restaurante.

Su todoterreno se detuvo un minuto después y ambos nos subimos al asiento trasero. Le di la dirección al chofer y me recosté.

«Probablemente deberíamos fingir que estamos juntos». Me volví para mirarlo. «Tú podrías ser Bob. Yo seré Esther. ¿Deberíamos usar acentos?».

«Relájate», él tomó mi mano. «Es un club clandestino. Lo único que quieren es nuestro dinero. Les importan una mierda nuestros nombres».

«Sí, supongo que tienes razón», respiré profundamente varias veces para calmar mis nervios. «¿Qué voy a hacer si él está allí?».

«No vas a hacer nada».

Veinte minutos más tarde, el chofer se detuvo junto a la acera. «Esta es la dirección».

«Es una casa». Miré por la ventana a la casa de piedra rojiza. «Parece que no hay nadie en casa».

«Iré a comprobarlo», Enzo hizo contacto visual con su chofer, lo que lo impulsó a salir del vehículo para dejar salir a Enzo.

Me quedé allí sentada con un montón de mariposas en el estómago mientras Enzo abría la puerta principal y desaparecía. Si se trataba de un club exclusivo, Enzo no tenía forma de entrar. Teníamos una dirección, pero no teníamos la tarjeta ni la contraseña. Quizás cuando Don Gallo se fue le había dado a Luca las instrucciones para entrar.

Unos minutos más tarde, el chofer volvió a abrir la puerta y dejó entrar a Enzo.

«¿Qué pasó?».

«No hay nadie ahí».

«Pero entraste», señalé la casa de piedra rojiza.

«El lugar parece estar en construcción. Te lo digo, no hay manera de que hagan una fiesta esta noche», Enzo se encogió de hombros.

«Mierda», golpeé el respaldo del asiento del pasajero. «Vámonos. Pero no me rendiré. Este es el lugar».

«Déjame adivinar. Regresaremos mañana por la noche».

«Así es», me encontré con la mirada de Enzo. «Y todas las noches después de eso, si es necesario».

CAPÍTULO 11

Ella me pertenecía

LUCA

«Buenos días», Alfred entró a la biblioteca y dejó una bandeja de desayuno en mi escritorio.

«Buenos días», seguí mirando la misma pared que había estado mirando desde anoche.

«Don Gallo pasó ayer por la tarde. No dejó ningún mensaje». Alfred preparó un lugar para mí y acomodó mi desayuno.

«Sí, me encontró». Caminé hacia la mesa redonda cerca de la ventana, tomé una tostada del plato y le di un mordisco.

«¿Qué quería? Parece que está perdiendo la paciencia».

«Puedo manejar al tío Jimmy, Alfred. No te preocupes por él. ¿Algo más?».

«No, señor», se aclaró la garganta, pero no hizo ningún esfuerzo por salir.

«¿Qué pasa?», le arqueé una ceja. Alfred no era del tipo que se mordía la lengua. A menos que supiera que estaba tocando un nervio. Últimamente ese nervio en carne viva tenía un nombre: Donata Salvatore. «Dime qué es».

«La señorita Salvatore también pasó por aquí».

«¿Es así?».

Solo su tono decía cuánto desaprobaba mi relación con Donata. Si podía llamarlo así. «¿Crees que lo llevé demasiado lejos?».

«Yo no dije eso».

«Entonces, ¿qué es lo que estás diciendo?».

«No me di cuenta de que era tan joven», soltó un suspiro.

«Sí, lo es. Pero también es la única debilidad de la signora Vittoria», pasé una mano por mi cabello. «No dejes que su hermoso rostro de ángel te afecte. Donata Salvatore es tan astuta y peligrosa como su tía».

«Por supuesto», Alfred asintió. «La semana pasada, el investigador vio a su doncella entregando una pastilla Plan B».

«No la obligué». Hice una mueca porque incluso yo podía escuchar la culpa en mis palabras. «Ella vino a mí. ¿Cómo diablos se suponía que iba a saber que era virgen?», me froté las arrugas de la frente.

Nunca debí haber aceptado esta maldita farsa. Donata era todo tipo de problemas. Era como un vórtice, dejando devastación donde quiera que iba. Una vez, no hace mucho, estuve demasiado cerca de ella y casi me destruye.

«Oh», el anciano tosió, como si la última noticia le hubiera cogido por sorpresa. «No sabía. Jesucristo. A la signora Vittoria no le agradará esto. El plan de Don Gallo va a hacer que nos maten a todos».

«Se lo expliqué. Pero una vez que al tío Jimmy se le mete algo en la cabeza, nadie puede disuadirlo. Está decidido a llevar esto a cabo. No aceptaría un no por respuesta. Créeme, lo intenté».

«Involucrar a la señorita Salvatore es jugar con fuego. Vi la forma en que la mira». Alfred y sus perspicaces observaciones podían ser jodidamente molestos. «Ella se mete debajo de su piel».

«Sé lo que estoy haciendo, Alfred».

«No ha sido usted mismo desde que comenzó su nuevo mandato. Hoy en día, todo gira en torno a Donata. Ni siquiera ha avanzado en el caso del asesinato de la señorita Conti». Señaló el collage del tamaño de una pared en el que había estado trabajando cuando entró».

«Tengo una nueva pista. Cortesía del tío Jimmy». Le entregué a Alfred la gruesa tarjeta de presentación que me dio el tío Jimmy anoche. «Esto me permitirá entrar».

«¿Se lo dijo?».

«No, él cree que estoy interesado en convertirme en miembro».

«Entonces, ¿era un club como pensaba?», Alfred observó el logo brillante contra la luz del sol que entraba por la ventana.

«Si mi tío lo conoce, te aseguro que es mucho más que eso». Moví mi mirada hacia la foto de Ava en el tablero de asesinatos. Su inocente cara sonriente era como una patada en el estómago. Había pasado mucho tiempo y todavía tenía que cumplir mi promesa.

Hace dos años, mi prometida Ava Conti murió en un accidente automovilístico. O al menos eso era lo que decía el informe policial. Estaba borracha cuando chocó directamente contra un árbol. Buscando un cierre, contraté a un hacker para que me consiguiera una copia del caso de Ava. No necesitaba ser detective para saber que la cantidad de inconsistencias en el informe solo podía sumar una cosa, Ava había sido asesinada.

Me culpaba por traer a alguien tan inocente como ella a mi mundo. Había muerto por mi culpa. Aunque todavía tenía que demostrar que la Sociedad o cualquier otro grupo mafioso había estado involucrado.

La Sociedad, el enclave centenario al que pertenecía mi familia, se enorgullecía de mantener la paz y proteger a nuestra gente. Todo eso era un montón de basura, por supuesto. Lo único que les importaba a las familias era el poder y el dinero que conllevaba. Ava y su modesta vida como profesora ni siquiera estaban en su radar. Yo era el único vínculo de Ava con la mafia. Aunque ella no lo sabía. Así como mi familia no sabía de ella.

Odiaba que hubiera muerto sola. Que a nadie le importaba que ella se hubiera ido. Ella no tenía familia. Y era nueva en la ciudad. Yo era todo lo que ella tenía, y por eso no podía dejar que su asesinato quedara impune.

«No me he olvidado de Ava». Caminé hacia la pared frente al escritorio y miré los numerosos recortes de periódicos y fotografías. Había tantas preguntas y ni una sola puta respuesta.

«¿O tal vez es hora de que lo deje pasar?», sirvió café en mi taza.

«No puedo», negué con la cabeza, «estoy seguro de que este club es la pieza del rompecabezas que nos faltaba. Ella estuvo allí la noche que la mataron. Viste ese sello en su muñeca. Coincide con el logotipo de la tarjeta de presentación».

«Sí, es una pista sólida. Aunque...», se encogió de hombros, «me pregunto cómo planea hacer malabarismos en un caso de asesinato teniendo a la señorita Salvatore en la mezcla. Ella no es el tipo de mujer *tranquila que hace lo que le dicen,* como lo cree su tío».

«Dios, no, no lo es. Pero mi situación con Donata no tiene nada que ver con Ava. Puedo manejar ambas».

«¿Está seguro?».

«Sé lo que estoy haciendo».

«Por supuesto, señor».

Alfred había estado con mi familia durante años. Más que un empleado, el anciano era un amigo y un sabio consejero. Cuando me llamaba señor,

por lo general significaba que sentía que yo no lo estaba escuchando. Ir al club sería una jugada peligrosa. Pero esa era exactamente la razón por la que tenía que ir. Cada pieza de evidencia en ese tablero apuntaba al sello en su muñeca. Ahora tenía más que tinta borrosa en una imagen. Tenía una dirección y una larga lista de sospechosos.

«¿Cuál es exactamente su plan aquí, Luca?».

«No lo sé todavía. No puedo preguntar abiertamente si alguien conocía a Ava. Primero necesito convertirme en un miembro habitual. Quizás una de las trabajadoras sexuales confíe en mí lo suficiente como para decirme lo que sabe. Quizás encuentre otra pista. Quizás algo me llame la atención».

«Son muchos quizás».

«Lo sé», me froté la barba incipiente en la mejilla. «Este logo y este club se sienten como el final de la línea».

Había seguido otras pistas antes. Ninguna de ellas se sentía tan concreta como esta. Sin mencionar que se me acababan las pistas. Había buscado literalmente debajo de cada piedra. Ava no tenía amigos ni familiares con quienes pudiera hablar. Así que no había un pasado en el que investigar. Cualquier secreto que tuviera, se lo había llevado a la tumba. En lo referente a la noche del asesinato, yo ni siquiera estaba en la ciudad cuando ocurrió. La policía había logrado enterrar muchas cosas antes de que yo tuviera en mis manos el expediente de Ava.

«Parece que tal vez es hora de darle un descanso».

«Por favor, no empieces con eso de nuevo. Sé lo que estoy haciendo».

«Sigue diciendo eso. Las personas que saben lo que están haciendo no sienten la necesidad de seguir diciendo que saben lo que están haciendo», arqueó la ceja. «¿Y si…?».

El timbre de la puerta sonó y me salvó de tener que responder más preguntas de Alfred.

«Creo que esa es tu señal», hice un gesto hacia abajo.

«Bien. Lo dejo con eso». Salió, murmurando algo acerca de que tenía la intención de llamar a mi madre.

Puse los ojos en blanco. No necesitaba preocuparse. Y seguro que no necesitaba involucrar a mamá. Si descubría lo que el tío Jimmy me había pedido que hiciera, arruinaría todos nuestros planes acudiendo directamente a la Signora Vittoria.

Un silencio inquietante permaneció en el aire como humo espeso, como si mi propia conciencia estuviera tratando de decirme algo. Fuera lo que

fuese, no quería oírlo. El tío Jimmy no se equivocaba. La Sociedad se encontraba en una encrucijada y eso ponía a nuestra familia en peligro.

Donata era la clave para asegurarnos de que sobreviviéramos a la abdicación de Michael Alfera. Cuando renunció como rey, provocó un caos en nuestro mundo. Ahora, las familias luchaban por mantener su poder. Aunque el tío Jimmy quería mucho más. Él lo quería todo.

Pensé en el aroma floral de Donata y en su suave piel. Dios mío. ¿Por qué me la follé esa noche? Incluso si dudaba en jugar conmigo, ya estaba cumpliendo con la mayoría de mis demandas. Esa era la perdición de Donata. No podía resistir un buen desafío. Como cualquier mocosa mimada, lo único que conocía era la gratificación instantánea.

"Fóllame". Sus palabras se arremolinaron en mi cabeza. Me senté en la silla de cuero y me llevé los dedos a la nariz. «¿Qué me estás haciendo, Donata?».

No podía dejar que ella se metiera con mi cabeza. Ella era, para todos los efectos, el objetivo. Era mi presa, no al revés. Ella merecía ser castigada por todas las mentiras que había dicho sobre mí. Una sonrisa apareció en mis labios. ¿Ya se había dado cuenta? ¿Que todo lo que le había hecho era exactamente lo que le dijo a su tía que le hice cuando tenía quince años?

Es cierto que nunca planeé tener sexo con ella. Pero joder, su coño estaba tan mojado por mí. Solo había querido excitarla y verla retorcerse. Pero ver cómo se corría sobre mi mano fue más de lo que pude soportar.

Ella era mía.

Ella siempre me había pertenecido.

Incluso si su tía tuviera otros planes para ella.

Ella me pertenecía.

Mierda. Me puse de pie. ¿Qué diablos me pasaba? Donata era todo lo contrario de lo que yo quería. Nunca me vi pasando mi vida con alguien como ella. Ava, la dulce Ava, la profesora de 2º grado era a quien quería. Quería una vida normal con alguien que supiera la diferencia entre el bien y el mal.

Donata solo pensaba en sí misma. Por eso había caído en mi juego. No pensaba en las consecuencias, solo en que estaba obteniendo lo que pensaba que quería. Pero ella no podía quererme porque no me conocía en absoluto.

Estaba obsesionada con la idea de mí. Nada más.

Nunca quise ser parte de este mundo mafioso. Mi posición como hijo del menor de los hermanos Gallo me permitía el lujo de fingir ser normal.

Nunca se esperó que me convirtiera en Don, como mi primo Vincent, el hijo mayor del tío Jimmy. Era libre de seguir una vida académica y salir con quien quisiera.

Hasta que llegó Donata. Hasta que decidió poner mi vida patas arriba con sus malditas mentiras.

"Fóllame, por favor". Sus palabras resonaron en mi cabeza nuevamente y mi pene se endureció. Esto sería mucho más fácil si mi cuerpo no reaccionara ante ella como lo hacía. ¿Cómo diablos se suponía que iba a casarme con ella y mantener la cordura? La verdad era que, en el fondo, no quería que ella me odiara. Pero eso era exactamente hacia donde nos dirigíamos. Ella tenía que someterse a mí. Para hacer lo que quería el tío Jimmy, tenía que demostrarle a Donata que yo tenía el control.

«Le ha llegado una entrega», Alfred llamó suavemente a la puerta abierta. «De Don Gallo».

«Ábrelo», dejé caer mi cara entre mis manos. «No sé si podré soportar otro de sus regalos. ¿Qué es?», pregunté cuando las cejas de Alfred se alzaron por la sorpresa.

«Un anillo de compromiso», se aclaró la garganta. «La nota dice que tiene dos semanas».

«¿Qué?», me puse de pie y le quité la tarjeta. «Mierda. Anoche me advirtió que estaba cansado de esperar. Me dio dos semanas para terminar la tarea que me había encomendado».

«¿Está sorprendido? Don Gallo nunca dejaría pasar la oportunidad de vencer a los Don en su propia y jodida partida de ajedrez».

«Todo esto es culpa de Donata».

«Si es cierto que ahora se permiten los matrimonios entre las cinco familias originales, tiene razón al querer una alianza».

«No quiere hacerse amigo de la Signora Vittoria. Y lo sabe. Quizá no lo dijo. Pero para mí está claro lo que pretende hacerles a las dos». Crucé los brazos sobre mi pecho. La política de mi tío siempre me dejaba mal sabor de boca. Pero mi vida no era mía. Mi deber era para con mi familia. Yo pertenecía a la Sociedad, al igual que Donata. «Quiere que me case con la sobrina de la Signora Vittoria y que asuma el cargo de Don. Odia la idea de que una mujer tenga tanto poder. Ha estado esperando esta oportunidad toda su vida. La Signora Vittoria ya ha nombrado a Donata para que ocupe su lugar cuando llegue el momento».

«Estoy seguro de que Don Gallo se asegurará de que el momento llegue poco después de su boda», Alfred sacudió la cabeza. «Está jugando un juego muy peligroso, Luca».

«Lo sé. Por eso nunca se han permitido los matrimonios entre familias. Ves la sangrienta disputa familiar que se dirige hacia nosotros, ¿no?». Miré la esmeralda tallada de tres quilates en mi mano. «Con la abdicación del trono de Michael Alfera, las reglas han cambiado. Mi tío quiere aprovecharse antes de que vuelvan a cambiar».

«Entonces, ¿le propondrá matrimonio a la señorita Salvatore?».

«¿Qué opción tengo?». Cerré la caja de terciopelo negro. «Al menos algo bueno saldrá de esto. Una vez que sea Don, nada se interpondrá en mi camino», señalé el tablero de asesinatos. «Ava tendrá justicia».

«¿Debería hacer reservaciones para esta noche?», preguntó Alfred, «será mejor quitarlo del camino».

«No. Prepara mi esmoquin. Tengo que estar en otro sitio esta noche. Donata puede esperar».

«Como desee», Alfred hizo un gran espectáculo al recoger la tarjeta de presentación negra que me garantizaba el acceso al club clandestino y el anillo de compromiso de Donata. Los colocó a ambos en la mesa al lado de mi desayuno. «Tenga cuidado, Luca. Es posible que algunos caballeros de este club no estén muy interesados en tener a alguien husmeando en sus negocios».

«Tomaré precauciones».

«Seducir a la princesa, usurpar su derecho de nacimiento y atrapar a un asesino. ¿Qué podría salir mal?», Alfred se pellizcó el puente de la nariz. «Me gustaba más cuando enseñaba en el instituto. La vida era más sencilla».

«Yo también me gustaba más entonces», solté un fuerte suspiro.

CAPÍTULO 12

Es temporada de caza

DONATA

Anoche, después de que nuestra misión de reconocimiento fracasara oficialmente, fui a casa e investigué un poco el club misterioso de Luca. Después de horas de buscar en Google símbolos y la única dirección que tenía, mis resultados no arrojaron nada significativo.

La casa de piedra rojiza de Chelsea era propiedad de una sociedad de responsabilidad limitada, una SRL. El nombre de la empresa no arrojó ningún resultado, lo cual no es sorprendente. Muchas familias colocan sus segundas y terceras viviendas en SRL para protegerlas de responsabilidad personal, por lo que normalmente los nombres se inventan. Mi investigación dio vueltas durante unas horas hasta que decidí que la única forma de descubrir realmente qué estaba haciendo Luca era presentarse en el club.

Pasé toda la mañana del sábado visitando tiendas de papel para ver si tenían el tipo de cartulina que buscaba. Finalmente, tuve suerte y encontré un lugar propiedad de una señora mayor que fue súper amable conmigo e incluso imprimí las tarjetas de presentación que necesitaba con una copia del logo de la fotografía que tomé.

Sin duda, le hice imprimir cincuenta copias. Tomé una para esta noche y dejé el resto en la cómoda de Enzo. Iba a estar muy enojado conmigo cuando se diera cuenta de que esta noche había decidido visitar el lugar por mi cuenta.

Miré hacia la calle vacía y me apreté más el abrigo cuando una ráfaga de viento recogió algunas hojas muertas de la acera y las arrojó a mi cara.

Cambié mi peso de un pie al otro, mientras reunía el coraje para enviarle un mensaje de texto a Enzo.

Yo: no te enojes conmigo

Yo: te dejé una tarjeta de presentación negra. Ya estoy aquí. Únete a mi. Por favor

Enzo: Jesús, joder. Por favor dime que no fuiste sola a ese lugar.

Yo: No fui sola a ese lugar.

Yo: solo ven. Te veré adentro.

Metí mi teléfono en mi bolsillo y me dirigí hacia el porche. Anoche, Enzo había dicho que la puerta estaba abierta, así que intenté mover el pomo. Cuando no se movió, llamé a la puerta. El corazón se me subió a la garganta cuando un portero grande salió a saludarme.

«¿Puedo ayudarla, señorita?». Su mirada recorrió mi cuerpo de arriba abajo, a pesar de que llevaba un abrigo grande.

«Estoy aquí para ver al Sr. Gallo». No había planeado decir eso. Los nervios se apoderaron de mí y las palabras se me escaparon. Quizás en el fondo quería que Luca estuviera aquí conmigo. «¿Ha llegado ya?».

«Bienvenida, señorita…» ignoró mi pregunta.

«Esther», le sonreí.

«Señorita Esther. Por aquí», dejó que la puerta se abriera.

Aunque no llegué muy lejos. Más allá de la puerta, una gruesa cortina de terciopelo colgaba del techo. A la derecha había un taburete y un podio. El portero se sentó y le tendió la mano.

«¿Qué?».

«Necesito sellar su muñeca».

«Oh, sí, claro», le estiré mi brazo derecho.

«El otro», sonrió.

Tragué y cambié mis brazos. La tinta se sintió caliente en mi piel. Cuando me soltó, no me sorprendió ver el logo dorado impreso en el interior de mi muñeca.

«¿Se supone que debe arder?», pregunté.

«Desaparecerá el efecto. Disfrute su noche, Srita. Esther. Tomaré su abrigo», apartó la cortina.

«Gracias», me quité el abrigo de piel sintética y dejé que lo tomara.

Ni siquiera se había molestado en fingir que no se estaba comiendo con los ojos mi pecho. Esta noche, solo había estado pensando en Luca y decidí ponerme un vestido de corsé ajustado que hacía que mis pechos parecieran

enormes. El portero pareció estar de acuerdo conmigo. El vestido era atractivo y dejaba poco a la imaginación.

Sin embargo, la forma en que me miró me hizo sentir barata y expuesta. Debería haber esperado a Enzo. Pero conociéndolo, sabía que se demoraría y luego intentaría disuadirme de venir aquí. Tenía miedo de que hubiera una fila para entrar y no me permitieran la entrada.

El lugar era una mansión con luces tenues montadas en las paredes y un enorme candelabro colgado en lo que sería el vestíbulo de la casa. La habitación de la izquierda tenía un puñado de sofás tapizados a lo largo de la pared, que estaba empapelada con un rico material de lino. Los intrincados apliques colocados a intervalos arrojaban un suave brillo sobre cada área. Todo el ambiente del lugar gritaba dinero y perversión.

Así que tenía razón, el lugar era un club de sexo. Entonces, ¿qué había diferente en este lugar para que Luca le pidiera una invitación a su tío cuando podía ir al 'Crucible' cuando quisiera? El golpeteo de un ritmo rápido me atrajo hacia la gran escalera de la derecha.

Sintiéndome como Alicia en el país de las maravillas, seguí la música sensual escaleras arriba. Cuando llegué al rellano, me di cuenta de que el portero no había respondido a mi pregunta. No había dicho si Luca ya estaba aquí. Tampoco me había dicho adónde ir.

El piso de arriba era un largo pasillo con puertas en el lado izquierdo. Puse mi mano en la barandilla y miré hacia el vestíbulo vacío. Levanté la mirada y conté tres pisos más con otro gran candelabro en lo más alto.

¿Dónde diablos estaban todos? Llamé suavemente a la tercera puerta y luego la abrí.

«Por favor», la mujer desnuda, de puntillas y con las muñecas atadas sobre la cabeza, sollozaba. «No más».

«¿Qué demonios?».

«Aquí no das órdenes, hermosa», el hombre sin camisa que estaba detrás de ella le golpeaba la parte posterior de las piernas con una vara. «Ánimo. Párate derecha», él exigía. «Me perteneces. ¿Lo entiendes? Dime por qué se te castiga».

«Dejé que él me tocara».

Vaya mierda. ¿Era entonces una especie de club de BDSM?

Dejé que la puerta se cerrara silenciosamente detrás de mí y luego me alejé. ¿Cómo se suponía que encontraría a Luca en este lugar? Pensé en lo que haría si entrara a otra habitación con Luca azotando a una mujer

desnuda. Probablemente haría algo estúpido como abofetear a Luca como una novia celosa, aunque ni siquiera éramos amigos.

Obviamente, a Luca le gustaban estas cosas. Pensé en la noche en que me azotó en un baño público después de cenar con Enzo. Esa noche me sorprendió tanto que Luca siquiera me hablara, y mucho más que me tocara, que ni siquiera consideré las implicaciones de lo que estaba haciendo y por qué. Se enojó porque dejé que Enzo me pusiera las manos encima y yo le devolví el abrazo. Intenté no pensar en cómo terminó nuestra noche. Y lo avergonzada que me había sentido porque él tuviera que lidiar con mi trasero borracho.

Luca era quien debería estar avergonzado. Su juego inocente no era nada del estilo. ¿Pensaba en mí como su sumisa? En sus sueños. Miré la puerta cerrada frente a mí, imaginando a la mujer desnuda al otro lado retorciéndose de dolor. Estas cosas pervertidas en absoluto eran lo mío. Luca tenía otra cosa que esperar si pensaba que podía someterme a su voluntad de esta manera.

Por supuesto, ya había hecho muchas de las cosas que me había pedido, pero esto era diferente. No sabía lo que significaba todo lo que veía. Ahora tenía que encontrarlo y decirle lo que pensaba. Subí las escaleras hasta el siguiente piso, que tenía una gran puerta doble en el otro extremo. A medida que me acercaba, me di cuenta de que de allí venía la música. Jalé la manija y fui recibida por una escena más familiar, una especie de club nocturno, con música estridente y gente bailando. Gracias a Dios, porque ahora realmente necesitaba un trago. Dos pasos después, alguien me agarró por el codo.

Me volví para mirar al hombre y su espeluznante sonrisa. Jalé mi brazo para liberarme de él, pero él me mantuvo en su lugar. «No tan rápido. Vas a venir conmigo».

«En tus sueños, amigo», apreté los dientes para evitar hacer una mueca de dolor. El imbécil me estaba haciendo daño. Me levanté y lo miré. «Dije que no».

«No puedes decirme que no», se lamió los labios mientras miraba mi pecho. «No aquí».

«Me importa una mierda dónde estemos. Olvídalo».

«¿Miras esto?», me mostró el sello en mi muñeca. «Esto dice que estás en juego abierto».

«Vete al infierno», me volví para irme, pero él me rodeó con sus brazos.

La adrenalina me atravesó en un instante. Odiaba que Enzo tuviera razón. Nunca debí haber venido aquí sola. ¿El portero había descubierto que mi tarjeta de presentación era falsa? Me había marcado como presa disponible. ¿El sello que puso en mi muñeca significaba que cualquiera en este edificio podría tenerme como sumisa?

Mi corazón latía en mis oídos. No fue así como pensé que sería esta noche. «Suéltame. Esto fue un error».

«Eres tan jodidamente hermosa. Dudo que hayas cometido un error, cariño». Se inclinó para besarme en la boca. Aparté mi cara y sus labios aterrizaron en mi cuello. Por alguna razón eso le divirtió. «Como dije», él se rió burlonamente.

«Quita tus manos de ella. Ella es mía», la voz pecaminosa de Luca era música para mis oídos. «No volveré a repetirlo».

El hombre de la sonrisa espeluznante me soltó lentamente. Me aparté del camino y me volví hacia Luca. Por supuesto, me miraba enojado. Y, por supuesto, lucía increíblemente atractivo con un esmoquin. Se tomó dos segundos para echarme un vistazo antes de volver a centrar su atención en el imbécil que pensaba que tenía algún derecho sobre mí.

Miré detrás de mí hacia el salón de baile lleno de gente. Ninguno de ellos se había dado cuenta de mi altercado con el extraño. Mi estómago se revolvió cuando me di cuenta de eso. El tipo tenía razón. Aparte de Luca, nadie se habría molestado en detenerlo. ¿Qué clase de club jodido era este? El portero me había engañado. Claro, vine aquí por mi propia voluntad, pero debería haberme dicho a qué estaba de acuerdo cuando acepté el sello.

«Vamos», Luca me agarró del codo y me condujo hacia la gran escalera.

«Suéltame», intenté alejarme de él.

Él siseó, luego me acercó para capturar mi boca con la suya. Su beso abrasador fue suficiente para hacerme olvidar lo que casi había pasado. Había extrañado esa emoción que sentía cada vez que Luca me tocaba. Él era mi droga. Dios, me lo había perdido. Con un gemido bajo, pasé mis manos dentro de su chaqueta de esmoquin para sentir los músculos allí.

Su corazón latía rápido bajo mi toque mientras chupaba mi labio y luego bajaba hasta mi cuello. «No pelees conmigo por esto, Donata. No estás segura aquí».

«¿Por qué?».

«Aquí no. Las paredes tienen ojos y oídos», me susurró suavemente al oído.

Mis rodillas se doblaron. Quería más de él. Mucho más. Asentí y dejé que me llevara escaleras arriba. No tuve que mirar atrás para saber que el tipo espeluznante todavía nos estaba mirando, probablemente asegurándose de que me habían reclamado adecuadamente. Jesús, ¿cuántas mujeres habían caído en esto antes?

Abrió la puerta de una de las habitaciones y me hizo un gesto para que entrara. Cuando lo hice, cerró la puerta y luego se desabotonó la chaqueta, solo para poder nivelarme adecuadamente con una de sus miradas. «¿Qué carajo te pasa?».

El hechizo se rompió. «¿Qué te pasa a ti? No eres mi guardián. Vengo aquí todo el tiempo», levanté la barbilla. «¿Qué estás haciendo tú aquí?».

«Eso no es asunto tuyo», dejó escapar un suspiro mientras estudiaba mi rostro y luego mi vestido. Me dolió que no me estuviera comiendo con los ojos. Más como que trataba de descubrir si pertenecía a este lugar o no. «Ese tipo...», frunció los labios. Después de unos cuantos latidos, continuó, «ese tipo estaba listo para llevarte con él».

«Lo tenía bajo control». Mierda, ¿cómo iba a solucionar esto? Obviamente no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Y él lo sabía. Lo sabía. «No necesitaba tu ayuda».

«Es temporada de caza en el club, Donata». Tomó mi muñeca y me mostró el ahora súper familiar sello dorado en mi muñeca. «Y tú eres la presa».

«¿Qué?», pregunté en estado de shock. «No me lo dijeron».

«Te vas a casa».

«Entonces llévame a casa», crucé los brazos sobre mi pecho.

«No puedo. Tengo cosas que hacer aquí».

«Ah, ¿entonces es así? ¿Cómo qué? ¿Azotas a mujeres desnudas?», señalé en la dirección general de la entrada.

Tomó mi mano y me atrajo hacia él nuevamente. «Me estás matando. ¿Por qué viniste aquí? Sé que nunca has hecho esto antes». Agarró mi cintura y luego miró dos veces mis pechos que ahora amenazaban con derramarse sobre mi vestido. «Sé que fui el primero».

«Eso no significa nada», mi voz apenas era más que un susurro. «Es un mal momento».

«No viniste aquí para tener sexo».

Técnicamente, no. Pero definitivamente estaba abierta a la idea. Nunca había estado sola con Luca en una habitación con una cama. Nunca me

había mirado así, sin contar la conferencia en la que me hizo venir frente a trescientos estudiantes.

«¿Por qué no?», deslicé mis manos debajo de su chaqueta de esmoquin y se la quité de los hombros. «Me deseas. Lo sé. Cuando no estás luchando contra mí, lo haces».

«No sabes lo que estás diciendo», sonaba derrotado mientras curvaba su cuerpo para encajonar el mío. Sus manos bajaron a mi trasero. En el mismo ritmo, se inclinó y me besó mientras deslizaba sus dedos debajo de mi vestido y la tanga apenas visible. «Estás tan mojada».

«Tú me haces esto, Luca. ¿Cómo es posible que no lo sepas?».

«¿Qué carajo, Donata?», la voz enojada de Enzo resonó en la habitación.

Luca me soltó como si fuera una especie de papa caliente humana. Lo acerqué para decirle que no debía tenerle miedo a Enzo. Pero él ya había puesto distancia entre nosotros y se había colocado la chaqueta. Sus ojos ya no mostraban la lujuria que había visto en ellos antes. El hechizo se había vuelto a romper. ¿Por qué estaba luchando contra esto?

«¿Qué estás haciendo aquí?», le lancé mi mejor mirada de “estás matando mi emoción”.

«Me pediste que viniera a buscarte», su mirada se movió entre Luca y yo. «Tenía miedo de que estuvieras en algún tipo de problema».

«Lo estaba», Luca dijo con los dientes apretados. Su mirada no mostró nada más que desprecio por mí. «La traje aquí para mantenerla alejada de la caza».

«Oh, Dios mío, Donata», Con frustración, Enzo se pasó una mano por su cabello. «Te dije que no vinieras aquí sola».

«No sabía que era temporada de caza», usé comillas al aire para enfatizar lo ridículo que sonaba todo esto. «Y el portero no pensó en decírmelo».

«¿Cómo entraste?», Luca me señaló a mí y luego a Enzo. «Este club es solo por invitación. Y no me vengas con esa mierda de que vienes aquí todo el tiempo», dijo esto cuando abrí la boca para explicarle.

«Lo encontré en la red», me encogí de hombros y luego encontré la mirada de Enzo.

Por suerte, entendió lo que quería decir. «Era una broma. Esto se nos fue de las manos. Pero ahora nos vamos», Enzo me ofreció su mano.

La tomé porque sabía que no iba a llegar a ninguna parte con Luca esta noche. Estaba demasiado enojado conmigo para escucharme. Cuando quise irme, Luca tomó mi codo y lo agarró con fuerza.

CAPÍTULO 13

Mi pequeño y sucio secreto

LUCA

Pasé mi pulgar por el interior del codo de Donata. ¿Qué carajo me pasaba? ¿Por qué no podía dejarla ir? Ella no pertenecía aquí. Ella no tenía idea de lo que estaba pasando. Jesús, cinco minutos antes quería matar a ese imbécil del salón de baile. Cuando lo vi besándola, la necesidad de quemar todo el lugar se apoderó de mí, y tuve que contenerme para no seguir adelante.

Estos sentimientos irracionales eran el problema de Donata. Ella me convertía en una bestia sin sentido, en algo que nunca quería ser. Cada vez que estaba cerca, cada día que pasaba, crecía el deseo de poseerla. Cada vez que me tocaba me hacía perder el control.

«Vete directamente a casa, Donata», el tono de mi voz sonó duro e intolerante, pero no me importó. Su seguridad era lo único importante. «¿Lo entiendes?».

«En realidad, no. ¿Por qué tienes que quedarte tú? ¿Te gustan este tipo de cosas?». Sus mejillas se pusieron de un rojo brillante. «No importa, no respondas eso».

Mi pene se puso rígido en mis pantalones cuando el recuerdo de su bonito culo en el aire pasó por mi mente. No debería haberla azotado esa primera noche cuando vino a verme a mi oficina. Hasta ese día había rechazado la petición del tío Jimmy. Pensaba que me estaba haciendo un favor. Pero solo porque no conocía a Donata. Rechacé su oferta, incluso cuando él mismo amenazó con matarme.

Pero tan pronto como Donata volvió a mi vida, no pude alejarme. Y ahora la idea de que alguien más se casara con ella era como un puñetazo en

el estómago. Miré su brazo. Jesús, incluso ahora, no podía soltarla.

«Estoy aquí por un asunto importante, Donata. No es necesario que te expongas a este tipo de peligro. ¿O no entiendes lo que casi pasó abajo?».

«¿Qué pasó?», Enzo dio un paso hacia Donata, todavía sosteniendo su mano. Su mirada se movía entre el rostro de Donata y el agarre que tenía sobre ella. «¿Lo engañaste para que viniera aquí, Donata?».

«¿Qué?», apartó su brazo de mí y luego de Enzo. «¿Crees que hice esto? Esta fue idea suya, ¿recuerdas?».

«¿Qué?», le fruncí los ojos. «Eres increíble. ¿Me seguiste hasta aquí?».

«No», ella cruzó los brazos sobre su pecho y sus tetas se salieron un poco de su vestido, lo suficiente como para distraerme y hacerme desear que Enzo no nos hubiera encontrado. Cuando Enzo arqueó una ceja, ella dejó escapar un suspiro. «Bueno. Sí, te seguí hasta aquí. Pero solo porque estaba preocupada por ti».

«Donata, prometiste que todo este asunto del acoso había terminado», Enzo se acercó a ella como si fuera una especie de animal salvaje.

«Así es. Pero él…», ella me miró con ojos de cierva.

«¿Yo qué?», le sonreí. Había considerado que podría contarle a alguien sobre nuestro juego. Saber que lo había mantenido en secreto me complació muchísimo. «Continúa».

«Sé lo que hizo», Enzo se volvió hacia mí mientras Donata me miraba con deseo en sus ojos. «Ella me contó lo que pasó en el segundo año del instituto».

«¿Es así?», me reí. «No pensé que ella fuera capaz de decir la verdad».

«Bueno, lo soy. Enzo lo sabe todo».

«Por si sirve de algo», Enzo se aclaró la garganta, «quería disculparme. En nuestro último año pasé mucho tiempo intentando hacer que te despidieran por segunda vez».

«Nunca debí haber regresado a la escuela». Había sido tan estúpido como para pensar que, si regresaba, la gente vería que era inocente. Pero en lugar de eso, asumieron que el tío Jimmy había intimidado a la Signora Vittoria para que respondiera por mí. Como si alguien pudiera decirle qué hacer. «Fue una idea estúpida».

«Bueno, me alegro de que Donata finalmente haya decidido confesar», Enzo le dirigió una mirada significativa.

«Lo siento», Donata se miró las manos. «Fue algo muy infantil. Pensé que si te mostraba que a la gente no le importaba que yo tuviera quince años

y que tú fueras mi maestro, me querrías».

«Jesús, Donata, ¿oyes lo loco que suena eso?», levanté la voz. «Por supuesto que a la gente le importaba. Habría sido un abuso de poder por mi parte».

«Solo eres seis años mayor que yo. Pero eso lo veo ahora. No se trataba de la edad», ella asintió, «hice las cosas tan dañinas para ti. ¿Me perdonas?».

Su pregunta envió una descarga de adrenalina a través de mí. Llevaba casi cinco años albergando este resentimiento hacia Donata. Nunca consideré la idea de dejarlo ir. En cierto modo, incluso si me sentía hostil hacia ella, ella había estado en mi mente constantemente. Todo este tiempo, ella había sido mi pequeño y sucio secreto.

«Debería odiarte. Pero no lo hago», y esa era la verdad. Intenté odiarla, solo porque la deseaba mucho.

«¿Lo ves?, eso no fue tan difícil», Enzo le sonrió a Donata.

«No, no lo fue», ella levantó su mirada para encontrarse con la mía.

Las lágrimas no derramadas en sus ojos me afectan. Ella realmente lo sentía. Finalmente, comprendió el daño que habían causado sus mentiras. Desafortunadamente, aunque pude encontrar una razón para perdonarla, mi tío nunca lo dejó pasar. No porque yo le importara un carajo, sino porque la necesitaba. El plan estaba trazado. Todavía tenía que casarme con Donata y quitarle todo.

«Solo hay una cosa que todavía no entiendo», Enzo me señaló, «si Donata y tú no estaban juntos en el instituto, ¿por qué estabas en los Hamptons con ella el día que me dispararon?».

«¿Quieres decírselo tú?», levanté una ceja para advertirle que si hablaba diría la verdad.

«Yo…», se mordió el labio inferior, «lo engañé para que viniera a los Hamptons a verme. Bueno, él no sabía que estaba ahí por mí. Cuando llegó a la casa de la playa, Santino me llamó para decirme que tú y Aurora estaban en problemas. Luca vino conmigo para ayudar».

«Nunca te agradecí lo que hiciste ese día. Si no hubiera sido por ti, Angelo habría acabado conmigo».

«Angelo estaba loco. Aurora y sus padres no merecían morir de esa manera». Me froté el pecho para aliviar el dolor que se apoderaba de mi corazón cada vez que pensaba en la noche en que mataron a Ava.

Ava murió sola porque yo estaba en los Hamptons con Donata. Porque me quedé con Enzo hasta que llegó la ambulancia y Donata estuvo bien para irse a casa. Mientras tanto, Ava estaba en una zanja muriendo por heridas internas. La peor parte fue que no podía contarle a nadie sobre ella en ese entonces.

Aunque estábamos listos para tener un compromiso de por vida antes de que la mataran, yo no estaba listo para contarle a mi familia sobre ella. Principalmente, porque no quería contarle sobre ellos. Lo que me atrajo de Ava fue que cuando estaba con ella, no existía el mundo mafioso. Solo éramos nosotros dos.

Incluso ahora, no podía contarle a nadie sobre ella. Alfred era el único que sabía que había estado buscando a su asesino durante los últimos dos años. Tenía que seguir así si quería terminar lo que había empezado.

«Donata, tienes que irte a casa», hice un gesto hacia la puerta, «mantente cerca de Enzo. No te apartes de su lado hasta que hayas abandonado la mansión».

«No estás aquí para tener sexo», ella me miró fijamente», ¿verdad?».

«Ve».

«Conozco esa mirada», señaló mi cara, con una gran sonrisa en la suya. «Estás aquí en una misión de investigación. Quiero participar».

«¿Qué? Absolutamente no».

«Lo sabía», ella me sonrió, «estás aquí por algo».

«Hemos terminado aquí», la agarré por el codo y la acompañé hasta la puerta.

Tan pronto como abrí la puerta, escuché la conmoción en el salón de baile de abajo. Mierda. Ya había comenzado. Me volví para mirar a Enzo. «Ella no puede quedarse».

«De acuerdo», dio un paso para bloquearla de la vista.

«¿Alguien puede explicarme qué está pasando?», Donata estiró el cuello para ver mejor desde la barandilla. «¿Están persiguiendo a las mujeres?».

«Es un juego. Y tú no participas», le dije.

«No tengo idea de cómo me seleccionaron para ello».

«Solo se caza a las personas con el sello dorado», escaneé el suelo en busca de una salida. «La caza termina al amanecer. Eres presa fácil hasta entonces».

«Pero tú me reclamaste. El otro tipo me dejó ir».

«Puede intentarlo de nuevo si cree que ya terminé contigo. O si puede pelear conmigo y ganar. Mierda».

El portero en la entrada le había explicado el tipo de entretenimiento que tenían esa noche. Por la forma en que lo expresó, tuve la impresión de que los clientes podían elegir si querían ser el cazador o la presa. Pero a Donata no se le había dado esa opción. Demonios, ni siquiera le habían dicho las reglas. Si lo hubiera hecho, nunca habría entrado. Por el amor de Dios, ella había perdido su virginidad la semana pasada. No estaba preparada para enfrentarse a múltiples miembros. Apreté la mandíbula. La idea de que alguien tocara a Donata me alteró.

Miré el sello en su muñeca. Entonces me di cuenta de que la marca que Ava tenía en el brazo la noche en que murió también era dorada. ¿La habían engañado para que jugara o había venido por su propia voluntad? No, no podía imaginarme a la dulce Ava viniendo a propósito a un lugar como este.

¿Había sido así como la mataron? ¿Un cazador llevó el juego demasiado lejos?

«Chicos, sáquenme de aquí», Donata presionó su cuerpo contra el mío.

Seguí su línea de visión hasta la entrada del salón de baile debajo de nosotros, donde habían capturado a una mujer. Ella les rogaba que se detuvieran, pero la pareja que la desnudaba no le hacía caso. Varias personas se reunieron a su alrededor, no para ayudar a la cautiva, sino para observar.

«El portero dijo que las presas eran actores», Enzo se acercó a Donata y señaló al trío. «No puedo decir si están actuando o no».

«Parece que a todos nos contaron historias diferentes. En este momento, todo lo que quiero saber es cómo vamos a pasar el segundo piso para llegar al vestíbulo». Donata levantó la barbilla hacia otro trío.

El canalla que la agarró antes había encontrado dos amigos más. La única manera de salir de aquí era arrastrándonos con una excavadora a través de quien fuera lo suficientemente estúpido como para perseguir a Donata. Al diablo con las reglas. Ella nunca estuvo de acuerdo con nada de eso. Me quité la chaqueta del esmoquin y me arremangué.

«¿Hay alguna posibilidad de que esté a salvo permaneciendo en tu suite?», preguntó Enzo.

«Quién diablos sabrá lo que le dijeron a esa gente», tomé la mejilla de Donata. «No te tocarán. Lo prometo».

El miedo que se registró en sus ojos me lastimó. Donata tenía una manera de desarmarme, de hacerme olvidar por qué ella y yo juntos éramos realmente una mala idea. Su labio tembló y me incliné para besarlo. Y no me importaba si Enzo sabía que incluso si Donata hubiera mentido sobre mí, no se había equivocado.

La quería de la peor manera posible. La quise desde el primer día.

«Enzo», lo llamé, «saldremos corriendo. Me aseguraré de que nadie se interponga en tu camino». Cambié mi atención a Donata, que todavía estaba acurrucada en mis brazos. «No mires atrás. Y no pares hasta que estés afuera».

«Lo siento», ella respiró hondo, «no tenía idea de que sería así».

«Demasiado tarde para eso», la besé suavemente, «vamos».

Me dolía todo el cuerpo cuando la aparté de mí y la acerqué a los brazos de Enzo. Odiaba que él sintiera que podía tener sus manos sobre ella de esa manera. Que ella nunca retrocedió ante su toque. Pero esta noche todo eso no importaba. Teníamos que poner a Donata a salvo.

Me puse delante de ellos y fui directo hacia el imbécil que miraba a Donata como si fuera el plato principal de la noche. Tenía lápiz labial en la camisa, lo que me hizo pensar que ya había estado con otra persona. Regresaba por la que se le había escapado.

Al menos ahora podía hacer lo que quería desde que lo vi por primera vez con Donata. Golpearle la cara me pareció una buena idea. Tan pronto como estuvo a mi alcance, lo hice. Su amigo intervino inmediatamente. Pero yo lo estaba esperando. Le golpeé el costado con el puño y luego lo rematé con un gancho en la barbilla. La sangre salpicó por todas partes cuando agarré la solapa de su chaqueta y lo levanté para mirarme directamente a los ojos. «Ella es mía. ¿Lo entiendes? Detén esto ahora».

«Es solo un maldito juego. Tranquilo, hombre», murmuró mientras hacía una mueca de dolor.

Se quedó en el suelo cerca de mis pies. Pero sus otros dos amigos volvieron a atacarme. ¿Por qué? Era obvio que estos tipos nunca habían estado en una pelea. Sus movimientos eran lentos y pesados. Me habían entrenado para ser un soldado de la mafia desde que era niño. Esta no era una pelea justa. Pero, o estaban demasiado drogados o demasiado borrachos para darse cuenta. O querían tanto a Donata que estaban dispuestos a intentarlo. Estos imbéciles querían quitarme a Donata. Estaba listo para matarlos.

«No te detengas», la voz de Enzo resonó por el rellano.

Él y Donata ya habían llegado a las escaleras y se dirigían al vestíbulo. Caminé hacia ellos, empujando a hombres con trajes oscuros a juego fuera del camino. ¿Qué carajo? Los cabrones de antes llamaron a seguridad. Así que, ¿agredir a mujeres desprevenidas estaba bien, pero lanzar algunos golpes no?

Los chicos de seguridad solo parecían preocupados por contenerme. No les importó que otras personas pidieran ayuda a unos metros de nosotros. Era como si este juego hubiera sido diseñado para que cierta gente ganara. Bueno, cometían un error cuando involucraban a Donata. No iba a dejar que se salieran con la suya. Desde lo alto de las escaleras, vi la cabeza rubia de Donata y su vestido brillante. Estaban casi en la puerta, pero dos hombres se dirigían directamente hacia ellos.

Mierda.

Supuse que el juego terminaría una vez que Donata saliera. Pero ahora que lo pensaba, el portero había dicho que todo terminaría al amanecer.

«Donata», grité.

Llegué a la mitad de la escalera cuando tres hombres me agarraron de los brazos. Le di un puñetazo al primero y lo eché del rellano. El resto de los imbéciles me sujetaron mientras luchaba por alejarme de ellos y alcanzar a Donata. Tenía que asegurarme de que ella estuviera bien, que llegara bien a casa.

La idea de Donata atrapada en este lugar durante cinco horas más bombeó mis músculos con adrenalina y odio. Empujé a los chicos y bajé el resto de los escalones. Cuando levanté la vista, el portero tenía a Donata agarrada por el codo. Estaba sola y al borde de las lágrimas.

«Quita tus manos de ella», me acerqué a ellos.

«Luca. Detrás de ti», ella se tapó la boca.

Me detuve en seco, pero antes de que pudiera darme la vuelta, recibí un golpe en la nuca y todo se volvió oscuro.

CAPÍTULO 14

Porque eres mía

DONATA

«Luca», lo llamé de nuevo, mientras el portero sujetaba mi brazo con fuerza. Los moretones ya habían comenzado a aparecer debido a todas las personas que me empujaban de un lado a otro. «¿Adónde lo llevan?».

«A la celda de los ricos. ¿Adónde creías?», él puso los ojos en blanco. «Son todas iguales. Entran aquí con esos ojos de cierva pensando que conquistarán a uno de esos hombres ricos. No son más que un juguete. Espero que lo entiendas ahora, cariño. Vete a casa y consigue un trabajo de verdad».

«¿Es por eso que me dejaste entrar?», jalé mi brazo. «¿Pensaste que quería dinero?».

«¿No es así?».

Abrí la boca para decirle que se había equivocado. Pero la cuestión es que mis razones para venir aquí eran igual de patéticas. Tal vez no había venido buscando un multimillonario porque necesitaba dinero, pero aun así había venido para buscar a alguien.

«Tienes que dejarme ir. No quiero estar aquí».

«¿Ellos no te explicaron las reglas?», cruzó los brazos sobre el pecho. «No puedes irte hasta que obtengas lo que viniste a buscar».

«No estoy de humor para acertijos», le entrecerré los ojos. «¿Y quiénes son ‘ellos’? Nadie me dijo nada». Mierda. Estaba al borde de un ataque de pánico colosal. Esto era demasiado. Se habían llevado a Enzo y ahora a Luca. ¿Qué se suponía que debía hacer? «Por favor. Al menos déjame ver a mi amigo».

«Tu amigo. Ya veremos», él se rió burlonamente.

Abrí la boca para preguntarle qué quería decir con eso, pero entonces, Enzo entró con una tarjeta de presentación negra en la mano y se la arrojó en la cara al portero. «Déjala ir. Su deuda está pagada».

«Mmm», las cejas del portero se alzaron hasta la entrada de su cabello. Se agachó y recogió la tarjeta con el mismo logo, excepto que era azul en lugar de dorada. Su mirada se movió entre Enzo y yo mientras se estiraba en toda su altura. «Supongo que siempre hay una primera vez».

Lentamente, se acercó a las gruesas cortinas de terciopelo y las abrió lo suficiente para que pudiéramos pasar. Deslicé mi mano alrededor del brazo de Enzo e hice lo que Luca me había pedido que no hiciera. Miré hacia atrás. Al pie de las escaleras, el imbécil con la sonrisa espeluznante se despidió con una señal de la mano. Y juré que pronunció las palabras, «hasta luego».

Me quedé inmóvil y apreté los dedos alrededor de la chaqueta de esmoquin de Enzo. Este lugar me asustaba muchísimo. «Enzo».

«Lo sé. Camina».

De alguna manera logré mover las piernas. Pero tan pronto como el aire fresco me golpeó en la cara, me di cuenta de que habíamos dejado atrás a Luca. «Enzo. Espera. No podemos irnos. Luca sigue allí».

«Tú eres mi única prioridad. Vamos».

«No», me alejé de él, «se metió en problemas con esa gente por mi culpa. No puedo dejarlo».

«Carajo, Donata. No volverás allí», revisó la calle vacía. Cuando los neumáticos de un todoterreno chirriaron a lo lejos, se inclinó y me echó sobre su hombro. «Me lo agradecerás más tarde».

«¿Qué diablos, Enzo?», puse mis manos en su espalda para mantener el equilibrio. «Bájame. Lo entiendo».

«No, no lo entiendes», caminó por la acera, hacia el lado de la cuadra que parecía volverse cada vez más oscuro. Enzo dio pasos decididos y no se detuvo hasta que un vehículo se detuvo frente a ellos. «Entra», me dejó en el suelo.

A estas alturas, mi vientre y mis brazos estaban tan magullados que decidí que no era una buena idea seguir peleando con él por esto. Lo más inteligente sería reagruparnos y descubrir cómo podíamos ayudar a Luca. Subí al auto y me deslicé todo el camino para dejarle espacio a Enzo.

«Solo sácanos de aquí. No vamos a casa todavía», le dio unas palmaditas en el hombro a su chofer y luego se recostó y soltó un largo

suspiro. «¿Qué carajo fue todo eso?».

«Lo siento».

«¿Lo sientes?», él me miró fijamente, «¿tú lo sientes? ¿Te das cuenta de lo que estuvo a punto de pasarte a TI?».

Había estado tratando de no pensar demasiado en lo que esos tipos casi me hicieron. Me estremecí cuando pensé dónde estaría si Luca y Enzo no hubieran aparecido. «Lo sé. De todas las tonterías que he hecho en mi vida, esta es la mejor de todas».

«Sí, realmente lo es», él tomó mi mano, ¿estás bien?».

«Sí. Solo un poco magullada», le mostré mis brazos y muñecas, «todo eso por un pequeño tatuaje». Froté la tinta, pero ni siquiera se corrió. «¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que esto desaparezca?».

«El tipo dijo que alrededor de una semana».

«¿Qué tipo?».

«El corredor de apuestas que tomó mi dinero». Se presionó los ojos con el índice y el pulgar. «Eso es lo que querían cuando nos separaron y me llevaron atrás. La única forma de sacarte de la mansión era saldar tu deuda».

«¿Qué maldita deuda?».

«Quién diablos sabrá. Querían cinco mil dólares. Simplemente se los di».

«Te devolveré el dinero», presioné mi frente contra su brazo. «Gracias por venir a rescatarme».

«Solo salí de allí gracias a Luca. ¿Lo sabes bien?». Puso su mano a un lado de mi cabeza.

Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente estallaron como una presa. Me acerqué y acurruqué mi cuerpo contra el costado de Enzo. Él estaba en lo correcto. Si Luca no se hubiera vuelto loco con esos tipos que venían por mí, Enzo no habría podido sacarme. Pensé en Luca corriendo escaleras abajo, listo para causarles el infierno, luciendo como un caballero de la vida real con una brillante armadura.

¿Se preocupaba por mí? ¿Cómo podría no hacerlo? La mirada insidiosa en sus ojos lo decía todo. Estaba listo para matar. Por mí.

«Tenemos que ayudarlo», me senté.

«Estará bien. Estoy seguro de que tendrá que pagar una tarifa considerable por arruinar su diversión. ¿No entiendes de lo que era este club?».

«Sí, Enzo. No estoy del todo desorientada. Es un patio de recreo para los asquerosamente ricos», pasé mis dedos por mis muñecas, «el portero pensó que yo era una chica pobre que esperaba ligar a un hombre rico».

«Solo tú puedes meterte en este nivel de problemas. ¿Por qué?», Enzo dejó escapar una risa de incredulidad.

«Quería saber qué estaba haciendo Luca».

«Bien, ahora ya lo sabes».

«No, él no estaba allí por el juego. Eso era obvio. Él está tramando algo. Necesita nuestra ayuda». Cuando Enzo puso los ojos en blanco, le tapé la boca con la mano para que me dejara hablar. «No pretendo sacarlo del club. Tienes razón. Tendrá que pagar un montón de dinero. Quiero decir que estaba allí para una misión de investigación».

«Ay, Dios mío, Donata. No».

«¿Qué?».

«No puedes involucrarte. ¿Recuerdas la última vez que hiciste eso? Aurora murió», él hizo un gesto de dolor.

«No es justo», me alejé de él, «ella fue asesinada. Eso no fue mi culpa. Y no fue tu culpa tampoco, ni de Rex, en todo caso».

«Lo siento. Tienes razón», puso su brazo sobre su cara.

El silencio se apoderó de nosotros hasta que se abrió paso el ruido de los neumáticos sobre el asfalto de la ciudad. Quién sabe cuánto tiempo estuvimos conduciendo sin rumbo fijo. Enzo le había pedido al conductor que siguiera adelante.

«¿Por qué no vamos a casa?».

«Me dijeron que siguiera manejando», dijo el chofer.

«Son salvajes», sacudí la cabeza y miré por la ventana.

«Entonces tú y Luca, ¿eh?», preguntó Enzo.

«No sé», lo enfrenté, «él me besó».

«Lo vi», él arqueó una ceja, «ese tampoco parecía tu primer beso».

«Tuvimos relaciones sexuales», aparté mechones de cabello de mi rostro. «En serio. Fue real, Enzo. Creo que me ama».

«Eso es imposible».

«Oh, gracias por el voto de confianza. Soy tan fea y tonta, ¿por qué alguien tan hermoso e inteligente como Luca Gallo me querría? ¿No?», lo dije en tono burlón, pero esas palabras habían estado dando vueltas en mi cabeza desde el primer día que lo vi. Como me había reprobado solo para ir a verlo a su oficina. Estaba convencida de que había hecho todo eso para

acercarse a mí porque Luca me quería. Quizá no estaba enamorado, pero me deseaba. Eso era suficiente para mi. «Solo dímelo».

«Espera, ¿quieres una respuesta?», se sentó. «Cualquier hombre tendría suerte de tenerte, Donata. Eres inteligente. Divertida. Atractiva», señaló mi vestido, «es solo que Luca es demasiado mayor para ti».

«Seis años no es mucho».

«No me refiero a la edad. Él es simplemente más…».

«¿Sofisticado?».

«No sé. Solo muy enojón».

«Oh, ¿y tú no eres enojón?», le entrecerré los ojos. «Solo quiero ver a dónde nos lleva esto. Después de todos estos años, todavía tengo sentimientos profundos por él. No puedo estar equivocada». Presioné una mano contra mi frente. «Siento que me estoy volviendo loca. Esperaba que esta noche lo supiera con certeza».

«Esta noche no fue un completo fracaso», él se encogió de hombros, «tal vez deberías ayudarlo».

«Es lo que pensaba», moví mi cuerpo hacia él. «Ese lugar le repugnaba. Apuesto a que tenía una muy buena razón para estar allí».

«Está bien, capitán», Enzo señaló la calle vacía y las luces de la ciudad. «¿Ahora que?».

«Vayamos a esperarlo a su casa. No me importa si no vuelve a casa hasta la mañana. No me iré hasta que me diga por qué estaba en ese club para depravados y qué estaba buscando».

«Por supuesto. Su casa. ¿Por qué no lo pensé?», sacudió la cabeza, luciendo molesto y divertido al mismo tiempo. «¿Tienes su dirección?».

No había terminado de hacer la pregunta cuando se la solté al chofer.

«Por supuesto», hizo un gesto con la cabeza a su chofer.

Alrededor de las tres de la madrugada, el todoterreno se detuvo junto a la acera. Tan pronto como lo hizo, el chofer saltó del auto y caminó para abrirle la puerta a Enzo. Cualquier otra noche le habría pedido que me dejara entrar sola. Pero pensé que ya había tentado mi suerte lo suficiente por una noche. Tomé la mano que me ofreció y salí del auto.

Tal vez Alfred había estado muy preocupado por Luca, o se había acostado tarde, pero tan pronto como pisamos el escalón de piedra rojiza, la puerta se abrió.

«Buenas noches, señorita Salvatore. Señor Alfera». Él asintió hacia nosotros dos.

Era un poco desconcertante que el mayordomo de Luca, o lo que fuera Alfred, supiera quiénes éramos. ¿Aprendió nuestros nombres antes o después de mi primera visita a la casa de piedra rojiza? De cualquier manera, no importaba. Su comportamiento amistoso significaba que no nos despediría sin escucharnos primero.

«Hola. Estamos aquí para ver al profesor Gallo. Luca. Me refiero al señor Gallo». Realmente había perdido la noción de lo que Luca era para mí.

«Entren. ¿Puedo ofrecerles algo de beber?», hizo un gesto hacia el piso de arriba. La última vez no había pasado del salón, que tenía una zona de estar informal y una terraza en el jardín.

«Tomaré vino».

«Voy a necesitar algo más fuerte», Enzo refunfuñó.

«¿Qué tal un whisky solo?», Luca apareció en lo alto de las escaleras.

«Luca». Subí corriendo las escaleras y le rodeé el cuello con los brazos. «Te dejaron salir. Estaba tan asustada».

«Me metieron en una celda durante una hora y luego me echaron», él me devolvió el abrazo. «¿Qué están haciendo aquí?».

«Quería asegurarme de que estuvieras a salvo», me volví hacia Enzo, que ya tenía una bebida en la mano. «Enzo me trajo aquí».

«No tuve elección», levantó su copa y tomó un trago, «ella insistió».

«Ella tiene preguntas», apoyé mis manos en mis caderas. «Estoy demasiado asustada para irme a dormir. Ahora ya sé que estás bien y tengo que saberlo. ¿Por qué estabas en ese loco lugar?».

«Por razones que no tienen nada que ver contigo», Luca ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «Vete a casa, Donata».

Me lanzó su habitual mirada de "hablo muy en serio", pero sus palabras carecían de convicción. No fui el único que se dio cuenta porque en el siguiente suspiro, Enzo dejó su vaso vacío sobre la mesa y se dirigió hacia las escaleras.

«Los dejaré a ustedes dos solos. Obviamente tienen cosas de qué hablar», él me sonrió. «Por el amor de Dios, Donata, no te metas en problemas. Aún no amanece», intercambió una mirada con Luca.

«Ella está a salvo aquí».

«Gracias», rodeé la cintura de Enzo con mis brazos. «Por todo».

«Te veré mañana», se despidió de mí y me dejó en una enorme casa, sola con Luca.

Tan pronto como la puerta de abajo se cerró, una cruda energía chispeó en el aire a mi alrededor. Escaneé la habitación y encontré a Luca sentado en su sala formal frente a la chimenea del tamaño de una pared. Había algo muy íntimo en estar aquí con él. Si fuera totalmente honesta, este era el sueño de una acosadora hecho realidad. ¿No era eso lo que había sido todos estos años? ¿Siempre rondando cerca de él, pero nunca invitada a entrar?

«¿Querías una copa de vino?». Hizo un gesto hacia la mesa de cóctel cuadrada. Todavía llevaba los pantalones de esmoquin y la camisa de esta noche, menos la chaqueta. Con una sonrisa, siguió mi línea de visión hasta su camisa manchada. «Llegué aquí unos minutos antes que tú. Tomemos una copa y luego podremos cambiarnos esta ropa».

Mi estómago dio un vuelco cuando el deseo se desplegó a través de mí. ¿Tenía la intención de que pasara la noche con él?

«Está bien», tomé la copa y bebí. «¿No estás enojado conmigo?».

«Casi te pierdo esta noche», parecía tan cansado y derrotado.

«No, no lo hiciste», me senté en el sofá frente a él.

«Esos hombres tenían la intención de retenerte. Y no me refiero solo por esta noche», apretó la mandíbula y luego bebió el resto de su bebida. «Debería inclinarte sobre mis rodillas y darte los azotes que te mereces. De todas las estupideces…».

«Sí, lo sé», levanté la mano. «Enzo ya cubrió todo eso en el auto. No te preocupes. Lo entiendo. Y no volverá a suceder. ¿Por qué te importa?».

Se inclinó hacia adelante y colocó su vaso en la mesa de café entre nosotros. Cuando se puso de pie y caminó hacia mí, hice lo mismo. Su intensa mirada atravesó todas mis defensas, directo a mi alma. Ese era el regalo de Luca. Me hacía sentir que me veía. No se distrajo con los destellos de mi vestido ni con los reflejos de mi cabello. Él me veía, toda yo.

«Porque eres mía», tomó ambas mejillas entre sus manos. «¿Lo entiendes? No puedes volver a ponerte en ese tipo de peligro nunca más. No lo permitiré».

«Luca».

Su boca aplastó la mía con un beso abrasador.

CAPÍTULO 15

Última oportunidad para salvarte

LUCA

«Voy a romperte el corazón, Donata», susurré en sus labios, «no deberías estar aquí».

«No me importa», presionó sus labios contra los míos, «no me alejes. No tienes que preocuparte por mí».

Me reí entre dientes porque nada podría estar más lejos de la verdad. Me preocupaba Donata todo el maldito tiempo. Era volátil e impulsiva. Esta noche se había puesto en peligro sin ningún motivo. Me había seguido a un club clandestino, simplemente por curiosidad o por aburrimiento, ¿quién carajo sabía por qué? Y al hacerlo, arruinaba la última oportunidad que tenía de encontrar la verdad. Donata era una distracción que no podía permitirme. Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos. Cada vez que pensaba en lo cerca que estuve de perderla, se me oprimía el pecho. La ansiaba como nunca lo había hecho. No tenía idea de cuándo ni cómo sucedió, pero la consideraba mía. No me importaba que la Signora Vittoria tuviera mayores planes para ella.

Donata era mía. Mía para que estuviera solo conmigo.

El problema era que el tío Jimmy nunca me dejaría tenerla. No de la forma que yo quería. Para él, ella era otro peón. Tenía que casarme con ella y, al mismo tiempo, dejar de lado todos mis sentimientos. Principalmente, porque tan pronto como Donata descubriera por qué la dejaba regresar a mi vida, me odiaría.

Pasé mi pulgar por su suave mejilla y sus ojos se cerraron. Un día, pronto, ella dejaría de mirarme con tanto amor y lujuria. Una parte de mí, la

parte decente de mí, sabía que tenía que dejarla ir. Pero, ¿cómo? Ya la había probado. Quería más.

«Esta es tu última oportunidad, Donata». Bajé mi mano hasta su cuello y envolví mis dedos alrededor de él. «Última oportunidad para salvarte».

«No voy a ir a ninguna parte», ella plantó un beso en mi pecho. «Sé lo que quiero».

«¿Qué va a pasar cuando le cuentes a tu tía sobre nosotros? ¿Cómo crees que reaccionará cuando te vea con un soldado y no con el rey que ella quiere para ti?».

«¿Estás hablando de Don Valentino? ¿El papá de Rex?», me miró entrecerrando los ojos. «Yo nunca aceptaría eso. No le pertenezco. Ella no puede obligarme».

«La Signora Vittoria tiene una manera de conseguir siempre lo que quiere», presioné mi frente contra la de ella, «vete ahora antes de que sea demasiado tarde».

«Ya es demasiado tarde, Luca. Estoy enamorada de ti», ella agarró el cuello de mi camisa. «Solo te quiero a ti».

Fui un idiota por hacer esto. Su tía ya había hecho planes para casar a Donata con ese anciano. Una alianza con la familia Valentino daría a los Salvatore una gran ventaja dentro de la Sociedad. El tío Jimmy quería ganarles en su propio juego. Para eso, me necesitaba a mí y a la obsesión de Donata por mí.

Después del escándalo por el que me hizo pasar Donata hace cinco años, supuso que Donata tenía sentimientos reales por mí. Sabía que yo podría lanzarme y tomarla para mí. Lo que no entendía era que acercarse tanto a Donata era peligroso. Ella ya había dejado su huella en mí. Ya no estábamos jugando. Lo que sentíamos era real.

Envolví mis brazos alrededor de su cintura y la levanté. Una pequeña voz dentro de mi cabeza me decía que esta era la peor idea. Mientras subía las escaleras hacia mi suite, la advertencia se hizo cada vez más silenciosa, hasta que todo lo que pude escuchar fue el fuerte latido de mi corazón.

«Quítate tu vestido», la solté cuando llegamos a la cama. «Quiero verte».

Miró hacia abajo por un momento y luego bajó la cremallera lateral. A pesar de que sus mejillas se habían puesto de un rojo brillante, dejó caer la tela y se acumuló a sus pies. Jesús, ella era toda una visión. Tomé sus perfectas tetas, sintiendo sus tensos pezones entre mis dedos.

«Todo», mi mirada bajó de su pecho a sus bragas.

Una vez más, por muy avergonzada que pareciera, hizo lo que le pedí sin dudarlo. Desde la semana pasada no había podido dejar de pensar en lo bien que se sentía. Qué suaves y regordetes se sentían sus pliegues cuando la tocaba. Alcancé su sexo y lo froté suavemente.

«Date la vuelta».

«Luca», dejó escapar un suspiro tembloroso.

«Muéstrame ese lindo trasero tuyo».

La última vez que estuvimos juntas, no sabía que era su primera vez. La tomé sin preguntar ni pensar en las consecuencias. Todo lo que podía pensar era en lo mucho que necesitaba estar dentro de ella. Me convencí de que todo era parte del juego. Aunque ahora sabía que solo me estaba mintiendo a mí mismo.

«Te deseo tanto», presioné mi pecho contra su espalda y amasé su trasero. «Eres tan jodidamente hermosa. No puedo soportarlo». Apoyé mi mano en su espalda baja y la guié para que se inclinara. «Sabes por qué se te castiga, ¿no?».

«No puedes hablar en serio», apoyó las manos en el colchón y miró por encima del hombro, esforzándose por recuperar el aliento.

«Dilo», levanté la mano y le di una nalgada. Mis dedos ansiaban tocar sus pliegues húmedos, pero ella tenía que entender que lo que hizo esta noche había sido peligroso e impulsivo. Le di otra nalgada. «Dime».

«Fui a espiarte», ella gimió, «y por eso fui a ese lugar».

«Quería matar a ese tipo por ponerte las manos encima». Froté mi mano sobre las huellas rojas en su piel. «A partir de ahora nadie podrá tocarte. ¿Lo entiendes?».

«Sí», asintió.

«Qué buena chica», le di otra nalgada a su lindo trasero. Se puso de puntillas y me dio una vista gloriosa de su coño. «Sabes cómo volver loco a un hombre».

Me arrodillé y enterré la cara entre sus muslos. Ella me recompensó con un gemido muy sensual. Como antes, ella no me rehuyó, a pesar de que era nueva en todo esto. Aunque no lo merecía, ella confiaba en mí implícitamente.

«Sí», ella suspiró, inclinándose ligeramente hacia mí y estirándose más arriba sobre las puntas de los pies para darme un mejor acceso.

«Tan bien», besé y mordisqueé su clítoris antes de hacer algunas pasadas con mi lengua. «Tan jodidamente delicioso. Date la vuelta».

Con las piernas temblorosas, se levantó en toda su altura y giró hacia mí, de modo que su sexo quedó directamente frente a mí. Con mis ojos puestos en ella, hundí mi lengua en sus pliegues y luego seguí con mis dedos.

«Quiero verte venir. Como lo hiciste en mi clase». Soplé mi aliento caliente sobre su clítoris.

«Dios mío», dejó caer la cabeza hacia atrás. «Estaba tan avergonzada».

«¿Por qué?».

«Estaba segura de que podían oír el vibrador zumbando dentro de mí. Pensé que todos podían oírme llamándote».

«Eras un espectáculo digno de contemplar. Eres tan jodidamente hermosa cuando te corres». Metí mis dedos más profundamente en ella. «Eres una reina».

Sus paredes resbaladizas se sentían bien. Y luego, se dejó llevar, sintiendo su orgasmo hasta el final. Tan pronto como la solté, ella se dejó caer sobre la cama con una mirada brillante en sus ojos. Mientras ella se recuperaba, me quité la camisa de esmoquin y luego los pantalones.

En el momento en que mi erección surgió de mis calzoncillos, las cejas de Donata se alzaron. Para mi sorpresa, lo tomó y lo bombeó un par de veces. Jesús. Eso se sintió demasiado bien. Tomé la parte posterior de su cabeza y la guié para que probara. Una sonrisa apareció en sus labios mientras se inclinaba y me tomaba por completo.

«Mierda. Ya has hecho esto antes».

«No», jadeó. «Pero lo he visto hecho. Pensé en ti durante tanto tiempo».

«Está llena de sorpresas, señorita Salvatore».

«No sabía que podía ser así», ella acunó mis pelotas y comenzó a chuparme como si fuera su última comida.

«Donata», acaricié sus pechos mientras ella hacía su magia en mi pene.

«Córrete dentro de mí», ella me miró.

Sus solas palabras casi me llevaron al límite. Sin embargo, antes de que eso sucediera, apreté mi puño y esperé mientras ella yacía de espaldas y abría las piernas para mí. Sí, Donata sabía lo que quería. Y no tenía miedo de aceptarlo.

«¿Ya no te duele?».

«No». Sus ojos estaban llenos de tanto deseo. Era difícil no perderse en ellos. Me estudió con curiosidad y luego me sonrió. «Eres tan grande».

«Puedes tomarlo», me incliné para chuparle los pezones, cambiando de un lado a otro.

«Sí», ella asintió.

«Qué buena chica», presioné mi eje contra su entrada y lentamente me deslicé en su interior.

Joder, estaba tan lista para mí. Bombeé dentro de ella mientras sus caderas se acercaban a las mías. Verla correrse se había convertido en mi nueva obsesión, al igual que la mujer misma. Al diablo con el mundo y nuestras familias. Agarré su trasero y la empujé con más fuerza, confiando en que ella podría manejarme por completo.

Pasó sus dedos por mis abdominales y mis muslos. «Más». Hundió la cabeza en la ropa de cama. «Más. Necesito mucho más».

Hice lo que me pidió y le di todo lo que tenía. Juntos caímos en una espiral de placer que ninguno de los dos entendía. Una chispa debajo de mi ombligo me atravesó. Antes de reconocerlo por lo que era, el orgasmo desgarró mi núcleo. Estar con Donata no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Me asustaba muchísimo, pero al mismo tiempo, no quería que terminara. Esto era lo que me hacía Donata. Atravesaba mis defensas, mi lógica y mis planes.

«Me hechizaste», me desplomé encima de ella, mi pene se hinchó dentro de ella una vez más para aguantar lo último de mi clímax, para llenarla con mi semen y marcarla como mía. Jadeando, la miré y le planté un beso en el pecho. «Eres tan jodidamente hermosa».

«Me gusta oírte decir eso», ella echó sus brazos alrededor de mi cuello. «Dime que no estoy soñando».

«Tal vez ambos lo hacemos».

«¿Qué pasa ahora?», ella me abrazó con más fuerza. «No me importa lo que nadie piense o quiera de mí. Pertenecemos juntos. Esta intensa conexión entre nosotros es real. No podemos simplemente tirarla a la basura como si no importara. Luca, eres muy importante para mí».

«¿De verdad quieres estar conmigo?», apoyé los codos a ambos lados de su cara para mirarla. «¿Sin importar nada?».

«Sí», me sonrió. «Tía Vittoria tendrá que aceptarlo, le guste o no. Si quiere una alianza con Don Valentino, puede casarse con él ella misma».

«¿No tienes miedo?».

«No».

«Entonces, cásate conmigo».

«¿Qué?», me empujó alejándome de ella. Cuando me dejé caer sobre la cama, ella se sentó sobre sus talones para mirarme apropiadamente. «¿Te digo que estoy enamorada de ti y tu respuesta es burlarte?».

«No me estoy burlando de ti», le quité algunos mechones de cabello sueltos de su rostro. «Quiero casarme contigo».

Un gran peso se levantó tan pronto como dije esas palabras. Hace un mes, pensaba que Donata era una mocosa mimada a la que necesitaba que le dieran una lección. Seguro que la idea de casarme con ella no era mía. Pero ahora no podía pensar en nada más. Quería protegerla. El matrimonio era el único camino. Donata era un peón inocente en una guerra política que estaba ocurriendo entre los Don. Si fuera mía, el tío Jimmy no podría tocarla. Y la Signora Vittoria no podría venderla al mejor postor como ella quería.

Como mi esposa, nadie se atrevería a tocarla.

«Hay un millón de cosas diferentes que podrías haber dicho después del sexo». Examinó la habitación como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que habíamos entrado en mi habitación. «En serio, una propuesta de matrimonio era lo último que esperaba. Esto es una locura, incluso para mí».

«¿Me estás diciendo que no?», acuné su rostro y lo bajé para encontrar mis labios. «Estoy seguro de que puedo encontrar una manera de hacerte cambiar de opinión». La besé hasta que se derritió en mí.

«No digo que no. Te he deseado durante tanto tiempo. Ni siquiera puedo recordar un momento en el que no estuve enamorada de ti», ella miró mi pecho y cómo subía y bajaba. «Crees que la tía Vittoria me mandará lejos si se entera de lo nuestro, ¿no?».

«Estoy seguro de ello». Toqué con mis dedos su suave mejilla. «Podríamos mantenerlo en secreto. Nosotros y el matrimonio».

Sus ojos se abrieron con sorpresa. «Creo que soy una mala influencia para ti».

«Eso es seguro», le sonreí, «me haces querer cosas que no debería».

Tomé su mano y la moví hasta mi erección. Sus mejillas se pusieron rosadas mientras me veía mostrarle cómo acariciar mi longitud. La primera vez que estuvimos juntos ni siquiera me había quitado la ropa. No tuve la

oportunidad de saborearla ni tocar su suave piel. Quería hacer todo eso esta noche. Quería mostrarle lo bueno que podía ser.

«Tócate tú misma», moví su mano a su coño.

Cuando cubrí su mano con la mía y la hice frotarse más fuerte, sus ojos se cerraron. «Luca».

Mi pene se puso aún más duro cuando ella gimió mi nombre. Yo había dicho mi parte. El resto dependía de ella. Aunque había accedido a hacer lo que quería el tío Jimmy, nunca tendría la intención de obligar a Donata a casarse conmigo. Quería que ella me quisiera.

«Cásate conmigo», la levanté por la cintura y la senté en mi miembro.

«Sé que no hablas en serio», apoyó sus manos en mi pecho para estabilizarse.

«¿Parece que estoy bromeando, princesa?», agarré sus caderas y la levanté hasta que salí por completo. Después de un momento, la dejé caer de nuevo. «Cásate conmigo», tomé la parte de atrás de su cuello.

Nuestras bocas chocaron en un beso ardiente. Y así, volvimos a caer en la madriguera del conejo. La puse boca arriba y la monté con fuerza hasta que sus paredes resbaladizas palpitaron y apretaron alrededor de mi polla. En el siguiente latido, encontró su liberación.

«Podría verte venir toda la noche», más allá de las ventanas del dormitorio, los rayos del sol brillaban en el cielo y a nuestro alrededor. «Y toda la mañana». Dejé caer la cabeza mientras olas calientes de placer me recorrían.

Tarde o temprano, Donata se entregaría a mí y aceptaría ser mi esposa. Tarde o temprano tendríamos que enfrentarnos a nuestras familias.

CAPÍTULO 16

Yo era un caos

DONATA

Un rayo de sol se asomó a través de las pesadas cortinas, brillando directamente en mis ojos. Entrecerrando los ojos, me puse boca arriba. Mierda. Me senté. La noche anterior no había sido un sueño. Luca se movió a mi lado. Estaba completamente desnudo con las sábanas cubriendo precariamente su erección.

Luca con un traje a la medida de tres piezas estaba demasiado seductor. Pero Luca por la mañana, durmiendo desnudo, era un nuevo nivel de excitación. La capa de pelo en su pecho musculoso me llamó la atención. El hombre era hermoso. Sabía que el sexo con él sería intenso y cambiaría mi vida. Pero nunca imaginé que sería así.

Mis manos ansiaban tocar su cálida piel, pero no quería despertarlo todavía. Quería saborear este momento. Y Dios mío, necesitaba ubicarme. ¿Qué diablos había pasado anoche?

«Guau», articulé, presionando una mano en mi frente mientras revisaba su habitación, que cubría todo el cuarto piso.

¿Me lo propuso? Eso no tenía ningún sentido en absoluto. Luca no era del tipo que tomaba una decisión precipitada. Una sonrisa apareció en mis labios. ¿Me lo propuso porque estaba celoso del padre de Rex? Eso era una locura. Nunca consideraría casarme con Don Valentino. Y estaba segura de que tía Vittoria nunca me obligaría a hacer algo que no quisiera hacer.

A sus ojos, nadie era digno de mí. Ni siquiera el nuevo rey de nuestra sociedad secreta. Si tía Vittoria había logrado mantenerse en el poder después de la muerte de mi padre era porque desde el principio había dejado

claro que nunca se ataría a nadie. Ella no respondía ante nadie. Ella quería lo mismo para mí y entendía el motivo.

Pero Luca era diferente. No le importaba el poder. Él se preocupaba por mí. Quizás ahora no tenía prisa por casarme con él. Pero ahora sabía, sin lugar a dudas, que, si alguna vez me casara con alguien, sería con Luca. Lo quería a él y a nadie más.

Me alejé de él e hice un gesto. El dolor no era grave, pero podía sentir la marca de Luca en mí. Dejé caer mis pies sobre el piso de madera y luego caminé hacia el baño privado. Lo primero que hice fue mirarme en el espejo. Excelente. Tenía rímel corrido por toda la cara y mi cabello estaba enredado en un gran moño. En resumen, esta mañana estaba hecho un gran desastre.

Sintiéndome como la acosadora que solía ser cuando se trataba de Luca, revisé los cajones de su tocador donde encontré un montón de artículos de aseo personal. Me lavé la cara y luego me cepillé los dientes con su cepillo de dientes. Después de terminar de enjuagarme, miré de nuevo al dormitorio para ver si todavía estaba durmiendo, y así era.

Me peiné con los dedos y luego me dirigí a su vestidor para buscar algo que ponerme. Ir a casa ahora mismo a buscar ropa estaba fuera de discusión. Y el vestido de anoche estaba todo arrugado en el suelo. Quería quedarme y tal vez desayunar con Luca, así que me puse una de sus camisetas blancas y decidí husmear un poco más.

La casa de Luca era exactamente como la había imaginado. Desde el papel tapiz azul texturizado de su dormitorio hasta su colección de relojes, los trajes perfectamente planchados colgados en la pared del fondo y los muebles de caoba, todo gritaba a Luca. Era meticuloso, controlador y a cargo de todo.

Él era orden.

Yo era un caos.

Cogí uno de sus relojes caros. Luca me había descrito como impulsiva y mimada. Entonces, ¿cuál era su atracción hacia mí? Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos y volví a guardar su Rolex en la vitrina. Durante años, había estado clavada con él. No estaba dispuesta a cuestionar su amor por mí ahora que finalmente lo tenía. Luca me quería. ¿Y qué si eso venía con algunas peculiaridades?

«¿Nadie te ha dicho nunca que es de mala educación fisgonear?», Luca apoyó el hombro en el marco de la puerta.

«¿Qué? Nada», cerré el cajón de las corbatas y presioné mi espalda contra el mueble. «Quiero decir, estaba buscando algo que ponerme».

Su cabello desordenado y sus ojos somnolientos le conferían un aire muy sensual, de recién despertado, que yo nunca podría lograr. Mi mirada recorrió su cuerpo desnudo y, de repente, la temperatura de la habitación se sintió demasiado alta. Luca me dejaba sin aliento cada vez que me miraba así. Como si fuera la mujer más bella del mundo.

Caminó hacia mí y me rodeó con sus brazos. «No dije que pudieras levantarte de la cama». Su cuerpo se sentía tan cálido al tacto. Era todo piel suave y músculos duros.

«Quería asearme», me fundí con él. «No he dominado el aspecto somnoliento de la mañana como tú».

«Mmm», él se rió y acarició mi cuello. «¿Cómo te sientes?», deslizó su mano debajo de mi camiseta y ahuecó mi coño.

«Un poco dolorida», suspiré, cediendo al calor que su mano levantaba en mi montículo. «No tan mal».

«Bien. Porque quiero que follemos en la ducha». Presionó su boca contra la mía, luego me tomó por la cintura y me sacó de su vestidor y me dirigió hacia la ducha.

«¿Ahora mismo?», gemí cuando el frío azulejo rozó mi espalda.

Luca me aprisionó mientras se acercaba y abría el agua. Mantuvo su mano bajo el rocío hasta que se sintió tibio, luego metió suavemente agua entre mis piernas. Se sintió increíble. Calmaba mi dolor con su tacto suave y besos prolongados en mi pecho y cuello.

«¿Cuál debería ser tu castigo por revisar mis cosas?», dibujó círculos alrededor de mi clítoris.

«No revisé tus cosas», jadeé y pasé mis manos por sus hombros.

«No mientas, Donata. Así es como te metes en problemas».

Abrí la boca para decirle que estaba siendo irracional. No había hecho nada malo. Claro, había tomado una de sus camisetas y unos artículos de aseo. Quizá sí merecía el castigo. Por mi mente, pasaron imágenes de él azotándome anoche. Solo eso me hizo desearlo de nuevo, queriendo que me dominara.

El vapor se adhería a los azulejos y a la puerta de cristal, haciéndonos sentir como si estuviéramos en nuestro pequeño capullo, donde nadie más podía entrar. Luca continuó vertiendo agua sobre mí, mientras besaba mis

pezones sobre la tela mojada de mi camiseta, empujándola contra mis senos para poder verlos a través de ella.

Pasé mis manos por los planos musculosos de su espalda y abdominales. Aunque cada vez que intentaba acercarme para besar su cuerpo, él me empujaba contra la pared. «Permanece ahí. Todavía no he decidido qué hacer contigo».

Tomó mis dos muñecas y las colocó sobre mi cabeza. «No te muevas».

Con su ardiente mirada sobre la mía, se sentó en cuclillas, levantó mi camiseta lo suficiente para exponerme, y luego plantó un beso con la boca abierta en mi coño. Grité por la sacudida de puro deseo que su lengua envió directamente a mi interior. Levanté la pierna y la barba incipiente de su mejilla se frotó contra mi muslo mientras se levantaba estirándose por completo.

«Abre las piernas para mí», me susurró al oído mientras enrollaba la camiseta por mi cuerpo y luego me la pasaba por la cabeza. «Mantén tus brazos donde están».

Solo podía imaginarme cómo me veía en ese momento, con los ojos cubiertos y completamente expuesta para que él hiciera lo que quisiera. Mis mejillas ardieron. Estaba excitada y un poco avergonzada. Cuando, de repente, una ráfaga de aire frío recorrió mi cuerpo.

Moví la cabeza para ver alrededor de mi cubierta. «¿Luca?».

No hubo respuesta.

Mi pulso se aceleró cuando me di cuenta de que este era mi castigo por dejar la cama y husmear. Hice ademán de moverme, pero luego recordé que quería que me quedara quieta. Me quedé donde estaba en su ducha con las piernas bien abiertas y los brazos ahora doloridos sobre la cabeza. Pensé en la primera vez que me pidió que me tocara en su salón de clases. Me había sentido desnuda y vulnerable; la idea de ser descubierta era mortificante. En este momento, todas esas emociones volvieron rápidamente.

«Luca», lo llamé de nuevo.

Algo grande y suave presionó contra mis pliegues, masajeándolos y abriéndolos. El movimiento relajante me hizo tranquilizarme, y fue entonces cuando el consolador entre mis piernas empezó a zumbar suavemente.

«Más», necesitaba que fuera mucho más rápido y más duro que eso.

«Paciencia», besó mis labios y luego bajó hasta mis pechos. «Pronto podré follarte como me muero por hacerlo. Pero, por ahora, tenemos que

tomárnoslo con calma».

«Pensé que querías castigarme», había anticipado otra paliza. Por más exasperante que fuera que me tratara como a una mocosa mimada, el acto en sí resultaba muy excitante para mí. «Aunque no puedo recordar por qué».

«Me desperté y ya no estabas ahí», tomó mi mano y la guió hasta su erección.

Anoche me había mostrado cómo le gustaba que lo acariciara. En cuanto a penes, no había visto muchos, pero el suyo tenía que estar a la altura tanto en tamaño como en apariencia. A falta de un término mejor, tenía un pene bonito. Envolví mis dedos a su alrededor, tratando de memorizar cada centímetro, la vena que corría debajo desde sus bolas hasta la punta, la suavidad de su longitud y su grosor.

«Lo haces muy bien», dejó escapar un suspiro tembloroso. Cuando se acercó para darme un mejor acceso, también aumentó la velocidad del vibrador encajado entre mis pliegues. «Quiero que lleguemos así».

Su boca encontró la mía en un beso acalorado que ahora me daba cuenta de que era muy Luca. Usó todo su cuerpo para convencerme de que lo dejara entrar. Mis labios se separaron y él profundizó el beso. Todo lo que hacía estaba lleno de pasión y dedicación. Incluso sus clases las impartía con el mismo fervor. No había mentido anoche cuando le dije que estaba enamorada de él. ¿Cómo podría no estarlo?

«Te quiero dentro de mí».

«Aún no», tomó mi mano y me mostró cómo bombearlo más rápido. Al mismo tiempo, subió otro nivel con el vibrador y luego lo bajó hasta mi entrada. «Estoy tan cerca».

«Yo también», dejé caer mi cabeza sobre el azulejo, mientras él me llevaba expertamente al clímax.

Vi estrellas detrás de mis ojos mientras la sensación crecía en mi vientre y luego se expandía como un reguero de pólvora por el resto de mí. Antes de que bajara de mi excitación, me volteó hacia la pared y luego entró en mí. Hice una mueca de dolor y él se quedó quieto.

«Relájate», amasó mi pecho con una mano y mi trasero con la otra.

Su toque convirtió mi cuerpo a sus pies en un charco de lascivia. Me apoyé contra él en busca de apoyo mientras él se deslizaba dentro de mí una vez más. En el siguiente momento, me quitó la venda improvisada de los ojos y me dejó ver su hermoso rostro.

Tenía las mejillas sonrojadas. Y la mirada en sus ojos era de pura lujuria y necesidad por mí. Todo esto era por mí. «Ya no duele».

«¿Estás segura?», me agarró las caderas y sus bíceps se hincharon como si necesitara todas sus fuerzas para no joderme hasta el olvido.

En ese momento, dudé entre el dolor que sentiría más tarde y lo bien que se sentía su miembro dentro de mí. «Estoy segura. Hazme venir otra vez». Apoyé los brazos en las baldosas y me puse de puntillas para darle un mejor acceso.

Yo era suya. Solo suya.

«Dios, Donata. Estás tan jodidamente apretada». Apretaba mis nalgas mientras me penetraba.

Anoche se había reprimido porque yo todavía era muy nueva en esto. Pero ahora me dejó tener toda la fuerza de su deseo mientras se hinchaba dentro de mí. Me llenaba por completo, estirándome hasta el límite. Miré por encima del hombro y alcancé su cabello mojado. Entre sus sensuales gemidos y su pene burlándose de mi punto G, me corrí con más fuerza que antes. Esta vez, las palpitaciones en mi vientre me quemaban, eran rápidos y ásperos, hasta que no quedó nada que sentir, excepto un gran vacío de nada y oscuridad. Me sentía flotando. Y durante mucho tiempo no tuve idea de dónde estaba.

Nuestras bocas volvieron a chocar, y en medio de nuestra respiración dificultosa y nuestros cuerpos cansados, logró encontrar su liberación. Ver a Luca desmoronarse y derramar su semen sobre mi trasero fue lo más excitante que jamás había visto.

«Dios mío», presioné mi mejilla contra el azulejo y gotas de agua fría cayeron en mi boca. «¿Qué demonios fue eso?», mis ojos se llenaron de lágrimas cuando vi la expresión de Luca.

Parecía tan confundido como yo. «No sé», dejó caer la cabeza sobre mi hombro y luego raspó con los dientes mi piel acalorada. «Cuando estoy involucrado, dejo de poner atención en lo demás».

«¿Por qué dices eso?», gire para mirarlo.

«Eres el caos personificado. Nunca sé qué va a pasar cuando estés cerca de mí», me sonrió.

«¿Es eso algo malo?».

Estudió mis rasgos. Las arrugas entre sus cejas no habían aparecido desde anoche, cuando me encontró en el club clandestino. Parecía contento y saciado. «No, no lo creo».

«Lo creería si no hubieras tardado tanto en responder», le dije mientras lo empujaba.

Me agarró las muñecas y luego rodeó mi cuerpo con sus brazos. Un Luca mojado y resbaladizo era un afrodisíaco. «¿Tienes hambre?», se inclinó y mordió suavemente mi labio inferior.

«Hambrienta», tomé sus mejillas. No importaba si se refería a comida o sexo, yo lo estaba de cualquier manera.

«Alfred llegará a casa más tarde. Pero déjame ver qué puedo encontrar para picar antes del almuerzo». Apartó los mechones mojados de mi cara. «¿Cómo tomas tu café?».

«Negro».

«¿Negro? Mmm», se rió entre dientes. «Veré lo que puedo hacer».

Me quedé allí mientras él rápidamente se lavaba el cabello con champú y usaba una esponja vegetal para lavar el resto de su cuerpo. Cuando terminó, me atrajo hacia él y me produjo burbujas de jabón en el vientre. Enjabonó toda mi piel y luego bajó más. Sus manos sobre mí se sentían como el cielo. Mis ojos se cerraron y dejé que mi cabeza descansara sobre su pecho.

«Pensé que irías a cazar y recolectar para nosotros», murmuré.

«Claro», se aclaró la garganta y sacudió la cabeza. «Así era, pero me haces olvidarme de mí mismo». Puso la esponja vegetal en mis manos. «Termina. Iré a buscar algo de comer».

Asentí y observé mientras tomaba una toalla esponjosa del estante y se secaba. Luego desapareció en su vestidor. Para mi deleite, cuando regresó estaba vestido con pantalones de pijama y una camiseta. Eso solo podía significar que quería pasar el día conmigo.

Sí, había muerto y había ido al cielo.

CAPÍTULO 17

Tiene visita

LUCA

Casqué seis huevos en un recipiente, les agregué sal y pimienta y comencé a batirlos con un tenedor. La sonrisa en mi rostro se negaba a desaparecer mientras consideraba qué más le gustaría a Donata para desayunar. Los omelets, fruta y pan dulce eran mi opción habitual. Por alguna razón, quería compartir eso con ella.

¿Qué diablos estaba haciendo? Coloqué la sartén en la estufa y me paralicé. Se suponía que lo de anoche nunca hubiera sucedido. Esta mañana en la ducha tampoco había sido parte de mi plan. El sexo con Donata nunca había sido parte del plan. Apoyé ambas manos en mis caderas y di un paso atrás. Mierda. El miedo a perderla en el club me hizo perder la cabeza, me hizo llevar las cosas demasiado lejos.

«¿Está seguro de que sabe lo que está haciendo?», Alfred encontró mi mirada desde el otro lado de la encimera de la cocina. ¿Cuánto tiempo llevaba allí parado, mirándome con lástima en los ojos? «Parece perdido».

«Sé cómo hacer un omelet», encendí el fuego y continué preparándole el desayuno a Donata.

«No estaba hablando de los huevos», él se encogió de hombros. «Cuando aparecieron anoche, me aseguró de que la enviaría a casa con Enzo Alfera».

Mi estómago se revolvió de ira y celos ante el mero pensamiento de Enzo poniendo sus manos sobre ella y luego llevándola a su cama para mantenerla a salvo. Eso era todo lo que pude pensar cuando ambos aparecieron. Donata parecía muy perdida y asustada. Ella me desarmaba.

Cada vez que se acercaba a mí o me miraba como si fuera una especie de caballero de brillante armadura, me desarmaba.

«Existe la posibilidad de que el imbécil que fue tras ella en el club todavía esté persiguiéndola. Necesitaba un lugar seguro». Volví mi atención a la tarea que tenía entre manos.

Agregué al omelet pimientos verdes, jamón cortado en cubitos y queso y lo doblé por la mitad. Cuando estuvo listo lo pasé a un plato. Todo el tiempo, Alfred me miraba con curiosidad. ¿Dejar que Donata pasara la noche aquí había sido un error? Por supuesto que sí. ¿Me arrepentía? Absolutamente no.

«Dejemos esto de lado», lo miré, «hasta que la situación con el club se resuelva a mi satisfacción, ella no irá a ninguna parte».

«Por supuesto, señor», caminó hacia el armario al lado del refrigerador y tomó un par de cubiertos.

«Sé lo que estoy haciendo, Alfred».

«Ha mencionado eso».

«Voy a decirle la verdad», señalé el mostrador de mármol y la elaborada comida que había preparado para Donata, como si eso demostrara que mis intenciones eran nobles.

Le había propuesto matrimonio anoche. Y aunque no había dicho exactamente que sí, tampoco había dicho que no. Estaba seguro de que casarse conmigo era parte de su obsesión. Tuve que admitir que, cuando le hice la pregunta, esperaba que ella saltara de un lado a otro, que me rodeara el cuello con los brazos y me dijera que quería pasar el resto de su vida conmigo.

«¿Con qué fin? Pensé que el plan era casarse con ella y luego decirle que nada de eso era real. A menos que las cosas cambiaran», dijo Alfred.

«No han cambiado», añadí.

«¿Entonces nada de esto es real?», hizo un gesto hacia la habitación en general.

«Dios mío», Donata entró en la cocina, sonriéndome. «¿Todo esto es para mí?».

Se veía absolutamente irresistible usando mi camiseta. Saber que estaba completamente desnuda debajo provocó que mi pene se pusiera firme. También me puse increíblemente celoso que ella dejara que Alfred la viera así.

«Eso es todo, Alfred», dije con los dientes apretados.

«Estaré abajo si me necesita», Alfred hizo rápidamente un asentimiento hacia Donata y luego se retiró.

Tan pronto como desapareció por la puerta, alcancé su rostro y la acerqué para darle un fuerte beso. Ella me recompensó con un gemido silencioso y luego se fundió en mí. «¿A qué se debió eso?».

«Alfred no necesitaba verte así».

«No sabía que él estaba aquí», sonrió y luego se mordió el labio inferior. «Profesor Gallo, ¿está celoso?».

«¿Necesito recordarte que eres mía?», metí la mano debajo de su camiseta y apreté su nalga. «Las nalgadas parecen funcionar bien contigo». La rodeé con mis brazos y la besé de nuevo. Lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que deseaba estar dentro de ella, hacerla olvidarse del mundo exterior. «O tal vez debería follarte todo el día, hasta que no puedas caminar más», le susurré al oído.

«Bueno», deslizó sus manos por mi pecho y por mi cabello. «Puedo enviarle un mensaje de texto a Pinna y pedirle que me traiga una muda de ropa».

«Dile que te traiga una maleta».

«¿Por qué una maleta? Tengo escuela mañana, Luca».

«¿Y? Puedo llevarte», ladeé la cabeza para mirarla a los ojos. «Aquí estás a salvo».

«Lo sé. Pero tengo que volver a casa».

«Te pusiste en peligro cuando me seguiste al club anoche. Estas son las consecuencias».

«Lo sé. Fue algo estúpido. Pero ya terminó. No tienes que preocuparte por mí».

Levanté la vista y respiré profundamente. Por mucho que quisiera quedarse aquí conmigo, Donata odiaba que le dijeran qué hacer. Demonios, como si me importara. Ella no iría a ninguna parte hasta que yo supiera con certeza que el peligro del club realmente había terminado. Sin mencionar que la idea de tenerla en mi cama nuevamente esta noche, mañana por la noche y la noche siguiente me complacía muchísimo.

Mi mirada recorrió el logo brillante en su muñeca. El mismo logo que Ava había tenido impreso en su piel la noche de su asesinato. Quién sabía hasta dónde estaban dispuestos a llevar su juego los imbéciles del club. Llevaba dos años buscando al asesino de Ava. No sabía qué era peor, si no

saber por qué tenía que morir o saber que había muerto por los deseos jodidos de algún tipo.

«No quiero perderte», pasé el dorso de mis dedos por la suave mejilla de Donata. «Te quedarás conmigo hasta que yo diga lo contrario».

«Bueno, cuando lo pides tan amablemente. ¿Cómo puedo negarme?», me puso los ojos en blanco.

«Bien. Me alegro de que hayamos tenido esta charla». La solté antes de follarla en la encimera de la cocina, donde Alfred podría sorprendernos en cualquier momento. «Tome asiento, señorita Salvatore», señalé una de las mesas que Alfred había preparado para nosotros.

«Bien. Pero solo porque me muero de hambre», caminó hasta el asiento junto al mío.

Normalmente comía aquí solo o arriba, en mi oficina. Este era un buen cambio de rutina. Tener a Donata aquí era algo diferente, bastante diferente. Agarré los dos platos y coloqué uno frente a ella.

«No sabía que sabías cocinar», tomó un bocado de huevos. «Dios mío», se tapó la boca con la mano. «Mmm. Esto está muy bueno».

«Lo sé. Come», me senté a su lado y le di un mordisco a mis huevos.

"¿Entonces nada de esto es real?", la pregunta de Alfred daba vueltas en mi cabeza mientras veía a Donata semidesnuda desayunar en mi cocina. En algún momento entre nuestras lecciones, las peleas y el incidente de anoche, comencé a perder la noción de lo que era real y lo que no. De cualquier manera, había terminado con el juego de mi tío. Donata tenía que saber la verdad sobre sus planes y mi involucramiento en ellos. Ella iba a odiarme. ¿Pero qué opción tenía?

«Debes haber cocinado para mil mujeres para hacerlo tan bien», cogió la jarra de café y llenó dos tazas.

«¿Eso es una pregunta?», sonreí y tomé un sorbo de mi café.

«No», ella dio otro mordisco, «solo es curiosidad». Y ahí estaba. Cada vez que su fachada de mujer fatal vacilaba, no podía evitar querer abrazarla y decirle que todo estaría bien, que ella estaba a salvo conmigo.

«Eres la primera en mucho tiempo», alcancé su mano. «¿Y tú? ¿Cuándo empezaste a tener pesadillas?».

«¿Qué?», tosió y tomó su taza. «No tengo pesadillas. ¿De dónde sacaste eso?».

«Puedes decírmelo», si tan solo pudiera ahuyentar a todos sus monstruos.

«¿Pasó algo la semana pasada? ¿La noche que me llevaste borracha a casa?», se secó los labios con la servilleta. Después de considerar algo, sonrió y luego continuó, «quiero decir, ahora sé que no tuvimos relaciones sexuales. Solo tengo recuerdos fugaces. ¿Pero te quedaste para verme dormir?».

«Sí».

«Pervertido».

«Tú me lo rogaste», levanté una ceja.

«No puedo creer que me hayas visto así», se cubrió la cara con la servilleta.

Tomé ambas manos y las sostuve entre las mías hasta que ella me miró a través de sus largas pestañas. Parecía tan joven cuando hacía eso. Me provocaba dolor en el pecho. «No se lo diré a nadie. Lo prometo».

«Deberías haberme dejado en el restaurante».

«No cambies de tema. Primero, le tenías miedo al ascensor oscuro. Ahora, estás teniendo pesadillas».

«Es una tontería», ella hizo un gesto con la mano para restarle importancia. «Tengo lapsos cuando bebo demasiado», ella frunció el ceño y luego levantó la mirada para encontrarse con la mía. «Ya no le tengo miedo a la oscuridad».

«¿Pero lo tenías?».

«Papá», tragó. «Cuando él tenía un día difícil en el trabajo o bebía demasiado, se enojaba mucho conmigo por las cosas más pequeñas», chasqueó los dientes como si nada de eso fuera importante. Aunque era difícil pasar por alto el dolor en sus ojos. «Me encerraba en el sótano durante horas y horas. Hacía tanto frío y había mucha oscuridad. Una vez olvidó que me había puesto allí. Me quedé un día entero antes de que tía Vittoria me encontrara».

«Dime que ella se aseguró de que él pagara por lo que te hizo», cerré mi mano debajo de la mesa.

«¿Conoces a la tía Vittoria?», ella sonrió y sacudió la cabeza, «ella me llevó a su casa. Nunca volví a ver a papá después de eso. Años después sufrió una especie de accidente. La tía Vittoria ha sido como una madre para mí todo este tiempo».

«¿Dónde estaba tu verdadera madre en todo esto?».

«No sé», se encogió de hombros. «Nunca la conocí. Ella se fue cuando yo era una bebé».

«No lo sabía. Lo siento», alcancé su silla y la deslicé más cerca de mí. Después de un momento, ella se puso de pie y se sentó en mi regazo. Se sentía tan bien en mis brazos. Odiaba tener que romperle el corazón. La abracé con más fuerza. «Más tarde, tengo algo que necesito decirte».

«Dímelo ahora».

«No», sacudí la cabeza y pasé la mano por sus muslos desnudos. «Ahora no».

«¿Por qué no?», ella acurrucó su cuerpo más cerca del mío.

«Porque soy un idiota egoísta. Porque lo único que quiero ahora es follarte hasta dejarte sin sentido». Besé su cuello y luego bajé mis labios para encontrar los suyos.

La sangre bombeó con fuerza a través de mí mientras consideraba todas las cosas que quería hacerle hoy. Me incliné y chupé sus pezones a través de su camiseta. «Puedes terminar tu desayuno más tarde».

«Ya había terminado», jadeó y pasó sus dedos por mi cabello. «Luca, te necesito».

«Aquí estoy»

«¿Señor?», Alfred se aclaró la garganta.

«Jesús», murmuré en el hombro de Donata.

Alfred tenía una manera de decir tanto con una sola palabra, "*¿señor?*". O tal vez era mi propia conciencia. Quedar atrapado en mi propia cocina, besándome con mi objetivo, era como si fuera una especie de adolescente cachondo, era un excelente ejemplo de alguien que ya no tenía idea de lo que estaba haciendo.

«¿Qué pasa, Alfred?», me volví para mirarlo, mientras Donata lentamente se levantaba de mi regazo y se movía hacia su asiento.

«Tiene visita».

«¿Un visitante?», me encontré con la mirada de Donata. «¿Pinna?».

«No le he enviado ningún mensaje de texto todavía», ella se encogió de hombros.

«No, señor. Su habitual visitante está aquí», Alfred arqueó una ceja como diciendo, "reaccione".

Ay, mierda, el tío Jimmy estaba aquí.

Tan pronto como Alfred vio reconocimiento en mis ojos, asintió. «Le diré que tardará un minuto».

«Gracias, Alfred».

Debería haber sabido que después de su ultimátum, él querría comprobar mi progreso en persona. Mierda. No podía dejar que viera a Donata. Lo arruinaría todo.

«¿Confías en mí?», me puse de pie y ayudé a Donata a levantarse.

«¿Por qué?».

«Es mejor que este visitante no te vea aquí».

«¿Quieres que me esconda?».

«Sí».

«Eres increíble», me empujó. «¿Quién es ella? ¿Qué tiene de especial ella?».

«¿Qué?», me reí. «Por supuesto que tenías que llegar ahí. Esto no tiene nada que ver con nosotros. Ni con otras mujeres. Es alguien con quien preferiría que no interactuaras. Por tu propia seguridad. Por favor». ¿Por qué le estaba pidiendo permiso? Donata nunca hacía lo que le decían. «Por eso siempre te metes en problemas». Cuando ella clavó sus talones, me incliné y la puse sobre mi hombro. No tenía tiempo de explicarle las diferentes formas en que el tío Jimmy podía lastimarla.

«Otra vez esto, no. ¿Hablas en serio? No soy un saco de papas», extendió las manos para agarrarse a la pared mientras la dirigía por las escaleras de servicio.

«Te quedarás en mi habitación hasta que vaya a buscarte. ¿Lo entiendes?». Cuando ella no respondió, le di una fuerte nalgada. «¿Lo entiendes?».

«Vas a pagar por esto más tarde», ella me miró cuando la dejé en mi cama.

«Estoy deseando que llegue el momento», me incliné para besarla.

En el último segundo, ella miró hacia otro lado y mis labios se posaron en su oreja. Bien. Si quería jugar a ser la mocosa mimada por ahora, que así fuera. Cualquier cosa era mejor que tenerla a ella y al tío Jimmy en la misma habitación. No me importaba si él le decía la verdad solo para fastidiarme, pero quería ser yo quien se lo dijera. Conociendo al tío Jimmy, lo convertiría en algo más siniestro de lo que ya era. ¿A quién diablos estaba engañando? No importaba quién se lo dijera ni cómo, de cualquier manera, ella me odiaría.

Mi mirada bajó de su rostro a sus labios carnosos, a sus pezones asomando a través de su camiseta y luego a su coño en plena exhibición

para mí. Jodidamente era un mal momento. Podría estar entre sus piernas ahora mismo.

«Sé una buena niña. Y quédate así».

«Come mierda».

«Más tarde», me quedé mirando su coño. Cuando entendió lo que quería decir, juntó las piernas. Me reí. «Lo prometo».

Con todo el autocontrol que pude reunir, aparté la mirada de ella y salí. Cuando llegué al rellano, maldije en voz baja y luego caminé de regreso a la puerta del dormitorio. Conociendo a Donata, ella se encontraba justo al otro lado, esperando que el sonido de mis pasos se silenciara.

«Lo siento, amor», alcancé la parte superior del marco de la puerta y agarré la llave.

En el momento en que la cerradura hizo clic, golpeó la puerta. «¿Estás malditamente bromeando?».

CAPÍTULO 18

Ella no lo quiere

LUCA

«Tienes mi permiso para husmear en mi habitación, si quieres», sonreí. Últimamente no podía dejar de hacer eso cuando Donata estaba cerca.

«Te odio», Donata volvió a golpear la puerta con el puño.

Todavía no.

Respiré hondo y luego bajé las escaleras para otra ronda con el tío Jimmy. Tratar con él resultaba agotador. En el momento en que me vio en las escaleras, se puso de pie y me miró furioso. Hubo un momento en que esa mirada me daba ganas de meterme debajo de la cama. Al verlo ahora, no podía recordar qué era lo que me asustaba tanto.

Era al menos treinta centímetros más bajo que yo y rechoncho. Juraría que el poco pelo que le quedaba en la cabeza se había vuelto más blanco en los últimos meses. Este plan suyo para vencer a los Don en su propio juego finalmente le estaba pasando factura. Parecía desquiciado.

Desafortunadamente, la manera más rápida de deshacerse de él era dejarlo desahogarse y que confabulara. Cuanto más intentaba disuadirlo, más se hundía y luego podían pasar horas antes de que lo dejara caer. Todo se reducía a la idea de que la familia Gallo debería haber sido la familia gobernante, no los Alfera.

No me importaba mucho su política. Pero sí sabía que la decisión se había tomado hace más de cien años, mucho antes de que la familia Gallo fuera parte de las cinco familias originales del crimen. Fuimos la última familia a la que se le concedió la ascensión a la Sociedad. No teníamos ningún derecho al llamado trono. Pero el tío Jimmy no lo veía así. No tengo

idea de por qué. Lo único que sabía era que esta guerra contra Vittoria Salvatore se había prolongado durante décadas.

«¿Te encuentro en un mal momento?», preguntó con su voz de fumador. «¿O debería decir buen momento?», él se rió entre dientes.

«¿Qué deseas?».

«Directo al grano. Me gusta eso de ti», echó un vistazo al piso de arriba. «Cuando estés casado, tendrás que ser más discreto. Vittoria no tolerará esto».

«Lo tendré en cuenta».

«¿Le propusiste matrimonio a la chica?», me señaló con el dedo y luego se dirigió al carrito de la barra para servirse una bebida. «Vine aquí porque quería escuchar las buenas noticias en persona».

«Se lo pregunté», aunque no lo llamaría una propuesta.

«Ese es mi chico», sonrió y luego tomó un sorbo de su vaso mientras sus ojos se ponían vidriosos.

Sin duda se estaba imaginando a sí mismo diciéndole a Vittoria que su sobrina ahora era una Gallo, que Donata quería que yo asumiera el cargo de Don y que a Vittoria ya no se le permitía servir como Don. Ni siquiera se había molestado en preguntar si Donata había dicho que sí. Supuse que eso no le importaba.

Se lamió los labios y luego se volvió hacia mí. «Toda mi vida tuve que soportar a esa perra condescendiente. Incluso cuando éramos niños. Ella siempre actuó como si fuera mejor que yo. Con el tiempo, los demás empezaron a hacer lo mismo. Me trataron como a un extraño. Yo debería haber sido rey, no Giovanni.»

Y ahí estábamos bajando por la madriguera del conejo. Siempre las quejas eran las mismas. Si estuviéramos hablando por teléfono, ya lo habría silenciado y habría dejado el dispositivo en algún lugar cercano. Dejarlo desahogarse era más fácil que explicarle que no le debían nada. Tenía más poder y dinero que la mayoría de la gente. Pero a él no le importaba. Quería más. Quería venganza por lo que fuera que Vittoria le hubiera hecho sentir.

Su odio hacia ella era tan grande que a veces me preguntaba si tal vez estaba enamorado de ella. ¿Se trataba de eso? ¿Amor no correspondido? Jesús. ¿Cuántas veces lo rechazó antes de que él decidiera que la venganza era el único camino? Me froté un lado de la cara, preguntándome si había algo que pudiera decir para hacerle ver que este plan suyo era una locura.

Por un lado, nos estaba poniendo a todos en peligro. Pensaba que estaba siendo inteligente al obligar a Donata Salvatore a casarse. Si fingiéramos casarnos por amor, nadie podría probar el golpe de Estado del tío Jimmy.

En la otra cara de esa moneda estaba la propia Donata. Había pasado dos noches con ella y ya podía sentir que me ahogaba. Un matrimonio entre nosotros sería un error. Juntos, Donata y yo éramos, en el mejor de los casos, una vorágine, un desastre esperando a surgir, esperando consumir todo a su paso.

«Giovanni cree que su matrimonio con ella ya está hecho. Pero vamos a ganarle».

«¿Qué?», mi cabeza se alzó hacia él. «¿Don Valentino está considerando seriamente casarse con la sobrina de Vittoria?».

«No me estás escuchando. Él la quiere. Y no parará hasta conseguirla. ¿Cuántas veces tengo que decirte eso?».

Hasta ahora, pensaba que las conjeturas del tío Jimmy eran solo eso, sus propias ideas inventadas sobre lo que imaginaba que los otros Don estaban planeando hacer para conseguir más poder. En mi mente, veía claramente a Don Valentino comiéndose con los ojos a Donata como lo habían hecho los hombres en el club la noche anterior. Él la miraba como si le perteneciera. Lo veía tocándola, pasando las manos por debajo de su vestido.

«Ella no lo quiere», apreté la mandíbula.

«¿A quién le importa lo que ella quiera?», se sirvió otro trago. «Aquí tenemos la ventaja. Giovanni quiere una fiesta de compromiso la próxima semana para darles a todos la buena noticia. Llegaremos con noticias aún mejores. Vamos a aparecer con Donata y presentarla como tu esposa. Frente a todos, no tendrán más remedio que reconocer la alianza». Su sonrisa se extendió por su rostro y distorsionó sus rasgos. «He estado esperando este momento durante mucho tiempo. Un Gallo y una Salvatore. Giovanni no durará ni un día. Y luego recibiré lo que me corresponde», encontró mi mirada. «Tendrás que darle un bebé lo antes posible».

«Ella solo tiene veinte años», lo miré.

«Entonces, no debería ser un problema. Es joven. Podrá darnos al menos cinco hijos», me dio unas palmaditas en el hombro.

Odiaba que hablara de Donata como si fuera ganado. Pero no tenía sentido perder el tiempo intentando explicarle lo equivocado que estaba. Todo lo que podía hacer era proteger a Donata del tío Jimmy sin importar el

costo. En ese mismo momento, hice una promesa silenciosa de estar siempre ahí para ella, cuidarla y protegerla.

«Haré los arreglos y te enviaré los detalles. Solo asegúrate de que esté bien y lista para el viernes», sacudió un dedo largo en mi cara.

«¿Viernes? Ni siquiera falta una semana para eso». Me pasé una mano por el pelo y eché un vistazo rápido hacia las escaleras. Tenía un mal presentimiento de que Donata hubiera escapado de mi suite y nos hubiera pillado con las manos en la masa, mientras daba un golpe de estado para derrocar al rey. «No creo que hayas pensado en esto. Vas a hacer que nos maten a todos».

«Te equivocas. No hay un solo detalle en el que no haya pensado». Sus ojos verdes se volvieron insidiosamente oscuros mientras me miraba. «Nuestro momento es ahora».

«Matar a un Don se castiga con la muerte».

Él no lo había dicho. Pero solo podía suponer que en cuanto Donata y yo nos casáramos, la Signora Vittoria sufriría algún tipo de accidente. Conmigo como el nuevo Don Salvatore, pensaba que podía expulsar a Don Valentino. Pero incluso con mi voto, la junta todavía estaba tres a dos a favor del rey en funciones.

«No puedes estar pensando en matar a dos Don en una noche».

«Déjame preocuparme por eso», me sonrió. «Tengo algo muy especial planeado para Giovanni y Vittoria. Cuando llegue el momento, dimitirán. Lo garantizo». Alcanzó mi hombro y lo apretó. «No pareces tan emocionado como pensé que estarías. Donata arruinó tu vida. Ahora tienes todo el tiempo que necesitas para hacerle pagar. A menos que prefieras entregársela a Giovanni».

La imagen que pintó casualmente en mi cabeza me hizo ver rojo. Inspiré y exhalé en silencio para mantener la compostura. «Ella no es un botón que puedas apretar, si eso es lo que estás pensando. Me importa una mierda lo que le pase a ella. Si ese viejo la quiere, puede tenerla». Me encogí de hombros.

«Mmm», apretó los labios y asintió lentamente. En el siguiente momento, sacó un arma y la apuntó a mi costado. Joder, estaba loco. «Me pregunto si la dulce princesa siente lo mismo. ¿Le importaría si te disparo? ¿Se casaría conmigo para salvar tu vida?».

«No has hecho esto en mucho tiempo», dejé escapar una risa amarga. «El mes pasado, ibas a dispararme delante de mamá. Estoy empezando a

pensar que estás mintiendo».

El mes pasado, cuando simplemente sugerí que lo que estaba planeando era un golpe de estado, sacó un arma en medio de la sala de mi madre, mientras ella estaba en la cocina preparando el postre. Juró que me dispararía delante de ella y la haría verme morir si no hacía lo que me pedía.

No quería matarme. Le era más útil vivo. Pero aquí estaba la cuestión, Donata no lo sabía. Y tenía la sensación de que ella se casaría con él para salvarme.

Sobre su cadáver.

Donata era mía.

«A lo mejor si lo hago», se rió y clavó más profundamente el cañón de su arma en mi flanco. «No me presiones, Luca. Recuerda tu lugar».

«¿Cómo podría olvidarlo?»

«Deshazte de la puta que tienes arriba», señaló hacia el techo. «Hasta la boda, Donata es tu única prioridad. Las chicas así solo buscan atrapar a un hombre rico».

«¿Cómo sabrías lo que quiere atrapar?», Siempre tuve la sensación de que él me estaba vigilando todo el tiempo. Pero si ese fuera el caso, sabría que Donata estaba arriba, pero no era así.

«¿La chica Esther?», se rió señalando hacia arriba de nuevo. «Las hay a montones. Las veo pasar por el club todo el tiempo. Fóllatelas todo lo que quieras. Pero deben permanecer donde las encontraste. ¿Comprendido?».

«¿Me estás siguiendo?».

«Por supuesto que no. Eres familia. Confío en ti. ¿Por qué habría de hacer eso?», me frunció el ceño. «Un amigo del club llamó anoche para hablar de mi invitado. Ese eres tú. Me dijeron que tú y tu otro amigo pagaron para que ella saliera contigo. Y arruinó la diversión de todos en el proceso».

«Estaba asustada», apreté la mandíbula. Por supuesto que estaba al tanto de la temporada de caza. No era de extrañar que estuviera tan ansioso por darme acceso cuando se lo pedí. Pensó que quería ir allí para follar a mujeres indefensas. Justo cuando pensaba que no podía hundirse más bajo como ser humano. Siempre se las arreglaba para demostrarme que estaba equivocado. «¿Qué clase de lugar le hace eso a la gente? Ella quería irse».

«Y entonces, ¿por qué se inscribió en primer lugar?», soltó el aliento lentamente. No podía molestarse en que le importara. «Todo es divertido.

Todos los involucrados ganan algo».

«No es muy divertido cuando las reglas siguen cambiando».

«Cuando tienes poder y dinero, tú estableces las reglas», hizo un gesto con la mano para restarle importancia. «La próxima vez, aléjate. ¿Sí?».

«¿Eso es todo?», me encontré con su mirada.

«Sí», miró su mano. Cuando se dio cuenta de que había estado agitando su arma todo este tiempo, la enfundó. «Estaré en contacto».

Me quedé allí congelado, mientras él se movía tranquilamente por la habitación, recogiendo su abrigo y su sombrero. Salió como si no acabara de poner mi vida patas arriba con la noticia de Donata y mi inminente boda. Ya había aceptado la idea de casarme con Donata. Aunque no había considerado que sería tan rápido. La verdad parecía ahora tan intrascendente. ¿De qué serviría si le contaba todo? Solo la pondría en peligro. Ahora sabía que ella era más que capaz de ponerse en peligro por sí sola.

Mierda, me había seguido a un club para trastornados. Y ahora hasta mi tío se había enterado de la existencia de Esther, que logró escapar de la caza. ¿Cómo? Corrí hacia la puerta y la abrí. A pesar de lo lento que se movía, el tío Jimmy no había llegado a la acera cuando lo alcancé.

«¿Cómo supiste que Esther vino aquí?».

Desde el principio quiso que siguieran a Donata. Caz, el tipo al que puso a su cargo, me informó, a menos que el tío Jimmy le pidiera una actualización. Ahora que lo pensaba, después de que Caz me llamó para decirme que Donata estaba en el club, olvidé pedirle que no le dijera nada al tío Jimmy. Mientras Donata se casara conmigo, al tío Jimmy no le importaba cómo pasaba ella su tiempo. De cualquier manera, lo quería alejado de ella tanto como fuera posible.

Todo lo que tocaba se convertía en mierda.

«La temporada de caza no ha terminado», me sonrió. «No pierdas el tiempo con ella. Ve a buscar a Donata. No te apartes de ella hasta el viernes».

«¿Cómo supiste que Esther estaba aquí? ¿La están siguiendo?».

«Como dije, arruinaste la diversión de todos. El juego termina cuando dicen. Si todavía estás jugando, ¿por qué ellos no pueden hacerlo? Su mirada recorrió mi cuerpo por un segundo, como para señalar que todavía estaba en sudadera después del mediodía, lo que solo podía significar que había pasado la mayor parte de mi noche y mi mañana follándome a la

mujer del club. «Arrójala de nuevo al corral, Luca. Es una orden». Se subió al asiento trasero de su sedán negro y se fue.

Sí, Donata era un imán para los problemas. Excepto que esta vez había ido demasiado lejos. Este juego en el que estaba atrapada era peligroso. Las reglas eran una mierda. Solo estaban destinadas a mantener a la presa dentro de la mansión. Pero los cazadores tenían libertad para hacer lo que quisieran. Parecía que eso incluía cazar después del amanecer y fuera del club.

Quien había contado al tío Jimmy sobre Esther no conocía la verdadera identidad de la chica. Hasta que no se entendiera bien quién era Donata Salvatore, seguirían viniendo por ella. Regresé a la casa. En el fondo de mi mente, seguía volviendo al tablero de asesinatos de Ava en mi oficina.

«Luca, tenemos un problema», Alfred corrió hacia mí tan pronto como entré al vestíbulo.

«¿Qué me estás diciendo?», me froté las líneas de la frente. «Que los cabrones del club siguen detrás de Donata».

«Sí, eso podría ser un problema mayor», él levantó ambas cejas.

«¿Qué? ¿Qué pasó?», subí las escaleras. Fuera lo que fuese, estaba seguro de que tenía que ver con Donata. Mi corazón se aceleró al pensar en Donata saliendo sola de la casa. No tenía idea de qué tipo de problemas la esperaban fuera de estos muros. «¿Dónde está ella?», entré irrumpiendo en mi suite. «¿Cómo logró salir?».

«Está en la oficina de arriba», Alfred estaba junto a la puerta, mientras yo miraba la habitación vacía.

«¿Qué carajo?», pasé a su lado hecho una furia. «¿Para qué te pago?».

«Pensé que era el mayordomo, señor», me dijo detrás de mí.

CAPÍTULO 19

¿Quién es Ava?

DONATA

Habíamos dado un paso adelante y tres pasos atrás. Pensé que finalmente estábamos progresando. Definitivamente consideraría el progreso del sexo, la ducha y el desayuno. Pero eso era lo que pasaba con Luca. Tenía demasiado miedo para dejarme entrar. Golpeé la almohada de su lado de la cama. Debería estar feliz de que al menos ahora estuviera en su habitación. Y lo estaría si no me hubiera encerrado aquí como a una mocosa mimada.

Me enojaba que siguiera tratándome así. Entré a su vestidor y revisé sus cajones hasta que encontré un par de calzoncillos tipo bóxer. Ya antes había estado sin ropa interior, esperando que nuestro desayuno se convirtiera en sexo, lo cual casi sucedió, si no hubiera sido por ese visitante súper secreto. Una punzada de celos me golpeaba en el estómago cada vez que pensaba en lo protector que había actuado Luca hacia este visitante.

Cuanto más lo pensaba, más quería conocerla. O al menos ver su cara. Y sí, claro, ver qué tan diferente éramos. Porque en todo el tiempo que tenía de conocer a Luca, nunca lo había visto con una mujer. No tenía idea de cuál era su tipo. Durante mucho tiempo, pensé que tal vez a él le gustaban los chicos. Esa fue una ilusión de mi parte la primera vez, después de que él me rechazó rotundamente cuando me lancé sobre él.

Estaba tan enojada. Pero claramente recordaba que se había puesto duro para mí. Una vez más, eso podría haber sido una ilusión de mi parte. Casi me tocaba ese día, lo que me dio la idea de contar mentiras sobre él. Bueno, cierto, Luca Gallo tenía todo el derecho de tratarme como a una mocosa

mimada. Aparte de eso, todavía quería salir de esta habitación. Quería conocer a su mujer misteriosa.

Me puse la ropa interior y escaneé la habitación en busca de algo que pudiera usar para abrir la cerradura. Entonces recordé que anoche me había recogido el pelo y había dejado un montón de horquillas en la mesita de noche. Con el corazón acelerado, corrí a la otra habitación y recogí mis herramientas. Me puse a trabajar, introduciendo a ciegas dos horquillas en la cerradura tal como me había mostrado Santino.

El truco consiste en sentirlo. Cierra los ojos, me había dicho mientras trabajaba en la cerradura del dormitorio de la tía Vittoria.

En ese momento, estaba buscando mi iPad, la única vez que ella decidió dejarme sin dispositivos. Su respuesta me sorprendió ese día porque ella no estaba suscrita a nada de eso sobre paternidad. Para ella, éramos ella y yo contra el mundo.

Cerré los ojos e hice lo que Santino había dicho, palpando la cerradura con mis horquillas hasta que lo conseguí. Cuando la giré, la puerta cedió. *Gracias, Santino,* articulé.

Todavía estaba volando alto desde mi gran escape cuando llegué al rellano. La voz enojada que venía desde dos pisos más abajo me detuvo en seco. Mierda. El visitante de Luca no era una mujer atractiva y misteriosa. Su tío estaba aquí. Me estremecí. Ese tipo me daba todo tipo de malas vibras. No me importaba lo que tuviera que decir. Luca tenía razón. Don Gallo no podía verme aquí. Corrí escaleras arriba.

De repente, dos pisos no me parecieron una distancia suficiente, así que seguí subiendo al quinto piso. Desde mis días de acechar a Luca, sabía que allí arriba había una terraza con una vista increíble de la ciudad. En lo alto de las escaleras, me encontré cara a cara con la puerta de cristal que daba al jardín exterior. Pero cuando me dirigí hacia allí, la habitación a mi derecha llamó mi atención. Caminé hacia allí y empujé suavemente la puerta para abrirla.

La oficina de Luca era muy él. Llena de libros y muebles de madera. Podía ver a Luca aquí con el ceño fruncido, preparando lecciones y presentaciones. Sonriendo, pasé mi mano por su gran escritorio. Todo estaba perfectamente arreglado y organizado. Cuando me volví para inspeccionar el resto de la guarida, me quedé boquiabierta.

En el instituto, Enzo, Rex, Santino y yo siempre estábamos enojados con los adultos por no incluirnos en sus asuntos. Sentíamos que, como

próxima generación de Don, teníamos derecho a saber cómo se hacían las cosas. Así que pasábamos mucho tiempo analizando teorías de conspiración. Y así fue como reconocí el tablero de asesinatos cuando lo vi.

La pregunta era, ¿qué diablos estaba haciendo Luca con esto? Eché un vistazo detrás de mí para asegurarme de que todavía estaba sola y me acerqué a la pared de la misma manera que me acercaría sigilosamente a un animal herido. El nombre de la víctima me resultaba familiar. ¿Quién diablos era Ava Conti? ¿Y por qué Luca investigaba su muerte?

Empecé por la derecha, leyendo las notas que Luca había escrito cuidadosamente en notas adhesivas. Seguí la primera pista de un recorte de periódico, donde se informaba de su muerte como un accidente. Esa nota tenía un hilo que iba a otra nota adhesiva, donde el artículo hablaba de que Ava estaba borracha y perdió el control de su auto antes de estrellarse contra un árbol. La siguiente nota decía, “Ava no bebía”. La siguiente nota tenía un recorte de lo que parecía ser un informe médico. No se había encontrado alcohol en su sangre.

¿Entonces había sido asesinada? ¿Por qué? Más importante aún, ¿por qué le importaba? Me senté en la silla frente a la pared. Cuando algo me tocó el trasero, estiré la mano detrás de mí y saqué una caja de anillos. La abrí y miré la enorme piedra. Dios mío. Me tapé la boca mientras mi mente conjuraba algunos escenarios antes de aterrizar en el de Luca sentado en esta silla, llorando por la muerte de Ava, mientras sostenía su anillo de compromiso.

Y entonces me di cuenta. Ya había visto el nombre de Ava antes. El día que fui a la oficina de Luca el primer día del seminario. Había estado mirando sus archivos. Me puse de pie de un salto y corrí hacia su escritorio. Efectivamente, la carpeta estaba ordenadamente apilada en uno de los cajones.

«¿Qué asunto tienes con Ava Conti?», pregunté mientras abría su expediente.

Algunas de las fotografías de la carpeta eran copias de las de la pared. Lo agarré todo y caminé de regreso al tablero de asesinatos. Quería saber qué estaba buscando Luca. La primera foto era del brazo de Ava con un sello como el mío. Levanté mi muñeca y la comparé con la de ella.

Mierda.

Ella era la razón por la que Luca había ido al club. Revisé más papeles hasta que encontré el informe del médico forense. Ava había sido asesinada

la misma noche que mataron a Aurora hace dos años. La fecha estaba resaltada con un gran signo de interrogación al lado. ¿Pensaba Luca que los dos asesinatos estaban relacionados?

«Simplemente no puedes evitarlo, ¿verdad?», Luca prácticamente me gritó las palabras.

«¿Qué?», me giré tan rápido que mis dedos juguetearon con el archivo. Antes de darme cuenta, los papeles estaban tirados en el suelo y yo estaba sobre mis manos y rodillas, tratando de juntar todo. «Lo siento. No pensé que te importaría».

«Esto es privado, Donata. No dije que pudieras entrar aquí».

«¿Quién es Ava?», le mostré el anillo. «¿Le propones matrimonio a todas las mujeres con las que te acuestas?».

«Jesús», parpadeó lentamente y luego me arrebató la caja del anillo. «No».

«Entonces, ¿quién es ella?».

«Sal de aquí».

«No», crucé los brazos sobre mi pecho. «Sigues alejándome. Tienes todos estos secretos». Hice un gesto hacia la pared. «Dices que quieres casarte conmigo, pero no me dices por qué». Cuando abrió la boca, levanté la mano. «No. No puedes seguir confundiéndome con tus palabras tan sensuales. Sé que no me amas. ¿Cómo podrías? La mitad del tiempo no me soportas. ¿Ahora esto? ¿Quién es ella? No mientas».

«En primer lugar...», apoyó las manos en las caderas.

Odiaba cuando parecía todo un interesante profesor. «No hagas eso».

«¿Qué?».

«Estás usando tus artimañas de profesor conmigo».

«No lo hago», él sonrió, cruzándose de brazos y luego descruzándolos. «Jesús Donata. No es que no te soporte. Simplemente pasas todo tu tiempo buscando problemas. Mírate», señaló mis pies descalzos y mi conjunto en general. «Te dejé por veinte minutos y mira dónde te encuentras. Por favor». Levantó las manos hacia una columna. «¿Te sería posible fingir? No, ¿olvidar que alguna vez viste esta habitación?».

«No».

«Por supuesto que no», se pellizcó el puente de la nariz.

«¿La muerte de Aurora tuvo algo que ver con la de Ava?».

Hizo una mueca cuando dije su nombre y mi corazón cayó hasta el estómago. Las lágrimas se acumularon en mis ojos cuando me di cuenta.

Había visto esa mirada tantas veces. Enzo llevaba dos años de luto por la pérdida de su gran amor. Reconocí inmediatamente el dolor en los ojos de Luca.

«Estabas enamorado de ella», me tragué el nudo en la garganta. «¿Alguien mató a tu novia?».

«Prometida», él frunció los labios.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Nunca consideré la idea de que Luca pudiera estar enamorado de otra persona. ¿Por qué no me lo dijo? Todo este tiempo, todos los años que pasé persiguiéndolo, él había estado enamorado de otra persona. Lo había estado de ella. Me volví para mirar su foto y su sonrisa perfecta. Parecía tan centrada. Muy normal. Tan perfecta para él.

«¿Por qué no me lo dijiste?», me limpié la cara. «Me engañaste. Todo este tiempo. Me hiciste pensar que…», me detuve a considerar cómo me había rechazado, pero también demostraba que no era indiferente. «Podrías habérmelo dicho; estabas enamorado de otra persona».

«¿Eso te habría disuadido de todo tu acoso y mentiras sobre nosotros?».

«¿Lo ves?», le señalé. «Siempre hablabas de nosotros como si existiera un nosotros. Y sí. Si me hubieras dicho que estabas enamorado de otra persona, que querías pasar el resto de tu vida con ella, te habría olvidado.

«Dices eso ahora».

«No. Lo digo en serio. La noche del accidente...», señalé el artículo de noticias, «Tú estabas conmigo. Ella murió cuando tú estabas conmigo. ¿Estabas comprometido entonces? ¿Sabías entonces que la querías? ¿Por qué no me lo dijiste?».

«No te debía una explicación. Un “no” debería haber sido suficiente».

Pasé una mano por mi cabello. Esto era lo que pasaba con Luca. Tenía una manera de hacerme sentir que me deseaba y al mismo tiempo me alejaba. Había sido tan estúpida al pensar que teníamos algo real. Pero la cuestión era que ahora estaba aquí solo porque Ava estaba muerta.

«¿Por qué empezaste esto conmigo?».

«¿Empezar qué?».

«No hagas eso. Ya sabes a lo que me refiero. A todo tu juego de seducción. Me reprobaste para que acudiera a ti. Entonces me diste todas esas tareas. ¿Y para qué? Sabías que nunca podría resistirme. Sabías que vendría corriendo. ¿Por qué? ¿Por qué harías eso si todavía estás suspirando por una chica muerta?».

Con el corazón latiendo en mis oídos, lo empujé y salí de su oficina. No podía soportar mirar a la única mujer a la que Luca había amado. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Subí las escaleras y seguí adelante. Esta no era mi casa. Ni siquiera podía tener la satisfacción de ir a mi habitación y dar un portazo. Así que simplemente me fui.

Cuando llegué a la esquina, estaba sollozando incontrolablemente. Pasaron otras dos cuadras antes de que me diera cuenta de que también estaba congelada y descalza. Para colmo, no tenía mi teléfono conmigo. Me detuve en un pequeño parque para perros y me dejé caer en uno de los bancos para poder sentir lástima de mí misma, como era debido. No podía volver a casa así. Enzo tendría un millón de preguntas.

Y luego tendría que decirle que Luca no me quería después de todo, que todavía estaba enamorado de Ava Conti. Cerré los ojos con fuerza y dejé caer la cabeza entre las manos. Sin importar cuánto lo intentara, no podía dejar de pensar en cómo Luca hizo una mueca cuando dije el nombre de Ava en voz alta. Enzo hacía lo mismo cada vez que pronunciaba el nombre de Aurora. Solo un gran amor podría hacerle eso a una persona.

Levanté la cabeza y vi un taxi amarillo al otro lado del camino. Odiaba los taxis, pero no tenía otra forma de llegar a casa. Lo miré durante un minuto entero antes de lograr recomponerme y ponerme de pie. En el momento en que comencé a moverme de nuevo, supe que no volvería a casa de Enzo. Necesitaba volver a casa con tía Vittoria. De alguna manera, sabía que ella sabría qué hacer, cómo consolarme sin decirme que era una completa idiota por dejar que un chico me hiciera esto.

La tía Vittoria odiaba a todos los hombres. Ella tenía sus razones. Por eso nunca se casó. Ella creía que el matrimonio por conveniencia era un negocio inteligente, pero pensaba que casarse por amor era para tontos, *"y muy desgastante"*. Sus palabras me hicieron sonreír. De repente, no me sentí tan perdida.

«Te ves tan bonita cuando sonríes».

Un escalofrío recorrió mi espalda porque reconocí esa voz. Me giré para enfrentarlo. El hombre que me miraba como si fuera algo para comer era el mismo imbécil del club, el que pensó que podía follarme solo por el sello dorado en mi muñeca.

«¿Me seguiste hasta aquí?», miré alrededor del parque vacío.

«¿No es eso lo que querías?», sonrió. «Disfrutas la persecución, ¿no?». Caminó hacia mí mientras su mirada recorría mi cuerpo de arriba abajo.

«Yo también lo disfruto. Tuve que admitir que no pensé que te dejaría ir tan pronto. Te habría retenido un poco más. Pero yo estoy contento. Ahora tú y yo podremos divertirnos un poco».

«Tu estúpido juego terminó al amanecer. Supéralo», le mostré la tinta descolorida en mi muñeca. «Esto no significa nada aquí. Y mi deuda fue pagada».

Mi instinto me decía que corriera, pero eso significaría darle la espalda. Y eso me pareció algo incorrecto. Eché un rápido vistazo al taxi amarillo al final de la calle. Si pudiera llegar allí, estaría a salvo.

«Yo decido cuándo termina el juego», sonrió. «Después de la paliza que recibí por ti, merezco un poco de consuelo. ¿No crees?».

«Vete a la mierda», salí corriendo hacia el taxi.

Detrás de mí, el hombre se rió y luego empezó a contar. «Cinco, cuatro, tres, dos, uno. Lista o no, allá voy».

CAPÍTULO 20

Tocó lo que es mío

DONATA

Lo que pasa con la ciudad de Nueva York es que la gente que vive aquí lo ha visto todo. Una chica con una camiseta larga, corriendo descalza por la calle, a plena luz del día, no pareció sorprender a nadie. En todo caso, diría que ni siquiera me notaron.

«Disculpe», murmuré un par de veces para que la gente se apartara del camino mientras me abría paso entre la multitud. Una rápida mirada hacia atrás confirmó que el cazador todavía venía detrás de mí. No me estaba persiguiendo como un maníaco. En cambio, daba grandes zancadas, manteniendo su mirada en mí. No sabía a quién pedir ayuda. El tipo que me perseguía era obviamente alguien con dinero e influencia. No podía involucrar a ninguna persona al azar en este ridículo juego.

¿Así había muerto Ava? ¿Ella también estaba huyendo de un cazador cuando chocó contra un árbol?

«Taxi», levanté la mano cuando el conductor miró en mi dirección.

Me miró fijamente y rápidamente apagó la luz de servicio. ¿En serio? ¿Qué demonios? Golpeé su ventana. «Por favor, necesito ayuda».

«No quiero ningún problema, niña». Miró mis pies descalzos por un segundo y luego siguió almorzando.

«Pagaré el doble de su tarifa».

Sacudiendo la cabeza, dejó su sándwich, puso su auto en marcha y se alejó de la acera.

«Qué grosero», el tipo me agarró del brazo. «Ahora que has sacado eso de tu sistema, vayamos a un lugar tranquilo».

«¿Qué quiere?», jalé mi brazo.

«¿Qué? ¿Qué qui...?», se burló, revisando la calle. Un segundo después, me agarró del brazo con más fuerza y me hizo regresar a la acera. «Mi novia», explicó cuando una anciana le dirigió una mirada horrorizada. «Se olvidó de tomar sus medicamentos».

Ella miró su traje hecho a medida y rápidamente decidió que estaba diciendo la verdad. Busqué los diferentes rostros, buscando a alguien que pudiera estar dispuesto a ayudar, pero nadie me miraba a los ojos.

«No pude presentarme antes. Mi nombre es Nathan. ¿Cómo te llamas, amor?».

«No tienes idea de con quién estás tratando. Si me haces daño, te haré pagar. Toda tu familia pagará», me alejé de él.

Se burló y me arrastró a una tienda vacía en construcción. Cuanto más avanzábamos más allá de las cubiertas de plástico, más oscuro se volvía. Los escombros aleatorios en el suelo se pegaron a las plantas de mis pies en trozos y me dificultaron caminar. Me tragué las lágrimas y me tapé la boca para sofocar el hedor a orina y basura.

«Perra tonta», me azotó contra la pared. «Lo hubiéramos pasado muy bien en el club. Pero ahora ya me encabronaste».

«No te tengo miedo», empujé el ladrillo sucio. Dios, este lugar era tan repugnante como lo era este imbécil.

«Deberías. Podría matarte y a nadie le importaría», sonrió.

La sonrisa en su rostro se desvaneció cuando se dio cuenta de que no estaba temblando ni siquiera tenía miedo. ¿Eso era todo? Quería que suplicara por mi vida. El chico no podría ser mucho mayor que yo. ¿Cómo era que ya le gustaban estas cosas?

«Eres un puto cliché. ¿Qué pasó? Papá no te amó lo suficiente y por eso ahora te gusta ver sufrir a las mujeres», forcé una risa. «¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?».

«Cállate la boca», me abofeteó y luego se desabrochó el cinturón y el botón del pantalón.

«No me toques. O te arrepentirás», dije con los dientes apretados. «No soy alguna chica perdida del club. ¿Querías saber mi nombre? Soy Donata Salvatore».

Estaba tirando de un clavo ardiendo aquí. A menos que fuera mafioso, no sabría lo poderosa que era mi familia. Pero pensé que, si seguía hablando, él estaría demasiado enojado para lograr tener una erección. Me di cuenta de que ya no estaba excitado. De vuelta en el parque para perros,

sus ojos habían mostrado lujuria y anticipación. Ahora simplemente estaba enojado. Tenía que seguir hablando y deshacerme de él.

Cuando dio un paso hacia mí, me mantuve firme. «Anoche estuve en el club investigando un asesinato. Ava Conti. ¿Has oído ese nombre? Una chica bonita. Pelo rubio». Oh, Dios mío, ¿era reconocimiento lo que veía en sus ojos? «Tú la conocías».

«Dije que te calles», cerró el espacio entre nosotros. En un instante, tenía sus manos en mi trasero y su boca en mi cuello.

«Quítate de encima. Basta», lo empujé tan fuerte como pude, pero él estaba decidido a conseguir lo que creía que le correspondía. «¡Ayuda!». Finalmente pronuncié la palabra que antes tenía demasiado miedo de decir porque no quería reconocer que estaba en peligro real.

«Ella dijo que pares, maldito imbécil». La voz de Luca resonó en la habitación.

En un segundo, Nathan estaba sobre mí y al siguiente volaba de lado hacia la pared de ladrillos. Tan pronto como tocó el suelo, Luca lo tomó por el cuello y le golpeó la cara dos veces. Como en el club, la pelea no fue justa. El chico ni siquiera podía levantarse. Era un imbécil rico mimado que nunca había recibido una paliza real.

«Luca, detente. Creo que ya ha tenido suficiente».

«Él te tocó», Luca miró a Nathan en el suelo. «Tocó lo que es mío».

La golpiza continuó mientras la sangre salpicaba todo el lugar. Por mucho que apreciara que Luca llegara a rescatarme, no quería que perdiera el tiempo con este tipo. Quería salir de este lugar asqueroso. Y necesitábamos interrogarlo adecuadamente.

«Luca, detente. Él conoció a Ava».

Luca se quedó paralizado con el puño en el aire. «¿Dijo eso?».

«No, pero estoy bastante segura de que reconoció el nombre cuando le pregunté». Señalé el rostro ensangrentado de Nathan. «Dile lo que sabes. Si quieres que cesen los golpes, tienes que decirnos lo que sabes. ¿La estabas cazando también? ¿Tú la mataste?».

«¿Ava está muerta?», se secó la cara con el dorso de la mano. «No lo sabía».

«Entonces, ¿cómo la conoces?», Luca se cernía sobre él. «No mientas».

«Ella es mesera. Era. Lo que sea. La conocí en el club». Jadeó, haciendo una mueca.

«¿Cuándo fue la última vez que la viste?», preguntó Luca, apretando la mandíbula.

«No sé. Ha pasado un tiempo», se encogió de hombros. Cuando Luca volvió a agarrarlo por el cuello, Nathan hizo una mueca. «Espera. Ahora recuerdo. Ella está en lo correcto», me señaló. «La última vez que vi a Ava, tenía el sello del ciervo en la muñeca. Un tipo se la llevó».

«¿Quién?», me acerqué.

«No sé. Lo juro. Soy un miembro bastante nuevo. No conozco a todos», gimió. «Lo juro. Te dije todo lo que sé».

«¿El ciervo? ¿Así es como lo llaman?», le mostré mi muñeca.

«Sí. Ese es el sello del Stag Club. El dorado es para las putas», me miró fijamente por una fracción de segundo.

Luca gruñó y lo golpeó. Más sangre salpicó por todas partes antes de que se cubriera la cara con una mano y levantara la otra como escudo. «Me rompiste la nariz».

«Te romperé todos los huesos si no dejas de hablar», Luca apoyó las manos en las caderas, elevándose sobre él.

«Está bien. De acuerdo. Lo siento. Pero así es».

«Dame tu teléfono», Luca extendió la mano.

«¿Qué?».

«Tu maldito teléfono. Dámelo».

«Pero…», se puso de pie y buscó en varios bolsillos antes de encontrarlo en el bolsillo trasero de sus pantalones. Con mano temblorosa se lo ofreció a Luca.

Luca lo tomó y luego agarró a Nathan por el cuello para empujar su cara hacia la pantalla y desbloquear el teléfono. Tocó la pantalla y luego se la arrojó a Nathan. «Tengo tu número ahora. Vete a casa. Estaré en contacto».

«¿Quién eres?», gritó.

«Aléjate de mi vista», Luca señaló hacia la calle.

Cuando Nathan se perdió de vista, Luca se giró lentamente para mirarme. Supuse que estaría enojado conmigo por salir sin zapatos, ni teléfono ni ropa adecuada. Pero no lo estaba. Simplemente me miró como si me viera por primera vez. Como si no creyera que yo era real. No se movió ni hizo ningún intento de tocarme o consolarme.

Estaba enojada y sintiéndome increíblemente celosa. Pero sabía que no tenía derecho a sentir ninguna de esas cosas. Luca no era mío. Nuestras miradas se cruzaron. Y en ese momento me di cuenta de que no me

importaba si él había estado enamorado antes. Luchó contra un hombre en un edificio oscuro y abandonado para salvarme. Busqué las palabras adecuadas para decirle lo que significaba su gesto para mí, pero no sabía qué decirle.

Viniste.

Gracias.

Todavía te amo.

«Estás herido», señalé su mano sangrante.

Le lanzó una rápida mirada y lo descartó con la misma rapidez. Abrí la boca de nuevo, pero antes de que pudiera decir algo más, dio dos largas zancadas y me arrojó en sus brazos. Me quedé mirando su perfil para tener una pista de lo que estaba pensando, pero tenía su cara de póquer mientras me sacaba del aterrador lugar. Más allá de la entrada, el sol brillaba bajo en el cielo y me cegó. Acomodé mi cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro y dejé que las lágrimas fluyeran.

Me abrazó con más fuerza mientras caminaba de regreso a la casa y no disminuyó la velocidad hasta que volvimos al interior de su casa de piedra rojiza. Alfred nos recibió en el vestíbulo con los ojos muy abiertos y las mejillas rojas. Cuando nos vio, hizo un montón de preguntas que fueron amortiguadas por los golpes en el pecho de Luca. Independientemente de lo que hubiera preguntado, la única respuesta de Luca fue un ligero movimiento de cabeza. Pero eso fue suficiente para hacer que Alfred saliera de la habitación.

«Quiero ir a casa».

«No», me llevó escaleras arriba y directamente a su baño.

Me dejó en la ducha y abrió el agua. Cuando se sintió cálido, se quitó la ropa y cogió una esponja vegetal. Le puso gel de baño y luego comenzó a lavar todo el hollín de mis piernas y brazos. Cuando terminó, lo dejé quitarme la camiseta sucia y los calzoncillos. Se tomó su tiempo para lavarme el cabello con champú y pasar sus manos por mi cara para secarme las lágrimas.

Incluso después de haberme limpiado a fondo, continuó pasando sus manos por mi cuerpo. Solo podía asumir que estaba buscando señales de que me habían lastimado físicamente. Pero verdaderamente, el mayor daño que sentí hoy fue descubrir que Luca estaba enamorado de otra persona.

«Luca».

«No tienes permitido salir de esta casa nunca más», presionó su frente contra la mía. «¿Lo entiendes?», besó mi mejilla, donde todavía me dolía la huella de la mano de Nathan.

«¿Qué puede importarte?».

«Jesús, Donata. Me estás matando».

«Tú empezaste esto. Yo no. Ya había seguido adelante». Eso último no era exactamente cierto. No había seguido adelante, pero había decidido dejarlo en paz. «¿Por qué me metiste de nuevo? ¿Por qué obligarme a hacer todas esas cosas en tu clase?».

«Creo que ya has tenido suficiente por un día. Vamos a la cama». Rozó sus labios suavemente sobre los míos.

«¿Estabas perdidamente enamorado de ella?», pregunté.

«¿Qué?», sonrió, encontrando mi mirada. «¿Es por eso que te escapaste? ¿Por qué te pusiste en peligro?».

«Necesitaba tiempo para pensar. Lejos de ti. No puedo hacer eso cuando estás cerca».

«Te pusiste en peligro».

«No sabía que estaría ahí afuera. Además, lo tenía todo bajo control». No quería que Luca supiera lo aterrorizada que había estado cuando me di cuenta de que Nathan realmente creía que podía hacer conmigo lo que quisiera. «No necesitaba que vinieras a salvarme».

«¿No me necesitabas?», me tomó la cara. «El tipo estaba encima de ti. Si no te hubiera encontrado cuando lo hice, quién sabe hasta dónde habría llegado. ¿No lo entiendes? Existe una gran posibilidad de que Ava muriera a causa de este juego. Dime que no eres tan estúpida».

«No lo soy. No te necesito. La tía Vittoria arreglará esto».

«Bien. La misma tía que quiere casarte para su propio beneficio político».

«¿Por qué viniste por mí? No te preocupas por mí».

«Deja de decir eso», sus rasgos se suavizaron. «Lo sabes muy bien, me importas. Me importas más de lo que debería. Más de lo que creía posible», extendió la mano detrás de mí y cerró el agua.

Tan pronto como abrió la puerta de cristal, una ráfaga de aire frío borró el calor que su cuerpo había dejado en el mío. Lo seguí, cogí una toalla caliente del estante y la envolví alrededor de mi cuerpo. Mientras se secaba el pelo con una toalla, se volvió hacia mí. La lujuria en sus ojos fue un shock para mi sistema.

«Luca», solté un suspiro.

Mi mirada se deslizó hacia sus abdominales y sus largas y musculosas piernas, mientras me deleitaba con la energía pura que me envolvía cada vez que lo miraba. Me quisiera o no, no estaba lista para dejarlo ir.

«Jesús», cerró el espacio entre nosotros y capturó mi boca en un excitante beso. «Estoy perdiendo la cabeza por tu culpa», me rodeó con sus brazos.

Los dedos de mis pies apenas tocaron el suelo mientras él me llevaba a la cama. Sin más preámbulos, me recostó en el colchón y se subió encima de mí. Su erección se hinchó entre mis muslos e hizo que mi coño doliera de necesidad. Pasé mis manos por su pecho y sus abultados bíceps, mientras el deseo me recorría en ondas ardientes.

Estaba tan duro para mí y tan grande que grité de sorpresa cuando su pene atravesó mis pliegues y mis paredes resbaladizas como una barra de acero. El estallido de calor en mi núcleo fue tan intenso que me hizo ver estrellas. Durante todo este tiempo, Luca siempre había sido quien tenía el control. Él fue quien me había atraído a su oficina en la escuela. Me hizo hacer cosas que nunca había hecho antes. Y mientras tanto, él no se vio afectado por ello. Pero ahora parecía desquiciado. La necesidad desesperada en su toque y la forma hambrienta en que besó cada parte de mí fue su rendición.

«Quería matarlo», jadeó en mi oído mientras tomaba mi trasero y lo empujaba más profundamente dentro de mí. «Me preocupo por ti. Me importas muchísimo». Se inclinó para chuparme el cuello y luego mis pezones.

El orgasmo me tomó por sorpresa. En lugar de provocarme desde mi interior, simplemente explotó sin previo aviso. Cerré los ojos con fuerza y dejé que quemara cada centímetro de mi cuerpo. Mi corazón latía tan intensamente contra mis costillas que estaba segura de que Luca también podía sentirlo.

«Luca».

«Aquí estoy», manteniendo mis caderas en su lugar, aumentó el ritmo y lo mantuvo hasta que encontró su propia liberación.

Después de un minuto, rodó y se tumbó a mi lado, mirando al techo, luciendo tan confundido como yo. ¿Cómo era posible tener tanta química sin amor? Abrí la boca para preguntar, pero la pregunta murió en mis labios. No quería saber la respuesta. Así que, en lugar de eso, me acurruqué junto a

su cuerpo y dejé que la pesadez del día y todo lo que había pasado me adormeciera.

En algún momento durante la noche, me desperté con Luca acurrucado entre mis piernas, besando mi coño. Después de que volví a tener un orgasmo, se subió sobre mí y me penetró. Cuando salió el sol, había llegado al clímax cinco veces y ya no podía sentir mis piernas. Luca era todo lo que siempre había querido.

CAPÍTULO 21

Yo arruiné tus planes

DONATA

La alarma en la mesilla de noche sonó en mi oído durante unos buenos diez minutos antes de que me diera cuenta de que debía ser mi llamada para despertarme.

«¿Qué demonios?», entrecerré los ojos mientras lo golpeaba para detener el ruido incesante.

Me senté y miré hacia atrás, esperando ver a Luca, pero ya no estaba. Sobre la almohada me había dejado una nota escrita a mano. Sonriendo, la agarré y comencé a leer.

Buenos días hermosa:

Lamento no poder quedarme contigo un poco más, pero tenía trabajo que hacer. Puse la alarma a las nueve de la mañana para que pudieras dormir. Pinna pasará más tarde con ropa para ti. No dudes en pedir prestadas más camisetas mías.

Luca

«Bueno, señor Mandón, hoy tengo escuela», arrojé el papel sobre la cama y me dirigí al baño para ducharme.

Ayer Luca había dicho que no podía salir de casa. En ese momento, pensé que simplemente estaba siendo demasiado alterado por lo que casi había sucedido. Pero ahora me daba cuenta de que lo decía iba en serio. Quería mantenerme aquí hasta que se resolviera este asunto en el Stag Club.

Cuando terminé de ducharme, subí las escaleras, esperando que Luca hubiera decidido hacer su trabajo en la oficina de su casa y no en la escuela. No quería pasar el día sola, sin nada que hacer. Ni siquiera tenía mi computadora portátil. ¿Cómo se suponía que iba a hacer la tarea?

«¿Hola?», abrí la puerta.

Luca estaba de pie frente al panel de asesinatos de Ava con los brazos cruzados sobre el pecho. La tristeza que sentía por su muerte salió de él y me hizo sentir dolor por él. Durante dos años, había estado cargando con esta culpa y no podía ni empezar a imaginar lo que todo ese arrepentimiento le había hecho.

«¿Estabas perdidamente enamorado de ella?», pregunté.

«Mmm», me miró con el ceño fruncido. «¿Quién?».

«Ava. Anoche no respondiste mi pregunta».

Su respuesta no importó. Porque lo que realmente quería saber era si él alguna vez podría amarme tanto como ella. Pero yo era demasiado cobarde para preguntarlo. La tía Vittoria siempre había dicho: *No preguntes si no estás preparada para la respuesta.*

Y ese fue el meollo de todo. No estaba preparada para que Luca me dijera que lo que fuera que teníamos no era más que un juego sexual, un castigo por acabar con su carrera docente hace años. Su venganza era hacer que me enamorara de él, tomar mi obsesión por él y convertirla en algo que pareciera real, solo para arrancarla, para decirme que nunca podría amarme porque yo no era Ava Conti. Y nunca podría serlo.

«Ya no lo sé», se frotó la barba incipiente de la mejilla. «Solía pensar así. Ella era el orden que necesitaba. Su vida era sencilla y normal. Quería eso para mí. Pero ahora, al recordarlo, puedo ver lo egoísta que fui. Este mundo mafioso en el que nacimos no es para todos. Debería haberla dejado ir cuando tuve la oportunidad. Si realmente la amaba, la habría dejado ir para mantenerla a salvo. Quizá si lo hubiera hecho, ella todavía estaría viva».

Ava era orden, mientras que yo era caos, precisamente aquello de lo que Luca estaba huyendo. Nunca tendríamos una oportunidad.

«¿Es por eso que estás investigando su muerte? ¿Porque te sientes culpable? ¿Crees que la Sociedad la mató?», caminé hacia él. «Pero, ¿por qué lo harían? ¿Porque ella estaba contigo? Eso no tiene sentido. He estado pensando en ello…».

«Está bien, detente», levantó ambas manos. «No te vas a involucrar».

«Ya estoy involucrada», le mostré el sello de 'puta' en mi muñeca. «Estuviste en el Stag Club el sábado por la noche por culpa de Ava. Estabas siguiendo esta pista».

«Sí», dejó escapar un suspiro estoico.

«Arruiné tus planes».

«Sí, lo hiciste», asintió. «Una vez más, Donata, arruinaste mis planes».

«Entonces, déjame ayudarte».

«¿Ayudarme? Absolutamente no. Ya es bastante malo que sepas sobre ella y todo esto». Hizo un gesto hacia la pared.

No entendí por qué quería ayudarlo con esto. ¿Sería porque yo también me sentía culpable? El supuesto accidente de Ava ocurrió la noche en que atraje a Luca a los Hamptons en otro intento de lograr que admitiera que me quería. Era cierto que había sido una cosa increíblemente tonta, o como Luca había dicho esa noche, algo que solo una mocosa mimada como yo podía inventar.

La pregunta permaneció. ¿Ava estaría viva hoy si no le hubiera mentido a Luca para sacarlo de la ciudad? Sin duda Luca se había hecho la misma pregunta muchas veces. Si me culpaba por su muerte, no me sorprendería. Yo tampoco lo culparía.

«Estás atorado», señalé el tablero.

«¿Qué?», siguió mi línea de visión hasta el recorte de noticias grabado debajo de su foto.

«No puedes seguir adelante ni preocuparte por nadie más porque tienes el asesinato sobre tu cabeza. Te sientes culpable».

«Te equivocas».

«No», me acerqué a él. «Te equivocas. Podría quedarme aquí y decirte que lo dejes pasar, pero ya sé que no lo harás. Eso deja solo una opción más. Tienes que dejarme ayudarte a resolver su asesinato. Te debo esto».

«Sé que a ti y a tus amigos les gusta entrometerse. Pero esto es diferente, Donata. Tienes que mantenerte al margen».

«No puedo», levanté el brazo para, una vez más, mostrarle la tinta en mi piel. «Estoy metida hasta las rodillas en este caso de asesinato. Y tú lo sabes».

«Jesús, joder. Conozco esa mirada», se frotó las arrugas de la frente. «Estás pensando algo».

«Aún no», me mordí el labio inferior. Lo que parecía un plan no era exactamente un plan, pero una cosa era segura. Para liberar a Luca de su pasado y de todos sus arrepentimientos, necesitábamos resolver el asesinato de Ava. Y para eso, tenía que hacer algo más que estúpido. «Tenemos que volver al Stag Club».

Si las miradas mataran, me habría caído muerta ante la intensa mirada de Luca. «¿Qué parte de ‘ese lugar no es seguro para ti’, no entiendes?».

«Escúchame», apoyé mis manos en mis caderas, lo que hizo que el dobladillo de mi camiseta se subiera un poco. Ver sus rasgos suavizarse ante algo tan mundano como ver mis piernas desnudas hizo que mi corazón se derritiera. Sacudí la cabeza para aclarar los pensamientos sucios que ya estaban dando vueltas y me concentré en lo que tenía que decir. «A la gente le gusta contarme cosas».

«Yo también puedo hacer que la gente hable», se miró los cortes en sus nudillos.

Ayer, Nathan nos había contado todo lo que sabía sobre Ava después de que Luca le diera una paliza. Pero la fuerza bruta no era la única manera de hacer las cosas. Hablar con las meseras requería un toque femenino.

«¿En serio? ¿Vas a golpear a las mujeres para que te digan lo que saben?».

«¿Por qué habría de hacer eso?».

«Tal vez antes estabas demasiado enojado como para escuchar realmente lo que Nathan dijo sobre Ava. Pero yo no lo estaba. Ava era mesera en el Stag Club. Estoy segura de que tenía amigas con quienes podemos hablar».

Luca apretó la mandíbula ante la mera mención del nombre de Nathan. Ese tipo no estaba bien. Ese club del que era miembro tampoco estaba bien.

«Había estado pensando en lo que le dije al portero. ¿Qué me convirtió en un objetivo? Pensó que había pedido dinero prestado, pero no fue así. Ni siquiera le dije mi nombre real. Llevaba un vestido de diez mil dólares y él todavía pensaba que era una chica pobre que buscaba ligar con un hombre rico. Luego, cuando Enzo intentó sacarme de allí, tuvo que pagar para que me fuera». Me detuve para inhalar y dejé que Luca digiriera esta nueva información.

Por mucho que no quisiera mi ayuda, estaba empezando a ver que yo podía ser de utilidad. La evidencia en la pared, y el hecho de que habían pasado dos años y ni siquiera tenía un sospechoso sólido, solo podía significar que se estaba quedando sin pistas.

«Donata», sostuvo mi mirada durante lo que parecieron horas. Después de un tiempo, finalmente aceptó. «Bien. Puedes ayudar. Pero el club está fuera de discusión».

«Ya llegaremos a eso», hice un gesto como para restar importancia y caminé hacia su escritorio, donde tenía un montón de notas adhesivas y bolígrafos ‘Sharpie’.

Escribí "mesera en el club" en una nota y la pegué en la pared junto a la foto de Ava. «¿Qué más sabemos? Si obtuvo un sello como dijo ese tipo, ¿eso significa que les pidió dinero prestado?».

«Tú no lo hiciste», estudió mis rasgos. «¿Qué dijiste exactamente para poder entrar?».

«Eh, dije que te estaba buscando».

«¿A mí?».

«Bueno, dije que estaba allí para ver al Sr. Gallo», pensé en las palabras exactas que había dicho esa noche. El portero había sido muy condescendiente y actuó como si supiera algo que yo ignoraba.

«¿Solo eso?».

«Sí. Solo eso. Luego me dejó entrar y me puso el sello», me tapé la boca, «espera, ¿pensaría que me refería a tu tío, a Don Gallo? Quiero decir, él fue quien te dio la tarjeta de presentación para entrar. Tiene que ser un miembro influyente. O algo del estilo».

«O algo», Luca anotó el nombre de su tío en la nota adhesiva y la añadió a la pizarra antes de volverse hacia mí. «Ni siquiera voy a preguntar cómo supiste todo eso. ¿Cómo conseguiste una tarjeta propia?».

«Hice una copia de la que tienes», me encogí de hombros. «No te enojes. Estaba segura de que estabas allí para tener sexo con extrañas. Me volvía loca de pensar que querías estar con otra mujer después de tener sexo conmigo».

«La idea nunca pasó por mi mente», se sentó en el reposabrazos del sofá y me acercó a él. «Desde esa primera noche, no he podido dejar de pensar en ti». Él acunó mi mejilla y me besó.

Me alejé primero. Desde que Luca me rescató de Nathan, no podía dejar de pensar en el Stag Club y su membresía. «¿Crees que Don Gallo sería el tipo de persona que reclutaría mujeres para sus amigos del club?», me burlé. «Ya sabes, ¿enviarles un disfraz, dinero y una dirección?».

«Oh, por supuesto».

«¿Entonces eso es lo que le pasó a Ava? ¿Fue a ver a Don Gallo en busca de dinero y luego obtuvo más de lo que esperaba?», me encontré con su mirada. «¿Por qué no acudió a ti si necesitaba dinero?».

Él hizo un gesto. «Porque ella no sabía que yo tenía. Ni siquiera sabía mi verdadero nombre. Ella pensaba que yo era un profesor del instituto. Soy un idiota», se pasó una mano por el cabello.

«¿Por qué le mentiste acerca de quién eras en realidad?».

«Porque quería mantener nuestra relación en secreto. Pensé que había sido muy cuidadoso. Incluso alquilé un apartamento en Brooklyn con un alias. Pero debería haberlo sabido mejor. El tío Jimmy conocía a Ava. Desde el escándalo que creaste, él me consideraba un peón político».

«¿Qué quieres decir?», di un paso atrás para mirarlo. «¿Qué tiene que ver una cosa con la otra: el escándalo escolar y que Don Gallo reclute a Ava para sus amigos?».

Dejó escapar un suspiro y me miró a los ojos. No me gustó nada cuando se puso tan serio de esa manera. Me había acostumbrado tanto a su lado cariñoso. Esta versión molesta de él hizo que me doliera el pecho.

«Aunque los padres querían que me fuera de la escuela por la seguridad de sus hijos, el tío Jimmy solo se centró en una cosa. Estaba convencido de que algún día podría utilizar tu obsesión conmigo a su favor», se aclaró la garganta. «Se propuso involucrarse más en la vida de mi familia. Empezó a visitar a mamá, algo que la emocionó muchísimo. Le encantaba la idea de estar en su favor. De repente, yo era su sobrino favorito».

«¿Por mí? Pero les dije a todos los Don la verdad. Todos saben que eres inocente». Mentirle a todo el mundo sobre Luca fue una mierda. «No tienes idea de cuánto lamento haberte hecho eso. Tenías toda la razón al odiarme».

«Al tío Jimmy no le importaba. En todo caso, estaba decepcionado de que no te hubiera dejado embarazada». Miró hacia abajo y sonrió al suelo. «A la mierda».

«¿Qué?».

Cuando levantó la mirada, parecía aterrorizado. Tomé su rostro y besé sus labios. Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y profundizó el beso. Los aleteos en mi vientre rápidamente se convirtieron en deseo puro. Lo quería de nuevo. ¿Cómo podría decirle que no a Luca Gallo? Pasé mis dedos por su suave cabello y me derretí en él. Alcanzar la hebilla de su cinturón de alguna manera rompió el hechizo.

«No. Espera».

«¿Por qué?», me esforcé por recuperar el aliento. «No me alejes. No puedo soportarlo. Admite que me quieres».

«Jesús, Donata. Por supuesto que te quiero. ¿Cómo no iba a hacerlo?», su mirada cayó a mis labios y luego al resto de mí. «Nunca se trató de cómo me haces sentir. Sino de hacer lo correcto».

«Todo este tiempo, ¿me querías?», me mordí el labio inferior para no sonreír. El momento no requería ser feliz, pero escuchar a Luca admitir que nunca me fue indiferente lo significó todo.

«Siempre fuiste mi pequeño y sucio secreto», pasó el dorso de sus dedos por mi mejilla. «Pero tú y yo no podríamos serlo. Primero, porque era tu maestro. Y luego, porque eras una Salvatore. Y yo era un Gallo. Dejando a un lado el estatus, nunca nos dejarían estar juntos».

«Esa estúpida regla ya no existe gracias al padre de Rex». Mis ojos se llenaron de lágrimas porque sentí como si Luca estuviera rompiendo conmigo. Después de la noche increíble que pasamos, no tenía sentido. «Pensé que ya habíamos superado eso».

«Lo hicimos», se levantó del sofá y caminó hacia la puerta de la oficina. Intenté seguirlo, pero luego me detuve cuando él abrió la cerradura y se volvió hacia mí. «Hay algo que debes saber».

«Me estás asustando».

«Yo también tengo miedo», él tragó. «Pero primero debes prometerme que no volverás a escaparte como lo hiciste ayer. Prométemelo».

«¿Por qué habría de hacer eso?».

«Di las palabras», apoyó las manos en las caderas.

Si quisiera salir de su oficina, tendría que pasar por él. Pero, ¿por qué querría dejarlo? «Bien», le fruncí el ceño. «Lo prometo. Ahora dime. Dime por qué no puedes amarme. ¿De eso se trata?».

Un golpe en la puerta casi me hizo saltar de mi piel. «¿Qué demonios?».

«Luca», Alfred volvió a golpear. «Ha llegado la maleta de la señorita Salvatore».

«Gracias, Alfred», Luca dijo a través de la puerta, pero no hizo ningún intento de abrirla. «Déjala en nuestra habitación. Ella se encargará en un minuto».

«Por supuesto».

«¿Nuestra habitación?», levanté una ceja. «¿Por qué empiezo a sentirme prisionera?».

CAPÍTULO 22

Dime por qué

LUCA

«Siéntate, Donata», hice un gesto hacia el sofá.

Probablemente debería haberla dejado vestirse antes de iniciar esta conversación. Verla con otra de mis camisetas blancas era una verdadera distracción. Todo lo que podía pensar en este momento era en lo mucho que deseaba estar dentro de ella. Pero no podía seguir mintiéndole. O más bien, necesitaba aclarar por qué de inicio la había seducido. Porque una cosa era segura, nunca había mentido acerca de cuánto la deseaba.

«Creo que prefiero quedarme de pie», ella me miró fijamente. «Adelante. Puedo manejar la verdad», su mirada se movía entre mi cara y la puerta.

Me acerqué a ella. «Está bien. ¿Quieres la verdad? Aquí la tienes». Me encontré con su mirada. «Hace seis meses, el tío Jimmy vino a cenar a la casa de la playa de mi madre en los Hamptons. Él…», parpadeé lentamente, «a falta de un término mejor, me ordenó seducirte. Más que eso, quería que te enamoraras de mí para poder casarnos. Él sabía que…», me detuve.

A Donata nunca le faltaban palabras. Cuando sus sentimientos eran lastimados, lloraba. Cuando sentía que la habían tratado injustamente, gritaba. Cuando tenía miedo, se defendía. Esta no era en absoluto la reacción que esperaba. Estaba paralizada.

«¿Escuchaste lo que acabo de decir?».

«Sí», se llevó una mano a la frente y se sentó en el sofá. «Lo he escuchado».

«Bien», me senté frente a ella y me incliné hacia adelante hasta que mis brazos estuvieron apoyados sobre mis muslos. «¿Entiendes lo que el tío

Jimmy busca aquí?».

«No soy una idiota, Luca», su mirada azul tenía mucho odio. «Sé lo que quiere. Quiere poder. Cuando llegue el momento y sustituya a la tía Vittoria, cree que podrás hacerte cargo y hacerme a un lado».

«Es un poco más nefasto que eso, pero sí». Quería abrazarla y decirle que nunca quise lastimarla, que era un idiota por pensar que ella merecía que le mintieran y la manipularan. «Al principio pensé que tenía derecho a recuperar el dinero. Tú habías arruinado mi vida. Y así era como justificaba todo».

«Cuando me reprobaste, no lo hiciste por algún pequeño plan de venganza. Tenías todo un plan trazado para mí. Jalaste mis hilos, sabiendo que nunca podría resistirme». Ella sacudió su cabeza. «Y caí en la trampa».

«Me equivoqué», me froté el costado de la cara. «Sé que no me creerás. Todas las pruebas apuntan lo contrario, pero necesito que sepas que nunca quise hacerte daño».

«¿Nunca quisiste hacerme daño?», ella se puso de pie. «¿Nunca quisiste hacerme daño? Mírame. Estoy en este lío por tu culpa», me mostró su muñeca y el sello que tenía.

Técnicamente, ella estaba en este lío porque era impulsiva y un poco ingenua. Me había seguido al club porque pensaba que había ido allí para tener sexo con otras mujeres. Yo no le pedí que me siguiera. Hasta esa noche, el caso del asesinato de Ava y mis órdenes de hacer que Donata se enamorara de mí eran dos asuntos completamente diferentes y separados.

Ahora las cosas eran mucho más complicadas. Tal como había dicho antes, estaba metida hasta las rodillas en este lío.

«No te atrevas a culparme por esto», me señaló con el dedo.

«No dije nada».

«Lo puedo ver en tu cara. Estás enojado conmigo por haber ido a ese lugar y ser marcada así. Pero si no me hubieras devuelto a tu esfera, nunca te habría seguido hasta allí. Me habría mantenido alejada. Logré hacerlo durante dos años completos. Estaba curada». Se detuvo para inhalar. Su pecho subía y bajaba mientras me miraba.

«¿Curada?».

«Sí, Luca. Curada. Eso es lo que eres para mí. Eres como una droga», se burló. «Tú lo sabías. Y te aprovechaste de ese hecho. Me mentiste y me usaste».

«Donata», me levanté y la alcancé.

«No. No me toques», se alejó de mí. «No vuelvas a tocarme jamás».

«¿Qué?».

«Me escuchaste».

Centímetro a centímetro, Donata había logrado abrirme y llenar cada parte de mí. Sus palabras resultaban como un puñetazo en el estómago. Me había acostumbrado tanto al aroma de su cabello y a la suavidad de su piel. No podía imaginar... No quería imaginar una vida sin tocarla, una vida en la que ella no estuviera aquí conmigo, en la que no fuera mía.

«No lo entendió bien, señorita Salvatore», me acerqué a ella. «No te dije la verdad porque estaba listo para liberarte. Quería que supieras a lo qué nosotros nos estamos enfrentando».

«No existe un nosotros. Nunca me casaré contigo. Nunca aceptaré ser el pequeño peón de tu tío». Giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta.

Anoche no tenía idea de que su reacción al ver el tablero del asesinato de Ava sería salir corriendo a la calle. Pero esta vez estaba listo para ella. Donata aún tenía que entender que no tenía otra opción al respecto. Ella era el peón, lo quisiera o no. Y no solo para el tío Jimmy sino también para su tía.

Llegó a la puerta unos segundos antes que yo. En ese momento, buscó a tientas la cerradura e incluso logró abrir la puerta, pero la cerré de nuevo y la presioné contra la pared, aprisionándola con mi cuerpo.

«Nuestro matrimonio ocurrirá», jadeé en su suave mejilla. Se sentía tan bien en mis brazos. Y mi pene no había olvidado que no llevaba nada debajo de mi camiseta. «Es la única manera de mantenerte a salvo. La Signora Vittoria quiere casarte con Don Valentino».

«Ella nunca me haría eso. Deja de fingir ser este caballero de brillante armadura. No te preocupas por mí. No estás aquí para salvarme. Nunca lo estuviste. Eres tan despreciable como Don Gallo», me frunció los labios.

El odio en sus ojos me hirió de una manera que nunca creí posible. Presioné mi frente contra la de ella mientras intentaba encontrar las palabras para explicarle por qué tenía que hacer esto, por qué no podía dejar que se casara con ese anciano. Rey o no, él no era lo que ella quería. Ella me quería a mí. Incluso si todo lo que sentía por mí en ese momento era odio, ella me deseaba.

«Despreciable o no, no puedes simplemente desear que tus sentimientos desaparezcan. Me quieres».

«No», metió su mano entre nosotros. «Te odio. Preferiría casarme con Don Valentino. Puede que tenga el doble de mi edad, pero al menos nunca me ha mentido».

«Sobre. Mi. Cadáver. Tú eres mía. ¿Lo entiendes?», mi corazón latía con tanta fuerza que no podía sentir nada más que este jalón que me arrastraba hacia ella, anclándome en este mismo lugar, donde podía sentir su cálido aliento en mi cara. «Nadie toca lo que es mío».

Apreté la mandíbula. Donata era experta en hacerme perder la cabeza. En este momento, todo lo que quería hacer era golpear al rey en ejercicio, Don Valentino, y convertirlo en pulpa, por siquiera sugerir que él y Donata deberían casarse. La idea me hizo ver rojo y me hizo querer poseer cada parte de ella.

Me desabroché el cinturón. Hace unos minutos Donata me rogaba que la tomara. Incluso ahora, a pesar de lo enojada que estaba, podía ver la lujuria en sus ojos. Me desabroché los pantalones y liberé mi erección. Estaba tan lista para ella. El rosado en sus mejillas me indicaba que ella también estaba lista para mí.

«Pídeme que me detenga», Levanté su camiseta y pasé la mano por la costura de sus pliegues. «Dime que ya no me quieres. Dime que el fuego que arde por tus venas cada vez que estamos juntos se ha apagado». Bombeé mi miembro y me estrellé contra su coño mojado.

«Luca», clavó sus uñas en mi espalda, alejándome con una mano y acercándome con la otra.

«Pídeme que te folle», empujé dentro de ella y envolví sus piernas alrededor de mi cintura. «Como tu primera vez», le susurré al oído.

«No», presionó su coño contra mi erección.

«Necesito oírte decirlo», apreté la mandíbula.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras la batalla dentro de ella continuaba por unos cuantos latidos. «Fóllame. Por favor», suplicó, cerrando los ojos con fuerza.

«Mírame», besé su boca y su mejilla. «Quiero que me mires a los ojos cuando te corras. Quiero que veas que eres mía», rodé mis caderas hacia ella.

«No estás jugando limpio», sus paredes se apretaron alrededor de mi pene.

«La vida no es justa, dulce princesa», aumenté el ritmo, dándole todo lo que tenía. Cada empujón era un recordatorio de que ella me pertenecía a mí

y a nadie más. Al diablo con la Sociedad y con el rey. Donata nunca se apartaría de mi lado. «Tienes el coño más dulce. Córrete para mí».

Ella gimió y gritó mi nombre cuando encontró su liberación. Mi nombre en sus labios era mi perdición. Entré con fuerza dentro de ella, llenándola con mi semen, aprovechando cada ola de placer hasta que mi ritmo cardíaco bajó a un ritmo normal.

«Ahora entiendes por qué no puedes irte».

«No, todavía no lo entiendo», el odio en sus ojos y su tono de voz habían desaparecido. Donata me amaba. Ella sabía la verdad y todavía no podía encontrar la manera de odiarme. «¿Por qué la farsa? ¿Por qué las mentiras?».

«Donata», no había sido mi intención que esa sola palabra estuviera acompañada de tanta advertencia.

«Necesito oírte decirlo», se secó las mejillas con el dorso de la mano. «Dime por qué».

«¿Por qué?», me tragué el nudo en la garganta.

Por primera vez en los últimos seis meses, hice el esfuerzo de responder esa pregunta con honestidad. ¿Por qué quería que ella jugara? ¿Por qué el complicado plan para hacer que se enamorara de mí? ¿Por qué acercarse tanto al fuego amenazador?

«Dímelo», deslizó su mano desde mi pecho hasta mi mejilla.

«Porque», solté un suspiro, «porque estoy enamorado de ti».

En el momento en que las palabras salieron de mis labios, supe que eran la verdad. Había luchado tan duramente y durante tanto tiempo contra mis sentimientos que había creído mis propias mentiras. «Lamento que me haya tomado tanto tiempo en comprenderlo».

Donata me miró fijamente, como si me hubieran crecido dos cabezas en los últimos cinco minutos. Tomé su rostro y le sequé las lágrimas. Cuando ella no me apartó, relajé mi postura y le hice espacio para alejarse si quería o necesitaba hacerlo. Como ella no se movió, me arreglé los pantalones y abrí la puerta.

«¿A dónde vamos?», ella preguntó.

«Nunca debimos habernos levantado de la cama esta mañana». Tomé su mano entre las mías y la acompañé escaleras abajo, a nuestro dormitorio. Cada vez que pensaba que ella se quedaría en esta casa conmigo, mi pecho se hinchaba de alegría. «¿Podrás algún día perdonarme?».

«Acabas de decirme lo que más ansiaba», me sonrió. «Creo que puedo intentarlo».

En la suite, me quité la ropa y me metí en la cama con ella. A primera hora de la mañana, no había querido nada más que quedarme con ella y tenerla en mis brazos. Pero la culpa todavía me estaba carcomiendo. Tanto así que no me detuve a considerar mis otros sentimientos, los que estaban enterrados bajo capas de culpa. Estaba realmente enamorado de Donata.

«Desde el principio estabas prohibida. Nuestras familias, la escuela, nunca nos iban a permitir tener esto», la sostuve cerca de mí. «Tuve que alejarte».

«Yo habría luchado por nosotros», acurrucó su cuerpo junto al mío y apoyó la cabeza en mi pecho. «Tú ni siquiera estabas dispuesto a intentarlo».

«Estaba tratando de hacer lo correcto, de encontrar a alguien más y olvidarme de ti. Pero entonces el viejo rey abdicó, Ava murió y todo cambió. No importa cuánto intentaba mantenerme alejado de ti, el destino encontraba una manera de traerme de regreso».

«Ahora estoy asustada», pasó su mano por mi estómago y luego volvió a subir hasta mi pecho. «Tengo miedo de perderte».

Estar con ella era tan fácil como respirar. Quizás ella tenía razón. Debería haber luchado por ella hace años. La Sociedad no podía decirnos a quién podíamos y a quién no podíamos amar. Eso era ridículo.

«No lo tengas. Siempre estaré a tu lado. No importa qué. Lo prometo», besé la parte superior de su cabeza. «Me tomó mucho tiempo llegar allí. Pero ahora no te dejaré».

«No nos van a dejar tener esto, ¿verdad?», levantó la cabeza para mirarme. «Tal vez las reglas cambiaron, pero nuestras familias no. La tía Vittoria nunca estará de acuerdo con este matrimonio».

«Por eso no le vamos a pedir permiso. Tienes edad suficiente para decidir por ti misma». Mi pulso se aceleró. Aunque ya había resuelto mis sentimientos por Donata, la salida seguía siendo la misma. Tenía que hacer lo que el tío Jimmy me había pedido y casarme con Donata en algún momento de los próximos cuatro días. «Tendremos que mantenerlo en secreto».

«¿Hablas en serio?», se sentó para mirarme de frente con los ojos entrecerrados. «No podemos casarnos».

«Donata, la visita misteriosa de ayer, de la que estabas tan celosa...», sonreí, «era el tío Jimmy».

«Sí, lo sé. Lo escuché hablar contigo. No te preocupes. No me detuve para escuchar su conversación».

«Claro, estabas demasiado ocupada husmeando en mi oficina». Pasé la yema de mi pulgar por sus labios, haciendo lo mejor que pude para no imaginarla a ella y a Don Valentino juntos. «Como sea, vino aquí para decirme que Don Valentino había fijado la fecha de boda para ustedes dos. Este sábado habrá una fiesta de compromiso».

«¿Qué?», su voz subió unas cuantas octavas. «Eso es imposible. La tía Vittoria nunca me haría eso. Ella lo prometió».

«Las reglas han cambiado, Donata. Ahora tiene la oportunidad de hacer una alianza con el rey en funciones», tomé su mejilla. «Pero podemos vencerlos en su propio juego. Podemos casarnos antes de este fin de semana. Eres mía. Y no dejaré que ese viejo te tenga. Te lo dije».

«¿Ahora quién es el celoso?», sonrió.

«Esto es serio», me senté para besarla. «Cásate conmigo, Donata».

«Luca», echó sus brazos alrededor de mi cuello. «No quiero nada más que pasar el resto de mi vida contigo. ¿Pero un matrimonio secreto? Eso podría incitar a una disputa mayor entre nuestras familias. Incluso una guerra».

«El tío Jimmy nos ayudará. Para su beneficio, por supuesto, pero podemos utilizar su codicia a nuestro favor. Di que sí», capturé su boca. «No saldrás de esta habitación hasta que me digas que sí».

CAPÍTULO 23

Di que sí

DONATA

«Tu propuesta necesita trabajo», arqueé una ceja. «Por lo general, haces la pregunta y luego das tiempo a la otra persona para responder. Esto es una instigación», señalé a toda la sala.

No sabía por qué sentía la necesidad de restarle importancia a la situación. Para mí, esto era un gran problema. Luca Gallo estaba enamorado de mí. Y no solo eso, sino que también quería casarse conmigo. Sí, claro, sus intenciones estaban un poco equivocadas. Pensaba que me estaba salvando de Don Valentino. De cualquier manera, el resultado final era el mismo: Luca era mío. Y todo lo que tenía que hacer para que se quedara conmigo era decir sí a un matrimonio loco.

«Está bien», se sentó en la cama y luego se puso de pie.

«No tienes que irte», mi sonrisa se desvaneció cuando dejó la cama.

«Tienes razón. Puedo hacerlo mejor», me guiñó un ojo.

Regresó un minuto después con una caja de terciopelo en la mano. Levanté las cejas, mayormente sorprendida pero también expectante porque sabía lo que estaba a punto de hacer. Iba a proponerme matrimonio de verdad. Nunca pensé que sería como una de esas futuras novias a las que se les llenan los ojos de lágrimas y se marean por una propuesta. Al final resultó que, lo fue. Tal vez era porque el hombre de mis sueños era quien me proponía matrimonio.

«¿Ese anillo estaba destinado para mí?».

«Sí, así fue», él frunció los labios. «El tío Jimmy me hizo elegir uno para ti. Cuando lo hice, honestamente no pensé que te lo entregaría. No porque no quisiera, sino porque no veía cómo podíamos lograrlo».

Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras Luca, luciendo increíblemente atractivo con nada más que sus calzoncillos, me sacó de la cama y luego se arrodilló a mis pies. «Señorita Salvatore, ¿me harías el increíble honor de ser mi esposa?».

Tenía que estar soñando. «Eso se escuchó tan oficial y muy real».

«Esto es tan real como parece. Te lo prometo». Abrió la caja y reveló un enorme anillo de diamantes, el que pensé que había sido destinado a Ava. Nuestras miradas se cruzaron. «Di que sí».

«Nunca diría que no», bajé hasta quedar a horcajadas sobre él. «Nunca quise a nadie más que a ti. Pero tú ya lo sabías».

«Te amo», rozó mis labios con los suyos.

«Yo también te amo», me reí. «Dilo otra vez».

«Te amo», sonrió. «Si recuerdo la etiqueta adecuada en una propuesta de boda, es entonces cuando te pongo el anillo en el dedo. Aunque creo que por ahora deberíamos saltarnos esa parte».

«Creo que tienes razón».

Por ahora, teníamos que mantener esto en secreto. Si tía Vittoria descubría que nos íbamos a casar, haría todo lo que estuviera en su poder para impedirlo. En parte por Don Valentino, pero también porque no creía que Luca fuera un candidato digno. No estaba en la fila para ser Don de la familia Gallo. Tenía dinero, pero no era poderoso. Y eso era todo lo que a ella le importaba en un contrato matrimonial: dinero y poder.

«¿Qué te parece esto?», me separé de él y alcancé la mesita de noche, donde había dejado los aretes y la cadena de oro que había usado el sábado por la noche. Sostuve la cadena y agregué, «de esta manera, todavía podré seguir teniendo tu anillo cerca de mi corazón».

«Muy bien», se puso de pie y luego me ayudó a levantarme.

Lo observé mientras sacaba con cuidado el anillo de la caja y lo deslizaba en la cadena de oro. «Date la vuelta».

La genial joya me provocó un escalofrío que me llegó hasta los dedos de los pies. Odiaba que no pudiéramos decírselo a nadie. Me moría por llamar a los chicos, especialmente a Rex, y darles la buena noticia. No había estado equivocada acerca de Luca, que durante todo este tiempo él sí sentía algo por mí.

Pero, por ahora, el collar que descansaba sobre mi pecho sería suficiente. A la tía Vittoria le iba a dar un infarto cuando se enterara. Pero para entonces ya estaríamos casados y posiblemente embarazados. Porque

por arcaico que sonara, un bebé era la única manera de evitar que tía Vittoria anulara nuestro matrimonio.

«¿Qué estás pensando?», Luca me apartó el cabello del rostro y me llevó hacia la cama para sentarme en su regazo. «Puedo ver las ruedas de tu cabeza girando. ¿Ahora qué?».

«Nada», sacudí la cabeza, sonriendo, «solo pensaba en lo que haría falta para retenerte».

«No voy a ninguna parte».

«Luca», presioné mi frente contra su sien. «La tía Vittoria me ama. Y ella respeta mi opinión. Pero cuando se trata de asuntos familiares, su palabra es ley».

«El tío Jimmy es igual. Excepto que a él no le importan una mierda las opiniones de nadie. Y dudo que ame a alguien más que a sí mismo». Colocó el anillo de compromiso de modo que quedara justo en el medio de mi pecho. «Al menos está de acuerdo conmigo en esta parte».

«¿De verdad crees que nos ayudará?».

«Esta fue su gran idea».

«Sí», miré mis manos. «¿Lo habrías considerado de otra manera?».

«Habría considerado cualquier cosa solo para tenerte», se inclinó y me besó.

Deslicé mis manos por su pecho y por su cabello mientras me perdía en su beso. Por un momento quise imaginar que éste era nuestro final de cuento de hadas, nuestro felices para siempre. Mañana encontraríamos un sacerdote muy complaciente para celebrar una boda tanto civil como religiosa. Necesitábamos todas las leyes disponibles para el hombre para unir nuestra unión. Aunque por mucho que intenté vernos juntos después del día de nuestra boda, no pude. Porque, como siempre ocurría en nuestro mundo mafioso, los juegos que jugábamos sumaban siempre cero. En el minuto en que Don Gallo ganara, la tía Vittoria perdería. No era tan ingenua como Luca pensaba. Después de todo, me había criado la formidable signora Vittoria. Entendía lo que estaba en juego. Mi matrimonio con Luca ponía su vida en peligro.

«¿Cuánto tiempo después de nuestra boda crees que Don Gallo le dará un golpe a mi tía?».

«Mmm», dejó escapar un suspiro. «Yo diría que inmediatamente».

«¿Cómo lo detenemos?».

«¿Cómo evitamos que Don Valentino venga a por ti?», tocó con sus dedos mi mejilla. «Él espera tenerte a su lado este sábado».

«¿Ese es tu plan? ¿Dejar que Don Gallo y el nuevo rey se enfrenten?».

«No es un gran plan, ¿verdad?».

«No», me puse de pie, «pero no me rendiré tan fácilmente. No les pertenecemos».

El teléfono sonó en el piso de arriba, lo que hizo que Luca gruñera mientras se ponía de pie. «Será mejor que atienda eso».

«No. Quédate aquí. Finjamos que el mundo no existe por un día más». Rodeé su cintura con mis brazos y apoyé mi cabeza en su pecho. Cuando el teléfono dejó de sonar incesantemente, levanté la vista hacia él. «¿Lo ves? Ya se detuvo».

Un minuto después, Alfred llamó a la puerta. «¿Señor?».

«Dios mío», lancé mis brazos al aire. «Llega en el peor momento».

«Sí, Alfred», gritó Luca, pero no vio en él intención de irse. «¿Qué pasa?».

«Don Gallo quiere hablar con usted».

«Mierda», se pasó las manos por el cabello. «Estoy tan cansado de estas llamadas. Será mejor que lo atienda. Si no lo hago, aparecerá en persona».

«Sí, de acuerdo», me alejé de él.

Con largas zancadas, caminó hacia la puerta y la abrió. Alfred le entregó el teléfono. Después de un rápido movimiento de cabeza en mi dirección, se fue. Luca se volvió hacia mí, como si intentara decidir algo.

«¿Qué?», articulé.

«Voy a arrepentirme de esto».

Tocó la pantalla y puso a su tío en altavoz. Esto era un gran gesto de su parte. Finalmente me estaba considerando. No había más secretos entre nosotros. Le sonreí y me senté en la cama, preparándome para el impacto.

«Tío Jimmy».

«Luca, ¿en qué diablos estabas pensando en llevar a Donata al club? Joder, ayer tuviste la oportunidad de decirme la verdad y no lo hiciste. Te dije que ella era nuestra prioridad».

Don Gallo hizo que mi corazón se acelerara. Había algo en su voz de fumador y el toque asesino en su tono que me puso nervioso. Siguió y siguió sobre cómo Luca me había puesto en peligro al dejarme entrar a la Mansión Stag. Si no lo supiera mejor, diría que Don Gallo estaba

genuinamente preocupado por mi bienestar. Bueno, estaba preocupado por su inversión.

Mientras yo era un manojo de nervios alterados, Luca escuchaba a su tío con calma. Ni siquiera intentó dejar las cosas claras diciéndole que había ido al club por mi propia voluntad y que no me había molestado en pedir permiso a nadie.

«Dile a la chica que me he encargado de todo por ella. El gorila cometió un error. Lo despidieron y los miembros fueron notificados del malentendido».

«Me aseguraré de transmitirle tu mensaje a Donata. ¿Algo más?».

«Ella no necesita tener miedo. De hecho, he hecho arreglos para que ella visite el club para la gala de mañana. Para que pueda ver que no es el tipo de lugar que le hicieron creer».

Bien. Fruncí el ceño hacia Luca. Hablando de manipulación. Anoche casi me violan por sus jodidos juegos de caza, ¿y ahora Don Gallo quería hacerme creer que todo había sido un malentendido? ¿Qué diablos le pasaba?

«No estoy seguro de si ella estaría dispuesta a hacerlo, pero se lo preguntaré».

«Bien. Hazlo. Necesitamos que sea feliz al menos durante los próximos días. ¿Estará lista?».

Luca encontró mi mirada. «Ella está lista».

«Ese es mi chico», Don Gallo chasqueó los dientes. Ahora que aparentemente había calmado la situación con el sello de "puta" en su mano, su tono era menos enojado e intenso. «Te enviaré los detalles de la gala más tarde».

«Está loco», dije tan pronto como Luca terminó la llamada.

«No conoces ni la mitad», se pellizcó el puente de la nariz antes de encontrar mi mirada. «Al menos nos quitó de encima a ese imbécil de Nathan. Nunca tendrás que volver a ese lugar».

«Y ahora sabemos que él es el dueño del lugar».

«¿Qué te hace decir eso? Lo investigué antes. Su nombre no apareció. O cualquier otro nombre, para el caso. Aunque tengo que admitir que parece tener mucha influencia».

«Más que eso», crucé la habitación, sólo para estar más cerca de él. «Está preocupado por lo que me hicieron. No por mi culpa. Sino por lo que es. ¿No lo entiendes? Lo que ese club está haciendo es puramente trata de

personas. Y si los Don se enteran, no lo tolerarán. Quiero decir, Don Buratti podría mirar para otro lado. Pero sé que tía Vittoria no lo hará. Y ella se encargará de que intervenga don Valentino».

«Donata», Luca parpadeó lentamente mientras inhalaba profundamente. «Lo que sea que estés pensando, no».

«Estaré perfectamente a salvo. El mismo don Gallo te lo prometió».

«No».

«Tenemos que hacerlo».

«¿Por qué?».

«Porque si tú y yo queremos que funcione, debemos asegurarnos de que tu tío tenga la correa muy corta. ¿Y cómo hacemos eso? Demostrando que uno de sus negocios opera fuera de lo que los miembros de la junta directiva de la Sociedad, los Don, consideran legal». La adrenalina me recorrió mientras consideraba todos los resultados posibles. Don Gallo cometía un error. Su error sería cómo Luca conseguiría su libertad. «Si Don Gallo sabe que lo están vigilando, no se atreverá a perseguir a la tía Vittoria».

«Odio que tus locos planes tengan sentido», se frotó un lado de la cara.

«Iremos a esa gala mañana por la noche», sonreí.

Y solo porque estaba en racha, decidí probar suerte con el caso de Ava. Luca no estaba muy contento de aceptar mi ayuda. Pero mi instinto me decía que hasta que se resolviera su asesinato, Luca no tendría paz. Ya no merecía cargar con esa culpa. Ella no había muerto por su culpa. Quería que él supiera eso.

«¿No quieres averiguar más sobre Ava? Mientras estemos allí, podemos averiguar si las meseras la conocían. Tal vez sepan por qué de inicio estaba allí». Seguí adelante, a pesar de que Luca me miraba como si estuviera loca. «¿Por qué necesitaba dinero? ¿Por qué acudir al club en busca de ayuda? ¿O con tu tío? Ava era parte del personal. Ella conocía los riesgos y, de todos modos, había decidido aceptar el sello. ¿Por qué?».

«Realmente no sabes cuándo parar. ¿Verdad?», sacudió la cabeza hacia mí.

«Necesitas esto. No puedes tener su muerte sobre tu cabeza para siempre. ¿O estás listo para dejarlo olvidarlo?».

Me miró fijamente, como si estuviera considerando seriamente la idea de olvidar la memoria de Ava. «No, no lo estoy. No puedo, Donata».

«Entonces, tenemos que hacer esto. Tú mismo lo dijiste. Hay muchas posibilidades de que el asesino de Ava fuera un cazador».

«¿Lo dije?».

«Hay que admitir que hay una conexión ahí. Nathan sabía lo del sello en su muñeca. Él sabía que ella era una mesera. Que no era una persona cualquiera de la calle como me consideraba a mí».

«Esa es la parte que no entiendo. Ava era maestra de quinto grado. ¿Por qué ella era parte de algo así?».

«Eso es lo que tenemos que descubrir. Si ese lugar y sus jodidos juegos de caza hicieron que la mataran, tienen que responder por su crimen. ¿No crees que depende de nosotros asegurarnos de que lo que le pasó a Ava no le pase a nadie más?». Puse una mano sobre su pecho musculoso y la otra sobre su boca. «Y antes de decirme que ese es trabajo de la policía, debes saber que es una tontería. Estoy bastante segura de que el portero que me puso el sello era un policía».

«Donata», envolvió sus dedos alrededor de mi muñeca y se la quitó de la boca. «Sigues diciendo que *estás bastante segura*. Eso no califica como evidencia».

«Tenemos que empezar por algún lado. He visto suficientes asesinatos misteriosos para saber que tu tío es ahora nuestro principal sospechoso». Apoyé mis manos en mis caderas.

«¿Principal sospechoso? Escúchate. ¿Por qué querría matar a Ava? Incluso si sabía de mi relación con ella, no tenía por qué matarla. Puedo salir con quien quiera». Su mirada pasó de mi rostro a mis piernas desnudas. «No puedo decir si tiene sentido lo que dices porque tienes razón o porque estoy demasiado distraído por lo bien que te ves con mi camiseta».

«No estás jugando limpio», retrocedí cuando él se inclinó para besarme. «Ahora eres tú el que está tratando de distraerme».

«¿No puede un hombre simplemente querer follar con su prometida?», capturó mi boca.

Antes de darme cuenta, estaba en la cama con el cuerpo de Luca acurrucado entre mis piernas y sus brazos musculosos a cada lado de mi cara. El hombre era una hermosa distracción. Pasé mis manos por sus abdominales y luego lo atraje hacia mí.

Mordisqueó mi cuello y bajó para chupar mis pezones. Estaba empezando a reconocer eso como su movimiento característico. Su boca sobre mi piel se sentía como el paraíso. Y ahora que teníamos una idea de

por dónde empezar a buscar para poner freno a los planes de boda de conveniencia de Don Gallo, Luca y yo teníamos la oportunidad de tener una vida juntos.

«Para que quede claro», me susurró al oído, «no vamos a volver a ese lugar».

«Sí, hablaremos de eso más tarde».

CAPÍTULO 24

La gala es esta noche

LUCA

«Puedo acostumbrarme a esto», Donata se movía a mi lado, mientras los rayos del sol jugaban con las mechas de su cabello y las puntas de sus pestañas.

«¿Qué parte?», pasé mi mano arriba y abajo por su brazo desnudo.

«Despertar a tu lado». Su sonrisa somnolienta era la cosa más sexy que jamás había visto. «Y el sonido de tu voz. No estás tan gruñón por la mañana».

«¿Gruñón?» me reí entre dientes, envolviendo mis brazos alrededor de ella. «Te mostraré lo gruñón que soy».

«No tenemos tiempo para eso», se acurrucó más cerca y luego abrió los ojos. «Dios mío. No tenemos tiempo. Levántate», ella luchó contra el control que tenía sobre ella. «Lo digo en serio».

«¿Qué podría ser tan grave a esta hora?», la solté y me dejé caer sobre mi almohada. «Son las siete de la mañana».

Normalmente me levantaba a las cinco. Pero desde que Donata se mudó aquí hace unos días, sentía ganas de quedarme en la cama más tiempo. Miré a su lado, justo cuando ella arrojaba las sábanas y se ponía de pie. La vista de su culo bien formado me recordó por qué dormir hasta tarde era mi nueva actividad favorita.

«¿Cuál es la prisa?».

«Están en camino», cogió su teléfono y miró la pantalla. «Tenemos menos de dos horas».

«Tranquila», miré mi furiosa erección antes de encontrar su mirada. «¿Quienes están en camino?».

«Los chicos están en camino».

Por chicos, solo podía asumir que se refería a sus amigos, Enzo, Rex y Santino. Simplemente genial. Mi gente menos favorita en el mundo. «¿Por qué?».

«Los llamé. Necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir», rebuscó en una de las enormes maletas que le habían traído aquí ayer. «La gala es esta noche».

«Eso de nuevo».

«Tu tío está tratando de demostrarme que no pasa nada ilícito en su club. Esta es la única oportunidad que tendré de entrar. Lo sabes». Arrojó una blusa sobre la cama y se detuvo para mirarme.

Si sus tetas no me estuvieran provocando en este momento, habría encontrado una manera de decirle no a su loco plan. «No sabemos si es su club».

«Él tiene mucha influencia allí, eso es seguro», se puso un par de pantalones encima y luego, aparentemente satisfecha, también los dejó caer sobre la cama. «Me voy a duchar y luego podremos reunirnos con los chicos para desayunar».

«¿Vamos a desayunar con tus amigos?», me froté los ojos. «Tienes que darme un minuto. Siento que acabas de secuestrar mi vida».

«Eres lindo», se subió a la cama y se arrastró para plantarme un beso en los labios.

«Eso me gusta más», envolví mis brazos alrededor de su cintura y bajé para acariciar sus pechos. «Eres tan jodidamente hermosa».

«Tal vez tengamos tiempo para un rapidito en la ducha», ella gimió, fundiéndose en mí. «Le dije a Alfred que ayudaría con la comida».

«¿Así que ahora Alfred también cumple tus órdenes?», ladeé la cabeza para mirarla a los ojos.

«Él se ofreció», ella se inclinó para besarme de nuevo. «Ducha. Ahora».

«¿Cuándo tuviste tiempo para arreglar todo esto?».

«Anoche», dijo jalándome el brazo. «Solo envié unos mensajes de texto».

Dos horas más tarde, me senté a la mesa del desayuno en la terraza con los amigos de Donata mirándome con ojos asesinos. Sabía lo suficiente de Donata para saber que todo lo que hacía tenía un propósito muy específico. Si estábamos comiendo a unos metros del tablero del asesinato de Ava, era porque ella quería que les contara a sus amigos sobre Ava. No estaba

preparado para eso. Pero al mismo tiempo Donata tenía razón. No podría llevar esto conmigo para siempre. Necesitaba superarlo. Y la única manera de hacerlo era encontrar al asesino de Ava.

¿Eran sus amigos las personas adecuadas para involucrarse? Quizá lo eran. Cuando pensé por primera vez que tal vez el accidente de Ava no había sido eso, contraté a un investigador privado. Pudo conseguirme información, pero no pasó mucho tiempo antes de que se asustara, lo que solo podía significar que personas muy poderosas estaban interesadas en mantener su muerte en secreto.

Sabía por experiencia que Enzo, Rex y Santino seguirían a Donata hasta el fin del mundo. Un viaje rápido a un club de sexo en una misión de reconocimiento no era nada para ellos.

«Y, ¿qué tal Wharton?», Donata sonrió a Santino y luego a Rex. «¿Es divertido?».

«Es la universidad», Rex se encogió de hombros mientras su mirada revoloteaba hacia Enzo.

Según tenía entendido, Enzo y Rex ya no eran amigos. Por algo que tenía que ver con la muerte de Aurora hace dos años. Enzo estaba enojado porque Rex decidió ayudarlo en lugar de saltar a un edificio en llamas para salvar a Aurora. Todo fue tan trágico. Los dos hombres quedarían marcados para siempre por esa noche en los Hamptons.

«Santino, apuesto a que todas las mujeres están enamoradas de ti», Donata tomó un sorbo de su mimosa.

«No todas», me guiñó un ojo y luego lentamente desvió su atención hacia mí.

Sí, yo era la atracción en la habitación, en mi propia maldita casa.

«¿Entonces esto realmente está sucediendo?», Santino cortó sus huevos benedictinos y dio un mordisco. «¿Finalmente le hiciste entrar en razón?».

«No entiendo lo que estamos haciendo aquí», Rex arrojó su servilleta sobre la mesa y se recostó. «Este imbécil se aprovechó de ti».

«Ay, claro», Donata tomó otro sorbo de mimosa y luego otro. «Me olvidé de esa parte».

«Haces eso mucho», tomé un bocado de mis huevos revueltos y luego me los pasé con café negro.

«¿Qué me estoy perdiendo?», Rex me lanzó una mirada mortal.

Las mejillas de Donata se volvieron de un rosa brillante. Después de cinco años, finalmente tenía que confesar todas las mentiras que había

dicho sobre mí. Por supuesto, ahora era cien por ciento culpable de la mayoría de las cosas de las que ella me había acusado en aquel entonces. Ahora, la había seducido con promesas de una mejor calificación, la hice masturbarse en clase, solo para poder verla correrse durante mi conferencia, luego le quité la virginidad después de atraerla a mi casa.

«Todas las cosas que conté a tía Vittoria y a ustedes sobre Luca no fueron ciertas». Las palabras salieron de sus labios tan rápido que no estaba seguro de que Rex hubiera entendido algo.

«¿Qué?», Rex frunció el ceño.

«Jesús, joder». Santino se incorporó en su asiento. «Ella te lo acaba de decir. Luca no la sedujo ni hizo nada inapropiado cuando estábamos en el instituto. Donata lo inventó porque…», hizo una pausa para mirarla, ofreciéndole una sonrisa amable, «porque ella quería demostrarle que a nadie le importaría si estaban juntos».

«Eso que dijo él», Donata tomó un sorbo de su vaso. «Luca fue inocente». Era tan jodidamente adorable cuando se retorcía así. Decirles la verdad a sus amigos no fue fácil.

«Inocente por completo», le sonreí.

Sus mejillas se sonrojaron aún más cuando se dio cuenta de que ahora todas las mentiras que había dicho sobre mí eran ciertas. «¿Tus planes sobre las lecciones? Hiciste realidad todas mis mentiras».

«Lo hecho, hecho está», alcancé su mano.

«¿Ustedes dos sabían sobre esto?», Rex miró a Santino y luego a Enzo. «¿Por qué soy el último en saberlo?».

«Me enteré hace unos días», Enzo se encogió de hombros.

«¿Por qué?», Santino señaló a Rex y a Enzo. «Esta es la razón. Miren sus malditas caras. Ustedes, imbéciles, pueden ser muy críticos. Donata me contó cuándo sucedió», él le guiñó un ojo. «Yo fui quien la animó a decir la verdad. Al menos para la Signora Vittoria. Escuché a papá hablar de que ya estaba planeando un trágico accidente para Luca».

«Lo siento mucho», Donata me miró por debajo de las pestañas. «Nunca quise hacerte daño».

«Lo sé», besé su mano. «Ahora que eso está aclarado, ¿podrías explicar por qué están aquí?».

En verdad, fuera cual fuera el plan que ella tuviera, yo estaba más que dispuesto a seguirle el juego. Me dolía el pecho cada vez que consideraba la idea de no tenerla aquí conmigo. El tío Jimmy quería que me casara con

ella. Pero estaba seguro de que él no quería que me la quedara para siempre. Si no hacíamos algo con él ahora, nunca nos dejaría estar juntos, lo que dejaba sólo una opción, Don Gallo tenía que caer.

«Nuestro plan está compuesto de dos acciones», ella sonrió a toda la mesa. Ahora que ya no estaba bajo fuego, su confianza había regresado, lo que significaba que también lo hacían sus maneras maquiavélicas. «Don Gallo tiene la impresión de que puede utilizarme para obtener más poder».

«Él es un Don. ¿Qué más quiere?», preguntó Rex.

«Quiere el asiento de tu padre en la cabecera de la mesa». Lo miré a los ojos y, por un momento, consideré contarle cómo su padre planeaba casarse con Donata para formar una alianza con la familia Salvatore. Pero como no estaba dispuesto a dejar que Don Valentino se quedara con Donata, no pensé que valiera la pena sacar el tema a colación ahora. Tenía que concentrarme en la verdadera amenaza aquí. «El tío Jimmy quiere ser rey».

«Oh, por el amor de Dios», Rex arrojó su servilleta sobre la mesa.

«Parece que eso es todo lo que todo el mundo quiere últimamente», Enzo cogió su champán y tomó un largo trago.

«Bueno. Concentrémonos», Donata le dio a Enzo una mirada significativa.

Cuando Donata me contó que la tensión entre Enzo y Rex había empeorado, no pensé que sería tan malo. Ambos eran como serpientes enroscadas, esperando lanzarse el uno contra el otro. Todavía recordaba lo unidos que eran en el instituto, cómo estaban dispuestos a morir el uno por el otro. Eso era lo que pasaba con la Sociedad. Tenía la capacidad de corroer tus buenas intenciones o, en su caso, un vínculo fraternal.

«¿Qué necesitas que hagamos?», Santino cogió un pastelito. «Cuando enviaste un mensaje de texto anoche, fuiste muy críptica».

«Tenemos que ser muy cuidadosos. Si Don Gallo se entera de que estamos planeando algo contra él, nos matará», la mirada de Donata se dirigió a mí.

La parte de "nos matará" solo se refería a mí. Todos en esta mesa eran los siguientes en la fila para ser Don. No se les podía tocar. Claro, no sin algunas repercusiones graves. ¿Pero yo? Yo era desechable. Un hecho que el tío Jimmy me recordaba cada vez que podía.

«Su plan es simple pero efectivo», decidí contarles la verdad sobre lo que estaba planeando el tío Jimmy. «Quiere que me case con Donata y

ocupe el asiento de la Signora Vittoria en la mesa. Conmigo como Don, cree que tendrá los votos de ascensión».

«Aún serían tres votos contra sus dos votos», Rex se inclinó hacia adelante. Ahora que comprendía que la posición de su padre como rey estaba en peligro, teníamos toda su atención. «El escaño y el voto de Alfera están congelados a favor de mi padre. Papá está seguro de que no votará en contra de sí mismo. Lo único que queda es el voto de Buratti». Se encontró con la mirada de Santino.

«El viejo aún no se ha vuelto loco. No cambiará su voto. ¿Quién diablos sabrá lo que Gallo está planeando?», Santino negó con la cabeza. «Tenemos que llevarle esto al rey».

«No sin pruebas», añadí.

«Por eso los necesitamos. Es la palabra de Luca contra un Don. No tenemos pruebas de que esté planeando un golpe de estado. Pero es posible que podamos demostrar que se dedica a la trata de personas. La tía Vittoria se ocupará de todo eso. Lo sé por seguro. Tal vez no sea suficiente para despojarlo de su título, pero, al menos, se le pondrá una correa muy corta».

«Debo decir…», Santino se rió, «que he extrañado los intrincados planes de Donata. Estoy dentro. ¿Qué hacemos?».

«Estamos bastante seguros...», hizo una pausa para lanzarme una mirada de advertencia. En su afirmación de que estaba *bastante segura*, había pruebas sustanciales: «Don Gallo dirige un club de sexo para ricos y depravados. Ahora, antes de que lo compare con el Crucible, Enzo puede decirles que no es lo mismo. Nosotros…», ella me miró y me preguntó en silencio si estaba listo para hablar de Ava.

Donata tenía razón al pensar que la culpa era la razón principal por la que estaba obsesionado con resolver el asesinato de Ava. Su asesino estaba ahí afuera, viviendo una vida que no merecía. Quería hacerle pagar por lo que le había hecho

Asentí.

«Mi exprometida fue asesinada mientras, presumiblemente, trabajaba en el Stag Club, el club de sexo que mencionó Donata».

«¿Exprometida?», Enzo se volvió hacia Donata.

«Sí», ella agitó una mano en señal de que no era importante.

«Está bien», ella cambió su atención hacia mí. «¿Qué fue lo que le ocurrió a ella?».

«Creo que sería mejor si se los muestro», empujé mi silla hacia atrás y me puse de pie. Donata hizo lo mismo y corrió a mi lado. Esperamos otro momento para que todos se levantaran y luego los dirigí a la oficina donde guardaba el tablero del asesinato de Ava. «La mataron hace dos años. Su auto chocó contra un árbol. El caso se cerró a los pocos días. Dijeron que había sido un accidente. Estaba ebria, iba demasiado rápido, las habituales tonterías que se utilizan para encubrir un asesinato». Hice un gesto hacia mi evidencia cuidadosamente seleccionada.

«¿Cómo sabes que no fue un accidente?», Rex caminó hacia la pared. «Se necesita evidencia sólida. Porque estoy *bastante seguro* de que decir que la mataron no va a ser suficiente en el tribunal. Ni siquiera con el apoyo de los Don», le sonrió a Donata.

«Oh, Dios. Por fin una sonrisa», Donata sacudió la cabeza. «Luca contrató a un investigador privado que logró conseguirle el informe del examinador antes de que se asustara y renunciara».

«¿Se asustó? ¿Ese es el código para decir que la mafia lo alcanzó?, preguntó Santino.

«Creo que sí. Pero Luca jura que no había ninguna razón para que la mafia la persiguiera. Era profesora de día y mesera de noche. No tenía dinero. No tiene sentido que la mafia se haya molestado con ella». Donata dejó de hablar y se volvió hacia mí. ¿Qué? Está todo ahí».

Señaló los recortes de noticias y todas las notas adhesivas que había pegado alrededor de la foto de Ava. La mayoría de ellos tenían pruebas contundentes escritas, pero había muchas cosas que eran pura especulación y teorías de conspiración.

«Me alegra que hayas hecho tu tarea», envolví mi brazo alrededor de su cintura y luego me di cuenta de que probablemente era demasiada demostración pública de afecto para sus amigos.

Cuando intenté alejarme, ella me mantuvo en el lugar. «Ellos lo saben».

«Así que tú y el Sr. Gallo, ¿eh?», Santino cruzó los brazos sobre el pecho. «Nunca pensé que vería el día. Cuando tienes razón, tienes razón».

«Estoy feliz», ella me sonrió.

«Puedo verlo», él le sonrió. «Ustedes dos parecen una buena pareja. Él es un imán para los problemas. ¿Y tú? Tú eres un verdadero problema. ¿Así que, cuál es el plan? ¿Cómo atrapamos al imbécil que se interpone en el camino de tu felicidad?».

«Bien», ella hizo un gesto. «Tenemos una idea para elaborar un plan. Por motivos que no son importantes, Don Gallo nos ha invitado a una gala en el Stag Club. Pensé que podríamos dividir y conquistar. Si vamos por separado y preguntamos por ahí, creo que podríamos encontrar algo que podamos usar para demostrar que dirige una red de tráfico sexual».

«Es bueno ver que no has cambiado en absoluto», Rex se burló. «Voy a necesitar mucha más información que este tablero de asesinatos, como eventos recientes. ¿Qué tal si empezamos con cómo te atraparon en un club de sexo para ricos y depravados, que posiblemente esté matando mujeres?».

Si queríamos su ayuda, y realmente la queríamos, tendríamos que contarles todo. Hice un gesto hacia el sofá. «Tomen asiento, chicos».

CAPÍTULO 25

La mansión del club Stag

DONATA

Cuando llegó la medianoche, nuestra limusina se detuvo en la mansión Stag. Antes de dejar la casa de piedra rojiza de Luca, habíamos acordado conducir y llegar por separado para llamar menos la atención. No lo dije, pero una mujer joven apareciendo en un club de sexo con cuatro chicos increíblemente atractivos probablemente no era la mejor manera de mantener un perfil bajo. El plan previo era simple: hablar con tantos clientes y personal como fuera posible, recopilar la información que se nos asignó a cada uno y luego reunirnos en el salón de baile para discutir un plan real. Era una posibilidad remota, pero era todo lo que teníamos.

La mansión tenía el mismo aspecto que la última vez que estuve aquí, aunque el ambiente era menos pervertido y peligroso y más ostentoso y glamoroso. Tal como lo había prometido Don Gallo, el viejo portero no se encontraba en su puesto, presumiblemente porque lo habían despedido. El chico que lo reemplazó era más cortés y me trató como a una invitada, no como a una pobre chica pidiendo sobras.

¿Cómo no vi la diferencia antes? El portero fue un verdadero imbécil conmigo sin ningún motivo, aparte de que pensaba que estaba allí por negocios.

«Señorita Salvatore, bienvenida». El chico nuevo me ofreció un rápido asentimiento antes de volverse hacia Luca. «Señor Gallo».

Sí, ahora todos éramos amigos. Nos acompañó hasta el final de las escaleras y nos explicó que esta noche solo el salón de baile estaba disponible para los invitados. En otras palabras, no podíamos husmear en

las salas pervertidas, como hice la última vez. Yo estaba de acuerdo con eso.

«¿Qué tal un trago?», Luca deslizó su brazo alrededor de mi cintura y me acompañó escaleras arriba. «Te pareces al gato que se bebió la leche».

«Estoy nerviosa. La última vez que estuve aquí fue un verdadero espectáculo de mierda», le ofrecí una sonrisa.

«No me voy a ir de tu lado», presionó sus labios contra mi mejilla. «Estás preciosa».

«Gracias. Tú también», dije casualmente, tocando su mejilla bien afeitada, como si el hombre no pareciera muy atractivo con un esmoquin. «Una bebida parece una buena idea. Podemos empezar con el barman. Lo ven todo».

El salón de baile era el típico sitio elegante. Brillantes candelabros brillaban muy por encima de nosotros, proyectando un brillo de ensueño sobre los muebles de terciopelo colocados a lo largo de las paredes y las mesas cubiertas con manteles blancos alrededor de la pista de baile. Sonaba suave música de jazz, mientras algunas parejas bailaban, completamente cautivadas el uno con el otro. En definitiva, la gala era el epítome de la alta sociedad.

«Champán, por favor», le dije a la mesera cuando me preguntó mi pedido.

«Yo quiero un Martini con vodka, por favor».

«Seré honesta», presioné mi cuerpo contra el de Luca. «No tengo idea de por dónde empezar».

«Tengo muchas preguntas», puso sus manos en mi cintura. Cualquiera que nos mirara no adivinaría que estábamos aquí para destruir el lugar. «Ahora me doy cuenta de que no conocía a Ava en absoluto. Ni siquiera puedo ponerme en plan altanero al respecto y enojarme porque ella me mintiera. Yo también le mentí. Si ella quería dinero, yo podría habérselo dado».

«Bueno. Detente», puse mi mano sobre su boca. «Lo que le pasó a ella no es culpa tuya. Recibirás respuestas esta noche».

«Eso espero».

La mesera regresó con nuestras bebidas. Me separé de Luca y volví a llamar la atención de la mesera antes de que se retirara. «La última vez que estuve aquí, me hice amiga de una mesera que trabajaba esa noche. Era muy divertida. ¿Está ella aquí esta noche?».

«¿Tienen una mesa reservada? Puedo asegurarme de que ella los atienda nuevamente esta noche».

«Sí, la tenemos», señalé detrás de mí. «Justo allí».

«¿Cómo se llama ella?», preguntó.

«Ava Conti».

Su sonrisa se desvaneció inmediatamente. A mi lado, Luca se tensó, como si quisiera saltar sobre el mostrador y agarrar a la mesera por el cuello para obligarla a contarnos todo lo que sabía sobre Ava. Apreté su mano para que continuara dejándome hablar. Luca estaba demasiado cerca de este caso para pensar racionalmente.

«¿Ella está aquí?», fingí no ver el triste reconocimiento en sus ojos.

«No», cogió unos cuantos vasos sucios y los metió detrás de la barra. «Ella ya no trabaja aquí».

«Oh, eso es muy malo», bebí un sorbo de mi copa. «¿Consiguió un trabajo mejor?».

«No estoy segura», asintió. «Disfruten sus bebidas».

«Gracias», me volví hacia Luca, que parecía estar a punto de hacer más preguntas. «Vamos a bailar», tomé su mano y lo arrastré hacia la pista de baile.

«¿Viste su cara?», Luca me susurró al oído mientras nos balanceábamos suavemente con la música.

«Él la conocía. Y se puso triste», acerqué a Luca. Cada día que el asesinato de Ava seguía siendo un misterio, era un día más que él tenía que repasar todo lo que le había pasado a ella. «Tal vez eran amigas. Creo que deberíamos esperar hasta que se tome un descanso para hacerle más preguntas».

«De acuerdo», me guió hacia una curva. «Me gustaría saber con certeza si ella conocía al tío Jimmy».

La canción terminó. Mientras la banda en vivo se tomaba su tiempo para comenzar la siguiente ronda, Luca me abrazó. Intenté recordarme a mí misma que esta salida no era una cita. Era una misión de investigación. Aunque eso no me impedía estar allí con estrellas en los ojos, esperando que comenzara la siguiente canción.

«Rex está aquí», Luca tomó mi mano y se dirigió a nuestra mesa en la parte de atrás.

Cuando Rex nos vio, se dirigió directamente hacia nosotros. «¿Tienen algo?», se sentó y se desabotonó la chaqueta del esmoquin. «Hay un juego

de póquer en el segundo piso».

«¿Descubriste quién es el dueño de este lugar?», pregunté.

«Sí y no».

Después de que Luca les contó a los chicos todo lo que sabía sobre el caso de Ava y cómo me enredé con el Stag Club y su temporada de caza, decidimos que sería mejor si cada uno tuviéramos nuestra propia tarea.

Rex y Enzo eran los encargados de averiguar quién era el dueño del club. Si Don Gallo estaba detrás de este jodido negocio, podría informárselo a tía Vittoria y advertirle sobre él. Odiaba la idea de que estar finalmente con Luca significara que su vida estaba en peligro.

Santino accedió a consultar con el personal, especialmente con las mujeres, para ver si alguna de ellas era amiga de Ava. Necesitábamos saber por qué llevaba el sello de "puta" la noche en que la habían matado. Si ella había muerto a causa del juego, al menos, Luca sabría con seguridad que su muerte no había sido culpa suya.

«¿Qué quieres decir con sí y no?», Luca se inclinó y bajó la voz. «Alguien tiene que estar a cargo de lograr que la gente se registre para jugar su estúpido juego».

«Todo el lugar funciona como un club de caballeros, como el Soho House. Excepto que este lugar satisface diferentes gustos. La entrada cuesta un millón de dólares. Y es solo por invitación. Don Gallo definitivamente es miembro. Pero eso no prueba que él sea quien dirige la red de tráfico».

«Es un comienzo», me encogí de hombros. «Quizás Enzo descubrió más. Todo lo que tenemos hasta ahora es que Nathan no mentía cuando dijo que Ava trabajaba aquí».

«La mesera seguía mirando hacia aquí. ¿Deseas otra bebida? Quizá tenga más que decirnos», Luca esperó hasta que terminé mi bebida, luego agarró mi copa y se fue.

En el momento en que se fue, le di un puñetazo a Rex en el hombro.

«¿Qué demonios?», me miró fijamente. «¿Qué hice ahora?».

«Hace un año que no te veo, idiota. ¿Qué pasa contigo? Santino me dijo que ya no hablas con él».

«Tengo clases. Proyectos. Estoy ocupado», hizo un gesto con la mano para que lo dejara pasar.

Miré su perfil, mientras consideraba si debía dejarlo pasar o hurgar un poco más. En mi experiencia al lidiar con Enzo y su dolor por la muerte de Aurora, sabía que la respuesta era presionar un poco. Después de que Rex

no pudo salvar a Aurora del incendio, desapareció durante casi un año. Cuando regresó, era el caparazón del amigo que solía ser. Santino mencionó que se encontró con él en un bar local en Filadelfia. Rex estaba borracho y decía algo sobre cómo Aurora estaba muerta de verdad por su culpa.

«Entiendo que el estado de ánimo de Enzo trae muchos malos recuerdos de nuestro último año. Pero Rex, sigo siendo tu amigo. Y te amo. Si necesitas hablar sobre lo que pasó, estoy aquí. Y, además...», dejé de hablar cuando él me miró. Mierda, esto tenía que ser lo que Santino quiso decir cuando dijo que Rex se había ido, que era imposible hablar con él o incluso ser su amigo. «Lo que le pasó a Aurora no es culpa tuya».

«¿Qué sabes de lo que le pasó a Aurora? ¿Mmm? No estabas allí», tragó con dificultad.

«Excepto que yo estaba allí. Nadie en su sano juicio podría haber entrado en ese fuego para salvarla. Rex», me acerqué a él y lo abracé. «Prométeme que vendrás a visitarnos».

«Donata», se apartó para mirarme, «Enzo tiene razón».

Tan pronto como dijo el nombre de Enzo, este entró como si hubiera visto un fantasma. Santino se reunió con él en la puerta y luego señaló nuestra mesa. Cuando Luca los vio acercarse a nosotros, hizo una señal a la mesera y se unió a nosotros también.

«Dios mío, Enzo. ¿Qué pasó?», pregunté.

«Se salió del guion. Lo encontré teniendo una agradable charla con otro miembro», Santino encontró mi mirada. «Estaba buscando a Aurora».

Respiré profundamente, haciendo lo mejor que pude para no colmarlo de lástima. Habíamos tenido esta conversación antes. «Enzo, lo prometiste».

«¿Que dejaría de buscarla? Nunca dije que lo haría. Esta mansión parece un buen lugar para mantener escondido a alguien». Se pasó ambas manos por las manos. «Si tiene miedo de volver, este sería un buen lugar para esconderse. ¿No crees?».

«Bueno». Ahora no era el momento de recordarle que Aurora había muerto en el incendio hace dos años. Y no solo eso, sino que tampoco estábamos aquí para investigar su muerte. Estábamos aquí por Ava. «¿Qué has descubierto?».

«Ella vino aquí con su padre. Más de una vez. La mesera recuerda su foto porque el papá de Aurora estuvo toda la noche haciendo el mismo

chiste, preguntando cuánto salían las vírgenes», apretó la mandíbula. «Juro que ese tipo merecía un final peor que el que tuvo».

«¿Entonces la mano derecha del viejo rey estaba aquí? ¿Por qué?», preguntó Rex.

«Estuvo aquí como invitado de Don Gallo», Enzo se recostó en su silla. «La mesera cree que estaba aquí para vender a su hija».

Vaya, joder. No tenía idea de que venir aquí sacaría a relucir todo eso. Durante nuestro último año, el padre de Aurora pasó gran parte de su tiempo buscando un marido para Aurora. Al final, Angelo pagó por ella. Él pagó y luego quemó viva a toda su familia. ¿Por qué Enzo tuvo que ir a preguntar por ella? Le había ido muy bien. Ahora pude ver que había vuelto al punto de partida.

Luca tomó mi mano entre las suyas debajo de la mesa. «¿Estamos listos para dar por terminada la noche?».

No, no estaba dispuesta a rendirme, pero él tenía razón. No teníamos nada con qué seguir. Don Gallo era miembro aquí y le gustaba invitar a amigos. Eso era todo lo que teníamos sobre él, que era lo mismo que nada.

«Sí, vámonos a casa», asentí.

Luca fue el primero en ponerse de pie y luego me ofreció su mano. Una mirada rápida hacia la entrada y su estado de ánimo se volvió varios tonos más oscuro. Seguí su línea de visión para encontrar a Nathan en todo su pomposo esplendor, cerniéndose sobre una mujer que parecía absolutamente aterrorizada. Fuera lo que fuese por lo que Nathan no estaba contento, él le estaba echando la culpa a ella.

«Este imbécil otra vez», Luca soltó mi mano y fue tras él.

«Detente», lo alcancé y les di a Rex, Enzo y Santino una mirada significativa para ayudarme a mantener a Luca bajo control. «La última vez que fuiste tras él, terminaste en la cárcel».

«¿En serio?», Santino arqueó una ceja.

«No una cárcel real», me moví para colocarme entre Luca y la puerta. «Ya nos contó todo lo que sabe».

«¿Cómo lo sabes?».

«Prácticamente se orinó en los pantalones cuando le pegaste». Apoyé mi mano en su pecho. «Déjalo. La persona con la que queremos hablar es esa mujer».

«Iré a asegurarme de que esté bien. Quizás ella hable conmigo», Santino me sonrió y luego se dirigió hacia Nathan, que todavía estaba reprendiendo

a la pobre mesera.

«¿Quién es ese chico?», preguntó Rex.

«Eh...», por un segundo pensé en no decírselo. No quería que Rex ni los demás vinieran en mi defensa esta noche. Desafortunadamente, sin embargo, necesitaban saber a qué se enfrentaban. Algo no estaba bien con este tipo. Contaba con muchos derechos. «Ese es el Nathan del que te hablamos».

«Cabrón», hizo ademán de ir tras él, pero también lo detuve.

«Luca ya le dio una lección por lo que hizo. Por favor, no hagas una escena. Necesitamos descubrir por qué esa mujer le tiene tanto miedo», miré a Nathan.

«No lo soporto», el pecho de Luca subía y bajaba mientras intentaba calmarse por el bien de la misión. «Es un sádico».

«¿Por qué actúa como si fuera el dueño del lugar?», Enzo también dio un paso hacia Nathan.

«Creo que sabe más de lo que dice», dijo Luca en voz baja.

«Este no es el lugar para presionarlo. Solo conseguirás que nos echen». Fruncí los labios. «Y tengo muchas ganas de ver qué tiene que decir esta nueva persona». Miré a Luca y le rogué en silencio que se retirara. Entendía su dolor, pero teníamos que actuar con inteligencia. «Quizá conocía a Ava», miré dos veces detrás de mí. «Él se fue. Y ella se va con Santino».

«Dile que se reúna con nosotros en mi suite», Luca pasó su brazo alrededor de mi cintura. «Arriba, cuarta puerta a la derecha».

«De inmediato», escribí un mensaje rápido.

Cuando llegamos a la puerta del salón de baile, Santino asintió y acompañó a la mujer hacia la gran escalera que conducía a las suites privadas del piso de arriba.

«¿Cómo la conseguiste?», pregunté.

«Pertenece al tío Jimmy».

«¿Tiene una suite aquí?».

«Creo que es un espacio compartido», se encogió de hombros. «Pero la tenemos para esta noche».

Esperamos otro minuto. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando Santino desapareció detrás de la puerta. Si esta nueva pista con la mujer no daba resultado, tendríamos que volver a casa con las manos vacías. No quería que Luca sintiera que había vuelto al punto de partida. Había llegado demasiado lejos solo para llegar a otro callejón sin salida.

«¿Cuál es la jugada aquí?», pregunté, alcanzando la manija de la puerta. «¿Todos le tendemos una emboscada a la chica?».

«¿Por qué no?», Luca abrió la puerta y nos indicó que entráramos.

En el momento en que la mujer vio a los tres hombres bloqueando la única salida, entró en pánico y trató de salir corriendo. Rex dio un paso atrás para bloquearla, mientras Enzo la agarraba por detrás para hacer que me mirara.

«Lo siento», levanté las manos en un débil intento de mostrarle que no queríamos lastimarla. «Solo queremos hablar. Por favor. Se trata de Ava Conti».

CAPÍTULO 26

¿Dónde está la puta tarjeta?

DONATA

Cada vez que decía su nombre en voz alta, recibía exactamente la misma respuesta de la gente: reconocimiento y luego tristeza. A excepción de Nathan, él ni siquiera sabía que ella estaba muerta. Se sorprendió, pero en realidad no le importó.

«La conocías, ¿verdad?», me encontré con la mirada de Enzo.

La soltó y luego arrojó su cuerpo contra la puerta. Si estuviera atrapado en una suite como esta con cuatro extraños, yo también tendría miedo. Pero por mucho que lamentara su situación actual, no podía dejarla ir.

«Está bien, eh, comencemos con las presentaciones», le ofrecí mi mano. «Soy Donata Salvatore. Este es mi prometido Luca». Le sonreí a Luca, quien me asintió alentadoramente. «Detrás de ti, está mi amigo Rex. Enzo», lo señalé.

Solo podía imaginar cómo le parecía este grupo. Enzo con su complexión alta y su hermoso rostro. Rex con sus penetrantes ojos azules y hombros anchos. Luca con su hermoso rostro y su energía cruda e intensa. Santino era el único que había decidido que el encanto diabólico era el camino a seguir aquí.

«Y ya conociste a Santino. ¿Cómo te llamas?».

«Lisa», dejó escapar un suspiro. «¿Cómo conocen a Ava? Nunca los había visto aquí».

«¿Qué tal un trago primero?», me volví hacia Santino, que ya estaba sirviendo whisky en seis vasos. «Toma», agarré su mano y la acerqué a uno de los sillones de cuero del salón. Como si Santino y yo sedujéramos

mujeres juntos todo el tiempo, en el momento en que la acomodé en su asiento, él le puso un vaso en la mano. Le sonreí. «Bebe».

«No quiero problemas, por favor».

«¿Es eso lo que le dijiste a Nathan?», Luca se sentó frente a ella.

«¿Qué?», ella me miró y luego a Luca. «No sé».

Estaba asustada. Si queríamos ganarnos su confianza, teníamos que demostrarle que éramos amigos de Ava. O, al menos, que estábamos aquí para hacer lo correcto por ella. «Está bien, nosotros primero», miré a Luca.

Si las cosas iban mal después de contarle todo lo que sabíamos y sospechábamos, uno de nosotros tendría que lidiar con Lisa. Como si Luca entendiera lo que estaba en juego, asintió y me hizo un gesto para que continuara.

«¿Cuándo fue la última vez que viste a Ava?», pregunté en tono gentil.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras tomaba un sorbo de su vaso. Sacudiendo la cabeza, me miró.

«¿Sabes lo que le pasó?», lo intenté de nuevo.

«Estoy tan cansada. Ha sido mucho. No puedo soportarlo más», las lágrimas corrieron por sus mejillas. «¿Por qué preguntan por ella?».

«Porque creemos que la mataron», espeté.

Ya había terminado de andar con rodeos. Parecía que Lisa estaba a punto de desmoronarse en pedazos pequeños, pero no sabía cuánto tiempo nos quedaba con ella. Estaba segura de que había un administrador buscando a la mesera perdida.

«Dios mío», se tapó la boca. «No quería pensar en eso. Cuando vi la noticia en el periódico no lo podía creer. Todo fue una coincidencia».

«¿Qué?», pregunté.

«Estamos aquí para ayudar, Lisa», Luca le dirigió una de sus miradas tranquilizadoras de maestro. «La noche que Ava murió, tenía un sello en la muñeca. Como el de ella», me señaló.

«¿Has visto esto?», se lo mostré a Lisa.

«Sí. Se lo que significa», apretó los puños y se los presionó contra la frente. ¿Estaba reviviendo algún mal recuerdo?

«¿Por qué aceptó participar en la caza?».

«Ella nunca estuvo de acuerdo. La vi esa noche. No tenía el sello cuando salió del salón de baile».

«¿Qué carajo?», fruncí el ceño hacia Luca. «Nathan dijo que la vio con el sello. Sabemos que decía la verdad porque vimos las fotografías del

informe del médico forense que lo demostraban muy claramente».

«Eso es inteligente», Santino se sentó en el apoyabrazos del sofá. «Claramente, Ava estaba en problemas. ¿Es posible que ella misma se pusiera el sello al salir para dejar una pista?», miró a Luca, «ya sabes, ¿en caso de que ella no lo lograra? Quería que la policía supiera exactamente dónde empezar a investigar».

«Sí, excepto que la policía lo escondió debajo de la alfombra a los pocos días de su muerte», dijo Luca, sacudiendo la cabeza.

«¿Crees que alguien provocó que se estrellara contra ese árbol?», preguntó Lisa.

«Creo...», Luca se aclaró la garganta, «que la mataron y luego la pusieron detrás del volante en ese auto».

«¿Cómo te diste cuenta de eso?», Lisa se secó la cara. Juraría que había una pizca de esperanza en sus ojos.

«La mataron días antes de que ocurriera el accidente», Luca se burló. «El caso fue declarado accidental tan rápido que el médico forense ni siquiera se molestó en cambiar la hora de la muerte para que coincidiera con el accidente. El informe policial simplemente afirma que Ava murió en el lugar».

«Sí, todo ese informe es una mierda», tomé la mano de Luca. «Alguien con influencia hizo que todo desapareciera rápidamente. Solo podemos asumir que fue uno de los miembros de aquí. Las chicas muertas tienden a ser malas relaciones públicas para los ricos», apreté los dedos de Luca. «Esto no tiene nada que ver contigo».

La mirada de Lisa se movía entre Luca, yo y la puerta. «Creo que eso tiene sentido. Vi a Ava el sábado por la noche. Trabajamos el turno de tarde. Salió temprano, tal vez alrededor de las cuatro de la mañana. Yo me quedé para terminar de limpiar». Sollozó y se limpió el rímel que se le había corrido. «El fin de semana siguiente, vi su cara en el periódico. Ni siquiera leo el periódico. Estaba ayudando a mi hija con un proyecto escolar. Cubrí el suelo con el periódico para que no hiciera un desastre. Y allí estaba ella. La historia de Ava ni siquiera ocupaba una columna completa».

«Lo sé», Luca se frotó un costado de la cara. Hizo ese parpadeo lento que siempre hacía cuando estaba extremadamente molesto. «Era como si hubiera aparecido en las noticias solo porque el periódico no tenía nada más que publicar ese día. Su muerte fue una historia de relleno», se puso de pie.

«Entonces, ¿qué pasó? Tiene que haber una razón. La mataron poco después de abandonar la mansión».

Lisa se tapó los oídos con las manos. «Tengo una hija. No puedo involucrarme».

«Tienes que hacerlo, Lisa», alcancé su rodilla. «Una mujer inocente fue asesinada. Tu amiga fue asesinada. ¿Era tu amiga?».

«Lo era», Lisa asintió. «Empezamos el mismo día. El personal es muy amigable. Ella quedó un poco atrapada conmigo desde el principio», dejó escapar una risa triste. «He querido olvidarlo desde que ella desapareció. Pero el dinero es demasiado bueno. No ganaría ni un tercio de lo que gano aquí si fuera mesera en un restaurante normal».

«¿El dinero es tan bueno que estás dispuesta a aguantar a gente como Nathan?», me burlé.

«Lo es», ella encontró mi mirada. Su boca se movía como si quisiera hablar, pero no podía.

«¿Cuál es su problema? ¿Problemas con papá?», arrugué la nariz para que sonara gracioso.

La gravedad de la situación parecía flotar en el aire de la habitación. Lisa quería contarnos todo lo que sabía, pero tenía miedo.

«Nathan no quería que hablara con él», señaló a Luca. «Me advirtió que me mantuviera alejada si quería conservar mi trabajo».

El día que me agredió le pregunté si había matado a Ava. En ese momento, lo dije para desconcertarlo. No me di cuenta de que había tocado un punto frágil. «Se dio cuenta de que sabemos que Ava fue asesinada».

«Actuó como si no supiera que ella se había ido», Luca estudió los rasgos de Lisa.

«Todos lo sabemos. Pero no podemos decir nada. No es que importe. Ellos no tienen pruebas».

«¿Ellos?», Santino se inclinó hacia adelante. «Como en, ¿tú sí?».

«No sé lo que tengo», se presionó la frente con la mano y respiró unas cuantas veces. «La última noche que estuvo en el club, me dio una tarjeta de memoria para que la guardara. Ella me dijo que no le dijera a nadie que la tenía. Y me hizo prometer que no miraría el contenido. Hice lo que ella me pidió».

«¿Por qué no empezaste por ahí?», Enzo dejó escapar un suspiro. «¿Por qué mantenernos en ascuas durante veinte minutos?».

«Porque ella no sabía que éramos los buenos», me puse de pie y me coloqué entre Enzo y Lisa. «Prácticamente la secuestramos para traerla aquí».

«Yo no la secuestré. Ella quiso venir», Santino le sonrió.

«Dios mío», dejó caer la cabeza entre los muslos. «Estoy tan avergonzada. No soy una trabajadora sexual. Se nos anima a aceptar a los miembros si así lo queremos. Y podemos quedarnos con las propinas».

«Bueno», empujé a Enzo hacia su asiento. «Ahora que ya nos has escuchado. ¿Podemos ver esa tarjeta? ¿Qué tipo de tarjeta es?».

«Es una SanDisk. ¿Esas que se ponen en las cámaras de la vieja escuela?».

«¿Aún la tienes?».

«Me deshice de ella. Lo siento».

«Jesucristo. Estamos dando vueltas en círculos», Luca caminó a lo largo de la habitación. «Creo que está trabajando con Nathan. O él la tiene amenazada».

«No estoy trabajando con nadie», ella se puso de pie. Y por primera vez desde que llegó aquí, no parecía tener tanto miedo. «Ava era mi amiga. Les estoy diciendo la verdad. Hay una tarjeta de memoria. Puedo decirles cómo conseguirla».

Enzo abrió la boca, pero me le adelanté. «Eso puede ser útil. ¿Qué hiciste con ella?».

Cambió su atención a Santino. «Debería haberlo sabido. Eras demasiado bueno para ser verdad».

«¿Qué? ¿No crees que esto es divertido?», hizo un gesto hacia la sala en general antes de dejar el acto. «Aún puedo cumplir mi promesa», él frunció el ceño y luego me lanzó una rápida mirada antes de hablar con ella. «Este lugar me pone los pelos de punta. ¿A qué hora sales? Tengo esta obsesión. No puedo decirles que no a las pelirrojas».

«¿Estás hablando en serio?», lo aparté de ella. «Ella es nuestra testigo clave».

«Está bien, cálmate, Sherlock», Santino levantó los brazos en señal de rendición fingida. «Ella parecía decepcionada. Odio decepcionar a las mujeres. Especialmente una que se parece a eso».

«Oh, Dios mío», Enzo se puso de pie y empujó a Santino fuera del camino, antes de girarse hacia Lisa. «Nadie aquí se cree tu triste historia. De hecho, ni siquiera creo que tengas una hija».

«Tengo una hija».

¿Qué? Estaba cien por ciento creyendo su historia. Lisa definitivamente conocía a Ava. Tenía la línea de tiempo correcta. Y ella nos dijo algo que Nathan no sabía. Le sellaron el brazo después de salir del club. «Lisa, no lo escuches. Yo te creo».

«Yo también te creo», Rex se alejó de la puerta. «Creo que estás aquí para conseguir dinero. Entonces, ¿cuánto quieres?».

«No pagaré ni un solo centavo hasta que ella nos diga qué hay en esa tarjeta de memoria», Enzo calló a Rex con una mirada fulminante y luego habló con Lisa. «Tal vez hiciste lo que Ava te pidió y no miraste el contenido. ¿Pero no sentiste curiosidad cuando descubriste que estaba muerta? Lo que sea que haya allí no puede valer mucho si no piensas en entregárselo a la policía y conseguir justicia para tu supuesta amiga».

Maldición. No había pensado en eso. «¿Luca? ¿Alguna idea más sobre esto? Aparentemente, soy la única demasiado estúpida para no ver un montón de mentiras».

«Lo siento, Donata. Estoy con los muchachos en este caso», Luca cruzó los brazos sobre el pecho.

«¿En serio?».

«Piénsalo», él se encogió de hombros. «Por suerte para nosotros, lo único que quiere es dinero. Entonces, ¿qué te parece?», le preguntó a Lisa. «Dinos qué hay en la tarjeta y decidiremos si vale la pena el dinero».

«Lo juro, no sé qué tiene», puso una mano sobre su corazón.

Mierda. Todavía parecía que estaba diciendo la verdad. «¿Pero de alguna manera crees que deberíamos pagarte por ello?».

«Lisa», Luca me agarró por el codo y me acercó a él. «La ventana de oportunidad se está cerrando rápidamente. Dime por qué debería pagar».

«Mierda», ella apretó la mandíbula. «Bueno. Esta es la verdad honesta y completa. Ava no me dio la tarjeta. La vi guardársela en el bolsillo cuando salió de una de las suites. Pensé que era sospechoso que ella entrara a la suite privada de un miembro y luego saliera con un montón de fotografías. Lo primero que pensé fue que había descubierto algo sobre algún pez gordo. Entonces, la seguí hasta la puerta principal. Fue entonces cuando la vi ponerse el sello de “puta” en su muñeca».

«Eso suena como la verdad», miré a Luca.

«Sí», él inclinó la cabeza hacia ella. «¿Qué más?».

«¿No es eso suficiente?».

«No. ¿Quién estaba en esa habitación con ella?».

«No sé quién estaba en la suite con ella», dejó escapar un suspiro. «Todo lo que sé es que cuando terminé de limpiar las mesas en el salón de baile, un adolescente cualquiera entró y le entregó al gerente una tarjeta de memoria para cámara que se parecía a la que tenía Ava».

«Déjame adivinar, ¿seguiste al gerente?», preguntó Enzo.

«Sí», ella levantó la nariz en el aire. «Si quieren saber dónde la puso, tendrán que pagar». Hizo una pausa mientras evaluaba cuánto dinero podríamos juntar entre todos. «Cien mil dólares».

«Jesús», Luca miró sus zapatos y apoyó las manos en las caderas. Por un momento pensé que iba a vomitar o algo así. Cuando levantó la vista, metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono. «Alfred, necesito un favor».

«¿Estás seguro acerca de esto?», Enzo intervino de espaldas a Lisa. «Ella es una estafadora realmente buena. Podrías estar caminando hacia una emboscada».

Cuando Santino y Rex se unieron a nosotros, Luca encontró nuestras miradas. Sin duda se dio cuenta de que no podía tomar esta decisión por sí solo. Nos necesitaba para la siguiente pista. Dondequiera que condujera este camino, tenía que saber que sería peligroso.

«Un segundo, Alfred», dijo en su teléfono. Cuando volvió a hablar, su voz apenas era más que un susurro. «Sé que es arriesgado. En el mejor de los casos, podría no ser nada. En el peor, podría estar sirviéndonos en bandeja de plata al asesino de Ava. Pero tengo que intentarlo», se mordió el labio inferior. «Les dije. Llevo dos años en esto. Me estoy quedando sin más opciones».

«Yo digo que vale la pena intentarlo», me encogí de hombros.

«Bien», Enzo regresó a su asiento.

«Estoy dentro hasta el final», Santino arqueó las cejas hacia Rex. Cuando Rex asintió, Santino le dio una palmada en la espalda. «¿No te dije que cualquier cosa que Donata estuviera planeando, sería épico?».

«Sexo y asesinato», Rex sacudió la cabeza hacia mí. «Veo que no has cambiado».

«Necesito cien mil dólares en efectivo», le dijo Luca a Alfred.

«En una bolsa», gritó Lisa.

«En una bolsa», Luca le transmitió la solicitud a Alfred en un tono que decía que estaba muy cerca de perder la paciencia. «Llámame cuando

llegues aquí». Terminó la llamada y volvió su atención a Lisa. «El dinero está en camino. ¿Dónde está la puta tarjeta?».

CAPÍTULO 27

Engaño con oferta gancho

LUCA

«Está aquí en la mansión», Lisa cruzó la habitación acercándose a mí. «Primero necesito ver el dinero».

Oficialmente, se me había acabado la paciencia con esta mujer. Por así decirlo, no estaba seguro de que hubiera siquiera una tarjeta de memoria. Pero había llegado demasiado lejos para dejar esa piedra sin remover. Especialmente cuando estaba al final de la línea con el caso de Ava. A menos que alguien nuevo presentara información, me quedaría sin pistas.

«Tendrás que confiar en mí. Verás el dinero cuando llegue aquí», la miré. «¿Dónde está?».

El gruñido en mi tono la hizo retroceder. Sus ojos se abrieron de miedo mientras me miraba. La había dejado jalar nuestra cadena durante tanto tiempo porque estaba seguro de que estaba protegiendo al tío Jimmy. Esperaba que tuviera un desliz. Pero ella no lo tuvo. Había muchas posibilidades de que el asesinato de Ava no tuviera nada que ver con mi tío.

Lisa escaneó la habitación. Cuando se dio cuenta de que no tenía opciones, se enfrentó a mí. «Hay un piso superior que los miembros no conocen. La mayoría del personal lo sabe, pero no tenemos acceso a ese lugar. Solo el gerente lo tiene».

«Bueno. Entonces, ¿cómo llegamos allí?».

«Al final del pasillo, hay un panel que conduce a un pasillo. La bóveda está al final». Se mordió el labio por un momento. «Lo llamamos la bóveda porque ahí es donde el club guarda sus secretos. Al menos ese es el rumor. Nunca he estado dentro».

«Jesús. Entonces, ¿cómo sabes dónde está la tarjeta?».

«Te lo dije», ella frunció el ceño. «Le quitó el dispositivo al chico y fue directamente a la bóveda. ¿Por qué si no haría eso?».

«¿Por qué más?», Rex se rió entre dientes. «Bueno. Supongamos que los dioses de la investigación del crimen le están sonriendo a Luca esta noche y que el SanDisk está efectivamente dentro de este espacio de oficina-bóveda. ¿Cómo entramos?».

«Con una tarjeta de acceso y un escáner de retina», ella hizo una mueca.

«En otras palabras, el gerente tiene que dejarnos entrar», Enzo se reclinó en la silla de cuero. «¿Podemos sobornarlo?».

«¿Cómo podría saberlo?», Lisa se encogió de hombros. «Quiero decir que pueden intentarlo».

«Para que quede claro», intervine, «si no conseguimos el dispositivo, no se te paga».

«Lo entiendo».

«La tarjeta de acceso es fácil», Santino se sentó en una de las sillas. «Yo puedo encargarme de eso. Es un deslizamiento sencillo. Aunque no soy bueno con los ojos».

«Dios mío», Donata se tapó la boca. «¿Podemos estar todos de acuerdo en que nadie saldrá lastimado esta noche? Parece contraproducente matar a alguien para encontrar un asesino».

«Para que conste...», Santino levantó la mano, «nunca dije nada sobre un asesinato a sangre fría».

«No me gusta que sintieras que tenías que calificar eso. ¿A qué tipo de asesinato se refería?», Donata se volvió hacia mí.

De repente tuve la sensación de que era el único adulto en la habitación. «¿Hacen esto a menudo? Después de todas las acrobacias que hicieron en el instituto, pensé que al menos estarían bien organizados».

«Donata suele idear los planes», Enzo la señaló.

«Sí», ella me sonrió, «así que aquí está el plan».

«Jesús», pasé una mano por mi cabello. «Hay una gran parte de mí que sabe que me arrepentiré de esto antes de que termine la noche».

«Solo escucha», ella me hizo un gesto para que tomara asiento. Cuando me negué, ella continuó, «estoy pensando en un plan simple de engaño con oferta gancho».

«Dime que no eres el cebo», mi voz retumbó en la habitación. No estaba dispuesto a utilizar a mi prometida para atraer a un hombre a una trampa.

«Si te pone la mano encima, tendré que matarlo. Y pensé que estábamos tratando de evitar eso».

«No voy a lanzarme sobre él», señaló a Lisa. «Lisa irá a buscarlo por nosotros. Ella le dirá que hay una chica borracha en el piso secreto. Si es como la mayoría de los hombres, se dará cuenta de que él mismo puede manejar a una chica. Él subirá y luego ustedes podrán agarrarlo. Ponerlo a dormir o algo así. Suavemente».

«La última vez que creé una distracción, envió a los gorilas para detenerme», consideré el plan de Donata, odiando que tuviera sentido.

«Este es un club para los increíblemente ricos. Realmente no se necesitan guardias de seguridad. Solo hay dos en cada piso», Lisa asintió hacia Donata, «tu plan podría funcionar».

«Pero si el gerente decide traer refuerzos, Santino y Enzo organizarán una pelea y crearán una distracción para los guardias de seguridad».

«Está bien, ¿y luego qué?», miré mi reloj, «¿cuándo empezarán a cerrar?».

«No hasta el amanecer», respondió Lisa. «Puedo traerlo, pero luego me quedaré fuera. No puedo arriesgarme a perder mi trabajo».

«Una vez que esté arriba y en la privacidad del pasillo, lo noquearemos», Donata hizo una mueca. «Ustedes van a tener que golpearlo fuerte. No pensé en traer ningún somnífero conmigo».

«Podemos arreglárnoslas». Enzo asintió.

«Engaño y oferta gancho, ¿eh?», le sonreí. «Me alegra que estés aquí».

«Me lo puedes agradecer después», ella rodeó mi cintura con sus brazos. «Todo lo que quería esta noche era que encontraras las respuestas que estabas buscando. Y lo harás».

Me incliné para besarla. Pero antes de que mis labios rozaran los de ella, vi cuatro pares de ojos mirándonos desde el otro lado de la habitación. «Todo un club de sexo a nuestros pies, y ni siquiera puedo besarte como es debido», besé su mejilla.

«Te lo compensaré más tarde».

«Entonces, ¿voy ahora?», preguntó Lisa.

«Primero, cuéntanos cómo llegamos al panel falso que conduce al pasaje secreto». Metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta de esmoquin y saqué mi teléfono. «Dame tu número. Envía un mensaje de texto cuando esté en camino». Me volví hacia Enzo. De los tres muchachos, él era quien demostraba que estaba dispuesto a arriesgar su vida por Donata.

«Enzo puede quedarse con Donata hasta que llegue el momento. El resto de nosotros esperaremos al gerente dentro del pasillo».

«Entiendo», Donata caminó hacia el carrito de la barra, mojó los dedos en un vaso de whisky medio vacío y luego se los secó en el vestido y el cuello expuesto. «Esperaremos cinco minutos y luego Enzo podrá llevarme al punto de encuentro».

Diez minutos más tarde, estábamos en un pasillo poco iluminado, esperando al infame gerente del club. El piso secreto de arriba tenía que ser la parte original de la mansión. Como el club no quería que los miembros deambularan por esta sección, no la habían renovado deliberadamente. Solo podía suponer que ese era el motivo. El papel pintado que se estaba despegando ahora estaba descolorido y despedía un olor a humedad. No podía imaginarme a ninguno de los millonarios de abajo queriendo pasar algún tiempo aquí arriba.

Al otro lado del panel, los pasos de Donata se escuchaban con urgencia por el pasillo. No estaba seguro de si ya estaba actuando borracha o simplemente se estaba dando una charla de ánimo.

«La buena noticia es», susurró Santino en la oscuridad, «que estás teniendo una buena idea de cómo será la vida con Donata. No podré decir más tarde que no sabías en lo que te estabas metiendo».

«Lo he visto todo. Sé en lo que me estoy metiendo», me reí. «Estoy enamorado de ella, si eso es lo que estás preguntando».

«Nunca lo dudé».

«Yo sí lo hice», Rex se aclaró la garganta. «Aún lo hago. Donata parece feliz. Como su amigo, tengo que dejarlo así. Pero sé que su familia y la mía no serán tan comprensivas. Tienes que ver que esto te queda mal».

«Cásate con la dulce princesa y roba su derecho por nacimiento», repitió Santino el gran plan del tío Jimmy. «Él lo sabe, Rex. Dale un descanso».

«Para la Signora Vittoria y mi papá, el rey», enfatizó Rex en esa última parte, «todos los Gallo son iguales. Si fue idea de Jimmy o de Luca, no importa porque el resultado es el mismo. Donata corre el riesgo de perderlo todo».

«Sí. Por eso tu padre, el rey, se ofreció tan amablemente a casarse con ella», agregué.

«Si lo hizo, tiene una buena razón para ello».

Apreté la mandíbula. No porque Rex estuviera tolerando las acciones de su padre. Sino porque no podía soportar la idea de que ella estuviera con otra persona. A estas alturas ya me había dado cuenta de que lo que sentía eran celos. Aunque tener un nombre para mis sentimientos no los hacía desaparecer.

«Donata me quiere».

«Lo sabemos», dijo Santino. «Por eso estamos todos aquí».

Miré mi teléfono. Tan pronto como lo hice, llegó un nuevo mensaje.

Lisa: ya está.

Lisa: Oh, mierda.

Yo: ¿Qué pasó?

Lisa: Envió a los guardias de seguridad. Nathan los acompaña.

«Jesús, mierda. Sabía que ella haría algo», abrí el panel falso para decirle a Donata que regresara a la suite, pero ella ya no estaba. «¿A dónde fue?».

Yo: Asegúrate de que él también suba aquí.

Lisa: Mierda.

«¿Eso es un sí?», Rex arqueó las cejas ante su mensaje.

«Están subiendo». Santino presionó su cuerpo contra la pared. «Enzo se hará cargo de Donata. Tenemos que ocuparnos de estos imbéciles».

Asentí. Todo mi ser gritaba que me fuera ahora y encontrara a Donata. Pero Santino tenía razón. El plan ya se había puesto en marcha. Hice un gesto para que todos volviéramos al pasillo. Tan pronto como estuvimos dentro, abrí la puerta del panel y la dejé entreabierta.

«¿Dónde carajo está ella?», Nathan golpeó la pared con el puño.

«¿Falsa alarma, entonces?», preguntó otro chico.

En el siguiente instante, los tres chicos se quedaron en silencio. Sabían que estábamos aquí. Me apoyé contra la pared. Frente a mí, Rex y Santino hicieron lo mismo. Cuando Nathan cruzó el umbral, mi corazón latía con tanta fuerza que todos los pensamientos se fueron por la ventana. Cambié a modo automático y comencé a lanzar golpes.

Nathan probablemente pensó que, si tenía dos porteros con él, tendría una oportunidad de vencerme. Pero esta vez no tenía forma de saber que yo había traído ayuda. Le habíamos prometido a Donata que nadie moriría esta noche. Nuestro objetivo era dejarlos a todos inconscientes, lo cual era más fácil decirlo que hacerlo. El golpe debía ser en un lugar preciso y con la cantidad adecuada de fuerza.

Le di un rodillazo a Nathan en el estómago y luego le golpeé con fuerza la espalda con el puño. Cayó como un saco de papas. En cuanto Santino lo vio caer levantó las manos en señal de rendición. El tipo que peleaba con Santino mordió el anzuelo y lo golpeó en la cara. En el tiempo que le llevó darse cuenta de lo que estaba pasando, yo ya le había quitado el arma al portero.

«Ambas manos en la pared», le clavé su propia arma en la nuca.

Cuando miré a Rex, él también apuntaba con un arma al otro hombre. «Hoy es tu día de suerte», le golpeó fuerte en la nuca.

«No tienes idea», Nathan gruñó desde su posición fetal y luego disparó.

Mi cuerpo no tuvo tiempo de reaccionar. Pero no importó, el portero se interpuso entre la bala de Nathan y yo y se llevó la peor parte. Nathan apretó el gatillo dos veces más antes de recibir un disparo en la pierna. El dolor le hizo soltar el arma y acariciarse el muslo.

«Maldito cabrón», Santino se acercó a él y le apuntó con el arma a la cabeza. «¿No nos ves a nosotros también empuñando un arma?».

«Creo que lo único que podía ver era que quería dispararme», dejé que el portero muerto cayera al suelo y luego miré a Rex.

«Este todavía está disponible», inclinó la cabeza hacia Nathan. «¿Qué hacemos con él?».

«Ve a buscar al gerente. Yo me encargo», Santino se cernía sobre Nathan. «Apúrate. No me gusta su cara».

Corrí por el pasillo y abrí el panel. Los tres disparos de Nathan habían sido amortiguados por un silenciador. Pero estaba seguro de que el arma que disparó Santino no había sido reprimida. ¿Estaba la multitud de abajo lo suficientemente sobria como para comprender lo sucedido?

Cuando llegamos al rellano, un hombre de unos cuarenta años subía corriendo las escaleras, pero se detuvo a mitad de camino cuando me vio. Estaba preparado con una excusa para atraerlo al pasadizo secreto. Pero debió haber leído la furia en mis ojos porque en el momento en que di un paso adelante, se dio la vuelta y se alejó de mí.

Enzo dobló la esquina y lo derribó al pie de las escaleras. «Necesitamos un favor».

«Fuimos a ayudar a Lisa cuando el gerente no mordió el anzuelo», Donata luchó por recuperar el aliento. «Este lugar es un laberinto».

«Terminemos con esto, ¿sí?», Enzo empujó al gerente escaleras arriba.

«Escuché un disparo», dijo Donata cuando llegó al rellano. «¿Estás bien?».

«Sí. Gracias a Santino». Toqué su mejilla. «Probablemente deberías esperar aquí».

«Sé que no hablas en serio», pasó a mi lado y entró al pasillo.

En el momento en que Santino la vio, se aclaró la garganta. «Nosotros no lo matamos». Señaló al hombre a sus pies y al pequeño charco de sangre. «Ese otro todavía respira. Tuvimos que dispararle a éste en la pierna. Él vivirá».

«Déjalo», Donata miró fijamente el cadáver.

«Intentó matar a Luca», Santino arqueó una ceja.

«Y ahora sabe lo que pasará si alguna vez vuelve a intentar algo con nosotros».

«Está bien», desamartilló el arma y se la metió en la parte de atrás de los pantalones antes de hacerse a un lado.

«Apártate de mi vista», Donata dominaba a Nathan.

Tan pronto como Nathan se fue, me volví hacia el gerente. Sus mejillas rojas y los círculos de sudor alrededor de su chaqueta me dijeron que estaba listo para hacer lo que quisiéramos. El hombre no estaba capacitado para tratar con invitados hostiles. Ni siquiera se resistió cuando le pedimos que abriera la bóveda. Lo que más le preocupaba era su reputación y la del club. Después de que le prometimos que solo nos interesaba una cosa, nos dio acceso, no solo a su oficina, sino también a la pequeña caja fuerte donde estaba guardada la tarjeta de memoria de la cámara.

«Tienen lo que quieren. Por favor, salgan», el gerente se secó la frente.

«No me iré de aquí hasta que vea lo que hay en él», señalé su computadora portátil en el gran escritorio. «Desbloquéala».

«Es inteligente vigilar a los miembros. No es nada serio. Sobre todo, maridos infieles». Se sentó e ingresó su contraseña. Cuando se levantó para hacerme espacio, añadió, «puedes quedártelo. No queremos ningún problema».

«Bien», lo miré y luego hice clic en el ícono de la tarjeta de memoria.

La tarjeta de memoria tenía varios archivos MP4 y fotografías. Rápidamente revisé la lista hasta que un nombre de archivo llamó mi atención: *Gallo*. Moví el mouse hacia allí y presioné reproducir.

Mi pecho se apretó cuando el rostro de Ava apareció en la pantalla.

CAPÍTULO 28

No podían dejarnos tener esto

DONATA

Mi pulso se aceleró cuando finalmente pude ver a Ava Conti. Sí, parecía el tipo de mujer que sería la esposa perfecta. Era bonita, de rostro angelical y carácter dulce. No podía culpar a Luca por querer una vida normal con ella. Eso era lo único que nunca podría ofrecerle. Estar conmigo significaba hundirse más profundamente en las entrañas de nuestro mundo mafioso.

Me tapé la boca. Luca habría estado feliz con ella.

«Apresúrate. No debería llevarte tanto tiempo arreglar una suite. No es ciencia exacta». Nathan apareció en el video, mirando a Ava mientras esta colocaba una bandeja con vasos y un cubo de hielo sobre la mesa de café. «No puedes dejar que te vean aquí. Se supone que debemos ser invisibles para los miembros».

«Esperar. ¿Qué?», pause el video y señalé su rostro en la pantalla. «¿Solía ser parte del personal?».

«Sí», el gerente frunció los labios. «Ahora tenemos el patrocinio de uno de nuestros miembros».

«¿Sabes quién?», preguntó Luca.

«No me ocupo de las membresías. Solo administro al personal», cambió su peso de un pie al otro, «pero puedo descubrirlo». Hizo un gesto hacia la puerta. «Puedo consultar con nuestro director de membresías».

«Hazlo», Luca asintió hacia la puerta y luego presionó reproducir nuevamente.

«Casi termino. Saldré de aquí en un minuto», Ava le dedicó a Nathan una sonrisa vacilante.

«Bien. Iré a decirles que la habitación está lista», él le dio una mirada y luego se fue.

Tan pronto como la puerta se cerró, relajó su postura. Ahora que Nathan se había ido, se movió un poco más rápido mientras limpiaba la mesa y arreglaba el servicio de botellas, para que todo estuviera limpio y organizado. Cuando fue a mover el arreglo floral sobre la mesa del sofá, la imagen del video se desvió.

«¿Qué?», cogió la cámara que había estado escondida en el jarrón. «Mierda», ella la devolvió torpemente.

Fuera de cuadro, algo la sobresaltó y la hizo retroceder. Rápidamente miró alrededor de la habitación y luego corrió y se escondió debajo de la cama.

«¿Qué diablos está pasando?», pregunté. «¿Por qué no salió de la habitación?».

«¿Es por eso?», Luca señaló la pantalla. «El tío Jimmy y su mejor amigo, el señor Vitali».

«Ese es el papá de Aurora», miré a Enzo.

«Así que era verdad. Sí visitó el club con Don Gallo. ¿Por qué?», preguntó.

Luca levantó la mano y señaló a los dos hombres que ahora estaban sentados en el salón de la suite privada. «Creo que estamos a punto de descubrirlo».

«¿Estás seguro de que puedes lograrlo?», el señor Vitali se sirvió un trago.

«Cállate», Don Gallo se volvió hacia Nathan, que estaba allí como una estatua. «Déjanos, muchacho».

«Oh, por supuesto», Nathan asintió y salió corriendo de la habitación.

Don Gallo esperó un minuto más y luego continuó. «Damos el golpe ahora mientras todos están aturdidos con la noticia. La ascensión de Don Valentino no puede ocurrir. Ahora que Michael Alfera está fuera de escena, todo lo que tenemos que hacer es matar a Giovanni. Soy la elección natural para ser rey. No tendrán más remedio que votar por mí».

«¿Qué hay de la Signora Vittoria? ¿No querrá poner su nombre en el sombrero?», el señor Vitali tomó un sorbo de su vaso. La sorpresa se reflejó en su rostro y luego miró el cristal. «Esta es una buena mierda». Se recostó sonriendo y cruzó el tobillo sobre la rodilla. «Me podría acostumbrar a esto. Corrección…», se rió entre dientes, «ya estoy acostumbrado a esto».

«Ayúdame a matar a Giovanni, y tendrás todo lo que siempre quisiste».

«Fácil. Yo también sé exactamente cómo hacerlo. Mi hija lo hará por mí. Es amiga del chico Valentino». Hizo un gesto para restarle importancia. «Al igual que su madre, ella no es tan inteligente. Pero es bonita y obediente. Ella hará lo que le diga».

«Eso es lo que quería escuchar. ¿Cuándo lo harás?», Don Gallo se acercó y abrió una caja de puros cubanos. «Tiene que ser dentro de una semana».

«Dame un par de días», miró el puro de Don Gallo con codicia en los ojos. «¿Puedo intentarlo?».

«Por supuesto», Don Gallo le ofreció el puro que ya había cortado. «Cuando sea rey, me aseguraré de que tu familia se una a nuestras filas».

Hice una pausa. «No creo que pueda escuchar más de esto. ¿Cuánto tiempo dura? Avance rápido el video para ver el cronómetro. «¿Ava realmente estuvo debajo de la cama durante dos horas enteras? No puedo creer esto».

«Jesús, joder. ¿Don Gallo le dio un golpe a papá?», Rex tragó e hizo una mueca. «Y estaba bien dejando que una chica inocente lo hiciera por él».

«Eso es una mierda atrevida», Santino dejó escapar un suspiro.

«Esta conversación se grabó unos días antes de que el señor Vitali muriera en el incendio de la casa de la playa», Enzo miró al padre de Aurora en la pantalla del portátil.

«Gracias a la orden de Don Valentino de matar a cualquiera leal a Alfera, Vitali no pudo hacer lo que quería el tío Jimmy», Luca se recostó en la silla del escritorio. El color desapareció por completo de su rostro, mientras miraba intensamente a la nada frente a él. «Esta conversación fue grabada la noche en que murió Ava. El falso accidente ocurrió el sábado siguiente, el mismo día en que mataron a la familia Vitali».

«Estos dos eventos tienen que estar relacionados», dije.

«Aunque no sé cómo», Luca negó con la cabeza.

«Al menos ahora sabes que no la mataron por tu culpa». Suavemente pasé mis dedos por su cabello. «Supongo que Ava escuchó la conversación. Sabía que había sido grabado. Entonces, cuando los hombres se fueron, ella tomó la tarjeta de memoria de la cámara y se fue con ella. Tal como dijo Lisa».

«Eso suena propio de ella», Luca asintió. «Ella había querido hacer lo correcto».

«Apuesto a que la mataron cuando se dirigía a denunciar esto a la policía». Mis ojos se llenaron de lágrimas. Odiaba que alguien tan bueno e inocente como Ava tuviera que morir por culpa de la avaricia de Don Gallo. «Tu tío hizo que la mataran, ¿no?».

«Eso parece», Luca se presionó los ojos con el pulgar y el índice. «Pero, ¿cómo se enteró de la grabación?».

Lo rodeé con mis brazos. Tenía todo el derecho a llorar y lamentar la muerte de Ava, pero ahora mismo teníamos que llevar nuestro plan hasta el final. Don Valentino tuvo que ver este video. Aquí había pruebas de que Don Gallo estaba planeando matar a un Don, un delito castigado con la muerte según los estatutos de la Sociedad.

«Lo siento mucho, Luca. Al menos ahora tienes tus respuestas», presioné mis labios en la parte superior de su cabeza.

«Sí», se puso de pie y buscó en el bolsillo interior de su chaqueta de esmoquin. Sacó su teléfono y escribió un mensaje rápido. «Tenemos que terminar lo que empezó Ava. Excepto que no llevaremos esta tarjeta a la policía».

«Llamaré a papá ahora mismo», Rex sacó su móvil y salió de la oficina.

«Está bien, entonces, iremos por el camino por el que entramos». Expulsé la tarjeta flash de la computadora y se la di a Luca. «Luca y yo nos iremos primero».

«Entendido», Santino me tocó el brazo. «Llama a la Signora Vittoria. Dale un aviso. Llamaré a papá también. Todos los Don necesitan saber que tienen un traidor entre ellos».

«Le enviaré un mensaje de texto», asentí.

«Vamos», Enzo me hizo un gesto para que siguiera adelante.

Fuera de la bóveda, los dos guardias de seguridad todavía estaban en el suelo. Me sentí mal por el que tuvo que despertarse y descubrir que su colega había muerto. El fallecido había perdido tanta sangre que el pasillo ya olía a descomposición. Cubriendo mi boca, pasé corriendo junto a ellos. Las luces brillantes del pasillo me lastimaron los ojos, pero seguí adelante hasta llegar al nivel del salón de baile, donde finalmente pude respirar de nuevo.

Cuando miré hacia atrás, Enzo y Luca estaban inmersos en una conversación. Si Luca pensaba que podía hacerme a un lado ahora, estaba equivocado. No iba a dejarlo esta noche. O alguna vez. Teníamos que salir adelante juntos.

Caminé hacia ellos. «Voy contigo».

«Será más seguro si te vas a casa con Enzo. Puedo encargarme desde aquí», Luca me tocó la mejilla y sonrió. «Se acabó. Iré a buscarte cuando le entregue esto a don Valentino».

«No», crucé los brazos sobre mi pecho. «Por favor. No me dejes. Moriré sin saber si estás bien. Por favor, no me hagas esto».

Luca miró a Enzo, quien se limitó a encogerse de hombros. Estaba dejando la decisión a Luca. Pero esta me pertenecía a mí. «Luca. Dijiste que estábamos juntos en esto. Voy contigo. Punto».

«Está bien», él tomó mi mano. «¿Cuándo vas a aceptar un no por respuesta?».

«Nunca», le sonreí, «vamos».

Pasamos corriendo por el salón de baile, donde todavía sonaba música de jazz. Por un segundo, hice contacto visual con la mesera, quien levantó la vista justo a tiempo para verme. Una parte de mí quería entrar y decirle que Ava pronto tendría justicia. Pero no podía hacer eso. Nunca podría saber que Ava había sido asesinada por salvar la vida de un mafioso.

En la acera nos esperaba el todoterreno de Luca. Aunque, para mi sorpresa, Alfred ya no estaba al volante como antes. «¿Dónde está Alfred?», pregunté cuando Luca me abrió la puerta del pasajero.

«Está haciendo un recado para mí», me alcanzó y me colocó el cinturón antes de besarme. «Rex recibió respuesta de su padre. Nos vamos a los Hamptons». Cerró la puerta y caminó alrededor del auto.

«¿Es por eso que no querías que viniera?», pregunté tan pronto como se subió al asiento del conductor.

«Es un viaje largo».

«No me importa mientras esté contigo», le sonreí y luego me recosté. «Vamos a firmar la sentencia de muerte de tu tío».

«Bien», encendió el auto y se alejó de la acera.

Una hora más tarde, después de haber dejado atrás la ciudad durante mucho tiempo, me acerqué y apreté los dedos de Luca. Había estado tan callado durante todo el viaje. Solo podía imaginar por lo que estaba pasando. No le agradaba su tío, pero Don Gallo seguía siendo familia. Sin duda, una parte de él sentía que estaba traicionando a un miembro de su familia.

«Tal vez después de que se haga la entrega, tú y yo podamos pasar unos días en la playa». Estudié su perfil, su nariz y su mandíbula rectas. La

arruga que se formó alrededor de sus ojos fue la única señal que pude encontrar que me decía lo tenso que se sentía. Casi podía ver todos los pensamientos confusos dando vueltas de un lado a otro en su cabeza. «¿Vas a estar bien al ver a Don Valentino?».

«Mmm», me lanzó una mirada rápida. «Mientras él se mantenga alejado de ti, todos estaremos bien».

«Hablaré con tía Vittoria. Tendrá que entender que no puede hacerme esto».

«Un día tendrás que entender cómo funcionan la codicia y el poder». Acercó mi mano hacia él y la colocó sobre su corazón. «La Signora Vittoria no puede hacer mucho para protegerte. Nunca dejaré que te tenga. Pero entiendo por qué tu tía consideró esa opción».

«¿Crees que lo hace por mi propio bien?», me reí, «ahora estás empezando a sonar como Rex. No necesito protección. Solo te necesito a ti». Me deslicé en mi asiento para descansar mi cabeza en su hombro. «Siempre has sido tú, Luca».

«Lo sé», miró sus espejos y cambió de carril. «Ojalá hubiera tenido tu condena en aquel entonces. Tal vez no estaríamos en esta jodida misión de entregar a mi propia familia. Tal vez. No lo sé, tal vez Ava todavía estaría viva».

«Ella estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Al igual que tú, ella estaba intentando hacer lo correcto. No es culpa tuya que su camino y el de Don Gallo tuvieran que cruzarse. No fue tu culpa. ¿Ves eso ahora?».

«Sí», agarró el volante. «Aunque todavía no sé cómo murió. Solo que su muerte no tuvo sentido».

«Su asesino pagará pronto. Ella tendrá paz ahora», besé su brazo. Tal vez su culpa tardaría un poco más en disiparse. Se había aferrado a ello durante tanto tiempo; todavía tenía que descubrir cómo soltarlo. Pase lo que pase, estaría aquí para ayudarlo a superarlo. «Te amo».

«Yo también te amo. No tienes idea de cuánto». Besó la parte superior de mi cabeza. «Gracias a ti, cumplí mi promesa a Ava».

«Me lo puedes agradecer después», le guiñé un ojo.

«Bueno», dejó escapar una pequeña risa mientras se relajaba en su asiento. «La playa parece una buena idea. Ambos tenemos clases el viernes, pero podemos quedarnos una o dos noches. Necesitamos un descanso».

«Me gusta esa idea». Unos días mirando el océano con un profesor Gallo semidesnudo me parecían el paraíso. Me enderecé para mirarlo, entonces una luz brillante me cegó.

Cuando levanté la vista, un SUV grande chocó contra nuestro auto. La gente siempre decía que los accidentes automovilísticos parecían ocurrir en cámara lenta. Ahora lo creía. Todo fue demasiado rápido, pero al mismo tiempo siguió sucediendo. El impacto lanzó a Luca directamente a mis brazos. Su cuerpo empujó contra el mío y sentí como si estuviéramos cayendo durante mucho tiempo.

Cuando pensé que todo había terminado, el auto volcó e hicimos una voltereta. Mi cabeza chocó contra el techo del vehículo y luego quedé flotando. Tal vez todo esto fuera una pesadilla y yo todavía estaba en la cama de Luca, envuelta en sus brazos. En el momento en que la idea se apoderó de mi cerebro, todos los sonidos se amortiguaron y un brillo de ensueño cubrió el cielo oscuro y todo lo que nos rodeaba. Vi la cara sonriente de Luca hablándome. Al menos estábamos aquí juntos. Al menos no dolía.

Tomé su mano y él la besó. «Te amo. Siempre te amaré», repitió las palabras, una y otra vez.

Yo también. Intenté decirlo en voz alta, pero las palabras no me salían.

«Tengo que irme ahora, dulce princesa».

«¿Qué? No. No puedes irte».

En el momento en que desapareció, la oscuridad regresó, junto con un dolor agudo en la nuca y el pecho. Miré hacia abajo, esperando ver un agujero, pero en su lugar encontré sangre. ¿La sangre de quién? ¿Suya o mía? Intenté concentrarme en la escena que me rodeaba para reorientarme. Había humo por todas partes y un incendio ardía no muy lejos de mí. ¿A dónde había ido él? Estaba aquí. Luca estuvo aquí hace apenas un minuto.

«¿A dónde fue él?», me senté y me di cuenta de que estaba en la parte trasera de una ambulancia.

A varios cientos de metros de nosotros, el todoterreno de Luca estaba en llamas. Los bomberos ya se encontraban en el lugar, intentando controlar todo. Me toqué la sien con la mano. ¿Qué diablos pasó? Este accidente no pudo haber sido un accidente. Ese otro auto vino directo hacia nosotros de la nada.

«¿Dónde está Luca?», pregunté cuando un paramédico se movió para cerrar las puertas. «No podemos dejarlo aquí».

«Todo está bien», empujó ligeramente mi hombro.

Me caí sobre la dura cama y no pude volver a levantarme. «¿Me drogaste? No podemos irnos». Mis ojos se cerraron y no pude volver a abrirlos. Escuché la puerta cerrarse de golpe, mientras los paramédicos hablaban rápidamente a mi lado. Segundos después, una sirena sonó a lo lejos y nos estábamos moviendo.

«No podían dejarnos tener esto», murmuré. «Nunca nos iban a dejar tener esto».

CAPÍTULO 29

Nos ceñimos al plan

LUCA

La serenidad en la gran mirada azul de Donata y su brillante sonrisa insuflaron aire en mis pulmones. Me aferré a su imagen. Incluso en la oscuridad, no podía soltarla.

«Luca», me llamó.

Mis ojos se abrieron de golpe. Entrecerré los ojos ante el ardor de las intensas luces blancas del techo. ¿Qué demonios? Parpadeé un par de veces para orientarme. Poco a poco, la habitación del hospital fue apareciendo. Junto a él, los borrosos detalles del accidente.

«Donata», intenté sentarme, pero los tubos que tenía en la mano me lo impedían. «¿Se encuentra ella bien?».

Miré alrededor de la habitación. El hombre de la esquina se puso de pie y caminó hacia mí. Jesús, el tío Jimmy era la última persona que quería ver en este momento. La mirada de enojo en sus ojos me indicaba que sabía lo que Donata y yo habíamos intentado hacer. Cuando me di cuenta de que me habían quitado la ropa, junto con la tarjeta, una descarga de adrenalina me recorrió. Eso fue suficiente para despertarme. Todavía sentía dolor, pero era plenamente consciente del tipo de mierda profunda en la que me encontraba.

«Enfermera», grité, escaneando la habitación en busca de mi ropa.

«¿Estás buscando esto?», sostenía la tarjeta de memoria entre las yemas de su dedo índice y pulgar. «No estoy loco. Llevo años intentando recuperar esto. Estaba bastante cansado de lidiar con ese niño estúpido. Así que realmente debería agradecerte. Gracias a ti, él ya no es mi preocupación».

«Todo el mundo sabe de tu plan para matar a Don Valentino».

«No sé de qué estás hablando», arrojó la tarjeta de memoria a una jarra de agua. «A los niños les gusta inventar historias».

Dejé caer mi cabeza pesadamente sobre la almohada, aunque lo único que quería hacer era salir corriendo y encontrar a Donata. Pero el tío Jimmy no podía saber cuánto me importaba ella. No le permitiría usar mi amor por ella en mi contra.

«Gracias a ese video, Donata ya no quiere casarse conmigo. Ella me odia. No puedes obligarla a hacer nada ahora. La Signora Vittoria no lo permitirá», sonreí.

El elemento sorpresa y el amor de Donata por mí eran los últimos ases que tenía bajo la manga. Incluso si no pudiéramos probar que pretendía matar a un Don, estaba acabado. Ahora era realmente el intruso, alguien con una correa muy corta. Y Donata ya no era su peón. Ya era libre.

«Tu pequeño plan para hacer que me mataran no funcionó. Aún estoy de pie», caminó hasta los pies de la cama. «Encontraré una manera de conseguir lo que me espera sin ti».

«Ahora saben que vas a venir. No será fácil», intenté sentarme, pero el dolor que me atravesó el costado me hizo caer. Mierda.

«Descansa ahora, muchacho», me señaló con ojos asesinos y luego salió de la habitación del hospital.

«Jesús. Lo hicimos por nada». Me acerqué y presioné el botón para llamar a la enfermera.

Al cabo de un minuto, ella estaba junto a mi cama comprobando mis signos vitales. «Sé que no lo parece, pero tuvo mucha suerte».

«Sí, me siento afortunado», toqué mi costado. «¿Cuál es el daño?».

«Una costilla rota», ella me ofreció una sonrisa amable. «Tendrá que quedarse en cama por un tiempo».

Me reí. Tenía la sensación de que mi querido tío Jimmy planeaba asegurarse de que me quedara en la cama indefinidamente. «La mujer que estaba conmigo en el auto. ¿Dónde está ella?».

«Eh, se supone que no debemos decirle a nadie que ella está aquí. ¿Es ella una pariente?», me indicó que me acostara.

«No», sacudí la cabeza y tomé su mano entre la mía. «Solo una amiga. Necesito verla. Por favor».

«Se supone que ella no debe ver a nadie», su mirada se movió entre su mano atrapada y mi cara.

«Es importante. No será mucho tiempo».

«Ah, está bien. Lo llevaré con ella. Está solo unas puertas más abajo». me ayudó con la vía intravenosa y las mantas enredadas alrededor de mis pies. «Arriba, vamos».

«Mmm», hice una mueca de dolor y luego suspiré.

«¿Está bien?».

«Sí. ¿Podría traerme un poco de agua?».

«Por supuesto», dio un paso atrás. Cuando estuvo segura de que no iba a caerme, salió corriendo de la habitación.

Tan pronto como lo hizo, caminé penosamente hasta el pequeño armario para buscar mi ropa. La bolsa en el estante superior tenía un esmoquin y todas mis cosas. Busqué en él hasta que encontré mi teléfono. Alfred, sin duda, estaba esperando mi llamada. Me advirtió que algo como esto podría pasar.

Yo: estoy en el hospital. Nos vemos afuera en veinte minutos.

Alfred: ¿cómo se enteró él?

Yo: tengo algunas conjeturas.

Arrojé el teléfono sobre la cama y me dirigí hacia la habitación de Donata. Tenía que asegurarme de que ella estuviera bien. La enfermera me encontró en el pasillo. Su mirada se dirigió a la bolsa de ropa que tenía bajo el brazo, pero no puso objeciones.

«Dejaré su agua en la mesita de noche. Regresaré en diez minutos para acompañarlo de regreso a su habitación», sonrió.

«Gracias», asentí una vez y luego entré en la habitación de Donata.

En los pocos días que pasamos juntos, me acostumbré mucho a ver su hermoso rostro y su sonrisa. Me dolió verla así, como en una especie de coma. Cogí el gráfico que colgaba de la pequeña pizarra blanca y lo escaneé rápidamente. Tenía cortes menores y una conmoción cerebral, pero aparte de eso, estaba bien. Ella iba a estar bien.

Me senté en el borde de la cama y le toqué la mejilla. «Donata, se equivocan. Tú y yo pertenecemos juntos. Me tengo que ir ahora. Pero te prometo que volveré. Esta vez lucharé por ti», besé su mano y la vi dormir hasta que la enfermera volvió a buscarme.

«Es la hora».

«Lo sé», me puse de pie. «Voy a necesitar un favor».

Diez minutos más tarde, estaba parado en la acera, vestido con mi esmoquin sucio y esperando a Alfred. Después de firmar varios formularios, la enfermera a cargo me autorizó a salir del hospital. A petición mía, accedió a no actualizar el sistema hasta la mañana. Necesitaba unas horas de ventaja. Porque una cosa era segura, tío Jimmy vendría a buscarme.

Alfred apareció en un sedán negro. Rápidamente salió y corrió alrededor del auto para ayudarme a entrar. «Jesucristo. ¿Qué le hicieron?».

«Me siento mejor de como me veo», le hice un gesto para que avanzara. Tan pronto como volvió a subir al asiento del conductor, le pregunté, «¿está todo listo?».

«Sí», puso el coche en marcha y avanzó. «Aunque esperaba que fuera directamente al aeropuerto. Ya sabe, dada su condición».

«Nos ceñimos al plan, Alfred. Debe hacerse esta noche».

«Sí, señor».

Me recosté y sacudí la cabeza. Alfred no estaba de acuerdo con mis métodos, principalmente porque sabía que no eran mis métodos. Toda mi vida había intentado mantenerme alejado de esta vida mafiosa. Pero la cuestión era que cuanto más luchaba contra ello, cuanto más intentaba ser normal, más hería a las personas que amaba. Eso tendría que terminar esta noche.

Una hora más tarde, en algún lugar de Brooklyn, Alfred se detuvo frente a una pequeña casa. Me incliné para echar un buen vistazo. «¿Es este el lugar?».

«Ya están adentro».

«¿Ese cabrón tuvo al Don de una sociedad secreta centenaria agarrado por las pelotas durante dos años y aquí es donde vive?», me reí. «Él no tenía idea de lo que tenía. De todos modos, espera aquí. Esto no llevará mucho tiempo», le di unas palmaditas en el brazo y salí del coche.

Cuando llegué a la entrada principal, llamé suavemente. Unos segundos más tarde, Santino abrió la puerta. «Te ves hecho una mierda».

«Lo sé», entré a la casa, directamente a la sala de estar de Nathan.

Me miró con los ojos muy abiertos y luchó contra las ataduras de sus piernas y muñecas. Siguió divagando, pero no pude distinguir las palabras a través de la mordaza. Consideré dispararle de inmediato, pero quería que primero me dijera la verdad.

«Quítaselo», hice un gesto hacia él.

«Estaba gritando como una pequeña perra», Enzo se acercó y le quitó la mordaza de la boca. «Usa tu voz interior. ¿Sí?».

«¿Qué carajo está pasando? ¿Quienes son ustedes?», siguió y siguió, hasta que Enzo le dio un puñetazo.

«No tengo toda la noche», acuné mi costado para evitar hacer una mueca. «Sé que mataste a Ava». Cuando abrió la boca, levanté la mano. «No estoy preguntando si la mataste. Quiero que me digas cómo lo hiciste».

«¿Qué?».

Enzo volvió a golpearlo. «Responde la maldita pregunta. ¿Cómo lo hiciste?».

«Ya sabemos por qué», apoyé mis manos en mis caderas. “Atrapaste a Jimmy Gallo en una posición muy comprometedora. Un día de pago fácil desde su perspectiva. Pero Ava arruinó tus planes. Dime cómo lo hiciste y tal vez te deje vivir”.

«¿Qué?" Sus ojos se hicieron más grandes. Cuando Enzo volvió a acercarse a él, Nathan se encogió de miedo. «Está bien, se los diré. Por favor. Fue un accidente. Ni siquiera se suponía que ella estuviera allí», jadeó, intentando contener las lágrimas. «Ella robó mi tarjeta de memoria».

«¿Entonces la mataste para recuperarla?».

«No, ni siquiera sabía por qué la había tomado. Vino aquí a mi casa. Ella quería que fuera con ella a la policía. Después de que me mostró la grabación, me di cuenta de que teníamos algo grande entre manos».

«¿Pensaste que podrías chantajear a Jimmy Gallo?», me reí.

«El club nos anima a escuchar los rumores. Pagan bien por secretos y videos que pueden usar contra los miembros». Su mirada se movió entre Enzo y yo. «Lo sabes por las cosas que suceden».

«Sería malo para el negocio si de repente los miembros decidieran desarrollar una conciencia», Rex lo fulminó con la mirada. «Entonces, ¿este es tu trabajo paralelo? ¿Le proporcionas al club videos comprometedores?».

«Pagan bien por ellos», tragó. «Si quieres el dinero, te lo puedo devolver. Quiero decir, le dije a Ava que podíamos dividirlo, pero ella se negó. Dijo que la vida de un hombre estaba en juego. Intenté recuperar la tarjeta de memoria y tuvimos problemas. Ella se cayó y se golpeó la cabeza», sollozó. «Juro que eso fue todo. Ni siquiera sabía que la gente podía morir así. Había tanta sangre. No sabía qué hacer».

«Obviamente lo descubriste», Santino cogió una bolsa marrón que estaba sobre la mesa de café. «Organizaste toda una escena falsa del

crimen».

«Ese no fui yo», se quedó mirando la bolsa en la mano de Santino. «Le tomé el pulso. Ella estaba muerta. Pero cuando vi el sello del ciervo en su muñeca, me dio una idea. Llamé al señor Gallo y le conté sobre la grabación».

«Él fue quien fingió el accidente». Pensé que saber la verdad me traería un cierre automático. Estaba equivocado, me sentía peor. Quizás el tío Jimmy no había apretado el gatillo, pero él era la razón por la que Ava estaba muerta. Él era la razón por la que ella no había tenido justicia. «Así que te ayudó a salir de la cárcel a cambio de tu silencio. ¿Y entonces qué? ¿Te hizo miembro?».

«Él me compró ropa. Y dijo que no volvería a tener que trabajar ni un día de mi vida. Dijo que podía ser su invitado en la mansión Stag cuando quisiera. Pensé que lo había conseguido a lo grande», sollozó y se secó la nariz con la sudadera. «No pasaba un día sin que pensara en Ava. ¿Qué se suponía que debía hacer?».

«Podrías haber hecho lo correcto y ayudar a Ava. O simplemente podrías haberla dejado ir. Podrías haber hecho un millón de cosas más que no terminaran en asesinato. Tú elegiste esto», asentí hacia Santino.

«Lo siento mucho. No tienen idea de cuánto lo siento».

«Sí, puedo ver cómo el remordimiento te estaba comiendo vivo. Yendo al club todas las semanas utilizando mujeres para tu propia diversión». Odiaba que Ava hubiera muerto a causa de la avaricia y la falta de orientación moral de este imbécil. «Jimmy Gallo es el Don de una sociedad secreta centenaria. Tiene acceso a miles de millones. La grabación no lo enviaría a prisión hasta dentro de unos años. La grabación era su sentencia de muerte. Te habría dado toda su fortuna para mantenerte callado».

«¿Qué?».

«Pero te conformaste con ropa y fiestas sexuales. Te faltó imaginación», Santino sacó una pistola de la bolsa marrón y me la dio. «Ayuda hacerlo oficial». Se dio unos golpecitos en la sien. «En tu cabeza».

«Cierto».

«Papá siempre dice que el destino te encuentra pase lo que pase. Correr lo empeora», Enzo me dio unas palmaditas en la espalda. «Siempre ibas a terminar aquí. Pero al menos tienes esto», señaló a Nathan. «Él se lo merece».

Vine aquí para matar al asesino de Ava porque sabía que la policía nunca movería un dedo. No mientras Nathan estuviera bajo la protección del tío Jimmy. Odiaba que todos estos años Nathan siguiera con su vida, festejando como si tuviera derecho a la vida que mi tío le brindaba.

Hazlo oficial…

Nathan, sea cual sea tu apellido, por el asesinato de Ava Conti, la Sociedad te declara culpable. El castigo por matar a una mujer inocente es la muerte.

Y se llevará a cabo de inmediato.

«Espera. No puedes hacerme esto. Tú no eres la ley».

«Te veré en el infierno», apreté el gatillo.

La bala le atravesó la cabeza y salpicó materia cerebral por toda la pared detrás de él. Miré la sangrienta escena durante un minuto entero, antes de que Enzo tomara una sábana de la mesa de café, la arrojara sobre el cuerpo de Nathan y luego hablara por teléfono con el equipo de limpieza.

«Tendrás que mantener un perfil bajo por un tiempo», Rex encontró mi mirada. «Don Gallo querrá venganza. Eres el único con quien puede desquitarse».

«Lo sé. Me voy esta noche», le hice un gesto a Nathan. «Gracias por esto. No podría haberlo hecho sin todos ustedes».

«Bueno, ahora nos debes un favor», Rex levantó una ceja. «Podría llamarte algún día».

«Llama en cualquier momento», cogí un montón de tarjetas de visita negras con el sello del ciervo. «¿De dónde sacaste esto?».

«Donata hizo copias. Pensé que sería un buen detalle dejarlas aquí», Enzo se encogió de hombros.

«Papá está buscando a alguien que se encargue de la historia», Rex hizo un gesto hacia la puerta. «Deberías irte. Estoy seguro de que Don Gallo ahora está recorriendo la ciudad buscándote. Nos aseguraremos de que la historia conecte este asesinato y el de Ava con el club, junto con las acusaciones de tráfico sexual. Incluso si la policía no hace una mierda, los miembros querrán distanciarse del escándalo. Cerraremos el lugar».

«Lo agradezco», al salir, llevé a Enzo a un lado. «¿Podrías asegurarte de que Donata reciba esto?», metí la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta de esmoquin y saqué la carta que le escribí de camino hacia aquí. «Ella estaba dormida cuando salí del hospital».

«Me aseguraré de que la reciba», se metió el sobre en el bolsillo.

Cuando salí de casa, el sol ya asomaba por el horizonte. No era así como había imaginado que terminaría este día. Pero al menos ahora Ava tenía justicia. Y finalmente podía dejarla ir.

«¿Al aeropuerto, señor?».

«Sí, Alfred. Estoy listo».

Donata:

Esta no es una carta de despedida. O supongo que sí, ya que me voy del país. Pero debes saber que no te dejaré. El tío Jimmy querrá vengarse de lo que hicimos. No puedes estar cerca de mí cuando él venga por mí. La Signora Vittoria te mantendrá a salvo.

Tenías razón. Debería haber peleado desde el principio. Lamento que me haya tomado tanto tiempo darme cuenta de cuánto te amo. Espérame.

Siempre tuyo,

Luca

CAPÍTULO 30

Espero que sobrevivas

SIGNORA VITTORIA

Seis años después, Ciudad de Nueva York

«Señora», la vocecita de Julia se filtró a través de la puerta mientras llamaba suavemente.

Eché un vistazo al reloj que había sobre la repisa de la chimenea. Eran casi las cinco de la mañana. Por alguna razón, no pude dormir en toda la noche. Cada vez que me quedaba dormida, me despertaba un dolor agudo en el pecho.

«Entra, Julia», me senté en la cama. «Estoy despierta».

«Lamento molestarla, pero parecía importante», ella traía un teléfono. «La mano derecha de Don Valentino ha estado tratando de comunicarse con usted».

«Qué absurdo», cogí mi teléfono de la mesita de noche. «Así es. ¿De qué se trata?».

«Es urgente. Eso es todo lo que dijo», ella me entregó el dispositivo.

Tan pronto como Lorenzo, la mano derecha de Giovanni, escuchó mi voz, empezó a hablar. «Don Valentino fue emboscado ayer. Ha convocado una reunión extraordinaria de la junta directiva esta mañana. Pero él quiere verla primero».

«¿Está en casa?».

«Sí, señora».

«Estaré allí en breve», salí de la cama y corrí al baño, donde Julia ya tenía ropa esperándome. «Consigue al chofer. Y a mi sobrina. Pase lo que pase con Giovanni hoy, ella tiene que estar ahí».

«Por supuesto», Julia asintió y desapareció.

Logré prepararme y salir por la puerta sin ceder ante el dolor que me atenazaba el pecho. Cuanto más pensaba en el dolor de Giovanni, peor se ponía. No, ese viejo no podría hacerme esto. No podía morir conmigo.

En estos días Giovanni vivía en el Crucible. Cuando asumió el cargo de rey de Michael Alfera, hace más de ocho años, se mudó al penthouse. Le dije a mi conductor que entrara al edificio por la entrada secreta. Nuestros enemigos siempre estaban al acecho. Aparecer en su casa a esa hora podría darles la idea de que algo andaba mal dentro de los muros de la Sociedad.

Tan pronto como la camioneta se detuvo en el pequeño vestíbulo, bajé y me dirigí hacia la puerta. Durante todo el camino, mi corazón amenazó con perforarme el pecho. Giovanni y yo habíamos pasado por buenas y malas a lo largo de los años. Todo lo que habíamos trabajado tan duro para lograr, finalmente era nuestro. No podía dejarme.

«Don Salvatore», uno de los hombres de Giovanni salió a recibirme en el ascensor. «Por aquí».

«Supongo que los médicos ya están aquí».

«Sí, señora. Don Valentino se lo explicará». Abrió la puerta y señaló hacia la gran escalera.

«Conozco el camino», corrí escaleras arriba.

Cuando llegué al rellano, los hombres que hacían guardia se hicieron a un lado para dejarme pasar. Me las arreglé para mantener la compostura durante todo el viaje hasta aquí. Pero al ver al gran Don Valentino en la cama, luciendo mayor de lo que realmente era, mi mundo comenzó a desmoronarse.

«¿Qué pasó?», le pregunté al médico. «¿Por qué no está en el hospital?».

«Quiso volver a casa», la mirada del médico pasó de mi cara a la de Giovanni. Por muy herido que estuviera Giovanni, seguía siendo nuestro rey. Me había superado en clasificación. «Estuvo horas en el quirófano. Hicimos lo que pudimos».

«¿Quirófano? ¿Por qué?».

«Lo apuñalaron varias veces. Dos...».

«Ya es suficiente, doctor», la voz de Giovanni resonó en el dormitorio. «Déjanos».

«¿Cómo está el dolor?», el médico revisó la vía intravenosa. «Puedo aumentar la morfina. Solo házmelo saber».

«Estoy cómodo. No más drogas. Necesito hablar con Don Salvatore», Giovanni hizo un gesto hacia la puerta. «Díselo a los demás. No más visitantes».

«Como desee, señor», el médico hizo una inclinación, manteniendo el gesto mucho más tiempo de lo habitual. «Me quedaré hasta que llegue el momento».

En el momento en que la puerta se cerró, corrí hacia la cama. Y ni siquiera me importaba estar sollozando como una adolescente. «¿Te estás muriendo? ¿Qué diablos pasó?».

«Ya escuchaste al médico. Me apuñalaron», me sonrió mientras me alcanzaba para limpiarme la mejilla. «No te preocupes, mujer. ¿No decidimos hace mucho tiempo que ningún hombre merecía tus lágrimas?».

«No eres ningún hombre. Eres un león», intenté reírme, pero salió más como un gemido. «No te atrevas a morir conmigo. Nunca te perdonaré si lo haces».

«Vittoria», me ofreció su brazo. «Debemos pasar nuestros últimos momentos luchando».

En ese momento, la promesa que hicimos hace tantos años de no volver a acercarnos tanto se fue por la ventana. Me acurruqué a su lado, apoyando mi cabeza en su hombro. «Quien te haya hecho esto, pagará con su vida y la vida de todos sus seres queridos. Lo juro».

«Lo sé, mi querida Vittoria. Eres la única que puede hacer lo que hay que hacer a continuación». Inhaló y luego besó la parte superior de mi cabeza. «Si hubiera sabido que tenía que morirme por tenerte de nuevo en mis brazos, probablemente habría recibido una bala antes».

«No bromees sobre esto. Nada de esto es gracioso. Tienes que esforzarte más. Quédate conmigo. Quédate un poco más», presioné mis labios contra su sien.

«Lo intenté».

«No, no lo hiciste. Estás aquí. Deberías estar en el hospital rodeado de una legión de médicos».

Cuando traté de sentarme para mirarlo, él me apretó con más fuerza. «Suficiente. Eso ya no es importante. Lo hecho, hecho está. Necesito que encuentres al traidor que me hizo esto y te asegures de que nunca encuentre la manera de hacerle lo mismo a mi hijo, a Rex».

«Tienes mi palabra», coloqué una mano suavemente sobre su pecho. Poco a poco, la sangre se fue filtrando a través de los vendajes que cubrían

su abdomen. «No hables más. Necesitas descansar».

«Pronto llegará el momento del descanso. Por favor escúchame», hizo una pausa por un minuto.

«Un nombre es todo lo que necesito».

«Jimmy Gallo».

«¿Estás bromeando?», me senté para mirarlo. «Te dije que tuvieras cuidado. Te dije que no dejaría de intentar llegar a ti».

«Lo sé. Tuvo suerte esta noche», tragó y luego hizo una mueca. «Él cree que no lo vi. El cobarde se quedó en un rincón y vio cómo me cortaban en pedazos».

«Me aseguraré de que toda la familia Gallo sea aniquilada. Te lo prometo, se hará. No me verá venir», tomé su mejilla. «Déjame quedarme contigo. Al menos hasta que salga el sol».

«Esperaba que lo pidieras», sus ojos se cerraron. «Me alegra que estés aquí».

Estar de nuevo en los brazos de Giovanni era como volver a casa. Este era nuestro sueño prohibido, del que nunca podríamos hablar. Todo el poder y el dinero a nuestros pies, y esto nunca podríamos tenerlo. De repente, la noche de insomnio se apoderó de mí y pude encontrar algo de paz.

«Nunca amé a nadie como te amé a ti», los latidos de su corazón se estabilizaron, como si él también se estuviera quedando dormido.

«Lo sé», apoyé mi brazo sobre la almohada y besé sus labios. «Nunca amé a nadie más que a ti».

El mundo que nos rodeaba se estaba desmoronando. Pero ya había dado demasiado. Merecía estar aquí con él hasta el final. Me recosté en su abrazo y caí en un sueño profundo.

Horas más tarde, cuando la luz del sol se asomaba por los altos ventanales, me desperté y lo encontré muerto. El rey había muerto. Quería gritar. Quería hacer un agujero en la pared. Quería rogarle que volviera. ¿Pero en qué ayudaría eso? Solo había una cosa que Giovanni había pedido. Y tenía toda la intención de cumplir mi promesa. Quizá no esta noche o mañana por la noche.

Pero pronto... la venganza era un plato que se servía mejor frío.

Seis meses después, Brooklyn, Nueva York

Subí los escalones hasta la puerta de la casa de piedra rojiza de Michael Alfera en Brooklyn, la casa donde se retiró con su encantadora esposa después de abdicar al trono. El anciano pensó que tendría su felicidad para siempre. Lo que no entendía era que la gente como nosotros no merecíamos un final feliz. El amor nos hacía débiles. Y aquí estaba la prueba. Su esposa murió de cáncer solo seis años después de que él dejara todo atrás para estar con ella.

Llamé a su puerta y esperé a que los lentos pasos del otro lado avanzaran por el pasillo.

«Cuando llamaste antes y dijiste que necesitabas verme, pensé que estabas bromeando», Michael dejó que la puerta se abriera y regresó por el pasillo.

Entré y lo seguí hasta la cocina, donde tenía té y galletas en la encimera. «Toda una bienvenida».

«Mi hija Caterina se fue hace una hora. Ella insiste en estas visitas», hizo un gesto hacia los cubiertos. «Ella cree que eso me hace olvidar a su madre».

«Qué hija tan devota».

«¿Qué deseas, Vittoria?».

«Necesito tu ayuda».

«¿El infierno se congeló y nadie pensó en decírmelo?», él se rió entre dientes.

Lo que necesitaba hacer requería habilidad y cero respeto por la vida humana. Necesitaba un asesino a sangre fría. La ironía no pasó desapercibida para mí. A pesar de todas las puñaladas por la espalda que nos habíamos hecho a lo largo de los años, al final, solo podía confiar en Michael Alfera para que me ayudara a cumplir mi promesa a Giovanni.

«Puedo volver más tarde, cuando estés sobrio, si quieres», hice ademán de irme.

«Detente», me hizo un gesto con la mano. «Conozco esa expresión en tu cara. No estarías aquí a menos que fuera absolutamente necesario. Has despertado mi curiosidad. Entonces, dígame, Don Salvatore. ¿Cómo puedo ayudarla?».

«Antes de morir, Giovanni me dio un nombre».

El rostro de Michael palideció. Incluso si los dos se habían distanciado en la última década, Michael y Giovanni eran grandes amigos cuando eran

jóvenes. La Sociedad prosperó bajo su liderazgo porque se felicitaban entre todos. Todos aprendimos a seguir su ejemplo.

Su mirada se oscureció con la sed de venganza. Y esa fue la razón principal por la que había venido hasta Brooklyn para pedirle ayuda.

«Quiero que él y su familia sean eliminados».

«¿Quién es?».

«Jimmy Gallo».

«La familia Gallo nunca mereció el honor de unirse a nuestras filas. Sabía que ese maldito imbécil sería nuestro fin algún día. Deberíamos haberlo matado cuando tuvimos la oportunidad», apretó los dientes. «Los niños prácticamente nos lo sirvieron en bandeja de plata. Le dejamos marchar. Y ahora aquí están las consecuencias».

«Sabes que no podríamos hacer eso», me quité el abrigo y lo dejé sobre el taburete de la barra a mi lado. Ahora que tenía su atención, sabía que estaría aquí por un tiempo. «No podemos andar matando a los Don solo porque alguien vio una vez una grabación comprometedora. Necesitábamos pruebas contundentes. No podemos tener gente corriendo por ahí inventando historias sobre nosotros».

«Claro. Trata a los traidores como te gustaría que te trataran a ti, si alguna vez cometieras una traición», hizo un gesto con la mano en señal de desestimación.

«Algo como eso», me froté el pecho para aliviar el dolor hueco que no había disminuido desde la muerte de Giovanni. «Entonces, ¿me ayudarás? Tiene que suceder en una noche. He reunido una lista de objetivos, sus ubicaciones y horarios diarios». Busqué en mi bolso y saqué la unidad flash con toda la información que tenía sobre la familia Gallo, tanto los miembros inmediatos como los extendidos. «Doscientos veintiocho».

Sus cejas se alzaron por la sorpresa. «Has trabajado mucho».

«He estado planeando esto durante seis meses». Deslicé el dispositivo por el mostrador. «No podemos acercarnos a esto. Dejaremos que nuestros enemigos se encarguen de ello».

«Tal vez pueda hacer que eso funcione», se levantó de su taburete y se fue. Cuando regresó, llevaba consigo una computadora portátil.

Cuanto más hablábamos de venganza y asesinato, más joven parecía, como si volver a sus costumbres mafiosas le devolviera la vida. Quizás así era. Michael Alfera no sabía ser otra cosa. Si estaba aquí en Brooklyn haciendo de buen padre, era porque su difunta esposa se lo había pedido.

«Veamos», conectó la unidad flash. «Dijiste enemigos. ¿A quién tenías en mente?».

«A todos ellos. Vamos a necesitar un ejército para lograrlo», me incliné más cerca. «Llámalos a todos: los irlandeses, los rusos, los cárteles, el puto FBI, no me importa. Quiero que esta gente desaparezca. Quiero que Jimmy Gallo se vaya para siempre».

«¿Por qué Giovanni mantuvo esto en secreto?», hojeó los archivos. «Jimmy debería haber sido juzgado por la Sociedad».

«No quería que Jimmy supiera que íbamos a por él. Habría ido tras Rex. Es mejor que hagamos esto en secreto. Nadie puede saber cómo murió Giovanni ni si Jimmy tuvo algo que ver en ello. Me tragué las lágrimas y el dolor que me consumía cada vez que pensaba en cómo mataron a Giovani. «Lo mataron a puñaladas».

«Quieres que sepa que fuiste tú quien planeó todo esto, ¿no?», Michael me sonrió. «¿De qué sirve vengarse si él no lo sabe?».

Asentí. «Lo quiero asustar. Quiero que corra y corra hasta que se dé cuenta de que no tiene adónde ir».

«Cuidado con los idus de marzo», leyó el nombre del archivo que tenía sobre Jimmy y luego me miró a los ojos. «¿Es cuando quieres que esto suceda? ¿El día quince?

«Sí».

[Nota de la Trad.: *Los Idus de Marzo se refieren al 15 de marzo en el calendario romano. Esta fecha es famosa históricamente por ser el día en que Julio César fue asesinado en el año 44 a.C. Los Idus eran una fecha marcada en el calendario romano que correspondía a la primera luna llena del mes, lo que la convertía en un día significativo para varias observancias religiosas. Sin embargo, el asesinato de César le otorgó una notoriedad duradera a esta fecha, convirtiéndola en un símbolo de traición y peligro.*]

«Personalmente me aseguraré de que Jimmy reciba lo que se merece. Giovanni también era mi amigo. Filtraré esta información a todos nuestros enemigos».

«Gracias», me puse de pie y agarré mi abrigo. «Estaremos en contacto».

«Vittoria», me llamó antes de que saliera de la cocina. «¿Cómo está Rex?».

«Mejor de lo que esperaba», gire para mirarlo.

«Él no está listo».

«¿Tú lo estabas?», le ofrecí una sonrisa amable cuando las arrugas de su frente se profundizaron. Era reconfortante verlo preocuparse por alguien más que por él mismo. «Cuando murió tu padre. ¿Estabas listo para ser rey?».

«Claro que lo estaba», se burló. «Ella es todo lo que me queda. Ella lo odia. Cuando se entere, ella también me odiará».

«Ah, tu preciosa Caterina», negué con la cabeza. «Es hora, viejo. Rex es el rey. Antes de lo que crees, vendrá y reclamará lo que es suyo. ¿Mi consejo para ti? Habla con ella. Dile la verdad antes de que él lo haga».

Michael tenía una piedra por corazón, excepto cuando se trataba de su esposa y su única hija. A pesar de lo inteligente y lógico que era, realmente no había pensado detenidamente en esto, ni en lo que su abdicación le haría a su familia. O tal vez pensaba que nunca llegaría el momento de renunciar a su hija. El tonto pensaba que su amor por su bella esposa lo conquistaría todo.

El amor era para los tontos.

«Ayúdame. Tú y yo podemos detener a Rex», caminó hacia mí. «Te ayudaré a cumplir tu promesa a Giovanni. Solo pido esto a cambio».

«Ya te di una cosa a cambio», señalé su computadora portátil. «Te di una manera de regresar. Cuando la familia Gallo caiga, la Sociedad se debilitará. Lo que hagas con eso depende de ti. No me pidas más».

El tono de mi voz fue lo más definitivo posible. Michael me miró fijamente y luego me dio la espalda para volver a su computadora. Me alegré de que entendiera que nuestro indulto tenía fecha de vencimiento. Él y yo no éramos amigos, simplemente aliados hasta que Jimmy pagara por lo que hizo.

Giovanni sabía que esto sucedería. Sabía que Rex tendría que enfrentarse a los viejos enemigos de su padre cuando asumiera el trono. Por eso había gastado su último aliento asegurándose de que Rex estuviera a salvo.

Querido Rex, tengo una serpiente para comerse a la otra. Ahora te toca a ti luchar contra lo que queda. Espero que sobrevivas.

CAPÍTULO 31

Estás vivo

LUCA

Un mes después, 15 de marzo

Ciudad de Nueva York

Este juego del gato y el ratón se estaba volviendo tan jodidamente viejo. Construir mi propio ejército para derrotar a mi tío había resultado ser un proceso más lento de lo que esperaba. Habían pasado años desde que le prometí a Donata que volvería por ella. Y aquí estaba yo, todavía jugando al juego demente del tío Jimmy.

Presioné mi espalda contra la pared de ladrillos del callejón oscuro y alcancé mi costado. El líquido húmedo y pegajoso que rezumaba de mi camisa solo podía ser sangre. «Los cabrones me apuñalaron», jadeé.

«Sabían que estaría aquí. ¿Cómo?», Alfred habló por mi auricular.

Si no me hubiera llamado para advertirme sobre una emboscada, ya estaría muerto. Hace una semana, poco después de mi regreso a Estados Unidos, alguien le había dejado una nota que decía: *Cuidado con los idus de marzo*. Después de pasar días intentando descifrar el código, pensamos que era solo otro de los chistes del tío Jimmy. Hasta esta mañana, 15 de marzo, cuando Alfred se despertó con una epifanía. No había ningún código. La nota debía tomarse literalmente.

Salí de mi casa de seguridad, armado hasta los dientes y listo para la guerra. Esa fue la única razón por la que pude matar a los tres tipos que vinieron hacia mí.

«¿Estás cerca?», hice una mueca.

«Sí. Un segundo más. Casi llegamos. Salga ahora».

Solté un suspiro y me escapé, en caso de que aparecieran más imbéciles para probar suerte nuevamente esta noche. El chirrido de los neumáticos de mi SUV era música para mis oídos. Alfred se detuvo justo afuera del callejón con su arma lista. Tan pronto como estuve a mitad de camino en el asiento trasero, salió de allí.

«Necesita un hospital».

«No hospital. Él estará esperando allí. Tú lo sabes», este no fue el primer intento del tío Jimmy de deshacerse de mí. Alfred y yo habíamos perfeccionado la escapada a lo largo de los años; él intentaba matarme, yo escapaba, me ocultaba, buscaba un médico y abandonaba el país. «Gracias por la llamada».

«Pensé que valía la pena intentarlo. Luca, no debería haber regresado».

«Sabes que tenía que hacerlo».

Con el paso de los años, aunque sabía que tenía que mantenerme alejado de Donata, no podía. Ella era mi droga. Cuando mi necesidad de ella superó toda lógica, hice el viaje de regreso a la ciudad de Nueva York. Yo fui el ladrón que se coló en su edificio y en su dormitorio. Esas noches en las que pude tenerla en mis brazos fueron lo que me mantuvo vivo todos estos años.

Esperaba que esta noche fuera una de esas noches en las que pudiéramos compartir un poco de paz juntos.

«Necesita un médico, Luca».

«Afortunadamente, conocemos uno, ¿no?».

«Jesús».

Media hora más tarde, estaba en el penthouse de Salvatore, decidiendo si debía forzar la cerradura y desactivar la alarma o simplemente tocar por una vez. Antes de tomar una decisión, la puerta se abrió.

«Luca, ¿estás loco?», Donata se tapó la boca con ambas manos, al borde de las lágrimas.

«Necesito un médico», sonreí, apoyándome en el marco de la puerta.

«Entra», me atrajo hacia ella. «No puedo creer que estés vivo», me acompañó arriba, a su dormitorio.

Había perdido mucha sangre, pero no estaba tan inconsciente como para perderme el hecho de que ella tenía todo su material médico y su cama estaba cubierta con ropa de hospital. «¿Sabías que iba a venir?».

«Honestamente, esperaba que esta vez te mantuvieras alejado», me empujó sobre la cama. «Cuando escuché la noticia pensé lo peor. Intenté

llamarte, pero supongo que ya te deshiciste del último número de teléfono que tenía tuyo».

«Espera. ¿Qué está sucediendo? ¿Qué noticia?».

«No lo sabes», ella puso su mano sobre su frente. Después de respirar varias veces, tomó unas tijeras y comenzó a cortar mi camiseta. «Don Gallo fue asesinado esta noche».

«¿Qué?», hice una mueca cuando me pinchó el costado con una aguja. «¿Cómo sabes eso?».

«Rex pasó por aquí. Estaba buscando a la tía Vittoria. Esta noche hay una reunión extraordinaria de la junta directiva con los demás Don. Quería asegurarse de que ella estuviera presente», ella arrojó agua sobre mi herida y luego la presionó. «Esto no es tan malo. Pero necesitarás muchos puntos. Quédate quieto».

Ella inició el tedioso proceso de volver a unirme. Además, no era su primera vez. Tenía razón en estar enojada conmigo. Estaba tan cerca de estar listo para enfrentar a mi tío en persona. ¿Por qué tuve que arriesgarme para venir a verla solo? Cierto, porque seis meses era mucho tiempo para estar lejos de ella. No lo lamentaba.

Estudié su perfil. Su concentración mientras trabajaba en mis suturas era increíblemente sensual. «Te extrañé».

«Te dije que no volvieras».

«Tenía que hacerlo. Eres mi droga», alcancé su mejilla. Cuando sus ojos se cerraron, supe que incluso si estaba enojada conmigo por correr el riesgo, también estaba feliz de verme. «¿Qué más dijo Rex? ¿Está realmente muerto el tío Jimmy?».

«Lo está. Pero Luca, es más que eso. Parece que esta noche toda tu familia fue perseguida y asesinada». Se mordió el labio inferior. «Todos. Cuando Rex se dio cuenta de que iban tras todos los Gallo, ya era demasiado tarde. No pudo advertir a ninguno de ellos».

«Alguien me advirtió. Recibí una nota. Lo enviaron a mi casa de piedra rojiza en el Upper West Side», levanté la vista, sintiéndome extremadamente cansada. «¿Rex sabe quién podría haberlo hecho?».

«No. Quiero decir, sospecha del FBI, pero no está seguro. Está haciendo lo que puede», ella se encogió de hombros. «Tienes que irte de nuevo, Luca. Y esta vez, nunca podrás volver. ¿Lo entiendes? Si este es el trabajo del FBI, no pararán hasta encontrarte. Prométeme que no volverás», ella retrocedió para mirarme.

Miré la gasa blanca que ahora cubría mi herida de arma blanca. Lo que sea que ella me había dado se había encargado del dolor. Ni siquiera podía sentir la piel alrededor del área tratada. La revisé para asegurarme, mientras consideraba las palabras de Donata.

«¿De verdad quieres que te deje?», sostuve su mirada y luego me puse de pie lentamente.

«Sí», su mirada bajó a mi pecho y luego volvió a subir. «Eres bueno para alejarte. Puedes quedarte hasta que Alfred encuentre una manera de sacarte de la ciudad. Pero entonces, Luca, tienes que quedarte alejado».

«No me pidas eso», di un paso hacia ella hasta que nuestros cuerpos estuvieron a centímetros de distancia.

«No puedo soportar la idea de que mueras», me miró. «¿Tienes una idea del tipo de día que pasé? Me preguntaba si serías el próximo en ser asesinado. Esperaba que entraras por la puerta, sin saber si esta noche sería la última vez que te vería con vida. O si alguna vez iba a verte con vida», se secó la mejilla. «Sigues dejándome. No puedo soportarlo. No creo que pueda despedirme de nuevo».

«Shh», tomé sus manos y las llevé a mi pecho. «Está bien. No correré más riesgos. Lo prometo».

Sus ojos se abrieron, brillantes por las lágrimas no derramadas. «Sí, de acuerdo. Sí. Eso es lo que quiero. Mantente alejado de mí. Te libero de tu promesa. Ya no tienes que luchar por nosotros. Solo quiero que vivas».

El tío Jimmy se había ido, y con él, la sentencia de muerte que había estado colgando sobre mi cabeza durante los últimos siete años. Estaba libre de él. Pero ahora, al parecer, el FBI también me quería muerto. Los jugadores habían cambiado. Pero el juego seguía siendo el mismo. Todavía me cazaban como a un animal. Donata tenía razón. No podía seguir arrastrándola a este caos.

Tenía que dejarla ir. Por su propia seguridad y felicidad, tenía que alejarme.

«No tienes que preocuparte por mí», pasé el dorso de mis dedos por su suave mejilla. «Aunque te extrañé».

«Luca», pasó su mano por mi pecho y por mi cabello. «No tienes que irte ahora mismo».

Me agaché y capturé su boca. Esta sensación de estar completo era la razón por la que me arriesgaba a volver con ella cada vez. La necesitaba como necesitaba aire. Envolví mis brazos alrededor de su cuerpo y la abracé

con fuerza mientras la acompañaba de regreso a la cama. Si esta noche fuera todo lo que tuviéramos, quería besar cada centímetro de ella. Quería irme de aquí con el aroma de su piel tatuado en el alma.

Como si pudiera escuchar mis pensamientos, me desabrochó el cinturón y luego se quitó rápidamente los jeans. En un frenesí de brazos y piernas, le quité los pantalones, la blusa y todo lo demás. Nuestras bocas chocaron y entré en ella. Las estrellas explotaron detrás de mis párpados mientras la adrenalina recorría mi cuerpo.

«Tus puntos», apoyó su mano en mi estómago y me empujó lejos de ella.

Dejé que me guiara sobre mi espalda, luego la miré mientras se subía a la cima. Enfundó mi pene y ni siquiera me dio la oportunidad de recuperarme de la intensa sensación de estar dentro de ella antes de comenzar a mover sus caderas. Ella era una diosa. Tomé sus pechos mientras ella me llevaba hacia el dulce olvido.

Mañana tendría que volver a irme. Pero por ahora todavía teníamos esto, todavía nos teníamos a nosotros. Ella era mi reina. Y yo era su caballero, el que había jurado protegerla para siempre.

La mañana llegó más rápido que todas las demás veces. Después de todas las ocasiones que me despedí de Donata, debería ser mucho mejor en eso que antes. La dejaba tan herida. Había dicho que no quería más despedidas. Entonces, en lugar de despertarla, besé sus suaves labios y salí silenciosamente de su habitación.

Tan pronto como llegué abajo, la Signora Vittoria me recibió en el vestíbulo. «Estás vivo».

«¿Realmente todos están muertos? ¿Mi familia?».

«Me temo que sí», ella frunció los labios. Por una fracción de segundo, juré haber visto lástima en sus ojos. «Rex lo confirmó anoche. Luca, esto que tienes con mi sobrina. Tiene que parar. Esto no es vivir. Ella apenas está viva. Pasa sus días y sus noches en el hospital porque no soporta volver a casa y no encontrarte aquí».

«Lo sé», levanté la mano para que dejara de hablar. No necesitaba recordatorios de lo egoísta que había sido tan temprano en la mañana. «No

voy a volver».

«Será lo mejor», ella me ofreció una sonrisa amable. «Ella necesita seguir adelante. La protegeré. Esa es mi promesa para ti. Donata estará a salvo».

La muerte del tío Jimmy lo cambiaba todo. Y ahora sabía lo que tenía que hacer. Le había jurado a Donata que no correría más riesgos. Y tenía la intención de cumplir esa promesa. Me iría ahora y me quedaría fuera... hasta que estuviera lista.

«Mataron a mi familia, Vittoria. Quien nos hizo esto, pagará. Así que esta es mi promesa para ti. Tendré mi venganza», miré hacia arriba, hacia el dormitorio de Donata, antes de encontrarme con la mirada de Vittoria. «Y entonces, volveré por lo que es mío».

Epílogo – Nunca seremos libres

Donata

En la actualidad, Ciudad de Nueva York

«Dra. Salvatore», me llamó Ida desde la estación de enfermería.

«¿Sí?», me detuve en seco y me volví hacia ella. Mi mirada recorrió rápidamente las paredes blancas y su escritorio bien cuidado.

En los últimos años, el hospital se había convertido en mi segundo hogar. El ritmo caótico de Urgencias era una especie de refugio. Mi vida se sentía normal cada vez que cruzaba las puertas corredizas, cada vez que me ponía la bata blanca y me convertía en la Dra. Salvatore. Aquí, yo no era la siguiente en asumir el cargo de cabeza de familia de una sociedad criminal centenaria. Cuando era la Dra. Salvatore, no era una mafiosa. Yo era una sanadora.

«Me alegro haberla alcanzado antes de irme», la enfermera Ida me habló con su habitual sonrisa feliz. Llevábamos ocho horas de nuestro turno de noche. A estas alturas ya debía estar completamente cansada, pero no lo demostraba. Dejó su puesto y corrió rápidamente para cerrar el espacio entre nosotras. «El señor Buratti la está buscando. Dijo que esperaría, pero no lo veo ahora», examinó los pasillos vacíos, mirando a izquierda y derecha, luego detrás de ella.

«Gracias. Le enviaré un mensaje de texto», le di un rápido asentimiento y una sonrisa.

«Está bien», caminó hacia su escritorio, satisfecha de haber entregado el mensaje de Santino.

Esperé hasta que volvió a actualizar sus gráficos para dirigirme a la sala de guardia. Desde que Luce, la esposa de Santino, comenzó a trabajar en el

hospital, Santino había adquirido la costumbre de llevarla personalmente y acompañarla hasta su casillero. Más de una vez los pillé haciendo una parada en la sala de guardia.

«Luce», me detuve frente a la puerta con un cartel que decía “Solo personal” y llamé. «Llegas tarde».

«Mierda», susurró y gritó Luce desde el interior de la pequeña habitación.

Me reí entre dientes cuando se le cayeron los zapatos dos veces y luego maldijo un poco más. Después de unos cuantos segundos más, abrió la puerta, todavía tratando de recuperar el aliento mientras metía el sostén en su enorme bolso y miraba alrededor de la habitación.

«¿Buscas esto, Red?», Santino colgó una placa de personal frente a ella.

«Sí», ella relajó su postura y luego intentó agarrarlo.

Él se lo permitió, pero luego la abrazó y la besó. Puse los ojos en blanco ante su muestra pública de afecto. Estaba feliz de que Santino hubiera encontrado a alguien. ¿Pero tenía que restregárselo?

«Por supuesto, tómese su tiempo, enfermera Luce», me apoyé en el marco de la puerta.

«Oh sí. No, me voy ahora», se encontró con la mirada de Santino. «Te veré más tarde».

«Sí, lo harás», Santino le dedicó una de sus sensuales sonrisas.

Tan pronto como Luce giró a la izquierda al final del pasillo, sacudí mi cabeza hacia Santino. «¿Realmente tienes que hacer esto cada vez que la necesitan en el hospital?».

«¿Hacer qué?», con calma se arregló la corbata y se alisó la chaqueta del traje.

«¿Estabas teniendo sexo donde trabajo?», señalé las sábanas arrugadas de la litera.

«¿No es para eso esta habitación?».

«No», lo dije con demasiada firmeza. «Este desastre de los médicos es para dormir».

«Bueno. Entra en mi oficina», me empujó hacia adentro y cerró la puerta. «¿Qué está sucediendo?», ladeó la cabeza para mirarme a los ojos. «¿Está triste nuestra abeja reina?».

«No me llames así. No estamos en el instituto».

«Sigues siendo nuestra abeja reina», me sonrió. «Pero, en serio, ¿qué te pasa? ¿Estás enojada porque estoy teniendo sexo o porque *tú no* estás

teniendo sexo?».

«¿Qué? No», sacudí la cabeza varias veces mientras consideraba sus palabras. No era el sexo lo que me molestaba. Era el amor en sus ojos. Me dejé caer sobre el fino colchón. «Voy a morir sola, ¿no?».

«Oh, no, estaba bromeando. No fue mi intención tocar un punto sensible ahí». Se sentó a mi lado. «Donata, no vas a morir sola. Eres una Salvatore. Las mujeres de esa familia viven para siempre. ¿Cuántos años tiene la Signora Vittoria? ¿Como cien?».

«Sí, algo como eso», me reí y me limpié la mejilla mojada. Frunciendo el ceño, me miré las manos. ¿Por qué diablos estaba llorando? «Me estoy comportando como una tonta. No sé por qué. Supongo que ver a Enzo y Aurora finalmente encontrarse me ha dejado preguntándome sobre mi propia vida. Es estúpido. Olvídalo», me puse de pie.

«Siéntate», me tomó en sus brazos. «Si alguien merece ser feliz, ese es Enzo. Y lo sabes».

«Por supuesto, lo sé. Últimamente me siento sin rumbo».

«Te sientes sola», me abrazó con más fuerza. «Sabes que eres extremadamente atractiva. Cualquier chico estaría feliz de tenerte. Solo elige uno», hizo un gesto hacia la puerta como si un grupo de solteros elegibles estuvieran esperando en el pasillo.

«No estoy interesada en una relación. Tú lo sabes», me reí porque así era Santino. Para él, el mundo era blanco y negro. Hazlo o no lo hagas. Vive o muere. No había término medio. «No quiero a nadie. Creo que la semana pasada me pasó factura. Aurora y Enzo perdieron mucho tiempo. Me siento…».

«Sin objetivo», Santino asintió.

«Sí», me aparté para mirar su hermoso rostro. «Pasará. Gracias».

«En cualquier momento. Estoy aquí para ti, Donata. Todos lo estamos».

«Lo sé».

Tener a Rex, Santino y Enzo en mi vida era como tener tres hermanos mayores, todos dispuestos y capaces de matar por mí. Supuse que ese era el punto. No era una persona normal. Mi vida nunca sería normal. No podría volver a enamorarme. Los chicos habían encontrado a sus almas gemelas. Pero, ¿por cuánto tiempo? Nacimos en un mundo mafioso donde no había lugar para las relaciones. Por eso a Santino no le importaba si tenía relaciones sexuales con su esposa en una sala pública. Sabía que, tarde o temprano, su tiempo juntos se acortaría. Los amados siempre pierden.

Ser la Dra. Salvatore era lo más cercano que estaba de ser normal. No podría pedir más. Metí la mano dentro del cuello redondo de mi camiseta y saqué la cadena hasta que tuve el anillo en la mano. Cada vez que sentía que faltaba algo en mi vida, pensaba en Luca Gallo.

«¿Conservaste su anillo?», Santino entrecerró los ojos ante el diamante que tenía en la mano.

«Sí. ¿Eso es raro?».

«Muy raro. Hace mucho que se fue».

«Dos años», dejo escapar un suspiro. Aunque Luca me dejó mucho antes de que nuestros enemigos aniquilaran a toda su familia y un agente del FBI se volviera rebelde.

«Oh, ¿es eso? ¿Crees que él también podría regresar de entre los muertos? ¿Como lo hizo Aurora?».

«Por supuesto que no», sí, realmente lo creía. No había pasado un día en el que no pensara en que Luca Gallo regresaría a mi vida. Pero eso no podía ser. Él se había ido. Realmente se había ido.

«Donata», Santino puso su dedo debajo de mi barbilla y me hizo mirarlo.

Sabía lo que iba a decir. No quería oírlo. Por suerte, antes incluso de que abriera la boca para darme el sermón habitual, mi teléfono vibró. Miré hacia la pantalla y solté un suspiro de alivio. «Urgencias», le mostré mi teléfono y me puse de pie. «Paciente nuevo que llega con un tiro en el abdomen. Mi especialidad».

«Bien. Ve. Pero nos vemos para tomar algo más tarde. Rex y yo iremos a la escuela para ver un partido amistoso de fútbol. ¿Quieres unirte a nosotros?».

«Sí, eso suena genial. Te veré luego».

Tan pronto como la puerta de la sala de guardia se cerró detrás de mí y Santino desapareció por el pasillo, me sentí más yo misma otra vez. Tenía una vida que salvar. Tenía un propósito. Sonriendo, caminé rápidamente hasta el ala de emergencias y me dirigí directamente a la entrada para encontrarme con los paramédicos. Sin embargo, cuando llegué al área de recepción, el lugar estaba vacío. La ambulancia había llegado, pero nadie había bajado de ella. ¿Habían perdido ya al paciente? Corrí hacia el vehículo y golpeé la ventanilla tres veces.

«Soy la Dra. Salvatore. ¿Qué los detiene?», retrocedí para dejar que las puertas se abrieran.

Después de otro momento, las puertas se abrieron y tres hombres con pasamontañas negros saltaron del vehículo. Me había entrenado para esto toda mi vida. Pero verlos salir volando de la parte trasera de una ambulancia con una persona moribunda en el medio me desconcertó y les permitió agarrarme antes de que me diera cuenta de lo que realmente estaba sucediendo.

«¿Qué carajo creen que están haciendo?», me contuve antes de que mi cara golpeara a la persona que yacía bajo la sábana ensangrentada. «Tienes que saber que no puedes salirte con la tuya».

Las puertas se cerraron de golpe cuando las sirenas volvieron a sonar. Nos estábamos moviendo. Respiré hondo para calmarme. Si se trataba de un secuestro, tenía que averiguar qué querían. Era la única salida. Entrar en pánico era una forma segura de recibir una bala en el estómago. Con una inhalación profunda, miré hacia los dos pares de ojos que me miraban fijamente.

«¿Qué quieren?», pregunté.

Uno de ellos respondió en ruso. Puta mierda. ¿Por qué tenían que ser los rusos? Gracias a Rex, tuvimos un acuerdo amistoso con los carteles irlandeses y mexicanos. Pero los rusos seguían siendo nuestros enemigos mortales. Especialmente, después del ardid que hicieron con Aurora. Claro, estaban trabajando con uno de los nuestros, pero lo habían hecho para ayudarse a sí mismos. Nunca se podía confiar en la Hermandad.

«No entiendo lo que estás diciendo», me encontré con su mirada. «Habla inglés si quieres mi ayuda».

«Necesitamos un médico», dijo con solo un toque de acento ruso. «Nos dijeron que eras la mejor».

Levanté la barbilla e hice lo mejor que pude para ocultar mi suspiro de alivio. No estaban aquí por Donata, la mafiosa. Estaban aquí por la sanadora.

«No tenían que secuestrarme así. Los habría ayudado de todos modos», señalé a la persona que yacía entre nosotros. La sangre seca en la sábana me indicaba que el tiroteo había ocurrido hacía un tiempo. «¿Puedo?».

«No, no él. Él está muerto».

«Bueno», parpadeé lentamente. «¿Dónde está su paciente?».

«La llevaremos con él. Relájese. Es un viaje largo», señaló una almohada y una manta a mi lado.

Sí, una persona normal se asustaría. Pero esto no era tan malo como parecía. Los rusos no tenían idea de quién era yo. Y para ser justos, no podía suponer que estos tipos estuvieran con la Hermandad solo porque hablaban ruso. Sus métodos eran cien por ciento mafiosos, pero si quería salir viva de esta situación, tenía que esperar y descubrir qué querían.

Entonces, ¿qué pasó? ¿Se metieron en un tiroteo? ¿Uno o dos de su equipo recibieron disparos? ¿Así decidieron secuestrar una ambulancia para conseguir un médico? No, para tenerme a mí específicamente. Vinieron al hospital a buscarme».

«¿Es este su amigo?», señalé al tipo muerto.

«No».

«Oh. Entonces acaban de secuestrar una ambulancia al azar».

«No».

¿A quién estaba engañando? Estos tipos eran mafiosos. «¿Pueden contarme de su amigo herido?».

«Lo apuñalaron varias veces. El otro médico no pudo ayudarlo».

«Está bien, ¿qué dijo este otro médico? ¿Hubo complicaciones?».

«Sí, puede decir eso», el chico se encogió de hombros y miró a sus dos amigos a cada lado de él. La sonrisa en su rostro hizo que un escalofrío recorriera mi espalda.

«¿Qué pasó?».

«Le disparé».

«¿Le disparaste al médico que ayudaba a tu amigo?», presioné una mano fría contra mi mejilla.

«Sí. Ahora es su turno de ayudar», se inclinó sobre el cadáver entre nosotros. «Y él no es nuestro amigo. Él es nuestro jefe. No puede dejarlo morir».

«Lo más probable es que necesite cirugía. ¿Están preparados para eso?».

«Sí, tenemos todo lo que necesita. Espero que sea tan buena como dicen», su mirada cayó a mi boca. «Odiaría lastimar algo tan lindo».

Los otros dos hombres asintieron, como si las breves frases que me ofreció me dieran toda la información que necesitaba. Por extraño que pareciera, no se equivocaban. Ahora tenía una idea bastante clara de dónde me encontraba. Un jefe ruso había sido apuñalado, algo tan grave que su médico habitual no había podido ayudarlo. Ahora me exigían un milagro. Los cálculos no eran difíciles. Mis opciones eran salvar a su jefe o morir.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Mi vida aún no estaba en peligro. Y necesitaba dormir un rato. Lo que pasaba con ser médico era que, más o menos, estábamos entrenados para tomar siestas siempre que fuera posible. Decidí que lo mejor que podía hacer era tratar este secuestro como una noche más de guardia.

Dos horas después, la ambulancia se detuvo. En algún momento habíamos conducido por la autopista, pero no tenía idea de qué dirección habían tomado. Lo único que sabía con seguridad era que ya no estábamos en la ciudad. Los cielos despejados y el aire fresco lo delataban.

La puerta trasera de la ambulancia se abrió. Un hombre con una sonrisa muy satisfactoria en su rostro dijo algo en ruso, lo que hizo que mis secuestradores saltaran. Intenté hacer lo mismo, pero no fui lo suficientemente rápida para ellos. O, tal vez, simplemente querían sentirse útiles agarrándome con fuerza del brazo y tirando de mí para hacerme correr tras ellos. Mientras intentaba seguir sus largas zancadas, uno de ellos metió la mano en el bolsillo de mi bata blanca y tomó mi teléfono y mis llaves. Para mi horror, no me llevaron con su jefe de inmediato. En lugar de eso, me llevaron a toda prisa por un pasillo frío y luego me arrojaron a una maldita celda.

La única bombilla que colgaba del techo alto iluminaba lo suficiente la habitación como para que viera que no había cama ni baño. Tampoco lo habría usado si hubiera estado disponible. Usé mi bata blanca para mitigar el hedor a sangre y orina. ¿Qué significaba esto? ¿Era esta una estancia temporal? ¿O era esa pequeña cámara de ocho por ocho donde mantenían a los prisioneros esperando su sentencia? No, no podría pensar así. Me necesitaban. Si su jefe todavía estaba vivo, necesitaban mi ayuda. Mi experiencia.

«Oigan», golpeé la puerta de metal y miré por la pequeña abertura. «Pensé que querían mi ayuda».

Murmuraron algo en ruso mientras desaparecían de mi campo de visión. Mi corazón se aceleró mientras consideraba mis opciones. Estaba a salvo mientras necesitaran mis habilidades. Pero cuanto más esperaran, menos probable sería que yo salvara a su jefe. Me abracé y dejé que las lágrimas

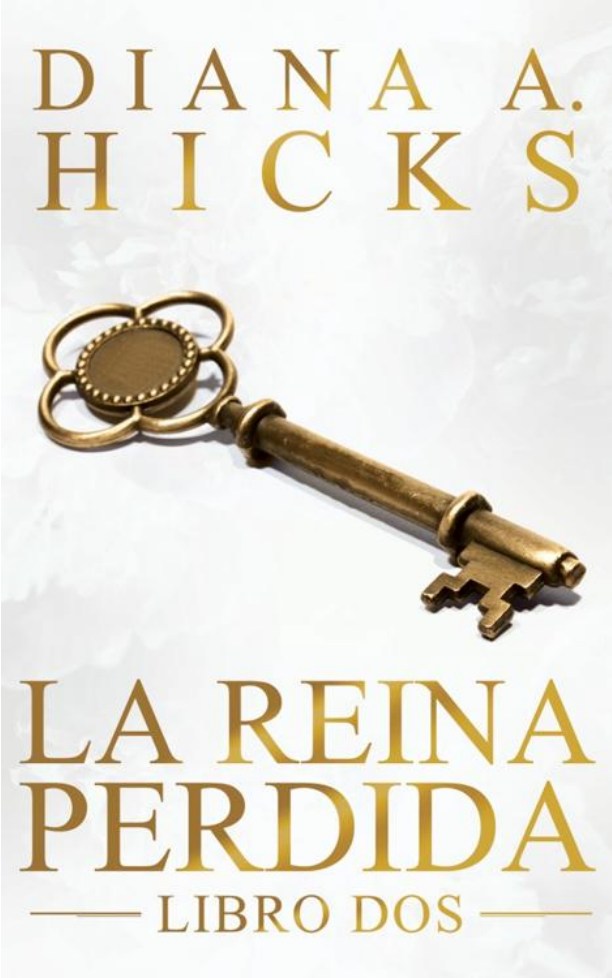
corrieran por mis mejillas. Esto era terriblemente aterrador. Yo no era como Santino, Rex o Enzo. Sabía cómo manejar un arma y lanzar golpes, pero al final del día, no era una asesina. Había estudiado medicina para ayudar a los demás.

¿Hasta dónde estaba dispuesta a llegar para seguir con vida?

«Oigan», golpeé la puerta de nuevo. «No les sirvo de nada aquí. Su jefe necesita ayuda inmediata», me limpié la mejilla con el dorso de la mano. No podía dejar que me vieran llorar. «Están cometiendo un gran error», mi voz apenas era audible porque sabía que no había nadie allí para escucharme.

Cogí el collar dentro de mi camiseta. «Luca, tenías razón. Nuestras vidas no son nuestras. Pertenecemos a la Sociedad. Nunca seremos libres».

Cuando era pequeña, papá solía encerrarme en el sótano. Sola en la oscuridad, dejaba que mi mente vagara hacia fantasías locas. Durante años, papá me trataba como su prisionera antes de que tía Vittoria me salvara del hombre trastornado en el que se había convertido mi padre después de la muerte de mamá. En ese tiempo, aprendí a distanciarme de la realidad. Sonreí, me apoyé en la fría puerta y pensé en Luca, el único hombre al que había amado.



Muchas gracias por leer “Caballero Despiadado”, Libro #1. Espero que hayas disfrutado de la historia de amor prohibido entre Luca y Donata. Si es así, por favor, considera dejar un **comentario**. Estos ayudan a otros lectores como tú, ¡a encontrar mis libros!

La siguiente entrega de la serie de La Sociedad del Crimen continúa con la conclusión del dúo Caballero en La Reina Perdida. Descubre quién salva a Donata de la Hermandad en este **romance de matrimonio forzado.** ¿Regresará Luca a tiempo para salvarla?

¡Descarga hoy La Reina Perdida (Dúo Caballero #2)!

El destino puede ser tan cruel…

Maxim Belov es el hijo favorito de papá.

Al igual que su padre, Maxim es despiadado y siempre consigue lo que quiere.
Maxim me quiere a mí.
Ni siquiera le importa que nuestras familias sean enemigas mortales, o que nunca le haya visto la cara.
Por su culpa, me veo obligada a casarme con un desconocido.
En nuestra noche de bodas, cuando por fin me encuentro de frente con mi peor enemigo, toda mi vida da un vuelco.

¡Descarga hoy La Reina Perdida (Dúo Caballero #2)!

¿Quieres leer más romance oscuro de la mafia? Si disfrutas de lecturas apasionadas, por favor considera dejar un comentario amable. Me hará saber que te gustaría leer más libros como este.

La Reina Perdida

DÚO CABALLERO, LIBRO DOS

DIANA A. HICKS

CAPÍTULO 1

Espérame

LUCA

Un año antes, Brooklyn, NY

El persistente calor del sol acariciaba sus mejillas, dándoles un brillo feliz. Cuando ella sonreía, le devolvía el gesto, aunque ella no podía verme. Mi pecho se apretó como lo hacía cada vez que recordaba que Donata Salvatore ya no era mía.

Ahora éramos así, Donata almorzando con Enzo mientras yo la espiaba a la distancia, ocultándome como el hombre buscado en el que me había convertido.

Había pasado todo un año desde la última vez que estuve en su habitación, desde que ella me pidió que no volviera nunca más. Esa noche, acepté dejarla ir porque estaba decidido a poner fin a esta disputa implacable con el tío Jimmy. En aquel entonces, no tenía idea del tipo de infierno que se avecinaba para mí y toda mi familia. ¿Cómo podría haber sabido que los enemigos del tío Jimmy pasarían los siguientes doce meses cazándonos como animales? ¿Había recibido él lo que se merecía? Absolutamente. Lo habían apuñalado trece veces y lo habían dado por muerto en el área de Hell's Kitchen.

«¿Por qué se hace esto usted mismo?», Alfred, mi amigo de confianza y la razón por la que todavía estaba vivo, habló por mi auricular. Su tono estaba mezclado con todo tipo de desaprobación. Supuse que se había ganado ese derecho. «Le dije que ella estaba bien. Ella continuó con su vida, Luca».

«Lo sé», cerré la mano en un puño y luego la solté. No debería enojarme porque Donata estaba feliz. Ella merecía una vida feliz con todas

las cosas que yo no podía darle, como un hogar y una familia propia. «Necesitaba verla».

Necesitaba saborearla y sentirla en mis brazos nuevamente. La idea apareció en mi cabeza como una película, como lo había hecho innumerables veces durante el año pasado. Soñaba con presentarme en su penthouse de la ciudad y pasar el día enterrado en lo más profundo de ella. Mierda. Me froté el pecho para aliviar el dolor entumecido que se había instalado allí desde que había aceptado marcharme.

Tenía que encontrar a los responsables del asesinato de mi familia. Hasta que me diera cuenta de eso, Donata y yo nunca podríamos estar juntos. La venganza era el único camino de regreso a ella y a la vida que casi habíamos tenido. No estaba dispuesto a renunciar a ella.

Espérame, Donata. Un día pronto, volveré a casa.

«¿Por qué estás aquí, Alfred? Te dije que necesitaba dar un paseo. Solo».

«Sabía que iría a buscarla. Es hora de dejarla ir, Luca. Es solo cuestión de tiempo antes de que sus enemigos se den cuenta de que Donata es su talón de Aquiles». Su aliento crujió en mi auricular. El largo silencio que siguió me hizo pensar que me había colgado. Cuando volvió a hablar, no parecía tan molesto. «Nueva York ya no es segura para usted. Todavía hay un precio por su cabeza. El tablero de mensajes en la web oscura se actualizó nuevamente. Solo quedan un puñado de nombres. A su primo Mikey le dispararon en Atlanta hace unos meses».

«¿Fueron los irlandeses?», pregunté.

«No, fue una pandilla local que organiza carreras ilegales de arrancones», Alfred se aclaró la garganta. «Sobrevivió, si puede creerlo. Lo último que supe fue que estaba en Ibiza, todavía prófugo».

«No tiene sentido. Primero los rusos, luego los irlandeses, el cártel mexicano e incluso el puto FBI. Gracias al tío Jimmy, el mundo entero nos está buscando. ¿Qué carajo hizo?». Me rasqué la mejilla, yendo en contra de la fibra de mi barba. Dejé que mi mirada volviera al hermoso rostro de Donata. «Su cabello es más corto», reflexioné en voz alta sin querer.

«Ya la vio. Vamos a sacarlo de aquí», escribió con renovado propósito en su computadora portátil. «No estoy lejos».

Con mi atención centrada en la mano de Donata sobre la de Enzo, dejé la seguridad de mi escondite dentro de una tabaquería al otro lado del camino. No podía soportar estar tan cerca de ella y no tocarla. Quién sabía

cuánto tiempo pasaría antes de que volviéramos a estar en el mismo espacio. Si pasaba otro año sin ella en mis brazos, estaba seguro de que me volvería loco. Por así decirlo, ya sentía que estaba al borde de perder la cabeza.

Vivir con una diana en la espalda durante tantos años le haría eso a una persona. Al principio, estaba huyendo del tío Jimmy. Quería castigarme por exponer sus planes de matar a uno de los Don. No es que importara, los miembros de la junta que dirigían La Sociedad no nos creyeron. Al tío Jimmy no le importaba que nuestros esfuerzos hubieran fracasado; todavía quería venganza. Durante cinco años me persiguió. Después de que lo asesinaran, pensé que finalmente podría volver a casa. Pero cuando lo hice, apareció una nueva amenaza. Sus enemigos no solo querían verme muerto a mí, sino a toda mi familia.

Sí, la locura ya había comenzado.

Subí a la acera y me bajé la gorra de béisbol. El pelo largo, la barba y las gafas de sol hacían un buen trabajo al hacerme invisible. Nadie jamás prestaba atención a las personas sin hogar. Cuando antes seguí a Donata, tuve mucho cuidado de que ella no me viera. Pero ahora me importaba una mierda. En mi cabeza seguía viendo la sonrisa cegadora de Donata, sus manos sobre Enzo, y solo porque era masoquista, dejé que imágenes de ellos dos juntos en la cama jugaran en mi cabeza varias veces.

«Luca, deténgase. No entre ahí. Hay ojos por todas partes, lo sabe».

«Quiero que sepa que todavía estoy vivo. Quiero que sepa que no puede renunciar a nosotros todavía». Mi ritmo cardíaco se aceleró porque sabía sin lugar a dudas que, si no me mostraba ahora, Donata realmente seguiría adelante.

«¿No era ese el plan? ¿Que ella lo abandonara? Para que usted hiciera lo mismo. Luca, podría resultar herida por su culpa. Le prometió a la Signora Vittoria que la dejaría en paz».

Me detuve, con ambos pies plantados en el asfalto mientras los autos pasaban a toda velocidad a mi lado. Alfred hablaba rápido en mi oído, recordándome por qué no podía acudir a ella ahora. Me dio vueltas y vueltas contándome cosas que yo ya sabía: la seguridad de Donata, la promesa que le hice, mi propia vida. Los imbéciles que cazaban a mi familia nunca me dejarían en paz.

Cuando llegué a la acera al otro lado de la calle, a pocos metros de la mesa de Donata en la pequeña cafetería, la miré abiertamente, rogándole en

silencio que me mirara. Ella lo hizo y mi corazón dio un salto mortal. Su mirada sobre mí fue fugaz. Dos segundos fue todo lo que se permitió antes de volver a centrar su atención en Enzo.

«Ella no me reconoció».

«Apenas yo lo reconozco», Alfred dejó escapar un suspiro.

El chirrido de neumáticos y el hedor a neumático quemado me provocaron una descarga de adrenalina. Cuando iba a correr en dirección opuesta a Donata, un todoterreno negro me cerró el paso en la intersección. El conductor tenía ese familiar tinte de odio en sus ojos. Estaba aquí para matarme.

«Mierda. ¿Dónde estás, Alfred?», dije en voz baja. «Hay dos de ellos».

«Al final de la calle. A su izquierda. Corra».

Dirigí una última mirada a Donata. Ella estaba de pie mirando en mi dirección. Si sabía que me estaba mirando, su expresión no lo demostraba. La conmoción había llamado su atención, pero no tenía forma de saber que yo estaba allí para ayudarla.

«Gallo», el chofer se lamió los labios mientras salía de la camioneta e hizo un gesto con la cabeza a los chicos que me flanqueaban. «El jefe quiere hablar».

Tenía que sacarlo de aquí. Me había encontrado. Pero estaba seguro de que él no sabía que estaba aquí para espiar a Donata.

«¿Hablar? Qué civilizado», me reí.

«Sí», estaba prácticamente babeando, mirándome como si yo fuera su boleto de comida, lo cual probablemente lo era. Alfred había mencionado que el precio por traer vivos o muertos a miembros conocidos de la familia Gallo se había duplicado en los últimos meses. «¿Qué tal si te subes?», inclinó la cabeza hacia el asiento trasero. Luego añadió en ruso, «corderito».

Cuando estaba en la universidad, el tío Jimmy me ordenó obtener una doble especialización en Estudios Rusos. Quería que conociera a nuestros enemigos. Ese fue probablemente el único buen consejo que me dio. Era un imbécil por pensar que era nuestro dueño y el de mi familia, que podía disponer de nuestras vidas como mejor le pareciera. Pensaba en nosotros como su propio ejército personal, a pesar de que una y otra vez le había dicho que no tenía ningún interés en el negocio familiar ni en su dinero. Incluso muerto, seguía haciendo de mi vida un infierno.

«¿Qué tal si te vas a la mierda?», lo miré.

«No puedo llegar hasta usted», Alfred maldijo en mi auricular.

Mi mirada pasó de Donata al auto de Alfred. «Encuéntrame en el parque».

Sabía que me refería al parque Prospect. Estaba a una buena distancia de Dumbo, la elegante zona donde vivían los padres de Enzo. Tenía un escondite donde podía ocultarme hasta que Alfred pudiera llegar hasta mí. Alfred sacudió la cabeza, pero hizo lo que le pedí. Saltó la curva y maniobró fácilmente para salir del atasco.

No esperé a que los idiotas rusos dijeran nada más. Corrí hacia el callejón, poniendo toda mi fe en el hecho de que ellos valoraban su anonimato tanto como yo valoraba el mío. Dispararle a un vagabundo en una calle concurrida llamaría la atención de la policía. Echando rápidas miradas por encima del hombro para vigilar su progreso, corrí de callejón en callejón. Los dos SUV todavía estaban atrapados en el tráfico dos calles más allá, tocando la bocina y gritando a la gente que se apartara del camino.

Sin embargo, un puñado de hombres habían decidido perseguirme a pie. «Mierda». Me lancé sobre el capó de un sedán blanco para perderlos entre la multitud. Tenían sus armas en la mano, lo que significaba que ya no se portaban bien. Estaban perdiendo la paciencia. Respiré hondo y me concentré en seguir adelante. Había estado en situaciones como ésta innumerables veces. Solo tenía que esperar un poco más hasta que se cansaran y se dieran por vencidos.

Lo que pasa con estar huyendo durante tanto tiempo es que se aprende a hacer lo que sea necesario para sobrevivir. Yo era más rápido e inteligente porque tenía mucho más que perder que ellos. Para ellos, esta persecución era un día de pago. Para mí, era vida o muerte.

«¿Alfred?», me toqué la oreja. «¿Ya saliste?».

«Sigo aquí. Lo veo. Gire a la izquierda ahora. Lo tengo».

Hice lo que me pidió. La sangre ardiente bombeaba a través de mí mientras me dirigía hacia él y la seguridad de su vehículo. Esto era todo. Si pudiera llegar hasta él, saldría impune. Repetí ese mantra en mi cabeza una y otra vez. Había sobrevivido a agresiones antes, a persecuciones, apuñalamientos, disparos. Podría hacerlo de nuevo. Si pudiera llegar hasta Alfred.

En el momento en que vi el rostro amistoso de Alfred a quince metros de mí, una nueva ola de adrenalina me invadió. Corrí hacia él, abrí la puerta del pasajero y me metí. Jadeé mientras escaneaba el área.

«Gracias, viejo amigo» le di unas palmaditas en el hombro.

«No me agradezca todavía», pisó el acelerador y se alejó de la acera.

Me incliné hacia adelante para ver a los rusos en el espejo lateral mientras nos acercábamos al puente. Lo último que vi fue al hombre más joven, apuntándonos con una pistola. La idea de que tal vez no era tan bueno disparando cruzó por mi mente un segundo antes de que la sangre explotara dentro del auto.

En este punto, el pánico y la adrenalina se sintieron iguales mientras el efecto desaparecía y me dejaba entumecido. Me di unas palmaditas en el pecho y el estómago un par de veces antes de darme cuenta de que Alfred había sido quien recibió el tiro.

Se volvió hacia mí con lástima en sus ojos. «Lo siento, Luca».

Tomé el volante e hice lo mejor que pude para alejarme de los autos. El pie de Alfred en el pedal no aflojó, incluso cuando casi pasamos por encima de una señal de alto. Su ropa estaba empapada y era difícil ver dónde lo habían golpeado. Aunque eso no importaba. Lo que importaba era que estaba perdiendo demasiada sangre, apenas despierto y todavía al volante.

«Alfred, tienes que detenerte».

Otro disparo alcanzó el asiento del pasajero y luego el tablero. Si no hubiera estado prácticamente en el asiento del conductor, esa bala me habría alcanzado. Sonó otro disparo y entré y salí del carril.

«Nos están disparando a plena luz del día. ¿Qué carajo?», giré el volante para regresar a la carretera.

Aunque a la velocidad a la que íbamos, era probable que chocáramos contra alguien una vez que llegáramos al puente. Me alejé de las calles principales para encontrar un lugar donde pudiera intercambiar lugares con Alfred.

Cuando Alfred cayó inconsciente, las balas impactaron el costado de nuestro vehículo. Estaban apuntando a los neumáticos, no a nosotros. Los otros dos SUV nos alcanzaron y estaban decididos a detenernos en seco. Un segundo, estaba tratando de mantener el control del auto, y luego, al siguiente, estábamos girando en el aire y de alguna manera al revés.

El impacto lateral me envió volando contra el parabrisas. Mi cráneo emitió un crujido que rápidamente se convirtió en un sonido agudo. Las voces apagadas se hicieron más fuertes en mi cabeza hasta que las palabras en ruso se filtraron a través de la niebla.

«Hijo de puta, te dije que no dispararas».

«Se estaba escapando».

«No nos sirve de nada muerto. Mierda. Creo que está muerto».

«Si nos damos prisa, podemos llevarlo con papá antes de que lo patee. Si le da a papá la información que necesita, tal vez aún nos paguen».

«¿Y si muere antes de que lleguemos allí? Papá nos quitará la cabeza. Mierda. Mierda. Mierda. Agarra sus piernas».

El arrastre sobre un trozo de hierba convirtió el zumbido en mis oídos en un grito insoportable que estaba bastante seguro era mío. El dolor era demasiado. Pero de alguna manera tenía que seguir con vida. Cerré los ojos con fuerza y pensé en el hermoso rostro de Donata, su sonrisa y su aroma. Ella siempre olía a lilas. El perfume floral inundó mis sentidos mientras sonreía al cielo azul. Poco a poco, la oscuridad que se cernía sobre mí se fue asentando hasta que todo lo que vi fue oscuridad.

¡Descarga hoy La Reina de la Traición (Dúo Caballero #2)!